

Akal Pensamiento crítico

# DEMOCRACIAS EN EXTINCIÓN

EL ESPECTRO DE LAS  
AUTOCRACIAS ELECTORALES

Steven Forti



**Akal / Pensamiento crítico / 110**

Steven Forti

## **Democracias en extinción**

**El espectro de las autocracias electorales**



**akal**

ARGENTINA

ESPAÑA

MÉXICO

No es momento de divagar ni de confiarse, sino de enfrentarnos al peligro más acuciante en la actualidad. Hoy es incuestionable que las extremas derechas están en auge en todo el mundo y, si no hacemos nada para evitarlo, podemos ser la generación que pierda los derechos conquistados. Nuestras democracias están en peligro de extinción, y sus depredadores gozan de mayor respaldo, tienen una mejor imagen y son más fuertes cada día. En muchas regiones del mundo ya han llegado al poder y, cuando gobiernan, nada es como era: están mutilando la democracia desde dentro hasta transformarla en una autocracia con escaso margen para revertir la situación.

Steven Forti analiza en la presente obra, con una mirada que tiene en cuenta la evolución histórica del fenómeno, los últimos acontecimientos políticos y movimientos –nacionales e internacionales– de las extremas derechas para mostrar cómo desmantelan el Estado de derecho y de bienestar. Con ello, denuncia la amenaza que nos acecha y nos advierte de que en nuestras manos está la posibilidad de detener al espectro de la autocracia antes de que acabe con nuestras democracias. El presente está en el aire y el futuro, aún por escribir.

**Steven Forti** es profesor de Historia Contemporánea en la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB). Está especializado en la historia de los fascismos, los nacionalismos y las extremas derechas. Es miembro del Centre d'Estudis sobre Dictadures i Democràcies (CEDID) y del consejo de redacción de las revistas *Ayer*, *Revista de Historia Contemporánea*, *Espanya Contemporània*, *Política & Prosa* y *CTXT*. En la actualidad es también coordinador local del proyecto de investigación europeo «Analysis of and Response to Extremist Narratives» (ARENAS). Es autor de *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla* (2021) y de *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras* (2014); coautor de *Patriotas indignados. Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols* (con Francisco Veiga, Carlos González-Villa y Alfredo Sasso, 2019); y editor de *Mitos y cuentos de la extrema derecha* (2023) y de *El proceso separatista en Cataluña. Análisis de un pasado reciente (2006-2017)* (con Enric Ucelay-DaCal y Arnau González i Vilalta, 2017).

Diseño de portada

*RAG*

Motivo de cubierta

*Antonio Huelva Guerrero*

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Steven Forti, 2024

© Ediciones Akal, S. A., 2024

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

[www.akal.com](http://www.akal.com)

ISBN: 978-84-460-5612-6

*Para todos los hombres y todas las mujeres  
que han luchado para defender  
la democracia y la libertad*

This is no time for optimism  
This is no time for endless thought  
This is no time for my country right or wrong  
Remember what that brought  
[...]

This is no time for congratulations  
This is no time to turn your back  
This is no time for circumlocution  
This is no time for learned speech  
[...]

This is no time to swallow anger  
This is no time to ignore hate  
This is no time to be acting frivolous  
Because the time is getting late  
[...]

This is no time to ignore warnings  
This is no time to clear the plate  
Let's not be sorry after the fact  
And let the past become our fate

Lou Reed, *There Is No Time*

## INTRODUCCIÓN[1]

En 1986, en medio del segundo mandato presidencial de Ronald Reagan, los Dead Kennedys sacaban el que sería su último disco, *Bedtime for Democracy*, que podríamos traducir en castellano como «Hora de acostarse para la democracia». El título del álbum hacía referencia a una película cómica de principios de la década de 1950, *Bedtime for Bonzo*, protagonizada por el mismo Reagan –por aquel entonces solo un actor de películas de serie B en Hollywood– y un chimpancé llamado Bonzo. Una de las canciones del álbum, de hecho, se titulaba *Rambozo the Clown*: como en otras canciones de la banda punk de San Francisco, se ironizaba sobre el presidente republicano, comparado con un payaso que era la mezcla entre Rambo y el citado Bonzo. Con su estilo provocador, el líder de los Dead Kennedys, Jello Biafra, no solo se mofaba de Reagan, sino que ponía bajo la lupa los retrocesos democráticos que se estaban dando en el país norteamericano. Retrocesos que los de Biafra estaban también sufriendo en sus propias carnes al ser llevados a juicio por una asociación conservadora por haber incluido en su anterior disco una ilustración considerada amoral y pornográfica.

En realidad, Biafra había sacado el título del disco de una obra del ilustrador Winston Smith con quien los Dead Kennedys venían colaborando desde finales de los años setenta. En 1983, de hecho, Smith había elaborado un *collage* en el que, debajo de las palabras *Bedtime for Democracy*, un Reagan en traje y corbata apuntaba con una pistola a una masa de trabajadores rendidos que caminaban con los brazos levantados en un paisaje postapocalíptico. También la cubierta del disco de los Dead Kennedys de 1986 era una obra de Winston Smith. En ella se veía una Estatua de la Libertad humanizada que, atacada por todos lados, acababa desfigurada. Un cohete de la Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio (NASA)[2] le cegaba un ojo; una cinta le tapiaba la boca; en la nariz se le metía la Constitución de la cual salían fajos de billetes de dólares que se embolsaban unos yuppies de Wall Street; desde un helicóptero con

una esvástica pintada una mezcla de rambos y nazis le disparaban con metralletas, dejándole destrozado un hombro; desde otro helicóptero, marcado por el símbolo de los dólares y la palabra «Lies» (Mentiras), le plantaban una jeringuilla en el brazo, mientras tiraban unas cruces al aire... El mensaje era claro: la democracia estaba siendo atacada por tierra, mar y aire en la llamada *Land of Freedom* y los principios de la Constitución eran un lejano recuerdo que la derecha en el gobierno se pasaba literalmente por el forro. O que solo utilizaba para enriquecerse.

No hace falta decir que no era la primera vez ni sería la última que, tanto en Estados Unidos (EEUU) como en otras latitudes, un gobierno conservador había provocado una reacción por parte de la izquierda y, más en concreto, de artistas comprometidos con la democracia y la libertad. Para quedarnos al otro lado del Atlántico, solo un par de años antes, durante la campaña electoral que le daría la segunda victoria a Reagan, el poeta y músico afroamericano Gil Scott-Heron le había dedicado al líder republicano una ácida canción, *Re-Ron*. En aquellos años fueron muchos los artistas –desde Frank Zappa a Joni Mitchell, por mencionar solo a dos de los más conocidos– que criticaron al presidente republicano por su belicismo y su defensa de los valores ultraconservadores cristianos. A mediados de la década anterior, tras el escándalo del Watergate y los años de las presidencias de Richard Nixon, marcados por el reflujó de los movimientos de 1968 y la dura represión gubernamental en el contexto de la Guerra de Vietnam, en otra canción, titulada sintomáticamente *Winter in America*, el mismo Scott-Heron apuntaba que la Constitución ya no era nada más que «un noble pedazo de papel» y que la democracia era «un *ragtime* en la esquina». Se estaba viviendo una involución de los valores democráticos, sugería en síntesis el autor de *The Revolution Will Not Be Televised*, comparando la estación del invierno con los años en la presidencia de Nixon.

Unos años más tarde de la publicación de *Bedtime for Democracy*, Leonard Cohen titulaba una canción justamente *Democracy*. La del bardo canadiense es, como de costumbre, una letra que permite diferentes lecturas, tanto espirituales como más políticas. Pero de ella se percibía claramente un poso optimista debido a la esperanza de que la democracia habría llegado por fin a EEUU. El álbum, *The Future*, salió pocos días después de la victoria del demócrata Bill Clinton en las presidenciales de



1992. Forzando un poco la interpretación, o quizá no tanto, se deducía que durante la década larga de gobiernos republicanos –los de Reagan y George Bush padre– la democracia había brillado por su ausencia en la tierra de Abraham Lincoln.

Podríamos seguir con otros tropecientos ejemplos en la gran mayoría de los países occidentales entre la década de 1960 y el comienzo del nuevo milenio. Baste pensar aquí en las canciones o las declaraciones de cantautores y artistas del más variado tipo en la Italia de los tiempos de los ejecutivos de la Democracia Cristiana y de Silvio Berlusconi, en el Reino Unido de Margaret Thatcher, en la Francia de Charles De Gaulle y Nicolas Sarkozy o la España de José María Aznar. Para muchos el riesgo de una vuelta por la puerta trasera del fascismo y del autoritarismo o, por lo menos, de un recorte de la democracia era real.

Ahora bien, en la última década, sobre todo tras la llegada a la presidencia de EEUU de Donald Trump en 2017, estos gritos de alarma se han multiplicado. Un rápido vistazo a las principales plataformas digitales de música nos lo muestra claramente. No es solo que la democracia ya no es lo que era o no es lo que debería ser teóricamente –como apuntaba sagazmente Javier Krahe en *¡Ay, Democracia!*–, sino que su debilitamiento es cada vez más profundo y general[3]. Esos fantasmas del pasado, evocados aún con cierta sorna en los tiempos de Reagan, Thatcher, Berlusconi o Sarkozy, se han convertido en monstruos con caras y ojos que no solo recortan derechos o atacan a las clases trabajadoras para favorecer a los ricos, sino que cambian las reglas del juego democrático, no respetan la separación de poderes, destruyen el pluralismo informativo y acaban instaurando sistemas autocráticos donde la democracia, la libertad y la igualdad han, literalmente, desaparecido.

Este libro no va de canciones ni de cantautores. Su contenido tampoco tiene que ver con las preocupaciones que en los últimos setenta años los artistas o, más en general, las heterogéneas izquierdas del mundo occidental han mostrado frente a los retrocesos democráticos –reales o temidos– que se estaban viviendo cuando la derecha –una derecha que no daba golpes de Estado, ni instauraba regímenes autoritarios, vale la pena matizar– ocupaba el gobierno. El volumen que el lector tiene en sus manos va de la amenaza que representan las nuevas extremas derechas para el futuro y la mera supervivencia de los sistemas democráticos. Sé muy bien que el título

puede parecer desmedido y excesivamente pesimista, pero la cuestión que plantea está sobre la mesa: ¿se están extinguiendo las democracias? Vale la pena preguntárselo seriamente y analizarlo con detenimiento.

Este libro, pues, habla de la democracia, de sus crisis, las causas de estas y sus consecuencias, pero sobre todo se centra en uno de los actores —el principal actor, todo sea dicho— que la está amenazando, a saber, las extremas derechas a nivel global. En las siguientes páginas, consecuentemente, se hablará de su paulatino avance, su normalización, su desdiabolización, su discurso, sus políticas, sus estrategias y sus objetivos. En él he querido ampliar el análisis que he desarrollado en mi anterior monografía, *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*, abordando cuestiones que ahí había solo mencionado de pasada y otras a las cuales no le había prestado la debida atención, así como temáticas que han surgido o se han potenciado después de la publicación de ese libro. Como aquel, en este también se utilizan las herramientas de la investigación histórica con el objetivo de mostrar tanto el desarrollo de una serie de procesos en una perspectiva de *long durée*, así como la existencia de analogías y diferencias con el pasado. Junto a las herramientas históricas se utilizan también las de otras ciencias sociales, como la politología, la sociología y el derecho principalmente, así como los trabajos periodísticos, fuentes primarias imprescindibles cuando se estudia la actualidad. Como el lector puede fácilmente comprobar, se trata, pues, de un libro de historia del tiempo presente —o historia actual, si se prefiere— que debe lidiar con las dificultades de estudiar y analizar dinámicas que se están desarrollando hoy y que no sabemos cómo ni cuándo terminarán.

Si fuese cierto lo que el líder comunista chino Zhou Enlai dijo a principios de la década de 1970 sobre la Revolución francesa —«es demasiado pronto para valorarla»—, este libro no tendría sentido. Ahora bien, por un lado, Zhou Enlai jamás lo afirmó o, mejor dicho, malinterpretó la pregunta que le hicieron, pensando que querían saber su opinión sobre los acontecimientos de 1968, y no sobre la revolución de 1789. Por otro lado, no solo todo trabajo historiográfico se refleja y dialoga con el presente, sino que buena parte de la historia es también historia del tiempo presente, desde los tiempos de Tucídides que en *Las guerras del Peloponeso* estaba describiendo unos hechos que había vivido. Como apuntó acertadamente Timothy Snyder, «la historia es y debe ser pensamiento político, en el

sentido de que abre una brecha entre la inevitabilidad y la eternidad, impide que oscilemos entre una y otra, y nos ayuda a ver el instante en el que podemos cambiar la situación». En *El camino hacia la no libertad*, el historiador estadounidense se proponía «recuperar el presente para el tiempo histórico y, de esa forma, recuperar el tiempo histórico para la política. Eso significa tratar de comprender una serie de hechos interrelacionados dentro de la historia del mundo en nuestra propia época»[4]. En cierto sentido, y humildemente, este libro también tiene un propósito y unos objetivos similares.

Es menester aclarar inmediatamente que no se cree que las extremas derechas representadas por líderes como Trump, Bolsonaro, Milei, Orbán, Meloni, Le Pen o Abascal son «la causa inicial del deslizamiento de la democracia hacia la posdemocracia»; más bien, como apuntó acertadamente Carlo Galli, son un síntoma o, más precisamente, «el resultado más evidente de la crisis interior de la democracia»[5]. Dicho esto, es ya evidente que el principal riesgo para que nuestras democracias se extingan lo representan justamente las extremas derechas, ya que, en palabras de Anne Applebaum –que no es exactamente una peligrosa bolchevique–, sus líderes, que gobiernan cada vez más países, «quieren derrocar, sortear o socavar las instituciones existentes, destruir todo lo que existe»[6].

En el primer capítulo se intenta hacer un estado de la cuestión o, si se prefiere, un informe de situación de la democracia en la década de 2020. Asimismo, se proporciona una serie de consideraciones sobre lo qué es –o debería ser– una democracia y cuáles son los problemas que las democracias liberales están encontrando en las últimas décadas. El segundo capítulo se centra, en cambio, en las que he definido como *extremas derechas 2.0*. Por un lado, se abordan los dos principales debates existentes al respecto en la literatura académica y en los medios de comunicación: aquel que trata la cuestión terminológica y el que versa sobre las razones de sus éxitos electorales. En cuanto a lo primero, se muestran las diferencias de las nuevas extremas derechas respecto al fascismo histórico, la inutilidad del concepto de populismo y los riesgos relacionados con la utilización de la categoría de derecha radical. En cuanto a lo segundo, se resumen las tres principales causas que se han detectado para comprender por qué millones de personas escogen sus papeletas: las socioeconómicas, las culturales y las institucionales. Estas causas se solapan con las que explican la misma crisis

de la democracia en la actualidad, lo que refuerza la idea de que las extremas derechas son, a fin de cuentas, un síntoma de ella. Por otro lado, se muestran las características de las extremas derechas a nivel global – tanto en sus referencias ideológicas, como en sus estrategias políticas y comunicativas–, sus divergencias o peculiaridades nacionales y sus objetivos principales. Estos capítulos suponen una profundización de lo expuesto en *Extrema derecha 2.0* y, aunque los lectores de aquel libro puedan encontrar parte de lo contenido en él, se ofrece una actualización que llega hasta el verano de 2024.

En los dos siguientes capítulos se analiza la cuestión de la normalización de las extremas derechas 2.0, un proceso que ha empezado mucho antes de la victoria de Donald Trump y que debe retrotraerse por lo menos a las dos décadas finales del siglo pasado. En el tercer capítulo, se pone de manifiesto el paulatino avance electoral ultraderechista en prácticamente todos los países occidentales desde las décadas de 1980 y 1990 hasta la actualidad y la llegada en tiempos aún «insospechados» a los gobiernos nacionales o locales donde han podido empezar a aplicar sus recetas políticas, mayoritariamente en coalición con la derecha *mainstream* que no le ha hecho ascos a esta colaboración. En el cuarto capítulo, en cambio, se aborda la dimensión internacional del fenómeno, intentando ofrecer una visión panorámica de las numerosas redes globales ultraderechistas existentes. Lo que se quiere apuntar en estos dos capítulos es, en resumidas cuentas, que, por un lado, las extremas derechas se han ido normalizando hace tiempo, aunque muchos no se habían dado cuenta de ello y, por el otro, que llevan décadas organizándose internacionalmente. Por esto también debemos concebirlas como una gran familia global, superando los análisis «excepcionalistas» que ponen por delante las peculiaridades nacionales y no ven ni las analogías existentes ni las dinámicas de fondo.

Los siguientes tres capítulos se centran en algunos procesos hasta cierto punto novedosos que han cobrado centralidad en el último lustro. En el quinto capítulo, se ponen de relieve las estrategias adoptadas por las extremas derechas en Europa y su relación con las instituciones comunitarias en los últimos cuarenta años. Por un lado, se muestra su mayor capacidad para establecer relaciones sólidas, si bien siguen existiendo divergencias que impiden su definitiva unificación en un solo partido a escala europea. Por el otro, se resalta el giro estratégico que han

realizado las extremas derechas al abandonar el propósito de desmembrar la Unión Europea (UE) para adoptar el de «ocupar Bruselas». El sexto capítulo se detiene en el caso italiano que podemos considerar una especie de laboratorio político ultraderechista. Debajo de los Alpes, de hecho, no solo podemos ver claramente los éxitos del largo proceso de normalización, desdiabolización y legitimación como fuerza de gobierno de las extremas derechas –proceso comenzado a principios de la década de 1990–, sino también la capacidad para hegemonizar el espacio de la derecha convencional, unificar todas las derechas y recorrer bajo la fachada del atlantismo y un cierto europeísmo el camino marcado por Viktor Orbán en Hungría. En el séptimo capítulo, se amplía el horizonte, mostrando cómo las dinámicas italianas se pueden encontrar, con sus peculiaridades y sus matices, también en otras latitudes. Así, se analizan diferentes casos en los que las extremas derechas han llegado recientemente al gobierno o han conseguido llegar a las puertas de los ejecutivos –como en Suecia, Finlandia, Países Bajos, Argentina, Francia o España– con el objetivo de subrayar tanto su normalización, así como la radicalización de la derecha *mainstream*. Se presta consecuentemente atención a la apuesta nacionalconservadora, intentando desembrollar el nudo interpretativo existente respecto a este término; apuesta que resulta clave para conseguir el objetivo de unificar a toda la derecha.

Finalmente, el capítulo octavo se centra en el modelo institucional que las extremas derechas están construyendo: la autocracia electoral, ese espectro que está planeando como un buitre sobre unas democracias en riesgo de extinción. Aquí se cierra el círculo con lo que se ha expuesto en los primeros dos capítulos: las autocracias electorales no son ni el totalitarismo fascista ni una democracia plena. Se trata de regímenes híbridos a mitad de camino entre las democracias tal como las conocemos hoy y las dictaduras –es decir, unos sistemas que vacían desde dentro las democracias liberales, convirtiéndolas en cáscaras vacías, si bien manteniendo su apariencia–. A este respecto se analiza el modelo de éxito de autocracia electoral sustentada en una ideología ultraderechista, la Hungría orbaniana, y otros modelos aún *work in progress* como el Israel de Netanyahu, El Salvador de Bukele o la India de Modi. Por último, se ofrecen unas consideraciones para intentar dejar algo de optimismo en el lector, después de este descenso al infierno dantesco de la política posdemocrática de comienzos del tercer

milenio: una vez se ha comenzado el viaje hacia la autocratización, ¿hay vuelta atrás? Para esto se dedicarán unas páginas al caso de Polonia.

Como se ha apuntado anteriormente, los trabajos de historia del tiempo presente tienen que lidiar con procesos aún *in fieri*, de los cuales desconocemos el final. Así que es natural, en cierto sentido, que algunas de las consideraciones aquí desarrolladas muy probablemente se deberán revisar pasados unos años. Los historiadores no somos los oráculos de Delfos –tampoco lo son los politólogos ni los economistas–, así que nos es imposible prever el futuro que, como se sabe, no está escrito. Con todas nuestras limitaciones, podemos describir el pasado, más o menos lejano, entender sus procesos y sus dinámicas, mostrar lo que queda y lo que se modifica con el paso del tiempo. Y, paralelamente, intentar comprender el presente, trazar unas líneas de fondo y, como mucho, imaginar por dónde esas líneas podrían avanzar en los años venideros. Solo el tiempo, y los futuros historiadores, nos dirán en todo caso si estábamos en lo cierto. Como se suele decir, quien viva, lo verá.

\* \* \*

Un libro es siempre el fruto de las lecturas, las investigaciones, el trabajo y las ideas que ha ido desarrollando su autor. Sin embargo, es también el resultado de las conversaciones, los debates, las a veces acaloradas discusiones, las sugerencias y la ayuda de muchas otras personas. No puedo, pues, concluir esta introducción sin dejar de agradecer a quienes han contribuido, de una manera u otra, directa o indirectamente, en que haya podido escribir este libro. Obviamente, ni falta hace decir, que el único responsable de eventuales errores o imprecisiones es solo un servidor. En primer lugar, mis agradecimientos van a los compañeros y compañeras del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB), mi centro de trabajo, y del Centre d'Estudis sobre Dictadures i Democràcies (CEDID) de la misma universidad, mi grupo de investigación, así como a los y las estudiantes de las asignaturas que he impartido estos años en la UAB sobre fascismo, populismo y nuevas extremas derechas. Sus preguntas, consideraciones y críticas han sido un estímulo constante para que pudiese avanzar en las reflexiones contenidas en este libro.

En segundo lugar, quiero agradecer a los muchos historiadores y politólogos con los cuales he debatido en estos años sobre estas cuestiones en diferentes redes y proyectos de investigación o en congresos y seminarios. Nombrarlos a todos es francamente imposible, pero quiero al menos mencionar aquí a los miembros del proyecto de investigación europeo «Analysis of and Response to Extremist Narratives» (ARENAS) (Ref.: HE-101094731), coordinado por Julien Longhi, y del proyecto de investigación «La derecha en la España democrática (1977-1996). Proyectos, actuación institucional y presencia social» (Ref.: PID2020-112679GB-I00), coordinado por Pere Ysàs y Carme Molinero. Asimismo, es menester recordar el Grupo de Trabajo sobre las Extremas Derechas de la Fundación Carolina, coordinado por José Antonio Sanahuja y Pablo Stefanoni; el Observatori de Populisme Municipalista, coordinado por Gabriel Colomé y Oriol Bartomeus; la red «Authoritarian Political Practices and the Future of the Multilateral World Order» (MUDRAL); la «Research network for the study of Fascisms, Authoritarianisms, Totalitarianisms, and transitions to democracy» (REFAT) y la red «Derechas, Historia y Memoria» (DHM).

En tercer lugar, no puedo no mencionar tanto a los miembros de las revistas –*Spagna Contemporanea*, *Rivista Il Mulino*, *Política & Prosa*, *CTXT*– de cuyos consejos de redacción, verdaderos espacios de debate y crecimiento cultural, soy o he sido miembro, así como a las organizaciones de la sociedad civil que en estos años me han invitado para impartir conferencias, debates y cursos sobre el auge de las extremas derechas y la crisis de nuestras democracias. Una mención especial aquí va a Comisiones Obreras, uno de los baluartes democráticos que todavía existen en España. Y un agradecimiento sincero va a las personas que han asistido a esos encuentros, cuyas consideraciones, sugerencias y críticas, expresadas en los siempre interesantes debates, he intentado, en la medida de lo posible, incorporar a este libro.

En cuarto lugar, no puedo no mencionar a Akal, que ha creído desde el principio en este proyecto y lo ha aprobado, así como a Alejandro Rodríguez Peña, cuyo atento trabajo como editor ha sido, una vez más, imprescindible para que este libro llegase a buen puerto.

Por último, quiero agradecer a mi familia, especialmente a mi padre, que siempre me ha apoyado, y a los amigos que, además de soportarme en mis

peroratas –a menudo asociadas a cervezas, vinos, gin-tonics y muchos cigarrillos– sobre los peligros que representan las extremas derechas, me han acompañado y me siguen acompañando en este recorrido que llamamos vida. Hasta la redacción de este libro me tenía por una persona profundamente atea (en realidad, lo sigo siendo), pero sé que he tenido la suerte de contar con la paciente y dulce Afrodita, que me ha mecido en sus brazos entre una orilla y otra del Mediterráneo mientras escribía. Un agradecimiento especial va, pues, para ella.

Barcelona-Trento-Quíos, verano de 2024

---

[1] Los resultados presentados en este libro forman parte del proyecto ARENAS. Este proyecto ha recibido financiación del programa de investigación e innovación Horizon Europe de la Unión Europea en virtud del acuerdo de subvención n.º 101094731.

[2] Al final del libro, y para facilitar la lectura, se ha incluido un índice de siglas.

[3] Al respecto vale la pena volver a leer las primeras dos estrofas de *¡Ay, Democracia!* de Krahe, contenida en su álbum *Toser y cantar* de 2010: «Me gustas, Democracia, porque estás como ausente, / con tu disfraz parlamentario, / con tus listas cerradas, tu rey, tan prominente / por no decir extraordinario, / tus escaños marcados a ocultas de la gente / a la luz del lingote y del rosario. / Me gustas, ya te digo, pero a veces querría / tenerte algo más presente / y tocarte, palparte y echarte fantasía. / Te toco poco últimamente / pero, en fin, ahí estás, mucho peor sería / que te esfumaras como antiguamente».

[4] Timothy Snyder, *El camino hacia la no libertad*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018, pp. 18-22.

[5] Carlo Galli, *Democrazia, ultimo atto?*, Turín, Einaudi, 2023, p. 95.

[6] Anne Applebaum, *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo*, Barcelona, Debate, 2021, p. 27.



# CAPÍTULO I

## ¿La democracia es un arma cargada de futuro?

A mediados del siglo XX, Gabriel Celaya dejaba escrito uno de sus más bellos poemas, «La poesía es un arma cargada de futuro», cantado posteriormente por Paco Ibáñez que consiguió embellecerlo aún más con su inconfundible voz. La poesía muy probablemente seguirá siendo un arma cargada de futuro también en el siglo XXI, pero ¿también lo es la democracia? Si nos hubiésemos planteado esta misma pregunta hace tan solo un par de décadas, casi nadie hubiese tenido dudas en contestar afirmativamente. Entre la década de 1940 y la de 1990 no paraban de darse olas democratizadoras, es decir, cada vez más países de los cinco continentes se iban transformando en democracias liberales. Algunos, es cierto, podían tener algunas deficiencias –y, de hecho, las tenían– y otros, también es cierto, aún seguían siendo regímenes autoritarios, pero la tendencia parecía clara. La democracia no solo era, en la cínica y tan gastada frase de Winston Churchill, la peor forma de gobierno exceptuando a todas las demás, sino el modelo ganador y de éxito en todas las latitudes. Las imágenes de los jóvenes y no tan jóvenes de la Alemania Oriental dando martillazos contra el muro de Berlín en noviembre de 1989 son unas de las más icónicas en este sentido.

Ahora bien, en esta década de 2020 las respuestas a esa misma pregunta han cambiado: el porcentaje de los escépticos o, directamente, de los que contestarían negativamente ha crecido. La insatisfacción con la democracia y la simpatía hacia líderes fuertes han aumentado considerablemente. Así que no es tan exagerado, ni está fuera de lugar ni es fruto de un pesimismo cósmico preguntarse si las democracias son un sistema en riesgo de extinción o, directamente, si seremos la última generación que ha vivido en democracia. Efectivamente, esta posibilidad ya no es solo una idea que algún productor más o menos inspirado ha tenido para rodar otra serie distópica para Netflix, sino una cuestión que está en el centro de las preocupaciones de un número cada vez mayor de politólogos, sociólogos e

historiadores. En la última década, de hecho, los libros que hablan de la crisis de la democracia se cuentan por centenares o incluso millares a un lado y al otro del Atlántico y, si bien el enfoque puede ser más optimista o más pesimista, la gran mayoría de ellos pone de relieve que algo no funciona o se ha roto en las democracias liberales. Y que, visto lo visto, cuesta arreglarlo.

Algún lector pensará que no es para tanto. Las democracias pueden tener sus problemas, pero estos se resolverán como se han resuelto casi siempre en el pasado y, tarde o temprano, las aguas volverán a su cauce. Podrá haber, eso sí, algún retroceso democrático en algunos países de África, Asia u Oceanía. Quizás algún general, capitán o sargento desconocido podrá tomar el poder e instaurar la ley marcial en una capital cuyo nombre difícilmente nos sonará. Sin embargo, esto tampoco es una novedad. ¿Cuántos han sido los golpes de Estado en Burkina Faso, Sudán o Birmania desde que estos países consiguieron la independencia? Ese lector llegará a preguntarse si esos Estados llegaron a ser alguna vez realmente democráticos. Sin que le falte parte de razón, pensará que una cosa es lo que pasa en Afganistán o Irak —donde los intentos para exportar la democracia han fallado estrepitosamente— o en Libia y Somalia —Estados fallidos devorados por interminables guerras civiles— y otra cosa es lo que ocurre en Occidente. Ese lector continuará su reflexión diciendo que en la mayoría de los países occidentales, de hecho, vivimos en sistemas democráticos liberales, representativos y pluralistas: ¿por qué habría pues que preocuparse tanto? Los regímenes totalitarios son algo del pasado: el fascismo y el comunismo han muerto. Y las monarquías absolutas están más que enterradas. Frunciendo un poco el ceño y cansado de tantos malos presagios y gatos negros que traen mala suerte, nos dirá finalmente que convendría dejar en un cajón las paranoias y, más que importunar al personal, disfrutar de la vida, ya que lo que vivieron nuestros antepasados fue mucho peor.

La cuestión es que, más allá de las opiniones personales o de la confianza en la fuerza y la resiliencia de los sistemas democráticos, diferentes estudios nos muestran otra realidad que no encaja con lo que ese supuesto lector ha ido pensando y afirmando. Vayamos, pues, a los datos. Cada año el Instituto V-Dem, esto es, Variedades de Democracia, que se creó en 2014 en la Universidad de Gotemburgo, elabora un informe sobre la democracia

que se ha convertido en una de las principales referencias a nivel internacional ya que incluye más de 600 indicadores para poder medir el nivel de democracia existente en los diferentes países del globo y en su elaboración participan más de 4.200 académicos y expertos. En su última edición, publicada en marzo de 2024, se pone de manifiesto el proceso de desdemocratización, es decir, de erosión democrática y autocratización, que está teniendo lugar en todo el mundo desde hace algunos años. «La democracia está en declive en todo el mundo», se afirma tajantemente: «todos los indicadores utilizados [...] muestran un retroceso de los derechos y las instituciones democráticas»[\[1\]](#).

Los números hablan por sí solos. Por un lado, desde 2009 la proporción de la población mundial que vive en países autocratizantes ha ido en constante aumento, sobre todo en Europa del Este y Asia. Por otro, en 2023 el nivel de democracia que disfrutaban las personas ha descendido a los niveles de 1985, dando un paso atrás de casi cuarenta años. Por poner algún ejemplo, solo en 2023 la libertad de expresión ha empeorado en 35 países; la libertad de asociación, en 20; y las elecciones limpias, en 23. En la actualidad, pues, el 71% de la población mundial –es decir, 5.700 millones de personas–, vive en autocracias, la mayoría de tipo electoral (en 55 países) y el resto (en 33 países) de tipo cerrado; en 2003 era el 50%. Hoy solo el 29% –es decir, 2.300 millones de personas– vive en sistemas democráticos; sobre 91 países, sin embargo, 59 son democracias electorales, mientras que solo 32 son democracias liberales. Hace quince años estas eran 43. Más datos: si en 2003 había 35 países que se estaban democratizando, hoy en día son solo 18 y suponen apenas el 5% de la población mundial. En cambio, si en 2003 había «solo» 11 países que se estaban autocratizando, ahora estos son 42: se trata del 35% de la población mundial y, en un principio, la mayoría de ellos eran democracias. Además, hay otros 25 países que están cerca de comenzar un proceso de autocratización[\[2\]](#). Hablando en plata, el panorama es estremecedor.

Antes de avanzar, conviene sin embargo aclarar estas categorías y lo que implican según el Instituto V-Dem. En una *autocracia cerrada* no se convocan elecciones multipartidistas y hay una ausencia total o amplia de elementos democráticos fundamentales, como la libertad de expresión y la libertad de asociación. Unos ejemplos serían China, Irán, Afganistán o Myanmar. Hablamos pues de regímenes autoritarios *tout court*. En cambio,

en una *autocracia electoral* existen elecciones multipartidistas, pero no son ni libres ni justas y, al mismo tiempo, hay niveles insuficientes de libertad de expresión y asociación. Unos ejemplos serían, según el mismo Instituto V-Dem, Rusia, Turquía, India, Venezuela, Filipinas, El Salvador o Hungría. Finalmente, en una *democracia electoral* hay unas elecciones multipartidistas que para el ejecutivo son libres y justas y un grado satisfactorio, pero no óptimo, de sufragio, libertad de expresión y de asociación. Unos ejemplos serían Argentina, Brasil, Ecuador, Perú, pero también Austria, Grecia e Israel[3].

Cabe subrayar que el Instituto V-Dem no es ni mucho menos el único centro que en sus índices y estudios pone negro sobre blanco esta tendencia: otros informes, como los elaborados por Freedom House, muestran un panorama similar. El informe de 2021 se titulaba sintomáticamente *Democracia bajo asedio*: en él se apuntaba que en todo el mundo, durante las tres décadas y media comprendidas entre 1974 –año marcado por el fin de la dictadura de los coroneles en Grecia y la Revolución de los Claveles en Portugal– y principios de los años dos mil, los derechos políticos y las libertades aumentaron, pero desde aquel entonces vienen disminuyendo en un periodo que se ha llamado ya recesión o depresión democrática. En el informe de 2024, el panorama no había cambiado. Al contrario: «la libertad mundial se redujo por decimoctavo año consecutivo. La amplitud y profundidad del deterioro fueron extensas. Los derechos políticos y las libertades civiles se vieron reducidos en 52 países, mientras que solo 21 lograron mejoras»[4].

En resumidas cuentas, preguntarse si la democracia tiene futuro no es en absoluto un tema baladí o un pasatiempo para académicos aburridos: es algo real. Y, no hace falta ni decirlo, algo extremadamente preocupante. Ese lector escéptico que encontramos antes quizá pensará que eso había pasado también en otros periodos de la historia contemporánea. En los años de entreguerras, por ejemplo, casi toda Europa había acabado bajo las botas del fascismo y durante la Guerra Fría la Europa centro-oriental había estado dominada por el comunismo soviético. Algo similar puede decirse para muchos de los países latinoamericanos a lo largo del siglo XX. Sin embargo, añadirá nuestro lector, entre mediados de la década de 1940 y principios de la de 1990 todos los países en Europa y América se habían convertido en democracias. ¿Por qué no debería pasar lo mismo en los

próximos años? Se trataría de un momento pasajero, nada más.

Evidentemente, no podemos excluir esta posibilidad. No obstante, cabe apuntar que respecto al pasado hay al menos tres diferencias de calado. En primer lugar, hoy en día casi todos los países han «probado» durante unos cuantos años la democracia liberal. Se dirá que esto era cierto también para Europa Occidental tras la Gran Guerra, pero no podemos comparar las democracias liberales de 1919 con las de principios del siglo XXI. No solo se trataba de democracias «jóvenes», sino también, y sobre todo, de democracias en construcción y más bien elitistas, con derechos solo parciales y limitados. Para poner solo dos ejemplos: las mujeres no tuvieron derecho de voto en Francia hasta 1945 y, si miramos a la «patria» de la democracia, EEUU, la segregación racial existió hasta mediados de los años sesenta. En segundo lugar, hace un siglo el nivel de renta era mucho más bajo y las desigualdades, incomparablemente mayores: la desconfianza o la frustración con unos sistemas democráticos aún jóvenes por la incapacidad que podían demostrar para resolver un problema capital –que todo el mundo llegue a fin de mes y viva dignamente– era, digámoslo así, más comprensible. En un famoso estudio de finales de la década de 1990 Adam Przeworski demostró que es improbable que «las democracias se desplomen en países económicamente desarrollados»; más concretamente, añadía, «no existe democracia alguna en un país con un ingreso *per capita* más alto que el de la Argentina en 1976 que se haya desplomado alguna vez». Es cierto que en 2006 la democracia cayó en Tailandia aunque el ingreso era levemente mayor al argentino en tiempos del golpe de Videla, pero el patrón general, apuntaba recientemente el mismo Przeworski, «permanece inalterado»[\[5\]](#).

En tercer lugar, a diferencia del pasado, en las últimas dos décadas cada vez es más difícil que las democracias mueran por golpes de Estado o asonadas militares: lo hacen de otra forma, mucho más anodina y menos evidente. En palabras de David Runciman: el «vuelco antidemocrático ya no requiere de tanques ni de soldados ni de detenciones»; incluso, «la democracia podría caer aun permaneciendo intacta»[\[6\]](#). Según el ya citado Przeworski, «la desconsolidación de la democracia no requiere, necesariamente, violaciones de la constitucionalidad. Y los gobiernos que siguieron el camino de la autocratización gozaron de apoyo popular sostenido»[\[7\]](#). Como recuerdan Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, las

democracias pueden morir no solo a manos de hombres armados, sino también de líderes electos, presidentes o primeros ministros que las erosionan lentamente, de forma casi imperceptible: «la paradoja trágica de la senda electoral hacia el autoritarismo», afirman los dos politólogos estadounidenses, «es que los asesinos de la democracia utilizan las propias instituciones de la democracia de manera gradual, sutil e incluso legal para liquidarla»[8]. La situación que estamos enfrentado es nueva ya que ha habido varios países que han pasado de ser democracias liberales a autocracias electorales tras haber «probado» durante algunas décadas la democracia, teniendo un nivel de renta superior al de Argentina de 1976 y sin que hubiese un golpe de Estado o una asonada militar. Los casos de Hungría, Israel, India, El Salvador o, al menos hasta 2023, Polonia lo demuestran fehacientemente. Como ha apuntado Anne Applebaum, «dadas las condiciones adecuadas, cualquier sociedad puede darle la espalda a la democracia»[9]. Convendría no olvidarlo.

## ¿QUÉ ES UNA DEMOCRACIA?

Dicho esto, y antes de entrar más en la materia de cómo las extremas derechas están subvirtiendo nuestras democracias, conviene dedicar unas páginas al concepto de democracia para que nos podamos entender acerca de qué es –o de qué debería ser– una democracia. La bibliografía al respecto es infinita: no es mi intención aquí resumirla, ni desentrañar las interpretaciones que de la democracia dieron a comienzos de la época contemporánea Montesquieu, Rousseau, Madison, Tocqueville, Jefferson o Payne. Eso sí, resulta útil y necesario apuntar algunas ideas y tener en cuenta algunas distinciones.

En la teoría democrática moderna, de hecho, se suele diferenciar entre democracia procedimental o instrumental y democracia sustantiva o material. La primera se centra en los medios, es decir, el respeto de las normas que regulan la sucesión pacífica del poder. Una de las definiciones más citadas es la minimalista de Adam Przeworski, deudora en buena medida de las consideraciones de Joseph Schumpeter: «la democracia es un acuerdo político en el cual las personas deciden su gobierno mediante elecciones y cuentan con una razonable posibilidad de destituir a los gobiernos en funciones que no sean de su agrado». O, aún más

sucintamente, «la democracia es un sistema en el cual quienes están en funciones pueden perder las elecciones y, en ese caso, dejan sus cargos»[10]. En la misma línea, pero ampliando un poco más la definición y sus atributos, Tom Ginsburg y Aziz Huq consideran que la democracia debe tener «tres predicados básicos», es decir, «elecciones competitivas, derechos liberales de expresión y asociación, y [el respeto del] Estado de derecho»[11]. Se trata, simplificando un poco, de la ampliación que Robert A. Dahl hizo al minimalismo procedimental de Schumpeter: la que Dahl definía también como poliarquía debía contar no solo con elecciones libres y competitivas, sino también con los derechos y las libertades de asociación, reunión y expresión, el pluralismo o la existencia de fuentes de información alternativas. Es decir, a la competitividad debía también sumarse la inclusión[12].

Las consideraciones de Dahl nos llevan, en buena medida, a la que es la segunda definición de democracia, la sustantiva o material. Esta se centra más en los fines, esto es, un orden justo o, dicho con otras palabras, el rendimiento del sistema político y los valores que encarna. En resumidas cuentas, no se puede desvincular del concepto de democracia lo social y la igualdad, algo que según diferentes autores se daba por descontado en la época moderna: en las Revoluciones francesa y americana de finales del siglo XVIII el tema de la representación y el de la justicia social iban de la mano[13]. La democracia no viviría, pues, solo de instituciones y procedimientos, ni solo de consenso, sino también de conflictos materiales: por esto, como explicó detalladamente un constitucionalista de la talla de Luigi Ferrajoli, un sistema democrático debe garantizar no solo los derechos políticos y civiles, sino también los derechos sociales[14]. Para resumirlo, la democracia sería

el esfuerzo por hacer convivir el poder con la energía de la autoafirmación individual y colectiva (la libertad), con el intento de limitar su exceso (la igualdad), y con el objetivo de establecer las estructuras y las prácticas de una convivencia que las subjetividades puedan reconocer [...] como trabajo propio (la transparencia)[15].

Carlo Galli pone de relieve cómo este modelo de democracia es, en realidad, un hecho histórico y geográfico contingente. Solo después de 1945 la libertad se juntó a la igualdad a través del principio de la inclusión en Europa occidental y EEUU. Se trató también de una respuesta al reto que le

ponía el comunismo soviético. Nació así «la liberaldemocracia de masas multiclase, con economía capitalista y contenido social», es decir, la democracia de los llamados «treinta gloriosos» (1945-1975) o del compromiso socialdemocrático, caracterizada por la «colaboración –en el marco del Estado constitucional de derecho– de libertad individual, igualdad civil e intervención económica del Estado»[\[16\]](#). Ahondan en esta misma línea también Gabriele Pedullà y Nadia Urbinati que, a partir del caso italiano y de la Constitución de 1948, hablan de «democracia antifascista»: esta se funda en dos principios –la igualdad ante y bajo la ley, y la distribución equitativa entre todos los ciudadanos del poder político fundamental– y se basa en cuatro pilares –valores y principios, una ciudadanía activa, los partidos y el disenso y la conflictividad–[\[17\]](#).

## HACIA LA POSDEMOCRACIA

Si estas son, a grandes rasgos y de forma muy resumida y parcial, algunas de las posibles definiciones de democracia en la época contemporánea, pasemos ahora a ver cuál es el tipo de democracia en que estamos viviendo en estas décadas iniciales del siglo XXI. Muchos autores, efectivamente, retrotraen la crisis del modelo de democracia liberal occidental a la segunda mitad de la década de 1970 con el nacimiento de la que Galli llama «democracia liberista»[\[18\]](#).

A partir de 1973, la Comisión Trilateral impulsada por David Rockefeller puso sobre la mesa la idea de la insostenibilidad económica y política de la democracia del contrato social, dando así el primer golpe al modelo keynesiano. En el *Report on the Governability of Democracies* de 1975, titulado significativamente *The Crisis of Democracy*, se ponía de relieve explícitamente que el Estado de bienestar debilitaba la autoridad del Estado y que las presiones de los ciudadanos organizados eran un peligro para las instituciones democráticas. Fue en este contexto también que se impulsó con fuerza una concepción minimalista de la democracia que podía garantizar –supuestamente– la exigencia de la gobernabilidad frente a un modelo que ponía por delante «el ideal de garantizar una base socioeconómica mínima como condición para el ejercicio de una efectiva participación política»[\[19\]](#).

Llevada a la práctica por Margaret Thatcher en Reino Unido a partir de



1979 y por Ronald Reagan en EEUU dos años después, la democracia liberista –o, si se prefiere, el modelo neoliberal de democracia–, por un lado, atacó a los cuerpos intermedios, despolitizando y pulverizando a la sociedad, y, por otro, promovió la globalización de la economía a través de una combinación formada de moderación salarial, políticas deflacionistas, financiarización de la economía y libre circulación de capitales, mercancías y personas. En este nuevo modelo de democracia se perdió «la convergencia transitoria [...] entre capitalismo y democracia»: la libertad prevaleció sobre la igualdad al darse una especie de intercambio entre derechos sociales y civiles, mientras que ha sido el mercado –y no el Estado o el trabajo– quien dirigió la inclusión de los sujetos en el espacio público. Todo esto, tal como explica Galli, ha llevado a «un proceso de desdemocratización, un debilitamiento general de la forma política, que deja entrever, detrás de la permanencia de los procedimientos y de las instituciones de la democracia, la realidad de nuevas oligarquías en que el poder real lo detentan grupos económicos de enormes dimensiones»[\[20\]](#). Es lo que, hace más de veinte años, Colin Crouch llamó con acierto *posdemocracia*. En palabras del sociólogo:

Aunque las elecciones continúan celebrándose e influyendo en los gobiernos, el debate electoral es un espectáculo estrictamente controlado, conducido por grupos rivales de profesionales expertos en técnicas de persuasión y se ejerce sobre un número limitado de cuestiones seleccionadas por estos grupos. La masa de ciudadanos desempeña un papel pasivo, aquiescente, incluso apático, limitándose a reaccionar a las señales que recibe. Aparte del espectáculo de la lucha electoral, la política se decide en privado mediante la interacción entre los gobiernos electos y las elites que representan casi exclusivamente intereses económicos[\[21\]](#).

Que esta interpretación, más allá de algunos matices, sea a día de hoy compartida por una gran parte de los especialistas nos lo demuestran algunos académicos e intelectuales que hace unas décadas alababan el modelo neoliberal. Por poner solo un ejemplo, vale la pena leer lo que recientemente escribió Francis Fukuyama. Si a finales de la década de 1980 el politólogo de Chicago preveía el «fin de la Historia», ahora afirma que «los neoliberales y algunos liberales clásicos anticuados han llevado periódicamente» la idea de la intervención del Estado «a extremos desastrosos». «Gran parte de la hostilidad liberal al Estado», continua

Fukuyama, «es simplemente irracional. Los Estados son necesarios para proporcionar bienes públicos que los mercados no proporcionarían por sí mismos, de la previsión meteorológica a la asistencia sanitaria pública, pasando por el sistema judicial, la seguridad de alimentos y medicamentos y la defensa nacional». Y concluye tajantemente que «el resultado de una generación de políticas neoliberales fue el mundo surgido en la década de 2010, en el cual los ingresos agregados fueron mayores que nunca, pero la desigualdad entre países había aumentado también enormemente»[22].

Como puso de relieve Giovanni De Luna en un libro en que se preguntaba qué quedaba del siglo XX, este proceso reforzó «una concepción tecnocrática de la democracia» basada en un «exasperado pragmatismo eficientista». Paralelamente, apuntaba el historiador italiano, se difundió «la convicción de que la democracia representativa no era ya eficaz para gestionar una modernidad cuyos problemas son tan complejos que desencadenan una especie de rechazo instintivo de las reglas democráticas en quienes buscan atajos hacia soluciones simples, inmediatas y unilaterales»[23]. Con el tiempo, pues, la democracia representativa, considerada lenta e ineficaz, se ha debilitado fuertemente y se le ha contrapuesto una «democracia inmediata»: la decretación de urgencia en respuesta a eventos considerados emergencias –como el terrorismo, las guerras o las crisis ambientales, humanitarias o sanitarias– se ha convertido en la regla general hasta el punto de abusar con frecuencia de ella. Esta «política de la emergencia» ha conllevado consecuentemente un proceso de verticalización de los poderes de los Estados con la pérdida de peso de los Parlamentos, la creciente personalización de la política y el debilitamiento de las instituciones y administraciones públicas[24]. El «emergencialismo» ha comportado una normalización de procedimientos excepcionales y no democráticos: siguiendo una vez más a Galli, «el Estado de derecho, parlamentario y democrático –es decir, la forma institucional de la democracia liberal–, conservado como una cáscara casi vacía también por la democracia liberista, se ha convertido, mediante el emergencialismo, en un Estado administrativo y un Estado securitario»[25].

Además, ante esta dinámica, la participación política de la ciudadanía ha pasado en buena medida a mejor vida. Se ha hablado de democracia de audiencia o, incluso, de «democracia zombie», entendiendo con ello una realidad en la que los ciudadanos no son nada más que meros

espectadores[26]. Por esto, Runciman ha hablado de una «crisis de madurez» de la democracia, cuya muerte «se dilatará por tiempo indefinido»[27]. Los cambios de las últimas décadas que se resumían anteriormente han sido tan paulatinos y difusos que la percepción de vivir en un sistema democrático supuestamente aún «pleno» es asumida por la mayoría de las personas. En palabras de Levitsky y Ziblatt:

El desmantelamiento de la democracia se inicia de manera paulatina. Para muchos ciudadanos, al principio puede resultar imperceptible. Al fin y al cabo, se siguen celebrando elecciones, los políticos de la oposición continúan ocupando escaños en el Congreso y la prensa independiente sigue publicándose. La erosión de la democracia tiene lugar poco a poco, a menudo a pasitos diminutos. Cada uno de esos pasos, por separado, se antoja insignificante: ninguno de ellos parece amenazar realmente la democracia[28].

Según Runciman, esto puede comportar que «cuando la democracia se termine, probablemente nos sorprenderá la forma en que lo hará. Puede que ni siquiera notemos que está ocurriendo, porque nos estaremos fijando en otros aspectos o en otras cuestiones»[29]. Runciman, que, aunque no lo parezca, es optimista, pone de relieve otra cuestión especialmente importante, a saber, el hecho de que el atractivo de la democracia moderna radicaba en la capacidad de proporcionar beneficios a largo plazo para toda la sociedad y, al mismo tiempo, de dar voz a los ciudadanos individuales. Ahora, en cambio, tras la fase de democracia liberista (o neoliberal) con el aumento de las desigualdades y el debilitamiento de la participación política, este atractivo se ha reducido considerablemente: las propuestas de lo que define como «autoritarismo pragmático» del siglo XXI pueden tener un cierto o un notable éxito al prometer beneficios personales (en vez de colectivos) y dignidad colectiva (en vez de personal)[30]. Putin, Modi u Orbán lo demuestran con creces.

Pedullà y Urbinati definen este retroceso de la democracia hacia formas autoritarias como una «democracia afascista»: esta se basaría en la idea de una democracia minimalista y antisocialdemocrática y su mayor enemigo sería la igualdad social y política. Se trataría de una «forma de autocracia electiva» que tendría cuatro características principales. En primer lugar, la democracia afascista es «avalorial» porque se identifica únicamente con las decisiones, no modifica las jerarquías sociales y concibe el disenso

como un obstáculo y la ciudadanía como una función plebiscitaria. En segundo y tercer lugar, es hipermayoritaria y clientelar: entiende la democracia como gobierno sin restricciones de quien tiene la mayoría y como «plebiscito de una clase política que gobierna a través de la exposición mediática del líder». Finalmente, es «aconfliktual» al rechazar la política como arte del conflicto y al tachar «como caos y desorden todo proyecto de contestación y cambio que no sea impulsado por los vértices o el centro del sistema»[31]. El gobierno de Giorgia Meloni en Italia lo representaría perfectamente según estos dos autores.

Como ponían de relieve Runciman o Przeworski, estas autocracias electivas o electorales –concepto sobre el cual volveremos en el capítulo octavo– se establecen no a través de golpes de Estado, sino a partir de «tácticas constitucionales duras», en palabras de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, es decir, a través del abuso de los vacíos legales, el uso indebido de las disposiciones constitucionales, la aplicación selectiva de la legislación o el *lawfare*[32]. En su análisis del caso de EEUU, los dos politólogos norteamericanos mencionan, por ejemplo, la aprobación de leyes electorales restrictivas por parte de 26 Estados gobernados por los republicanos entre 2013 y 2021 o el *gerrymandering* –es decir, la reconfiguración de las circunscripciones electorales para favorecer el partido en el gobierno y así construir «mayorías fabricadas»–, adoptado como plan nacional por el Partido Republicano en 2010 con el Redistricting Majority Project[33]. Efectivamente, como ha apuntado Przeworski, «las democracias no incluyen mecanismos institucionales que las salvaguarden de ser subvertidas por gobiernos debidamente elegidos que observen las normas constitucionales». El politólogo polaco habla, pues, de una «subversión sigilosa»: «el sigilo es un proceso en el cual un gobierno adopta ciertas medidas, ninguna de las cuales es inconstitucional o antidemocrática de manera ostensible, que se acumulan de modo tal que socavan la capacidad de la oposición para destituir a ese gobierno o impedir que incremente su discrecionalidad en la elaboración de políticas»[34]. A todo esto hay que añadir lo que Levitsky y Ziblatt llaman el riesgo de la «tiranía de la minoría»: además del clásico riesgo de la tiranía de la mayoría subrayado por la teoría democrática moderna, puede darse también el riesgo contrario. En EEUU, de hecho, según los dos autores, las instituciones contramayoritarias concebidas a finales del siglo XVIII –especialmente el

Colegio Electoral, el Senado, el Tribunal Supremo— junto a prácticas como el filibusterismo conllevan unos riesgos antidemocráticos reales[35].

Levitsky y Ziblatt añaden un elemento de especial relevancia en esta operación de destrucción de la democracia llevada a cabo por políticos convencionales que no tienen la necesidad de dar golpes de Estado, esto es, el factor de la «semilealtad» de políticos que no son ultras, para utilizar una expresión coloquial. Los dos autores recuperan aquí el concepto de «demócratas leales» planteado por Juan José Linz, es decir, esos políticos de derecha o izquierda que respetan cuatro normas básicas: expulsar a los extremistas antidemocráticos de sus filas; cortar los vínculos con grupos aliados que incurran en conductas antidemocráticas; condenar sin ambigüedades la violencia política y las conductas antidemocráticas; y, cuando resulta necesario, unir fuerzas con partidos rivales y prodemocráticos para aislar y derrotar a los extremistas antidemocráticos. Al no respetar estas normas básicas, los «demócratas semileales» se convierten así en los cómplices de los asesinos de la democracia y desempeñan un papel crucial en el colapso de los sistemas democráticos, ya que no solo normalizan las fuerzas antidemocráticas, sino que «les da[n] aliento y puede que incluso las radicalice[n]»[36]. Como veremos en la segunda parte de este libro, la mayoría de los miembros de la derecha *mainstream* en las últimas décadas pueden catalogarse de demócratas semileales al haberse aliado con formaciones de extrema derecha, al haber minimizado sus actitudes y prácticas antidemocráticas, y al haber adoptado su discurso —llegando incluso a no condenar episodios de violencia política—. El caso de los republicanos estadounidenses tras el asalto al Capitolio del 6 de enero de 2021 es la prueba más fehaciente de ello. Pero, lamentablemente, no es la excepción, sino la regla en estos tiempos nuevos y salvajes que estamos viviendo.

---

[1] Instituto V-Dem, *Informe sobre la Democracia 2024. La democracia gana y pierde en las urnas*, marzo de 2024, p. 9, disponible en [[https://www.v-dem.net/documents/46/V-Dem\\_DR\\_2024\\_Spanish.pdf](https://www.v-dem.net/documents/46/V-Dem_DR_2024_Spanish.pdf)], consultado el 18 de agosto de 2024.

[2] *Ibid.*, pp. 6-18.

[3] *Ibid.*, p. 12.

[4] Véanse Freedom House, *Freedom in the World 2021: Democracy Under Siege*, marzo de 2021, disponible en [[https://freedomhouse.org/sites/default/files/2021-02/FIW2021\\_World\\_02252021\\_FINAL-web-upload.pdf](https://freedomhouse.org/sites/default/files/2021-02/FIW2021_World_02252021_FINAL-web-upload.pdf)] y, de la misma organización, *Freedom in the World 2024: The Mounting Damage of Flawed Elections and Armed Conflict*, marzo de 2024, p. 3, disponible en [[https://freedomhouse.org/sites/default/files/2024-02/FIW\\_2024\\_DigitalBooklet.pdf](https://freedomhouse.org/sites/default/files/2024-02/FIW_2024_DigitalBooklet.pdf)].

[5] Adam Przeworski, *Las crisis de la democracia. ¿Adónde pueden llevarnos el desgaste institucional y la polarización?*, Madrid, Clave Intelectual-Siglo XXI, 2022, pp. 53 y 57.

[6] David Runciman, *Así termina la democracia*, Barcelona, Paidós, 2019, p. 45 y 12.

[7] Przeworski, *Las crisis de la democracia*, cit., p. 19.

[8] Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *Cómo mueren las democracias*, Barcelona, Ariel, 2018, p. 16.

[9] Applebaum, *El ocaso de la democracia*, cit., p. 22.

[10] Przeworski, *Las crisis de la democracia*, cit., p. 28.

[11] Tom Ginsburg y Aziz Huq, «How to Lose a Constitutional Democracy», *UCLA Law Review* 65/1 (2018), p. 83.

[12] Véase Robert A. Dahl, *La poliarquía. Participación y oposición*, Madrid, Tecnos, 2009.

[13] Véase Sofia Näsström, *The Spirit of Democracy. Corruption, Disintegration, Renewal*, Oxford, Oxford University Press, 2021.

[14] Véase Luigi Ferrajoli, *La democrazia costituzionale*, Bolonia, Il Mulino, 2016.

[15] Galli, *Democrazia, ultimo atto?*, cit., p. 4.

[16] *Ibid.*, pp. 19 y 51.

[17] Gabriele Pedullà y Nadia Urbinati, *Democrazia afascista*, Milán, Feltrinelli, 2024, pp. 15-33.

[18] Galli, *Democrazia, ultimo atto?*, cit., pp. 72-92.

[19] Pedullà y Urbinati, *Democrazia afascista*, cit., pp. 26-29.

[20] Galli, *Democrazia, ultimo atto?*, cit., pp. 86 y 91. Véase, también, Martin Wolf, *La crisis del capitalismo democrático. Por qué el matrimonio entre democracia y capitalismo se está diluyendo y qué debemos hacer para solucionarlo*, Barcelona, Deusto, 2023.

[21] Colin Crouch, *Postdemocrazia*, Bari-Roma, Laterza, 2003, p. 6. Del mismo autor, véase también *Combattere la postdemocrazia*, Bari-Roma, Laterza, 2020.

[22] Francis Fukuyama, *El liberalismo y sus desencantados. Cómo defender y salvaguardar nuestras democracias liberales*, Barcelona, Deusto, 2022, pp. 42 y 44.

[23] Giovanni De Luna, *Che cosa resta del Novecento*, Turín, UTET, 2023, p. 174.

[24] Leonida Tedoldi, «La democrazia in tempo di crisi», *Rivista Il Mulino* 526 (2024), pp. 162-171. Véanse también las consideraciones desarrolladas al respecto en Ilvo Diamanti y Marc Lazar, *Popolocrazia. La metamorfosi delle nostre democrazie*, Bari-Roma, Laterza, 2018.

[25] Galli, *Democrazia, ultimo atto?*, cit., p. 119.

[26] Véanse, respectivamente, Bernard Manin, *Principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza, 1998 y Runciman, *Así termina la democracia*, cit., p. 61.

[27] Runciman, *Así termina la democracia*, cit., pp. 13 y 18.

[28] Levitsky y Ziblatt, *Cómo mueren las democracias*, cit., p. 95.

[29] Runciman, *Así termina la democracia*, cit., p. 11.

[30] *Ibid.*, pp. 204-206.

[31] Pedullà y Urbinati, *Democrazia afascista*, cit., pp. 92-135. Las citas en las pp. 11, 119 y 132.

[32] Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *La dictadura de la minoría. Cómo revertir la deriva autoritaria y forjar una democracia para todos*, Barcelona, Ariel, 2024, pp. 61-70. La cita en la p. 70.

[33] *Ibid.*, pp. 122-151 y 198-200. La cita en la p. 199.

[34] Przeworski, *Las crisis de la democracia*, cit., pp. 197 y 203.

[35] Levitsky y Ziblatt, *La dictadura de la minoría*, cit., pp. 162-190.

[36] *Ibid.*, pp. 51-60. La cita en la p. 60. Véase también Levitsky y Ziblatt, *Cómo mueren las democracias*, cit., pp. 31-43.

## CAPÍTULO II

### ¿Qué son las extremas derechas 2.0?

Tras este breve informe sobre la situación de la democracia a principios del siglo XXI, centrémonos ahora en las extremas derechas. Como se sabe, se han vertido ríos de tinta al respecto en las últimas dos décadas hasta el punto de que es ya una misión imposible poder mencionar no todos, sino tan solo una parte de los libros y los artículos académicos que se han escrito al respecto. Para que se hagan una idea, el politólogo Kai Arzheimer, que lleva años estudiando esta cuestión, ha contabilizado más de 1.440 publicaciones científicas sobre las extremas derechas en Europa occidental solo en lengua inglesa[1]. Otro dato significativo: según *The New York Times*, se publicaron más de 1.200 libros sobre Donald Trump durante los cuatro años de su presidencia. Muchos de ellos son seguramente prescindibles, pero es otra muestra de la cantidad abultada de lo publicado al respecto[2].

Ahora bien, cuando se habla de las extremas derechas, nos encontramos delante de dos grandes cuestiones que han dado pie a interminables debates. La primera de ellas se relaciona con la definición de este fenómeno. La segunda, en cambio, con las causas que explican el avance de las extremas derechas. Centrémonos en la primera. A menudo se repite que ha vuelto el fascismo. Todavía en marzo de 2024, en *The New Yorker*, el periodista Andrew Marantz daba prueba de ello, reseñando *Did It Happen Here? Perspectives on Fascism and America*, un volumen colectivo, editado por Daniel Steinmetz-Jenkins, que reunía textos de diferentes historiadores, politólogos y periodistas. Sintomáticamente, y de forma provocadora, Marantz tituló su artículo «Por qué no podemos dejar de discutir sobre si Trump es fascista»[3]. En el libro editado por Steinmetz-Jenkins, uno de los ensayos incluidos es el de Umberto Eco sobre el *fascismo eterno* o *Ur-fascismo*. La tesis del intelectual italiano, planteada a mediados de la década de 1990 en una conferencia impartida precisamente en EEUU, ha tenido una notable circulación en tiempos recientes, sobre todo tras la llegada de



Trump a la Casa Blanca. Según Eco, para que se pueda crear la que él llama una «nebulosa fascista» sería suficiente la presencia de al menos una de las catorce características que presenta en su breve texto, entre las cuales menciona el culto a la tradición, el miedo al Otro o el llamamiento a las clases medias frustradas[4].

De forma similar a Eco, el historiador Luciano Canfora ha criticado vehementemente la tesis de que el fascismo habría muerto. Según él, el fascismo sigue vivo porque su núcleo duro sería «el supremacismo racista en cuanto punto de llegada de la constante exaltación de la nación considerada como “comunidad natural”»[5]. ¿El fascismo, pues, no ha muerto? Además de Trump, ¿son también Bolsonaro, Milei, Meloni, Le Pen, Abascal, Orbán y, por qué no, Putin unos fascistas del tercer milenio? La cuestión puede parecer uno de los clásicos debates académicos que poco impacto tienen en la vida real. Al fin y al cabo, se preguntarán algunos, ¿qué más da? Sin embargo, la cuestión no es baladí porque si no sabemos definir un fenómeno político o no nos ponemos de acuerdo sobre cómo llamarlo, jamás podremos entenderlo y, por ende, combatirlo[6].

## LLAMAR A LAS COSAS POR SU NOMBRE

Entendámonos: no cabe ninguna duda de que estas nuevas extremas derechas son, hoy en día, la mayor amenaza existente a los valores democráticos y a la misma supervivencia de las democracias liberales. Ahora bien, no resulta apropiado mirarlas con las gafas del fascismo. En primer lugar, porque es históricamente incorrecto. En segundo lugar, porque no las entenderíamos. Como reconocía el historiador británico Roger Griffin, «el término fascismo sufrió una inflación semántica y, cuanto más lo usaba la gente, su valor como concepto se devaluaba más, como una divisa sin valor»[7]. Como apuntó otro historiador, el italiano Emilio Gentile, «el fascismo es el único fenómeno político al cual se le atribuye una extraordinaria capacidad mimética, la vocación de volver camuflado con otros ropajes». Según Gentile, la tesis del *fascismo eterno* de Eco es una consecuencia de la banalización del fascismo que, por un lado, ha convertido ese concepto en un insulto y un sinónimo del «mal absoluto» y, por otro, ha comportado una especie de ahistoriología «en la que el pasado histórico se va adaptando continuamente a los deseos, esperanzas y temores

actuales»[8].

Como se sabe, los historiadores vienen debatiendo desde hace décadas sobre el fascismo de los años de entreguerras. Sin embargo, aún no se ha llegado a un consenso mínimo, aunque ha habido valientes intentos en más de una ocasión: sigue habiendo, pues, posiciones distintas y distantes. Por un lado, ¿todos los regímenes y los movimientos autoritarios de derecha de las décadas de 1920 y 1930 fueron fascistas? Basta echar un vistazo rápido a los libros publicados sobre el régimen de Franco en España, el de Salazar en Portugal, el de Horthy en Hungría o la misma Francia de Vichy para percatarse de que hay quienes los consideran fascistas, quienes los califican de parafascistas, quienes los ven como fascistizados y quienes sencillamente los señalan de autoritarios. Por otro lado, no es fácil encontrar una definición aceptada *urbi et orbi* del fascismo. Abran un puñado de diccionarios o enciclopedias y se darán cuenta de ello. Hay quien lo considera un sistema político, quien se decanta por una ideología y quien lo define como una conducta política. Ya en la década de 1990, Griffin intentó llegar a una definición de mínimos de lo que llamó el *Fascismo genérico*: el fascismo, escribió, es «una ideología política cuya esencia mística, en sus distintos cambios, es una forma palingenésica de ultranacionalismo populista»[9]. Quizá una de las definiciones más completas es la que proporcionó unos años más tarde el historiador norteamericano Robert O. Paxton:

Se puede definir el fascismo como una forma de conducta política caracterizada por una preocupación obsesiva por la decadencia de la comunidad, su humillación o victimización y por cultos compensatorios de unidad, energía y pureza, en que un partido con una base de masas de militantes nacionalistas comprometidos, trabajando en una colaboración incómoda pero eficaz con elites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue con violencia redentora y sin limitaciones éticas o legales objetivos de limpieza interna y expansión exterior[10].

En síntesis, lo que el mismo Gentile llama *fascismo histórico* –es decir, el movimiento político que nació en Italia en 1919 y se expandió en Europa en las dos décadas siguientes hasta ser derrotado militarmente por los Aliados en 1945– no fue solo un movimiento político ultranacionalista, racista y xenófobo. El fascismo tenía también otras características nucleares que no encontramos en las extremas derechas de la actualidad, como el ser un

partido milicia con fuerzas paramilitares, el totalitarismo como forma de gobierno, el imperialismo como proyecto de expansión militar, la utilización de la violencia como una herramienta política legítima, el encuadramiento de la población en grandes organizaciones de masas o el presentarse como una revolución palingenésica y una religión política[11].

Esto no significa que no existan elementos de continuidad entre los fascismos de hace un siglo y las extremas derechas de la actualidad. Si estos elementos de continuidad están más o menos presentes, o son más o menos fuertes dependerá de cada caso nacional, de los orígenes de los diferentes partidos políticos ultraderechistas y de las culturas políticas existentes en cada país, además de su transformación. Sin embargo, el fascismo fue (también) otra cosa. En caso contrario, todo lo que huele a nacionalismo reaccionario, racismo y autoritarismo sería fascismo. ¿Por qué no llamamos, pues, fascista ya al nacionalismo imperialista de finales del siglo XIX? No era ni democrático, ni progresista, ni respetaba los derechos humanos de las poblaciones de los demás continentes, tan convencido de «la carga» que «el hombre blanco» llevaba encima, es decir, su «necesaria» misión de civilización de los pueblos «salvajes» de África, Asia o América. Y ¿por qué, si me apuran, no llamamos incluso fascistas a las monarquías absolutas del siglo XVIII? Mucho de democrático no tenían, hablando en plata. Si hiciésemos así, quizá nos quedaríamos a gusto con nuestra conciencia –o posiblemente ni eso–, pero no solo crearíamos una categoría tan amplia en la cual podría entrar casi todo lo que huele a casposo –una categoría, pues, completamente inútil desde el punto de vista heurístico–, sino que no entenderíamos los elementos nucleares de la ideología fascista y la novedad que representó en la Europa de la primera posguerra, además de su fuerza innovadora.

Pero, atención, aunque no se pueda identificar el fascismo con las actuales extremas derechas, esto no significa que aquel haya muerto, como afirma Canfora con razón. Una ideología no puede morir. Lo ha explicado en más ocasiones el mismo Griffin, según el cual la era fascista terminó en 1945, con la derrota del Eje en el segundo conflicto mundial, pero en las décadas posteriores la ideología fascista habría mostrado una gran «vitalidad y adaptabilidad» para sobrevivir en unos «hábitats muy tóxicos». Habrían surgido, pues, una serie de nuevas formas, tácticas y estrategias para «permitir que el nacionalismo revolucionario se adapte a una era

esencialmente posfascista», como la grupuscularización, la internacionalización, la metapolitización y la virtualización. Esta evolución se habría hecho visible en diferentes formatos como «el partido seudodemocrático; grupos paramilitares y violentos sin partidos; redes internacionales político-culturales o virtuales en busca de una “tercera posición” o “tercera dirección” entre el capitalismo y el bolchevismo [...]; la rehabilitación del nacismo a través del revisionismo histórico y la apuesta de la Nueva Derecha por el resurgimiento cultural metapolítico»[12]. Ahora bien, los partidos, movimientos o grupúsculos neofascistas y neonazis que siguen existiendo en la actualidad son, por lo general, ultraminoritarios. Piénsese, sin ir más lejos, en CasaPound Italia, cuyos militantes se autodefinen como los «fascistas del tercer milenio», o los grupos neonazis de redes internacionales como Blood & Honour. Esto no quiere decir que se deba infravalorarlos, ya que son extremadamente peligrosos: pueden llevar a cabo acciones terroristas y pueden tener una influencia que va más allá de los restringidos círculos de sus activistas. Sin embargo, no podemos meter todo en el mismo saco.

Junto al de fascismo, hay otro obstáculo conceptual que dificulta sobremanera la capacidad de entender las nuevas extremas derechas. Me refiero al concepto de populismo. El debate al respecto ha sido interminable en las últimas dos décadas y aún no se ha llegado a un consenso sobre lo que es el populismo, más allá de haberlo convertido en una especie de cajón de sastre en el que meter todo lo que no encaja con las ideologías políticas tradicionales. Quizá la más conocida definición del populismo es la que proporcionó el politólogo neerlandés Cas Mudde hace un par de décadas. Según él, el populismo es «una ideología delgada, que considera a la sociedad dividida básicamente en dos campos homogéneos y antagónicos, el “pueblo puro” frente a la “elite corrupta”, y que sostiene que la política debe ser la expresión de la voluntad general (*volonté générale*) del pueblo»[13]. Otros especialistas, en cambio, más que de ideología, prefieren hablar de estrategia o estilo políticos. En palabras de Kurt Weyland, por ejemplo, el populismo es «una estrategia política mediante la cual un líder personalista ejerce el poder gubernamental a través del apoyo directo, no mediado y no institucionalizado de una masa heterogénea»[14]. Mientras que, según Pierre Ostiguy, el populismo es una especie de «ostentación de lo “bajo”», es decir, un estilo político que incluye un

enfoque sociocultural (formas de hablar, vestir) y un enfoque político-cultural (formas de liderazgo, modos de decisión política) relacionado con el pueblo[15]. Como apuntó Enzo Traverso, más que un sustantivo, deberíamos considerar el populismo un adjetivo: al no disponer de un corpus doctrinal no se trataría, pues, de una ideología, sino de un procedimiento retórico que consiste en exaltar las virtudes «naturales» del pueblo para movilizar a las masas contra el sistema[16].

Añádase que estamos viviendo una fase en que el populismo lo empapa todo. Si tanto Milei como el presidente izquierdista colombiano Gustavo Petro o el expremier centrista italiano Matteo Renzi son populistas, ¿de qué nos sirve este concepto? O, dicho con otro ejemplo, si los tres principales candidatos a las presidenciales francesas de 2022 –Emmanuel Macron, Marine Le Pen y Jean-Luc Mélenchon– han sido definidos como populistas, ¿cómo podemos entender las diferencias ideológicas y las diferentes culturas políticas presentes en el país galo? Como en el caso del fascismo eterno, volveríamos a tener una categoría tan amplia como absolutamente inútil. De hecho, en estos años, se ha hablado de populismo de derechas, de izquierdas y de extremo centro, así como de nacionalpopulismo o populismo reaccionario, tecnopopulismo –en referencia tanto a la tecnología como a la tecnocracia–, telepopulismo o, incluso, cyberpopulismo. Podríamos seguir con las diferentes y a veces esperpénticas variaciones de este término, pero diría que esta estrategia no nos ayudaría a entender mejor la realidad política.

A veces, se han establecido líneas de continuidad entre fascismo y populismo. Según el historiador Federico Finchelstein, tras la Segunda Guerra Mundial el populismo se transformó de movimiento en la oposición, es decir, un *populismo incompleto*, en un *populismo moderno* al llegar por primera vez al gobierno con Juan Domingo Perón en Argentina. Según Finchelstein, pues, el populismo estaría «genética e históricamente ligado al fascismo. Se podría sostener que es su heredero: un posfascismo para tiempos democráticos, que combina un compromiso limitado con la democracia y que presenta impulsos autoritarios y antidemocráticos». Dicho de otro modo, el populismo vendría a ser «una reacción posfascista contra el liberalismo y la izquierda»[17]. Más recientemente, en un breve ensayo titulado justamente *Fascismo e populismo*, el escritor Antonio Scurati, autor de la monumental y aclamada biografía novelizada de Benito

Mussolini, consideraba al dictador italiano no solo como «el inventor del fascismo», sino también como quien ideó «aquella praxis, comunicación y liderazgo político que hoy en día llamamos populismo soberanista». Según Scurati, consecuentemente, Mussolini habría violentado Italia con el fascismo de las camisas negras y, al mismo tiempo, la habría seducido con el populismo[18]. Como apuntan Gastón Souroujon y Cecilia Lesgart, las fronteras entre populismo y fascismo se desdibujan fácilmente, teniendo como consecuencia que «el fascismo se convierte en un tipo extremo de populismo o el populismo se convierte en uno de los atributos del fascismo»[19]. Seguimos, pues, entre tinieblas.

Tras este breve repaso de los debates acerca de fascismo y populismo, podría parecer que nos hemos quedado sin palabras para entender el mundo tras el fin de las grandes ideologías. Algo que nos muestra también la utilización del prefijo *post-* para definir casi cualquier cosa: desde las culturas políticas y las ideologías hasta las corrientes filosóficas y artísticas o incluso las épocas históricas. He aquí un pequeño ejemplo: posmarxismo, poscomunismo, posfascismo, posmaterialismo, posverdad, postindustrial, Posguerra Fría... Como apuntó Emilio Gentile, «vivimos hoy en una época sin creatividad lingüística, solo hablamos de *post* [...]. Creo que vivimos en una época incapaz de comprender los nuevos fenómenos y que, al no saber interpretarlos, utiliza el prefijo *post*. Somos la era del post-algo»[20]. Dicho todo esto, y volviendo al nudo gordiano del populismo, es más correcto quizá considerarlo como la marca de la época en la cual vivimos y convendría hablar, como apuntaron Marc Lazar e Ilvio Diamanti, de «pueblocracia»[21]. Resumiendo, las extremas derechas utilizan las herramientas retóricas y lingüísticas del populismo –como lo hacen, dicho sea de paso, la gran mayoría de los actores políticos–, pero el populismo de por sí no nos ayuda a definir las ni a entenderlas.

Ahora bien, seguimos sin haber resuelto el enigma inicial. Si ni fascismo ni populismo nos ayudan a entender a los partidos o movimientos políticos liderados por Trump, Milei, Bolsonaro, Kast, Meloni, Le Pen, Orbán o Abascal, ¿qué concepto deberíamos utilizar? Hay quien habla de nacionalpopulismo y quien se decanta por posfascismo, lo que no nos permite, al fin y al cabo, superar los escollos conceptuales mencionados anteriormente[22]. El término que quizás ha tenido más recorrido es el de *derecha radical*, al cual en general se añade la coletilla de *populista*. Se

trata, en realidad, de la importación de un concepto acuñado en EEUU en la década de 1960 para definir fenómenos marcados por un fuerte anticomunismo y el tradicionalismo moral, como el macartismo o la John Birch Society, que representaban una reacción conservadora a la hegemonía política y cultural del New Deal rooseveltiano[23]. Tras su importación en Europa, el término sufrió una serie de transformaciones y se adaptó al contexto de nuestro continente.

Una de las definiciones más citada es la de Cas Mudde, uno de los mayores expertos sobre este tema. El politólogo neerlandés propone hablar de *ultraderecha*, una macrocategoría –que «no es singular, sino plural»– en la cual entrarían tanto la *extrema derecha* como la *derecha radical*. Según Mudde, ambas se oponen al consenso liberal de posguerra, pero tienen unas posturas distintas a propósito de la democracia. La primera sería esencialmente antidemocrática al rechazar la esencia misma de la democracia, esto es, al negar «la soberanía popular y el principio de la mayoría». La segunda, en cambio, sería solo «antiliberaldemócrata», es decir, «acepta la esencia de la democracia, pero se opone a elementos fundamentales de la democracia liberal, y de manera muy especial, a los derechos de las minorías, al Estado de derecho y a la separación de poderes». Consecuentemente, la primera sería revolucionaria, mientras la segunda sería reformista. Y solo la derecha radical puede ser populista porque, según Mudde, el populismo es, al menos teóricamente, prodemocrático[24].

Esta propuesta parecería haber encontrado la cuadratura del círculo. Sin embargo, es problemática. En primer lugar, ¿es correcto definir con el mismo adjetivo –radical–, como si existiese una especie de simetría, a las formaciones de la nueva ultraderecha y a las de izquierda como Podemos, Syriza, el Frente Amplio chileno o la Francia Insumisa? Personalmente, creo que es un error: más allá de las filias y las fobias que se puedan tener, la izquierda radical critica a los sistemas liberales existentes, centrándose sobre todo en la hegemonía del modelo neoliberal y las cuestiones económicas, pero no pone en discusión las conquistas y los derechos democráticos garantizados por estos mismos sistemas. Incluso Francis Fukuyama pone de relieve que las «amenazas al liberalismo no son simétricas. La procedente de la derecha es más inmediata y política; la de la izquierda es fundamentalmente cultural y, por tanto, de acción más lenta».

A lo cual añade que políticos considerados de izquierda radical como Bernie Sanders «no abogan por la abolición de la propiedad privada ni por una vuelta a la planificación central; a lo que aspiran es a una forma de socialdemocracia muy expansiva que ha sido probada, con diferentes grados de éxito, en otras sociedades liberales»[25]. Más bien, la izquierda llamada radical pide una ampliación y profundización de aquellos derechos, junto a una disminución de las desigualdades. En segundo lugar, hay otro elemento a tener en cuenta que es fundamental. Como apunta Beatriz Acha Ugarte, «¿podemos concebir una democracia no pluralista? ¿Podemos calificar de democráticas –aunque no en su “versión liberal”– a fuerzas que, en su tratamiento del “otro” (inmigrante, extranjero), muestran su desprecio al principio democrático de igualdad?»[26]. Al defender una «ideología de la exclusión» incompatible incluso con la versión procedimental de la democracia y al poner en cuestión la misma existencia del Estado de derecho, según Acha Ugarte deberíamos ser «cautos» en considerarlas formaciones democráticas. En caso contrario, y muy probablemente sin quererlo, acabaríamos, al fin y al cabo, blanqueándolas.

Quizá no iba tan desencaminado Piero Ignazi cuando en un estudio pionero publicado a mediados de la década de 1990 trazaba una distinción entre los partidos que definía como de «extrema derecha tradicional» o neofascistas y aquellos de la «extrema derecha postindustrial» que definía también como «nueva extrema derecha». Entre los primeros, que representarían los intentos para reciclar algunas formas de fascismo histórico, ponía el Movimiento Social Italiano (MSI) o el Frente Nacional británico. Los segundos, en cambio, representarían una extrema derecha *modernizada* que apareció a partir de finales de los años setenta, como el Frente Nacional (FN) francés, el Partido de la Libertad Austriaco (FPÖ), los Republicanos alemanes o el Partido del Progreso danés. Se trataría de formaciones que expresaban y explotaban los miedos y las angustias que la globalización y la construcción europea habían causado entre los ciudadanos de la Europa occidental, junto a una protesta antifiscal y un sentimiento de inseguridad alimentado por la xenofobia en contra de los inmigrantes[27].

¿POR QUÉ LA GENTE VOTA A LAS EXTREMAS DERECHAS?



La segunda de las cuestiones a la cual se hacía referencia al comienzo de este capítulo tiene que ver con las causas del avance electoral de las extremas derechas. Hablando en plata, ¿por qué millones de personas escogen sus papeletas? Cuando Trump ganó las elecciones en 2016, hubo encendidos debates para entender cómo demonios fue posible que, en la que todavía sigue siendo la primera superpotencia mundial, casi 63 millones de personas votaran a un personaje tan impresentable. Como se sabe, Hillary Clinton consiguió unos 3 millones de votos más, pero la victoria de Trump en los *swings states* (Estados pendulares) le permitió obtener la mayoría de los delegados en el Colegio Electoral y poder sentarse así durante cuatro años en el despacho oval de la Casa Blanca. Se trataba principalmente de Estados de tradición demócrata como Indiana, Michigan, Ohio y Pensilvania, situados en el llamado Rust Belt (literalmente, cinturón del óxido), que se extiende por la cordillera de los Apalaches y los Grandes Lagos. Su nombre se debe a que se trata de una zona que a partir de la década de 1980 ha sufrido un profundo proceso de desindustrialización tras la época dorada del sector del acero, el automóvil y la minería.

Se empezó, pues, a hablar de que Trump había ganado sobre todo por haber sido capaz de atraer el voto de la clase trabajadora y se hizo popular la expresión *forgotten men* (hombres olvidados). Según el sociólogo Marco Revelli, los *forgotten man* serían aquellos que, por su situación material, tendrían la percepción de «haber caído fuera del relato colectivo» y haberse convertido en invisibles, buscando frenéticamente a alguien «que pueda representar su inseguridad». Consecuentemente, se empezó a hablar también de «revuelta de las periferias» y «fibrilación de los márgenes», cuyas consecuencias serían «una especie de rencoroso desapego y hostilidad hacia las elites de gobierno y los actores institucionales»[\[28\]](#).

Algunos de estos análisis, sin embargo, perdían de vista que Trump había ganado también porque había movilizado al electorado tradicional de los republicanos, que lo apoyó a pesar de que le desagradara como candidato. El perfil tipo de este votante sería el de un hombre blanco, de más de 45 años, de clase media o alta, protestante y residente en entornos rurales, el llamado WASP (White Anglo-Saxon Protestant, esto es, Blanco Anglosajón Protestante) para simplificar. Otros especialistas, de hecho, se centraron sobre todo en este sector de su electorado y prefirieron explicar su victoria por la división campo-ciudad o centro-periferia y por la reacción a los

cambios socioculturales por parte de los sectores conservadores, especialmente vinculados al resentimiento racista y el rechazo de la inmigración[29]. Frente al sintagma de *forgotten men* empezó a circular, pues, otra expresión que luego se trasladó rápidamente también al continente europeo, la de *angry white men*, traducible como hombres blancos cabreados.

Académicamente, el término tuvo una cierta visibilidad un par de años antes de la victoria de Trump gracias al libro del sociólogo Michael Kimmel, pero ya durante la campaña de 2016 apareció con frecuencia en la prensa para hablar de la base trumpista. Incluso fue reivindicado por parte de algunos *influencers* que apoyaban al *tycoon*, como el periodista conspiracionista ultraconservador Wayne Allyn Root[30]. La expresión, en realidad, no era del todo nueva, aunque en el pasado se habían preferido otros términos. De hecho, a partir de la entrada en escena del Tea Party, durante las presidencias de Obama, se mezcló, yuxtapuso y confundió cada vez más con otras palabras que llevaban décadas o incluso siglos circulando en EEUU como *rednecks* (cuellos rojos), *white trash* (escoria blanca) o *hillbillies* (paletos)[31]. Es cierto que estos términos, a diferencia de *angry white men*, habían tenido históricamente no solo una carga peyorativa, sino una connotación clasista en referencia a la población blanca pobre de áreas rurales, pero todas tenían en común el rechazo a la igualdad racial. Como apuntó Kimmel, a todos ellos «cualquier acercamiento a la igualdad» les parecía «una derrota catastrófica».

Ahora bien, como algunos especialistas pusieron de manifiesto, la victoria de Trump se debía en realidad a ambas razones, es decir, tanto a la capacidad de movilizar al electorado republicano tradicional, así como a la capacidad de conquistar una parte de las clases trabajadoras blancas. En el primer caso supo tocar su fibra haciendo un llamamiento a sus sentimientos de inseguridad cultural, mientras que en el segundo apelaba a sus sentimientos de inseguridad socioeconómica[32]. Los *forgotten men*, en síntesis, eran los perdedores de la globalización no solo en el sentido específicamente económico, sino también cultural. La decisión de Trump de elegir a J. D. Vance como candidato a vicepresidente en las elecciones de 2024 representa el intento de buscar nuevamente, ocho años más tarde, el voto de esos hombres olvidados. La biografía de Vance, que condensó en el superventas *Hillbilly, una elegía rural*, le cae como anillo al dedo al *tycoon*

neoyorquino. Además, al ser una historia de éxito le permite personificar el sueño americano, conectándolo con su eslogan: «Make America Great Again». En el discurso de aceptación de la nominación a la vicepresidencia en la convención republicana de Milwaukee, Vance lo resumió perfectamente: «Crecí en Middletown, Ohio. Una pequeña ciudad donde la gente decía lo que pensaba, trabajaba con sus manos y amaba a Dios, a su familia, a su comunidad y a su país con todo su corazón. Pero también fue dejada de lado y olvidada por la clase dirigente de EEUU en Washington»[33].

Ya antes de la victoria de Trump, *The Economist* escribió que la nueva división política estaría entre los globalistas (*open*) y los que quieren levantar muros (*closed*), mientras que David Goodhart trazó una línea entre las personas cosmopolitas que son de «cualquier lugar» (*anywhere*) y las que son de «algún lugar» (*somewhere*), esto es, más arraigadas y que priorizan los vínculos de grupo y valoran la seguridad que no sienten frente a incertidumbres y cambios[34]. Asimismo, como ha pasado a menudo en el caso de victorias electorales de políticos o partidos antisistema, ha habido quien ha hablado también de voto protesta y ha puesto la lupa sobre cuestiones como la desconfianza de la ciudadanía hacia las instituciones y los partidos tradicionales. La pregunta de fondo que hay que hacerse aquí es si estos factores son excluyentes. Dicho con otras palabras: ¿y si, más sencillamente, se trató de todo ello al mismo tiempo?

Según muchos especialistas, una de las causas que explica el voto a las extremas derechas en todo Occidente es, efectivamente, el aumento de las desigualdades así como el debilitamiento del Estado de bienestar, el achicamiento de la clase media y la ruptura del ascensor social, que habrían empujado a una parte del electorado a escoger la papeleta de partidos que critican el orden existente[35]. Un informe de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) señalaba que «la desigualdad de ingresos en los países de la OCDE se encuentra en su nivel más alto del último medio siglo» y que «la incertidumbre y el miedo al declive social y la exclusión han llegado a las clases medias de muchas sociedades»[36]. Cansados de las recetas económicas neoliberales –recetas compartidas tanto por el centroderecha como por el centroizquierda en las últimas tres décadas–, muchos ciudadanos, frustrados y resentidos, habrían probado suerte votando a alguien que nunca había gobernado y que les

prometía que les defendería y se preocuparía por ellos. De hecho, en su discurso tras la victoria en las elecciones presidenciales de 2016, Trump proclamó que «los hombres y las mujeres olvidados de nuestro país ya no lo serán más».

Para arrojar luz sobre esta cuestión, merece la pena acudir a los datos. Según el *Informe sobre la Desigualdad Global 2018* elaborado por el World Inequality Lab y coordinado, entre otros, por el economista francés Thomas Piketty, el 1% de la población con mayores ingresos a escala global recibió el doble de ingresos que el 50% más pobre. Los datos son estremecedores, pero lo son aún más si nos fijamos en la tendencia histórica del último medio siglo: los más ricos se han hecho casi dos veces más ricos de lo que eran en 1980, mientras que los más pobres se han hecho casi dos veces más pobres[37]. Según Anne Mary Brady, en las economías occidentales «las décadas posteriores a 1990 trajeron consigo una mayor desigualdad dentro y entre los países que las dos décadas anteriores». En EEUU, donde las desigualdades han crecido más que en Europa, «el 10 y el 5% de los que más ganan se han llevado casi todos los aumentos de productividad e ingresos». Es decir, mientras que entre 1979 y 2013 los salarios más altos han aumentado el 41%, los salarios medios lo han hecho tan solo del 6% y los más bajos han caído un 5%[38]. Aún más escalofriante es otro dato, el de la relación entre el salario medio de los directores ejecutivos y el de los empleados: entre 1998 y 2016 en Reino Unido la relación pasó desde 48 a 1 hasta 129 a 1, mientras que entre 1980 y 2016 en EEUU pasó desde 42 a 1 hasta 347 a 1[39]. En el caso de España, un estudio realizado en 2020 por las fundaciones Felipe González y COTEC, *Atlas de oportunidades*, a partir del seguimiento de 2,7 millones de jóvenes, muestra que los hijos de los hogares que eran ricos en 1998 ganan en la actualidad 5.000 euros anuales más que los de los hogares pobres. La brecha, en síntesis, se ha agrandado por doquier[40].

Asimismo, la desindustrialización y la deslocalización de empresas, provocadas por la globalización neoliberal, han supuesto la pérdida de muchos puestos de trabajo estables y bastante bien remunerados en una coyuntura marcada por altos niveles de crecimiento económico. Esto ha comportado la aparición de una nueva clase social: el precariado. En Europa, entre 2008 y 2018 el trabajo precario aumentó un 20%, provocando un empeoramiento de las condiciones de vida porque, como debería ser

evidente, la flexibilización laboral, aunque haya sido presentada como un avance, en realidad «ofrece menos protección a los trabajadores y menos previsibilidad en términos de ingresos y horas de trabajo»[41]. Como ha puesto de relieve el economista Guy Standing, esto conlleva también «tener un estatus que no ofrece ningún sentido de carrera profesional, ningún sentido de identidad ocupacional segura y ningún derecho, o muy escasos». Además, no permite tener el derecho «a los beneficios estatales y empresariales que varias generaciones de los que se veían a sí mismos como pertenecientes al proletariado industrial o a los asalariados habían llegado a esperar como algo que les correspondía»[42]. Efectivamente, en palabras de Martin Wolf, «la pérdida de empleos industriales ha significado también la pérdida de un modo de vida»[43].

Además, prácticamente ha desaparecido el ascensor social y la movilidad absoluta de renta: más de nueve de cada diez estadounidenses nacidos en 1940 ganaban más que sus padres a los treinta años de edad, mientras que solo uno de cada diez estadounidenses nacidos en 1980 ganaba más que sus padres con esa misma edad[44]. En síntesis, las perspectivas de vivir un futuro mejor que el que vivieron nuestros padres se han reducido mucho: según un sondeo de Ipsos, el 58% de los ciudadanos de la UE considera que sus hijos vivirán peor que ellos[45]. Es cierto que a veces se trata también de percepciones, pero, como se sabe, las percepciones influyen notablemente en la manera en la que vemos el mundo y en cómo votamos. Noam Gidron y Peter A. Hall, de hecho, consideran que la ansiedad de estatus social es una de las causas del aumento del voto a formaciones ultraderechista[46].

Es evidente que para entender estos cambios debemos remontarnos a la victoria de la contrarrevolución neoliberal protagonizada por Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Su llegada a los gobiernos de Londres y Washington entre 1979 y 1981 puso fin a los «treinta gloriosos» marcados por la hegemonía del modelo keynesiano que se había adoptado tras la Segunda Guerra Mundial. Ese programa de protección social universal planteado ya en medio del conflicto por el británico William Beveridge, conocido coloquialmente como «de la cuna a la tumba», ya no era compartido por todo el espectro político. Si perdemos de vista el impacto del modelo neoliberal, no entenderíamos lo que pasa en la actualidad. Como subrayó Donald Sassoon, la ruptura de «esa solidaridad casi generalizada»

representada por el Estado de bienestar ha influenciado a partir del siglo XXI el sistema de partidos, favoreciendo el voto a flautistas de Hamelin a lo Trump, Salvini y Milei[47].

Ténganse en cuenta, además, otros dos elementos. Por un lado, el declive del fordismo implicó la afirmación de nuevas formas de organización productiva que conllevaron la reducción y la dispersión en el territorio de la presencia de la clase obrera industrial. Por otro, el proceso de globalización sin reglas de la economía y liberalización de los mercados –marcado por la financiarización de la economía, las concentraciones empresariales, las privatizaciones, la deslocalización de las empresas y la precarización del trabajo– que comenzó en los años ochenta, junto a las transformaciones tecnológicas de la llamada cuarta revolución industrial, ha tenido como consecuencia a medio y largo plazo también un debilitamiento de la soberanía política. Encontraríamos aquí el trilema que planteó hace más de una década Dani Rodrik: no puede haber al mismo tiempo hiperglobalización económica, soberanía nacional y democracia, sino solo dos de estos elementos[48]. El matrimonio entre capitalismo y democracia se habría diluido, pues, porque «la economía no proporciona la seguridad y la prosperidad compartida que esperan amplios sectores de nuestras sociedades»[49]. Como apunta Wendy Brown, aunque es indudable que el neoliberalismo por sí mismo no «causó la insurgencia de la derecha dura en el Occidente contemporáneo, o que todas las dimensiones del presente [...] pueden ser reducidas al neoliberalismo», también es cierto que «la racionalidad neoliberal preparó el terreno para la movilización y la legitimación de feroces fuerzas antidemocráticas en la segunda década del siglo XXI»[50].

La segunda causa que explica el auge de la ultraderecha es lo que se ha denominado *cultural backlash*, es decir, una reacción cultural de tipo autoritario ante el cambio generacional de valores. Según Eric Kaufmann, «el populismo de derechas tiene poco que ver con la economía, más bien surge en gran medida del cambio étnico causado por la inmigración, que perturba la seguridad existencial de los blancos conservadores y defensores del orden»[51]. En las últimas cuatro décadas, nuestras sociedades se han transformado paulatinamente en multiculturales y muchas reivindicaciones puestas bajo la etiqueta de posmaterialistas se han convertido en derechos, desde el divorcio y el aborto hasta la igualdad de género y el matrimonio

homosexual o el ecologismo y el animalismo[52]. Ya a finales de los años setenta, Ronald Inglehart habló al respecto de una «revolución silenciosa»: las nuevas demandas aparecidas durante la década de 1960 estaban provocando una profunda renovación de los valores dominantes caracterizada por un fortalecimiento del individualismo en la construcción de la identidad personal[53]. A largo plazo, esto habría conllevado una reacción por parte de sectores de la población que ven amenazada su posición en la sociedad, sus privilegios e incluso su identidad. De ahí, pues, que voten a partidos que rechazan la inmigración, critican lo que consideran excesos progresistas y defienden la familia tradicional. Algo que demostraría, como ha explicado Yascha Mounk, que aún no existe una democracia realmente inclusiva: este «gran experimento» sería el reto que debemos afrontar en el siglo XXI[54].

Sin embargo, volviendo al caso norteamericano, Marco Revelli no separa esta reacción cultural del tema de las desigualdades económicas. Más bien, vincula estos dos elementos bajo la idea de que muchos ciudadanos tienen una sensación de privación relativa. Hablando de los electores trumpistas, por ejemplo, el sociólogo italiano escribió que

cada uno de ellos –también entre los *middle* y los *upper class*– percibe haber perdido algo: su primacía de hombre, una parte de su renta, no importa lo alta que fuese, su estatus social, el reconocimiento de su trabajo, el respeto por la propia fe, su país y su papel en el mundo, su potencia, su hegemonía... No solo de haberlo perdido: de haber estado privado de ello. Por parte de otros: las elites, los poderes financieros y los bancos, el pantano de Washington, los gais y las lesbianas y los transgénero, las estrellas de Hollywood famosas y derrochadoras, los latinos que comen en sus jardines, los negros que dejan botellas vacías en las calles, los musulmanes que tienen más fe que ellos, los jeques árabes que se compran sus ciudades y financian a asesinos...[55].

Esta sensación de pérdida y esta reacción cultural la representa muy bien el resentimiento hacia la izquierda y el progresismo, culpables, según el votante ultraderechista, de destruir las sociedades occidentales, empezando por la familia, y de imponernos cómo tendríamos que hablar y qué tendríamos que comer. Lo afirmó muy claramente el senador republicano por Misuri, Josh Hawley, trumpista de tomo y lomo:

La izquierda predica su propio evangelio, un credo de interseccionalidad, de liberación

de la tradición, de la familia, del sexo biológico y, por supuesto, de Dios. Consideran la fe de nuestros padres como una cadena que hay que romper. Consideran nuestra herencia moral común como motivo de arrepentimiento. En lugar de la Navidad, quieren el Mes del Orgullo. En lugar de rezar en las escuelas, veneran la bandera trans. Diversidad, equidad e inclusión son sus lemas, su nueva santísima trinidad[56].

Es algo que, con matices más o menos religiosos, se puede leer cada día en X –la antigua Twitter– o escuchar en algún vídeo de TikTok. Esta sensación de agravio se suele dirigir contra la que se ha definido como dictadura *progress* o *woke*, de lo políticamente correcto o del pensamiento único. Un ejemplo entre muchos lo ofreció el actor Sylvester Stallone. Después de haber sido criticado por una frase pronunciada por un personaje que interpretaba en una película, Stallone afirmó que «el contenido políticamente correcto y LGTBQ es basura que [...] solo busca complacer a una minoría ruidosa y ofender a la mayoría silenciosa». Para Stallone, lo *woke*, es decir, el «despertar» en defensa de los derechos de las minorías, no sería nada más que lo que le dicen «un grupo de madres de mentalidad hippie y sus maridos débiles y sumisos» respecto a lo que puede o no puede hacer en el set con su equipo[57]. Más allá de que sean multimillonarios, como el actor que protagonizó películas de éxito como *Rocky* y *Rambo*, o sean *rednecks* o *white trash*, es decir, blancos pobres de Oklahoma, Utah o Montana, este *backlash* es un resentimiento que «experimentan quienes se sienten desposeídos de su estatus dominante, y que aspiran a tomarse la revancha para restablecer la jerarquía del anterior *statu quo*»[58].

Los estudios sobre el auge de las extremas derechas mencionan también una tercera macrocausa que podríamos poner bajo el paraguas conceptual de crisis de las democracias liberales. Para pasar de lo abstracto a lo concreto, conviene fijarse en tres palabras que nos ayudan a entender de qué estamos hablando: desconfianza, desalineamiento y atomización. Por un lado, los niveles de desconfianza hacia los partidos políticos y las instituciones democráticas han aumentado de forma exponencial en las últimas décadas. Excepto en el caso de la policía, el ejército, la escuela y la salud pública, es difícil encontrar otras instituciones que tengan la confianza de más de la mitad de la población en todos los países occidentales. En el caso de los gobiernos y los parlamentos, la desconfianza suele superar el 70 o incluso el 80%. Dicho de otra forma, en muchos países no hay ni dos



personas sobre diez que dicen confiar en las principales instituciones democráticas. Los partidos políticos suelen estar aún más abajo en este listado: a veces más del 90% de la población dice desconfiar de ellos. Por otro lado, el vínculo de lealtad entre electores y partidos se ha debilitado fuertemente: respecto a la segunda mitad del pasado siglo, hay mayor volatilidad electoral, es decir, desalineamiento y, consecuentemente, realineamiento electorales[59]. Al mismo tiempo, también ha aumentado el llamado no-alineamiento, es decir, la abstención electoral que de media se ha incrementado en los países democráticos entre el 10 y el 15%. A este doble fenómeno, estrechamente conectado, podemos añadir otras dos tendencias evidentes desde finales del siglo XX: el aumento de la polarización y la percepción de que los políticos tradicionales no se preocupan por lo que piensa la gente común. Por último, debido a los cambios tecnológico y el impacto del modelo neoliberal vivimos en sociedades cada vez más atomizadas y deshilachadas.

La cuestión de los partidos es especialmente importante al ser uno de los cuerpos intermedios cruciales para que una democracia liberal pueda funcionar y prosperar. Ya es una obviedad afirmar que el modelo de partido de masas *novecentesco* y las mismas ideologías que habían marcado la época contemporánea están viviendo una profundísima crisis. Junto a los sindicatos, también muy debilitados respecto al pasado, los partidos canalizaban las demandas y las reivindicaciones de los ciudadanos, desempeñando un papel de válvula de escape o de correa de transmisión entre territorios e instituciones. Utilizando una metáfora, podríamos ver los partidos como unas especies de diques que evitan el desbordamiento de los ríos: canalizan el agua, también cuando hay fuertes corrientes o tormentas, y limitan los riesgos de inundaciones. Como apunta Carlo Trigilia, en los años del modelo fordista «las estructuras de representación (partidos y sindicatos) permiten canalizar de forma democrática las demandas de una extensa clase de asalariados con una fuerte homogeneidad de condiciones de trabajo y de vida, y consecuentemente más fácilmente organizable y movilizable»[60]. Aquellos partidos, arraigados en el territorio, con secciones en cada barrio y en cada pueblo y con centenares de millares de militantes, se han convertido en la sombra de la sombra de lo que eran, siempre que no hayan desaparecido o hayan sido sustituidos por organizaciones «ligeras» o *brands* –marcas– que ya no consiguen, y a

menudo ni quieren ni pueden, neutralizar los discursos populistas. A veces, por mantenerse a flote o por su misma razón de ser, necesitan cabalgarlos o impulsarlos. Para hacernos una idea clara, entre la década de 1950 y la de 1980, formaciones políticas como el Partido Comunista Italiano, el Partido Socialdemócrata Alemán o el Partido Conservador británico tenían más de un millón de afiliados cada uno y en algunas etapas incluso más de dos o tres millones. En la actualidad, los cinco principales partidos italianos no suman en conjunto ni medio millón de afiliados, mientras todos los partidos británicos tienen un total de poco más de 800.000 afiliados. Según diferentes estudios, hace una década el promedio de afiliados a partidos políticos sobre el total del electorado no llegaba ni al 5% en la mayoría de los países europeos[61].

De hecho, criticando el grado de validez limitada de las explicaciones económicas, Ignacio Sánchez-Cuenca considera que la razón principal del auge de las que define como «fuerzas *antiestablishment*» se encuentra justamente en «un fallo en el vínculo representativo: el proceso de intermediación propio de la representación política queda en suspenso». Los motivos de este fallo serían principalmente la corrupción, los incumplimientos de las promesas realizadas o las incoherencias ideológicas y la colusión entre los partidos tradicionales que dejan sin representación demandas que cuentan con un cierto apoyo entre la población. Además, esta profunda crisis de representación se enmarca en un contexto global de «cuestionamiento de las instancias clásicas de intermediación social» por «una combinación de causas tecnológicas (relativas a la digitalización) y culturales (relativas al individualismo)». Es decir, tanto los partidos, que deberían mediar entre los ciudadanos y el Estado, así como los medios de comunicación, que deberían ser «los intermediadores en la esfera pública», han perdido su «autoridad social». Esta desarticulación de las instancias de intermediación comportaría, según Sánchez-Cuenca, la creación de «democracias inmediatas» en las que los partidos y los medios no «son capaces de ordenar y estabilizar el espacio político»[62].

En resumidas cuentas, nuestras sociedades se han deshilachado —proceso acelerado, sin duda, por los cambios tecnológicos—, los partidos políticos ya no cumplen con la función de correa de transmisión entre territorios e instituciones, los sindicatos tienen enormes dificultades para adaptarse a una realidad plenamente posfordista y la desconfianza de la ciudadanía

sigue en aumento. En sociedades tan atomizadas donde la confianza hacia los partidos políticos y las instituciones parece haber desaparecido y donde hay una profunda crisis de representación política no resulta descabellado imaginar que parte del electorado opte por partidos que dicen querer reventarlo todo. O que, como mínimo, se oponen al *establishment* y critican el funcionamiento de democracias que consideran lentas, ineficaces o desconectadas de la voluntad del pueblo.

A estas tres causas, podríamos añadir una cuarta que tiene que ver, aún más si cabe, con las percepciones de la población y con una poderosa emoción: el miedo[63]. La demanda de protección y seguridad ha aumentado en un mundo líquido que cuesta entender. ¿Qué será dentro de diez años de mi empleo con la Inteligencia Artificial? ¿Qué pasará en nuestros barrios si siguen llegando migrantes de otros continentes? ¿Qué será del modelo de familia en el que muchos se han criado si se permite adoptar hijos a parejas homosexuales o se acepta la fluidez de los géneros? ¿Qué quedará de nuestras relaciones sociales en los tiempos de la realidad virtual con proyectos como el del Metaverso? A su manera, las extremas derechas saben ofrecer seguridad y protección a mucha gente que vive con miedo y temor ante lo que nos puede deparar el futuro, ofreciendo respuestas sencillas a problemas complejos. Obviamente, esto no significa que las respuestas que ofrece sean realistas, eficaces o, mucho menos, ética y moralmente aceptables. Pero las ofrece. Y una parte de la población, preocupada, frustrada, desorientada, desconcertada por lo que está pasando y, desde luego, resentida con quienes han gobernado hasta ahora, acaba por convicción, cansancio o falta de alternativas comprando ese relato o probando, como de otra marca de detergente se tratase, si la solución que ofrecen funciona, ya que las otras han fracasado.

Las razones dependerán siempre del lugar y del momento: no hay, obviamente, una regla fija. En un municipio en que han cerrado las principales fábricas que daban empleo a los ciudadanos, para ser probablemente deslocalizadas en China o India, o en un país cuyo gobierno ha aplicado duras medidas de recortes, posiblemente pesará más el aumento de la desigualdad y la falta de expectativas en el futuro. En una región que ha visto crecer de forma espectacular la inmigración o en un país que ha aprobado una serie de legislaciones muy avanzadas sobre los derechos civiles, quizá pesará más la cuestión de la llamada reacción cultural.

Mientras que en un país en que ha habido un sinfín de escándalos de corrupción que han involucrado a los partidos tradicionales o en que algunas fuerzas políticas han implosionado, posiblemente una parte de los electores se decante por la papeleta de formaciones de extrema derecha por la razón que hemos puesto debajo del paraguas de la crisis de la democracia liberal. Muy probablemente, sin embargo, estas diferentes razones no son excluyentes, sino que se yuxtaponen y se complementan.

Veamos algunos ejemplos. ¿Ha sido solo la inmigración lo que explica que en las elecciones de abril de 2019 Vox se convirtiese de repente en el primer partido en El Ejido (Almería) con más del 30% de los votos, cuando solo tres años antes no llegaba ni al 1%? ¿O quizás ha sido un conjunto de factores, desde el tema del rechazo a la inmigración —que ha aumentado exponencialmente en el municipio— pasando por la cuestión de la unidad de España hasta la reacción de una parte del electorado conservador a los escándalos de corrupción que habían golpeado el Partido Popular (PP)? ¿Fue solo el rechazo a la inmigración proveniente del sur de Italia lo que explicó el avance espectacular de la Liga Norte (LN) en las elecciones regionales de Lombardía en 1990, cuando se convirtió en la segunda formación más votada rozando el 19% de los votos? O, también en este caso, ¿deberíamos tener en cuenta toda una serie de elementos, como, entre otros, las primeras señales de una crisis económica que explotaría poco después y el creciente hastío de la población hacia los partidos tradicionales? ¿Ha sido solo la grave crisis económica y los altísimos niveles de inflación lo que explican la victoria de Javier Milei en las presidenciales argentinas de 2023? O, como en los casos mencionados anteriormente, ¿deberíamos ampliar el horizonte y evitar explicaciones monocausales, incorporando al análisis factores como los altos niveles de corrupción del sistema político, los abultados niveles de desconfianza de la población hacia las instituciones, el agotamiento del peronismo, el impacto no solo económico, sino también psicológico de la crisis pandémica y el rechazo de un sector de la población a los avances en igualdad de género, representados por la legalización del aborto en 2020? Como suele pasar, las cosas son siempre más complejas de lo que parecen.

De hecho, como ha explicado Yascha Mounk, la democracia liberal ha entrado en crisis porque se han disipado las contingencias históricas que le habían permitido asentarse. Es decir, un crecimiento económico, el de la

posguerra mundial, que redujo las desigualdades y permitió un aumento generalizado del nivel de vida; unos medios de comunicación moderadores del debate nacional que operaban como barreras a la difusión de ideas extremas; y una composición étnicamente homogénea de las sociedades occidentales que evitaba que la cuestión de la identidad nacional cobrase centralidad en la competición política[64]. La triple crisis económica, política y migratoria y sus consecuencias, junto a la profunda transformación de los medios de comunicación tradicionales –y el desdibujamiento de su papel de *opinion makers*– por el auge de internet y las redes sociales hicieron saltar por los aires este equilibrio. Y favorecieron o impulsaron el voto a formaciones ultraderechistas.

## EXTREMAS DERECHAS 2.0

Intentemos poner un poco de orden. Por un lado, hay una gran confusión sobre cómo llamar a estas formaciones políticas. Por otro, se da una serie de causas que explican los avances electorales de la ultraderecha tanto a un lado como al otro del Atlántico, por más que haya obvias particularidades nacionales o regionales. Se repite, por ejemplo, que el contexto europeo y el latinoamericano no son comparables. ¿Convendría, pues, mantener separados los análisis y, consiguientemente, las definiciones de este fenómeno? ¿Que haya algunas diferencias o que entre las causas que expliquen su auge electoral haya alguna peculiaridad nacional invalide la posibilidad de pensar y utilizar un concepto a escala global? ¿No sería en todo caso útil forjar una macrocategoría lo suficientemente elástica para incluir todas estas formaciones políticas, sin que por esto pierda su capacidad heurística? A partir de estas consideraciones, he propuesto la definición, un tanto provocadora si se quiere, de *extremas derechas 2.0*.

Con este concepto, en plural para subrayar su heterogeneidad, en primer lugar, se quiere remarcar que los Trump, las Le Pen, los Milei, las Meloni y los Orbán son un fenómeno distinto al fascismo histórico y que, si bien existen elementos de continuidad, más o menos marcados según el país, hay una serie de elementos radicalmente nuevos respecto al pasado. En segundo lugar, el concepto de *extremas derechas 2.0* nos permite resaltar el papel crucial que las nuevas tecnologías han tenido en su auge: estas formaciones políticas han entendido antes y mejor que los demás las potencialidades de

internet y las redes sociales para viralizar su discurso y, consecuentemente, hacerse más aceptables y normalizarse. En tercer lugar, se quiere subrayar que, más allá de algunas divergencias, son más las cosas que todas estas formaciones políticas comparten, tanto desde el punto de vista de las referencias ideológicas como desde el punto de vista de las estrategias políticas y comunicativas, respecto a los elementos que tienen como diferencias. En cuarto y último lugar, este concepto nos permite mostrar que estamos hablando de una gran familia global. De hecho, no solo sus líderes y dirigentes se conocen y mantienen relaciones con cierta frecuencia, sino que existe una tupida red transnacional de asociaciones, fundaciones y *think tanks* que ha permitido estrechar estos vínculos y que trabaja incansablemente desde hace años para elaborar una agenda común.

El tema de las redes globales ultraderechistas se profundizará en otro capítulo de este libro, pero para aclarar a lo que hago referencia me remito a dos acontecimientos recientes. El primero tuvo lugar el 10 de diciembre de 2023, cuando Javier Milei tomó posesión como presidente de Argentina. Para la ocasión se desplazaron a Buenos Aires el premier húngaro Viktor Orbán, el exmandatario brasileño Jair Bolsonaro, el líder republicano chileno, José Antonio Kast, el mexicano Eduardo Verástegui, la uribista colombiana María Fernanda Cabal y el líder de Vox Santiago Abascal, entre otros. Si bien hasta la fecha jamás un premier húngaro había viajado a Buenos Aires para una toma de posesión de un presidente argentino, la presencia de Orbán estaba justificada al ser un presidente de gobierno. Pero la de los demás no, al no ocupar ningún cargo institucional en sus países. Viajaron a Buenos Aires para celebrar la victoria de uno de los «suyos»<sup>[65]</sup>.

El segundo acto se celebró unos cinco meses más tarde, el 18 y el 19 de mayo de 2024 en Madrid. En el Palacio de Vistalegre, Vox y el partido de los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR) organizaron la cumbre Europa Viva 24, el acto central de su campaña electoral para los comicios europeos del siguiente mes de junio. Participó la *crème de la crème* de la ultraderecha mundial: desde Marine Le Pen a los ya citados Milei, Abascal, Kast y Orbán, pasando por el polaco Mateusz Morawiecki, el portugués André Ventura, la italiana Giorgia Meloni, los trumpistas Roger Severino y Matt Schlapp o el ministro israelí del gobierno de Netanyahu, Amichai Chikli. Severino es el vicepresidente de la Fundación Heritage, mientras que Schlapp es el presidente de la Unión Conservadora Americana y el

principal animador de la Conferencia de Acción Política Conservadora: estamos hablando de tres de las principales asociaciones y *think tanks* ultraderechistas que operan a escala global. Más allá de ser miembros de distintos partidos políticos europeos –ECR e Identidad y Democracia (ID), renombrado pocas semanas después Patriotas por Europa (PfE)– y más allá de ser líderes políticos, presidentes de asociaciones o *influencers*, todos ellos compartieron el mismo espacio, repitieron a grandes rasgos las mismas ideas y se abrazaron efusivamente[66].

En la macrocategoría de *extremas derechas 2.0* entraría, pues, toda una serie de formaciones que son miembros de los grupos en el Parlamento de Estrasburgo de ECR, PfE y Europa de las Naciones Soberanas (ESN), más alguna formación que se encuentra en las mismas coordenadas pero que no ha encontrado acomodo en estos tres grupos, así como las organizaciones del movimiento identitario internacional. Es decir, desde Vox y Se Acabó La Fiesta en España hasta la Reagrupación Nacional (RN) lepenista y Reconquista de Zemmour en Francia, desde las húngaras Fidesz, Jobbik y Movimiento Nuestra Patria hasta Alternativa para Alemania (AfD), el FPÖ y la portuguesa Chega, desde el Partido del Progreso noruego, el Partido de los Finlandeses y los Demócratas de Suecia (SD) hasta Solución Griega, el Frente Nacional Popular chipriota y el Partido Nacional Eslovaco (SNS), pasando por Hermanos de Italia (FdI), la LN salviniana, Interés Flamenco (VB), la Nueva Alianza Flamenca, el Partido por la Libertad (PVV) neerlandés, Ley y Justicia (PiS) y la Confederación de Libertad e Independencia en Polonia, el Likud israelí y un largo etcétera. Entrarían también en esta categoría las que se han definido como «derechas neopatriotas» en América Latina, es decir, el movimiento bolsonarista, el Partido Republicano chileno de Kast, La Libertad Avanza de Milei en Argentina, Cabildo Abierto en Uruguay, el uribismo en Colombia, Nuevas Ideas de Nayib Bukele en El Salvador y otros tantos[67]. Asimismo, podemos considerar *extremas derechas 2.0* también a una serie de partidos tradicionales que en la última década se han radicalizado, tanto en la derecha, como los republicanos en EEUU –hoy en día completamente trumpizados– o el Partido Democrático Esloveno (SDS) de Janez Janša, así como en la izquierda, como el supuestamente socialdemócrata Dirección Socialdemocracia (SMER), liderado por Robert Fico, en Eslovaquia.

Se trata de una macrocategoría en la cual, sin embargo, no entrarían los

partidos de la derecha tradicional –miembros en general del Partido Popular Europeo (PPE)–, aunque en algunos casos, como los Tories británicos, los Republicanos en Francia o el PP en España, hemos asistido a un más o menos marcado proceso de ultraderechización, es decir, lo que Eatwell y Goodwin llaman «nacionalpopulismo ligero»[\[68\]](#). Las fronteras, en todo caso, son cada vez más porosas y difuminadas. Tampoco entrarían partidos o movimientos políticos como el hoy en día ilegalizado Amanecer Dorado en Grecia, CasaPound Italia o el disuelto Hogar Social Madrid, así como organizaciones y asociaciones como Combat 18, Lealtà Azione u otros grupos que participan en redes transnacionales como Blood & Honour que, por la vinculación ideológica directa con el fascismo de entreguerras y por asumir la violencia como una herramienta imprescindible en su estrategia política, pueden definirse como neofascistas o neonazis. Tampoco entrarían los gobiernos y los movimientos políticos liderados por Modi en India o Erdoğan en Turquía, tratándose de experiencias fruto de culturas y contextos políticos muy distintos de los occidentales: Modi y Erdoğan, así como Putin o antes Duterte en Filipinas, responden más bien a la ola autoritaria global y van más allá de una definición como la de *extremas derechas 2.0*. Para estos casos podríamos hablar de *autoritarismo competitivo* retomando la fórmula acuñada por Steven Levitsky y Lucan Way, esto es, regímenes que se basan en el recurso periódico a elecciones formalmente libres, pero cuya realización es incorrecta[\[69\]](#).

La que aquí se propone es, consecuentemente, una macrocategoría que como mínimo permite, por un lado, ubicar ideológicamente sin medias tintas estas formaciones y, por otro, subrayar su diferencia respecto al pasado, poniendo de relieve la importancia de las nuevas tecnologías. Obviamente, esto no excluye que se pueda hablar también de posfascismo entendido, siguiendo al filósofo húngaro Gáspár Miklós Tamás, como un fenómeno que implica una «fascistización generalizada de la sociedad neoliberal debido a varios fenómenos concurrentes que deterioran la condición cívica en los países socialmente más avanzados»[\[70\]](#). Teniendo en cuenta estas dos categorías –extremas derechas 2.0 y posfascismo– podemos consecuentemente comprender también fenómenos y procesos peculiares o directamente extravagantes de difícil categorización como los nacionalbolcheviques o rojipardos, los movimientos aparentemente despolitizados y a ideológicos que representan a grupos sociales



reconocibles y que tienen reivindicaciones concretas orientadas a la ultraderecha o los «partidos tradicionales de la derecha clásica o liberales que pueden adoptar temporalmente actitudes o discursos de corte fascista o aliarse con la ultraderecha»[\[71\]](#). Asimismo, nos permite comprender también la adopción de discursos y propuestas ultraderechistas por parte incluso de partidos liberales o de izquierdas. Piénsese, por ejemplo, en las políticas migratorias puestas en marcha por el gobierno socialdemócrata danés liderado por Mette Frederiksen: en 2020 fue el primer gobierno de la UE en revocar los permisos de residencia a refugiados sirios, alegando que era seguro para ellos volver a su país, y poco después aprobó una ley para construir centros de recepción para solicitantes de asilo fuera de las fronteras comunitarias, estableciendo negociaciones para que los centros fueran en Ruanda, de forma similar a lo que propuso el gobierno conservador británico[\[72\]](#).

Entre las referencias ideológicas comunes de las extremas derechas 2.0, podemos mencionar un marcado nacionalismo, una crítica profunda al multilateralismo y al orden liberal, el antiglobalismo, la defensa de los valores conservadores, una visión autoritaria de la sociedad centrada en el lema «ley y orden», la crítica al multiculturalismo y a las sociedades abiertas, el antiprogresismo, el antiintelectualismo y la toma de distancia formal de las pasadas experiencias de fascismo, sin por esto desdeñar la llamada *dog whistle politics* (política de silbato para perros), es decir, unos guiños o referencias a los regímenes autoritarios del pasado. En Europa y EEUU, el identitarismo, el nativismo —entendido como la combinación de nacionalismo y xenofobia—, la condena de la inmigración tachada de «invasión», la xenofobia y, más en concreto, la islamofobia desempeñan desde luego un papel crucial respecto a América Latina, aunque no faltan casos —pensemos en Chile— donde también la ultraderecha ha utilizado claramente un discurso de rechazo a la inmigración (venezolana, principalmente). Asimismo, en muchas de las derechas latinoamericanas hay también una alteridad que se rechaza, la representada por las poblaciones indígenas. Dicho esto, las *derechas neopatriotas* comparten la gran mayoría de elementos de las ultraderechas europeas[\[73\]](#).

Más allá de las referencias ideológicas, tampoco podemos olvidar las estrategias políticas y comunicativas que comparten en gran medida todas estas formaciones. Cabe reseñar aquí, en primer lugar, el tacticismo

exacerbado que permite a las extremas derechas 2.0 cambiar de posición sobre cuestiones nada desdeñables. Valgan algunos ejemplos. Por un lado, el giro relativamente rápido adoptado por el FN francés o la LN italiana sobre el euro y la UE: si entre 2013 y 2018, defendían el Frexit y el Italexit, a partir de 2019 ya no ponen en cuestión la moneda única y se definen incluso como europeístas, si bien críticos con el *establishment* de Bruselas. Este giro de querer desmembrar la UE a querer ocuparla es especialmente importante: sobre él volveremos en otro capítulo. Asimismo, cuando se vio a las puertas del gobierno italiano, Meloni se hizo indudablemente atlantista y dejó en el baúl de los recuerdos sus alabanzas a Putin, repetidas en sus perfiles sociales hasta al menos un par de años antes. Por otro lado, piénsese en las posturas radicalmente contrapuestas adoptadas con una distancia de pocas semanas por diferentes fuerzas políticas ultraderechistas tanto en el gobierno como en la oposición respecto a las restricciones por la difusión de la pandemia en la primavera de 2020[74]. Al principio, cuando Italia había aplicado ya restricciones, Vox atacó duramente el gobierno presidido por Pedro Sánchez por permitir las manifestaciones feministas del 8 de marzo y pidió que se cerrase todo, pero al cabo de un par de semanas, tras la aprobación del estado de alarma, despotricó contra la que tachó de «dictadura sanitaria» y pidió que se volviese a abrir todo. En Reino Unido, Boris Johnson habló en un principio de «inmunidad de rebaño», pero al poco tiempo cambió de parecer y aplicó duras medidas de restricción. Por último, tras haber hecho todo lo posible para prohibir el aborto en EEUU, desde la primavera de 2024 Donald Trump ha tomado oficialmente una postura más moderada con el objetivo de no movilizar más al electorado progresista. Este cortoplacismo, más que como simple incoherencia, debe entenderse como una estrategia bien trabajada –que no evita, eso sí, aparentes o reales tropiezos– para marcar la agenda mediática, mantener la iniciativa política y sacar tajada de los cambios de coyunturas a nivel internacional.

En segundo lugar, encontramos a la utilización de las nuevas tecnologías y las redes sociales que tiene un triple objetivo: la viralización de sus discursos, el aumento de la desconfianza de la ciudadanía hacia las instituciones y los expertos –mediante la difusión de *fake news* y teorías conspirativas, como, entre otras, la del gran reemplazo– y la elaboración de una propaganda personalizada a través de la perfilación de datos obtenidos

legal o ilegalmente, como demostró el escándalo de Cambridge Analytica[75]. Finalmente, en tercer y cuarto lugar hallamos las guerras culturales y la utilización de una retórica transgresora y provocadora. Cabe apuntar que el objetivo es doble: por un lado, polarizar y crispar más a la sociedad y, por otro, presentarse como unas fuerzas rebeldes e incluso antisistema frente a una supuesta dictadura «progre» o de lo políticamente correcto[76]. Estas cuestiones resultan a veces decisivas en la elección de las temáticas presentes en las agendas de las extremas derechas 2.0.

Como se sabe, el término de guerras culturales (*culture wars*) se utiliza habitualmente para describir los conflictos culturales basados en los valores, la moralidad y el estilo de vida: a partir de la década de 1990, en EEUU cuestiones como el aborto, el género, la homosexualidad o el multiculturalismo se han convertido en algunas de las principales fracturas políticas. Se han difundido así lecturas que interpretan la sociedad principalmente a través de la identidad –no solo nacional, obviamente– y se han difundido conceptos como *woke* o *wokisme*[77]. Estas fracturas y estas lecturas se han importado paulatinamente en Europa. Las extremas derechas cargan pues contra una izquierda definida como *woke*, fucsia o arcoíris que supuestamente se habría olvidado de las clases trabajadoras y que se preocuparía solo de los migrantes, los derechos del colectivo de lesbianas, gais, personas trans, bisexuales, intersexuales y queer (LGTBIQ+), y el feminismo, resquebrajando los valores tradicionales, imponiendo una dictadura del pensamiento único y, a la postre, destruyendo así nuestras sociedades. Piénsese, sin ir más lejos, en la frecuente utilización del término islamowokismo –o islamoizquierdismo– por parte de Marine Le Pen o en el título de la edición de 2024 de la Conferencia Política de Acción Conservadora organizada en Budapest por Orbán: «Wokebusters», es decir, «cazadores de woke». Esta estrategia, trufada de bulos, teorías conspiranoicas y agresividad no solo le permite a las extremas derechas enfrentarse a lo que consideran un enemigo existencial –la izquierda y los liberales, es decir, los *progress*–, sino también hacerse con el sentido común que antes les era, en la práctica, vetado. En resumidas cuentas, los nuevos ultraderechistas no solo se han hecho más «presentables», dejando de ir por la calle haciendo el saludo romano con las cabezas rapadas, sino que intentan apropiarse –a su manera, evidentemente– de algunas banderas progresistas en un momento histórico marcado por lo que Philippe Corcuff

ha llamado con acierto confusionismo ideológico[78].

Esta cuestión es especialmente interesante y nos obliga a un breve *excursus* que se conecta con las transformaciones del fascismo tras 1945 y la que Roger Griffin ha llamado la estrategia de la metapolitización. Debemos regresar, pues, a la Francia de finales de la década de 1960, cuando se creó el Groupement de recherche et d'études pour la civilisation européenne (GRECE) alrededor de un joven activista e intelectual neofascista, Alain de Benoist. Deudor de las reflexiones de Dominique Venner y cansado de las continuas derrotas políticas de la extrema derecha gala, de Benoist propuso un giro estratégico con la adopción de la perspectiva metapolítica. Según el fundador del GRECE, se debía dejar de soñar con la conquista del Palacio de Invierno y de crear pequeños partidos políticos neofascistas que, además de pelear entre ellos, fracasaban estrepitosamente en las elecciones, como demostró la candidatura de Tixier-Vignancour en las presidenciales de 1965. En cambio, había que centrarse en la batalla cultural: en pocas palabras, crear laboratorios de ideas, penetrar en los ganglios de la sociedad, cambiar paulatinamente la forma de pensar de las personas, influir en los debates públicos para poder conquistar más adelante la hegemonía cultural. Solo en ese momento se podría volver a la batalla propiamente político-electoral. En palabras de Jacques Marlaud, quien fue presidente del GRECE, «ya no se trata[ba] de tomar el poder, sino de dotarlo de un alimento ideológico, filosófico y cultural capaz de orientar (o contradecir) sus decisiones»[79].

En síntesis, el neofascismo francés, derrotado en Argelia, hizo suya la lección del intelectual comunista italiano Antonio Gramsci sobre la hegemonía cultural. Concebir, en otros términos, la política no como una guerra de movimientos, sino como una guerra de posiciones donde, con una estrategia a largo plazo, el objetivo era ir conquistando, poco a poco, las que Gramsci llamaba las fortalezas y las casamatas del poder burgués. Se trató, no cabe duda de ello, de un gramscismo instrumental, pero eficaz. De ahí surge no solo el replanteamiento paneuropeista o incluso tercermundialista en función antiamericana, sino la introducción del antiuniversalismo, el etnopluralismo y el diferencialismo que venían a sustituir el racismo biológico, inaceptable después de Auschwitz[80]. La que se ha conocido como Nouvelle Droite o Nueva Derecha –un nombre que vino a ser un paraguas para corrientes que tomaron poco después caminos diferentes–

tuvo un impacto que superó tanto las fronteras de los entonces guetizados círculos neofascistas, influyendo en medios de comunicación generalistas, universidades y partidos políticos de la derecha democrática, así como las fronteras del Hexágono: se formaron grupos neoderechistas en Italia, Bélgica, Alemania, Reino Unido, España, EEUU y Rusia[81].

Se ha debatido a menudo sobre la influencia real de la Nouvelle Droite en la extrema derecha contemporánea. Muy probablemente, ni Santiago Abascal ni Jair Bolsonaro ni Donald Trump han leído a de Benoist, aunque no hay que descartar que podríamos llevarnos alguna sorpresa. Ahora bien, en sus propuestas es evidente la influencia directa o indirecta de estas ideas, a veces gracias a las sugerencias de intelectuales cercanos, cuadros de sus partidos o influyentes consejeros, como Olavo de Carvalho o Steve Bannon. En el caso galo, si bien el mismo de Benoist tomó a menudo distancia de Jean-Marie Le Pen, muchos *grecistas* acabaron en el FN ya en la segunda mitad de la década de 1980: principalmente los nacional-liberistas del Club de l'Horloge —con Bruno Mégret y Jean-Yves Le Gallou al frente—, pero ¿podemos considerar desvinculadas de los planteamientos neoderechistas muchas de las posiciones y estrategias del FN, *in primis* aquellas sobre inmigración y preferencia nacional? Asimismo, no podemos perder de vista la influencia que estas ideas tuvieron en la derecha *mainstream* a partir, ya en los años setenta, del posgolismo. Sin embargo, la influencia de la Nouvelle Droite la encontramos décadas más tarde también en el eurasianismo de Alexander Dugin o en la llamada *alt-right* estadounidense, el sector más moderado, por así decirlo, de la derecha alternativa que ha brotado al otro lado del Atlántico hace una década. Y, si me apuran, ¿no está implícita o explícitamente conectada con el planteamiento *grecista* también la apuesta por las guerras culturales que empezó en EEUU allá por la década de 1990 y que el Tea Party llevó al centro de la escena política durante la primera presidencia de Obama?

Sabemos que la trayectoria de Alain de Benoist es peculiar. A partir de finales de los años ochenta, con la fundación de la revista *Krisis*, tomó un camino muy personal, potenciando la apuesta por la transversalidad, el sincretismo ideológico y la superación del eje derecha-izquierda. Pero, una vez más, en ese planteamiento transversal, a partir de la relectura de los intelectuales de la llamada revolución conservadora alemana —principalmente Carl Schmitt, Ernst Jünger, Oswald Spengler y Arthur

Moeller van den Bruck— que habían apasionado a una horda de jóvenes de diferentes países ya en las décadas de 1960 y 1970, ¿no encontramos los orígenes del fantasma rojipardo que deambula por el globo en la actualidad? [82]. No cabe duda alguna de que la de la transversalidad ideológica también es una cuestión vieja como el mundo o, al menos, antigua como la contemporaneidad. ¿No fue, de hecho, un exsocialista revolucionario, Benito Mussolini, quien fundó los Fasci di Combattimento? ¿No fue el encuentro de maurassianos y sorelianos en el Círculo Proudhon lo que, según la tesis de Zeev Sternhell, puso las bases de lo que luego conoceríamos como fascismo? ¿No fue en tiempos de la República de Weimar cuando se habló por primera vez de nacionalbolchevismo? En ese hilo *rojo* encontraríamos a los nacionalrevolucionarios del largo 1968 con, en primera fila, los llamados nazi-maoístas italianos o los diversos grupos de Tercera Posición que surgieron a lo largo y ancho de la Europa occidental hasta llegar al Partido Nacional-Bolchevique de Eduard Limónov que surgió en la Rusia poscomunista de los noventa [83].

Entonces ¿todo estaba ya inventado? En parte sí. Sin embargo, no hay duda de que esa apuesta cobró relevancia tras el fin de la Guerra Fría con la desaparición de la Unión Soviética (URSS) y la dificultad para encontrar un nuevo centro de gravedad permanente por parte de las izquierdas. No se trata, obviamente, de que en las últimas tres décadas las extremas derechas se hayan izquierdizado. Más bien, como apunta Simon Blin, «hoy en día son los Zemmour, los Soral y las Le Pen los que reutilizan la tradición crítica [típica de la izquierda], desconectándola, sin embargo, de un horizonte emancipador. En todo el mundo, la derecha neoconservadora se ha adelantado al discurso crítico de la izquierda». Con las críticas a los bancos, la globalización y los medios, así como con la utilización de palabras como «pueblo» o «social», la ultraderecha ha llevado a cabo unos «secuestros semánticos» que han permitido un «bricolaje ideológico-político [...] en el cual cada uno pone lo que quiere hasta hacer dialogar a Rousseau con el ideólogo de extrema derecha Soral en un antiguo teatro griego» [84]. De ahí ese confucionismo ideológico planteado por el politólogo Philippe Corcuff que se mencionaba anteriormente, es decir, las «mezclas, amalgamas, ambigüedades o proximidades lexicales y semánticas que facilitan la creación de pasarelas discursivas entre la extrema derecha, la derecha, la izquierda moderada y la izquierda radical» [85].

Este parasitismo ideológico de las nuevas extremas derechas es evidente en el intento de apropiarse de banderas que consideramos progresistas: valga como ejemplo el feminacionalismo, el homonacionalismo o el patriotismo verde –llamado también ecofascismo–, sin contar además con esa carga de transgresión, inconformismo y rebeldía representado por figuras como los mismos Milei y Trump[86]. Si se quiere, en esto podemos trazar un paralelismo con la capacidad del fascismo histórico de «apropriarse de todo lo que entre el siglo XIX y el XX había fascinado a la gente», es decir, «sobras de anteriores ideologías y actitudes políticas, muchas de las cuales contrarias a las tradiciones fascistas». ¿Las extremas derechas de la actualidad, en suma, serían un nuevo «organismo saprófago», tal como lo fue, en la feliz expresión acuñada por George L. Mosse, el fascismo hace un siglo? Posiblemente sí, pero en otra época, con otros ropajes y con nuevos elementos[87].

Como se comentaba anteriormente, hablar de una gran familia global y utilizar una macrocategoría para englobar a todas las extremas derechas no significa que no haya diferencias entre ellas. Sería incluso poco realista pensar que todos los partidos de una misma familia política sean exactamente iguales los unos a los otros. Entre las divergencias existentes, y más allá de la cuestión del identitarismo que no es muy presente en las extremas derechas latinoamericanas respecto a las de Europa y América del norte, cabe mencionar principalmente cuatro temas o ámbitos: los orígenes, el programa económico, los valores y la geopolítica. Vale la pena detenerse sobre cada uno de ellos[88].

En cuanto a la primera de estas divergencias, cabe reseñar que algunas formaciones surgieron y se asentaron en los respectivos sistemas políticos ya entre las décadas de 1970 y la de 1990, como es el caso del FN francés, la LN o el Bloque Flamenco que, a partir de principios del siglo XXI, pasó a denominarse Interés Flamenco. Otras, en cambio, habían nacido ya anteriormente, como es el caso del FPÖ, fundado a mediados de la década de 1950. Finalmente, otras se crearon en las primeras dos décadas del nuevo milenio, como Vox, Chega, La Libertad Avanza, Nuevas Ideas o AfD. En segundo lugar, encontramos partidos que nacieron parcial o totalmente como fruto de escisiones de la derecha tradicional, como Vox, Chega, AfD o el PVV neerlandés, y otros que surgieron sin vínculos con la derecha tradicional, como SD, el FN lepenista o FPÖ. Asimismo, encontramos vías

intermedias representadas por fuerzas que nacieron como liberalconservadoras pero que se radicalizaron hasta convertirse en ultraderechistas, como el húngaro Fidesz, o que nacieron como escisiones de partidos conservadores, pero recuperaron una tradición preexistente de raíz neo y posfascista, como FdI. En tercer lugar, entre las formaciones que surgieron sin vínculos con la derecha tradicional, encontramos partidos que se conectan explícitamente con anteriores experiencias fascistas o neofascistas y otros que no tienen esos vínculos, aunque incorporaron paulatinamente, en mayor o menor medida, a militantes provenientes del mundo neofascista e incluso neonazi. En cuarto lugar, si en la mayoría de los casos todas estas formaciones tienen una clara matriz nacionalista, en otros la matriz es regionalista y puede tener incluso ribetes secesionistas, como en el caso de las ultraderechas flamencas, catalanas o de la LN, al menos hasta la llegada de Matteo Salvini a la secretaría del partido.

La segunda divergencia atañe a las políticas socioeconómicas. De hecho, encontramos partidos que defienden el llamado *Welfare Chauvinism* o Estado de bienestar chovinista –una propuesta que «combina la reivindicación de ciertos elementos del Estado social con una posición muy restrictiva respecto de *quién* puede recibir los beneficios de la solidaridad nacional»[\[89\]](#)–, como por ejemplo la RN de Marine Le Pen en Francia y otros que apuestan por un programa marcadamente neoliberal, como Vox, Chega y AfD, o incluso paleolibertario, como Milei. Si bien los programas económicos de estos últimos partidos pueden definirse como neo o ultraliberales, no se tienen que minusvalorar los giros que estas fuerzas políticas han dado a lo largo de su aún breve historia, aunque estos giros han sido, sin duda alguna, parciales y a menudo retóricos. En su primer trienio de existencia AfD defendía, de hecho, el abandono del euro y abrazaba un ordoliberalismo más bien ortodoxo, mientras que tras la salida del partido en 2015 de algunos dirigentes con una posición más liberal, la formación de la extrema derecha germana ha empezado a prestar más atención a las políticas sociales. El líder de los ultraderechistas en Turingia, Björn Höcke, ganador de las elecciones regionales en este Estado federado en septiembre de 2024, ha ido combinando una retórica en la que no faltan ribetes anticapitalistas con llamamientos a un «patriotismo solidario». En todo caso, se trata de políticas sociales vinculadas estrechamente al nacionalismo y el rechazo a la inmigración[\[90\]](#). Algo similar se puede decir



también para Vox que con su documento programático llamado *Agenda España*, presentado en otoño de 2021, dio un giro, parcial y limitado, hacia un cierto chovinismo del bienestar, si bien ni lo ha concretado con precisión ni ha abandonado su culto al neoliberalismo[91].

En cuanto a las formaciones que defienden el llamado *Welfare Chauvinism*, el caso más citado es el del FN francés tras la llegada de Marine Le Pen a la presidencia del partido en 2011. En medio de la crisis económica, la formación apostó por políticas antiliberales con un fuerte protagonismo del Estado, criticó la globalización considerada responsable del empobrecimiento de las clases medias y populares, y recalcó los conceptos de protección y justicia social. Las propuestas se centraron esencialmente en una política expansiva del gasto vía endeudamiento, que incluía la creación de empleo, el aumento de las pensiones, la edad de jubilación a los 60 años o la recuperación del poder adquisitivo de los funcionarios. Sin embargo, se defendía también bajar los impuestos a las empresas, reducir los impuestos de donaciones y simplificar a tres los tramos tributarios, beneficiando así a las capas salariales de mayor capacidad de renta[92].

Ahora bien, es importante precisar que, por un lado, encontramos también partidos que mantienen una postura, por así llamarla, intermedia o zigzagueante entre estas dos posiciones y, por otro, partidos que han ido cambiando su postura a lo largo del tiempo, aunque sea solo retóricamente. El caso del ya citado FN es una vez más paradigmático: en las décadas de 1980 y 1990, la formación liderada por Jean-Marie Le Pen defendía políticas neoliberales en línea con el thatcherismo, mientras tras la crisis capitalista de 2008-2010 introdujo mayores medidas de defensa del Estado de bienestar. Lo que nos muestra que las políticas económicas no son uno de los pilares intocables de estas formaciones, sino que se adaptan a las coyunturas nacionales y globales con el objetivo de resultar más atractivas para el electorado. Si nos centramos en los casos de las extremas derechas que han llegado al gobierno, podemos apreciar esta ambigüedad. En Italia, por ejemplo, donde la ultraderecha gobierna desde finales de 2022, tanto FdI como la LN se han situado a mitad de camino entre el neoliberalismo y el asistencialismo nativista, como veremos más en detalle en otro capítulo de este libro. Así, en Polonia, el ejecutivo del PiS que gobernó el país entre 2015 y 2023, con una mano aprobó recortes en la sanidad pública y

simplificó a dos tramos el sistema fiscal, beneficiando a los más ricos, y con la otra puso en marcha políticas sociales como la reducción de la edad de jubilación, la introducción de un salario mínimo por hora y un programa de subsidios mensuales universales por cada hijo. Como apuntan Noemi Lendvai-Bainton y Dorota Szelewa, el caso polaco es una muestra de lo que definen como un «familiarismo explícito y exclusivista» en el marco de un «neoliberalismo autoritario»[\[93\]](#). En Hungría también podemos hablar de un neoliberalismo autoritario y, de hecho, la redistribución de la renta es aún menos inclusiva que en Varsovia. Más allá de la retórica utilizada por el déspota magiar, la *Orbanomics*, es decir, la política económica aplicada desde 2010 por los ejecutivos liderados por Viktor Orbán, es en efecto intervencionista, pero está esencialmente unida al credo económico neoliberal. Esto ha llevado a diferentes definiciones del modelo húngaro, que subrayan dicha vertiente: Dorit Geva ha acuñado el concepto de «ordonacionalismo», mientras Stefano Bottoni lo describe como «una variante de turbocapitalismo de las semiperiferias europeas regida por el nuevo garante autoritario de un modelo (neo)liberal» que ha puesto en práctica «un darwinismo social» renunciando «al carácter universal de la asistencia estatal para transformar los beneficios [...] en un Estado de bienestar sectorial y altamente discrecional». Así Marton Vegh ha hablado de un «régimen neoliberal de política social» en el que «la ortodoxia del libre mercado y las disposiciones punitivas de protección social se pueden combinar rápidamente con intervenciones económicas específicas sin dar paso a un régimen político keynesiano»[\[94\]](#).

El tercer ámbito donde encontramos divergencias entre las extremas derechas 2.0 es el de los valores. Si bien todas estas formaciones políticas defienden valores conservadores, podemos apreciar diferencias entre los partidos ultraderechistas del este y el sur del continente europeo –además de los americanos– y los del norte. Mientras los primeros han ido adoptando una postura muy dura sobre cuestiones como el aborto, la igualdad de género, la familia o los derechos del colectivo LGTBIQ+, además de lanzar una verdadera cruzada contra la que definen como «ideología de género», los segundos pueden ser relativamente más abiertos o, al menos, no tan radicales. Posiblemente un factor explicativo es el del peso de la religión católica –u ortodoxa o evangélica– en la Europa meridional, la oriental y en las Américas o del proceso de secularización en los países del norte del

continente, además de la influencia de las culturas y tradiciones políticas existentes en cada país.

Así, si en Hungría, Polonia, pero también Italia, España o América Latina las ultraderechas son marcadamente reaccionarias y retrógradas, en Escandinavia, Países Bajos o Francia han llegado a defender tanto el aborto como el matrimonio homosexual. En Dinamarca, por ejemplo, las extremas derechas más bien remarcan que ya existe la igualdad de género y afirman que los derechos de las mujeres son una característica de la civilización occidental[95]. Esta parcial asunción discursiva de algunas conquistas de las décadas de 1960 y 1970 –criticando al mismo tiempo que el feminismo actual victimiza a las mujeres– sirve para intentar apropiarse de banderas progresistas y aumentar los consensos entre las mujeres y el colectivo LGTBIQ+. Asimismo, la instrumentalización de cuestiones de género y diversidad sexual se conecta estrechamente con la islamofobia y el rechazo de la inmigración[96]. Marine Le Pen lo expresó claramente al afirmar, tras las agresiones sexuales que se dieron durante las celebraciones de víspera de Año Nuevo en Colonia en 2016, que «la crisis migratoria señala el comienzo del fin de los derechos de las mujeres»[97]. Ahora bien, como para las extremas derechas más reaccionarias en temas de valores, también las de los países del norte de Europa muestran una notable obsesión con los temas de la demografía y la natalidad, y, aunque afirmen defender los derechos conquistados en Occidente, apuestan por un repliegue de las mujeres al hogar.

La cuarta y última divergencia es probablemente la más importante para entender la división existente en Europa entre las extremas derechas 2.0: la geopolítica. La existencia de diferentes partidos a escala comunitaria y la incapacidad para llegar a algún tipo de unificación entre ellos lo muestra de forma fehaciente. Como apunta Mudde, «los partidos de ultraderecha están muy divididos en torno a la cuestión de cómo debería ordenarse el mundo»[98]. Esto no implica que no puedan compartir una visión antiglobalista que se proponga dismantelar las normas liberales con el objetivo de reelaborar la institucionalidad sobre principios transaccionales, de poder e identitarios que daría lugar a lo que Pablo de Orellana y Nicholas Michelsen han definido como «internacionalismo reaccionario»[99]. Dicho lo cual, hay una importante línea de fractura entre atlantistas y rusófilos. El sector atlantista está representado a grandes rasgos

por los partidos miembros de ECR —es decir, el PiS, FdI, SD, el Partido de los Finlandeses y las formaciones de los países bálticos—, además de las extremas derechas latinoamericanas. Evidentemente, hay distintas gradaciones que van desde posiciones que podríamos definir como ultraatlantistas hasta otras más moderadas o pragmáticas. La política expansionista rusa, especialmente con la anexión de Crimea en 2014 y la invasión de Ucrania en 2022, ha favorecido una radicalización de estas posiciones o una clara apuesta en favor de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) por parte de partidos más ambiguos al respecto, como es el caso de los suecos y los finlandeses.

En cambio, la mayoría de los miembros del antiguo ID y de los no inscritos —actualmente en PfiE y ESN—, son rusófilos o, como mínimo, antiatlantistas o críticos con la OTAN. La LN y el FPÖ firmaron un acuerdo de cooperación con Rusia Unida, el partido de Vladímir Putin, y han sido acusados de recibir financiación ilegal rusa. En el caso de la ultraderecha francesa, en 2014 el FN recibió unos once millones de euros por parte de bancos vinculados con el Kremlin. Todas estas formaciones se mostraron firmemente contrarias a las sanciones decretadas contra Moscú tras la anexión de Crimea y sus principales líderes visitaron en diferentes ocasiones la capital rusa, reuniéndose con personas cercanas a Putin. El caso de Viktor Orbán es quizá el más llamativo. No solo el premier húngaro selló importantes acuerdos económicos y comerciales con Rusia en la última década —como la ampliación de la planta nuclear de Paks—, sino que frenó toda vez que pudo la aprobación de sanciones a Rusia o el envío de ayuda militar a Ucrania, sin contar que se reunió con Putin en diferentes ocasiones, como en octubre de 2023 en Pekín en el marco del décimo aniversario de la creación de la Nueva Ruta de la Seda china o en julio de 2024 en Moscú, a los pocos días de comenzar la presidencia húngara del semestre europeo. Pero, ya antes de la invasión rusa de Ucrania, el líder de la LN italiana, Matteo Salvini, viajó a Rusia nueve veces en poco más de un lustro: en octubre de 2018, siendo ministro del Interior, afirmó desde Moscú que «en Rusia me siento como en casa, mientras que en algunos países de la UE, no», además de hacerse un selfi en la plaza Roja con una camiseta con la imagen del autócrata ruso[100]. También AfD mantiene posiciones similares al respecto: tanto Frauke Petry en febrero de 2017 como Alice Weidel en marzo de 2021, en medio del escándalo por la detención del

opositor Alekséi Navalni, visitaron Moscú. Asimismo, uno de sus diputados, Petr Bystron, fue investigado en la primavera de 2024 por recibir dinero de una red prorrusa –lo mismo que el eurodiputado de VB, Tom Vandendriessche–, mientras el asistente de uno de sus eurodiputados, Maximilian Krah, ha sido detenido por espionaje a favor de China[101]. Algo similar se puede decir de otros partidos como los búlgaros de Renacimiento, S.O.S. Rumania o el SNS, así como al SMER de Fico. Este sector de la extrema derecha europea ve en Putin no solo un posible financiador, sino también un aliado y un modelo: comparten, de hecho, una misma visión del mundo basada en los conceptos de soberanía, identidad y tradición.

Ahora bien, para explicar las relaciones internacionales de los partidos ultraderechistas europeos es también necesario tener en cuenta otros elementos. Por un lado, es indudable que la historia tiene un peso. Para un nacionalista polaco o de los países bálticos resulta extremadamente difícil ser rusófilo: más allá del régimen político existente en el país de los Urales, Rusia es un enemigo que sigue amenazando la independencia nacional y la integridad territorial de Polonia, Lituania, Letonia o Estonia. Por otro lado, volvemos al primer elemento que apuntábamos más arriba: los orígenes y la proveniencia de estas formaciones políticas. Los partidos que nacieron como escisiones de la derecha tradicional suelen ser atlantistas, mientras que los que se constituyeron como alternativa a la derecha tradicional, o que son fruto de otras culturas políticas, han mantenido posiciones más críticas, o de firme oposición, hacia la OTAN. Cuando a finales de la década de 1990 la OTAN estaba a punto de bombardear Belgrado, el entonces líder de la LN Umberto Bossi visitó al presidente serbio Slobodan Milošević y clamó contra el estilo de vida estadounidense, mientras que tanto Jean-Marie Le Pen como Jörg Haider viajaron a Bagdad para reunirse con Saddam Hussein con ocasión de la Primera y de la Segunda Guerra del Golfo, respectivamente. Siempre hay excepciones a la regla, como es el caso de Fidesz. El partido liderado por Orbán, que nació como una formación liberal-conservadora y que hasta principios de 2021 fue miembro del PPE, después de 2010 pasó de un marcado anticomunismo, que seguía identificando la Federación Rusa con la URSS, a un compromiso pragmático con Moscú, hasta estrechar una relación incluso cálida con Putin. La historia, pues, cuenta, aunque a veces puede haber giros

inesperados o posiciones insólitas.

¿Estas divergencias invalidan la posibilidad de utilizar un mismo concepto para hablar de las ultraderechas a escala global? No lo creo. Al fin y al cabo, defienden en gran medida las mismas ideas, promueven políticas similares y comparten los mismos foros a nivel internacional. Además, no se olvide, tampoco los fascismos de la época de entreguerras eran exactamente iguales y esto no implica que no podamos utilizar una misma macrocategoría para hablar de los regímenes de Hitler, Mussolini o Franco. De hecho, como apuntaron Arnd Bauerkämper y Grzegorz Rossoliński-Liebe, «el fascismo fue un movimiento transnacional» porque, por un lado, si bien «las manifestaciones nacionales específicas son notorias», «se extendió más allá de las fronteras» y, por otro, «fue percibido como un fenómeno transnacional, tanto por sus seguidores como por sus enemigos»[\[102\]](#). Parafraseando al historiador Ricardo Chueca, que estudió la historia de Falange Española, cada país da vida a la extrema derecha que necesita. Y, podemos añadir, que cada extrema derecha es hija de las culturas políticas existentes en cada contexto nacional. De ahí que sus peculiaridades no impiden considerarlas parte de una gran familia global.

Además, si esto no fuese ya suficiente, hay otro elemento que nos permite reforzar la tesis de que no es en absoluto descabellado utilizar una misma macrocategoría. Las extremas derechas 2.0, de hecho, tienen los mismos objetivos. Esta consideración nos sirve también para cerrar el círculo que hemos abierto en relación con el debate terminológico y la cuestión de si es correcto o no llamar fascistas a los Trump, los Milei, las Meloni y las Le Pen. Como se sabe, el principal objetivo del fascismo histórico fue el de instaurar un régimen totalitario de partido único donde una violencia radical y purificadora tenía un papel preponderante hasta la eliminación física de los enemigos de la nación. Según Emilio Gentile, «en el totalitarismo, el elemento fundamental es un partido que pretende identificarse con la comunidad y tener el monopolio del poder. Este elemento no se encuentra hasta la época de la aparición de los partidos de masas». Así, según el historiador italiano, el rasgo más característico del fascismo histórico, y podríamos decir su principal objetivo, fue «la realización consciente y sistemática de un experimento totalitario, con el objetivo de llevar a cabo una revolución antropológica para transformar al pueblo italiano en una nueva raza de guerreros, conquistadores y gobernantes»[\[103\]](#). Por decirlo

de una forma un tanto simplificadora, si se quiere, podemos considerar el totalitarismo no solo como un proyecto que pretende controlar los cuerpos de los ciudadanos, infundiendo el miedo y reprimiendo con la fuerza, como en el caso de los regímenes autoritarios. El totalitarismo subió un peldaño más al pretender también controlar las mentes de los hombres y las mujeres que conformaban la comunidad nacional, es decir, seduciendo a las masas y movilizándolas para que fuesen un elemento activo, y no solo pasivo, del proyecto ideológico del régimen. Como explicó José Álvarez Junco,

no todo es represión en una dictadura; o, al menos, en una moderna, que maneja la propaganda, que no se alimenta solo del terror ante un déspota. [...] Esa fue la clave de los fascismos: que no tendieron tanto a enfrentarse con, y someter a, una población rebelde y hostil como a seducirla, entusiasmarla y hasta movilizarla, animándola a ocupar la calle, no como forma de dilucidar problemas y debates internos, sino para fomentar los sentimientos de pertenencia a una comunidad homogénea y gloriosa[104].

Ahora bien, ¿cuáles son los objetivos de las nuevas extremas derechas? Es evidente que contestar a esta pregunta no resulta fácil: el fascismo es historia, esto es, sabemos cómo empezó, cómo se desarrolló y cómo acabó aquella experiencia. No podemos decir lo mismo para las extremas derechas de hoy en día, cuya historia aún se está escribiendo. De momento, pues, podemos solo apuntar algunas ideas que, posiblemente, se deberán matizar o ajustar en los años venideros.

En primer lugar, las extremas derechas 2.0 tienen como objetivo mover la ventana de Overton haciendo aceptables discursos y narrativas que hasta hace unos años no lo eran. Esto se vincula con lo que se ha comentado anteriormente acerca de la batalla cultural para conquistar el sentido común y marcar los debates públicos. Un ejemplo paradigmático es la teoría conspirativa del gran reemplazo, según la cual las elites «mundialistas», representadas a menudo por George Soros, estarían llevando a cabo un plan de sustitución étnica de la población europea con inmigrantes provenientes de África y Asia. Esta tesis no la inventó el escritor francés Renaud Camus con el libro de 2011 titulado justamente *El gran reemplazo*, sino que, bajo otros nombres, circulaba desde hace décadas. Piénsese en el llamado plan Kalergi, otra teoría conspirativa similar divulgada a partir de la década de 1970 por el neonazi austriaco Gerd Honsik, o en la tesis de fondo de *El desembarco*, la novela apocalíptica y distópica de otro escritor francés, Jean

Raspail, publicada en 1973. Pero basta con seguir el rastro del supremacismo blanco hasta principios de siglo XX: más o menos es lo mismo que se dice en *La caída de la gran raza*, libro escrito en 1916 por el eugenista norteamericano Madison Grant.

La diferencia es que en los últimos años estas ideas han salido de sus guetos y han llegado no solo a ser citadas, implícita o explícitamente, por líderes políticos que se encuentran en el gobierno de algunos países, como Trump, Orbán o Meloni, sino que se repiten en los medios de comunicación generalistas. Para poner un solo ejemplo, el periodista ultra estadounidense Tucker Carlson nombró la teoría del gran reemplazo más de 400 veces en su programa de Fox News. Algo similar se puede decir de los medios de propiedad de Vicent Bolloré en Francia. No extraña, pues, que diferentes sondeos muestren que ha calado entre la población: según una encuesta de 2021, el 67% de los franceses decía estar preocupado por la sustitución étnica, mientras que, según una encuesta de YouGov de 2022, el 61% de los votantes de Trump afirmaba que la teoría del gran reemplazo era cierta. Cabe también recordar que los terroristas supremacistas blancos de todo el mundo han citado expresamente esta teoría conspiranoica en sus delirantes manifiestos colgados en las redes para justificar las matanzas que han cometido, como en el caso de Utoya en 2011, Pittsburgh en 2018 o Christchurch y El Paso en 2019[105].

Esta es obviamente solo una pequeña muestra de un caso sintomático que nos permite entender cómo la ventana de Overton se ha movido en los últimos diez-quince años hacia la extrema derecha. Otro ejemplo, entrelazado a la teoría conspirativa del gran reemplazo, es el de la inmigración: ¿cómo se habla principalmente de ella en los países europeos o en EEUU? Como una amenaza a «nuestros» valores, «nuestra» seguridad, «nuestros» empleos. El primero de los objetivos, a saber, ultraderechizar el debate público y conquistar el sentido común, las extremas derechas ya lo han conseguido. Es lo que en Francia se denominó, durante la década de 1990, la «lepenización de los espíritus». Que es, a fin de cuentas, el primer paso para normalizarse y, consecuentemente, salir de la irrelevancia y conseguir cada vez más consensos electorales. De este tema, el del lento camino hacia la normalización de las extremas derechas, se hablará más detenidamente en el tercer capítulo, mientras que en el cuarto se abordará un tema interconectado y que mucho tiene que ver con la capacidad de



mover la ventana de Overton: la creación de redes globales con un sinfín de fundaciones, organizaciones, *think tanks* y escuelas de formación a un lado y otro del Atlántico.

El segundo objetivo de las extremas derechas es el de radicalizar a las derechas tradicionales, conquistándolas desde dentro, canibalizándolas u obligándolas a aliarse en una gran coalición. A veces estos procesos no son excluyentes y se dan simultáneamente o bien los vemos aplicados en un mismo contexto nacional según las coyunturas políticas. Los ejemplos son numerosos. La conquista del Partido Republicano por parte de Trump y el movimiento Make America Great Again (MAGA) nos muestra la primera tipología. El caso de la RN francesa, que se ha convertido en la fuerza hegemónica en las derechas galas, nos muestra la segunda tipología, a la cual podemos añadir también la tercera con la reciente alianza de una parte de los Republicanos con el partido de Le Pen. El caso español, al menos hasta el verano de 2024, era un claro ejemplo de la tercera tipología con los acuerdos entre Vox y el PP que seguía manteniendo, si bien a duras penas al principio, la hegemonía en las derechas. En realidad, hay también una cuarta tipología: cuando las extremas derechas fracasan en canibalizar al partido conservador tradicional, pero este último acaba comprando los relatos, los discursos y las propuestas de las extremas derechas. El caso británico es sintomático: por lo menos hasta 2024, el Partido de la Independencia de Reino Unido (UKIP), luego Brexit Party, no ha conseguido convertirse en el partido hegemónico de la derecha inglesa y tampoco ha conseguido una alianza estable desde el punto de vista electoral con los Tories, pero el partido que fue de Margaret Thatcher se ha convertido en un partido en buena medida ultraderechista bajo el mando de Boris Johnson. Sea de una manera o de otra, como veremos en el séptimo capítulo, las extremas derechas intentan radicalizar lo que hace un tiempo se llamaba centroderecha y llegar a una unificación de toda la derecha.

El tercer objetivo principal de las extremas derechas 2.0 es, obviamente, llegar al poder y desde ahí instaurar la que en un famoso discurso de 2014 Orbán definió como «democracia iliberal»[\[106\]](#). El modelo húngaro no es el totalitarismo fascista del siglo pasado, sino algo distinto. La Hungría de hoy en día no es una democracia plena, sino un «régimen híbrido de autocracia electoral», en palabras de una importante resolución adoptada por el Parlamento Europeo en septiembre de 2022[\[107\]](#). A este modelo, que

tiene también otra variación ya existente, la israelí, y ha tenido y tiene otros intentos aún *in fieri*, se dedicará el octavo capítulo.

Aunque a mucha gente aún le cuesta verlo, Hungría es un modelo. Políticos ultraderechistas europeos, estadounidenses y latinoamericanos han viajado a menudo a Budapest para aprender a vaciar la democracia desde dentro. Cuando no lo consiguen, tachan de fraude las elecciones e impulsan acciones violentas contra las instituciones, como hemos visto en Washington en enero de 2021 y, dos años más tarde, en Brasilia. Las extremas derechas 2.0 no son el fascismo histórico, pero son, sin duda alguna, la mayor amenaza existente para los valores democráticos.

---

[1] Véase [<https://www.kai-arzheimer.com/extreme-right-western-europe-bibliography/>], consultado el 10 de julio de 2024.

[2] Elizabeth A. Harris y Alexandra Alter, «Trump Books Keep Coming, and Readers Can't Stop Buying», *The New York Times*, 31 de agosto de 2020, disponible en [<https://www.nytimes.com/2020/08/31/books/trump-books.html>], consultado el 10 de julio de 2024.

[3] Véanse Andrew Marantz, «Why We Can't Stop Arguing About Whether Trump Is a Fascist», *The New Yorker*, 27 de marzo de 2024, disponible en [<https://www.newyorker.com/books/under-review/why-we-cant-stop-arguing-about-whether-trump-is-a-fascist>], consultado el 15 de julio de 2024, y Daniel Steinmetz-Jenkins (ed.), *Did It Happen Here? Perspectives on Fascism and America*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 2024.

[4] Umberto Eco, *Contra el fascismo*, Barcelona, Lumen, 2018.

[5] Luciano Canfora, *Il fascismo non è mai morto*, Bari, Dedalo, 2024, p. 13.

[6] El contenido de este capítulo recoge la tesis desarrollada en mi anterior libro. Véase Steven Forti, *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*, Madrid, Siglo XXI, 2021.

[7] Roger Griffin, *Fascismo. Una inmersión rápida*, Barcelona, Tibidabo, 2020, p. 45.

[8] Emilio Gentile, *Quién es fascista*, Madrid, Alianza, 2019, pp. 181 y 15.

[9] Griffin, *Fascismo*, cit., p. 88.

[10] Robert O. Paxton, *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005, p. 255.

[11] Gentile, *Quién es fascista*, cit., pp. 155-156.

[12] Griffin, *Fascismo*, cit., pp. 174-175.

[13] Aquí en Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populismo. Una breve introducción*, Madrid, Alianza, 2019, p. 33.

[14] Kurt Weyland, «Populism: A Political-Strategic Approach», en Cristóbal Rovira Kaltwasser et al. (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*, Oxford, Oxford University Press, 2017, pp. 48-71.

[15] Pierre Ostiguy, «Populism: A Socio-Cultural Approach», en Rovira Kaltwasser *et al.* (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*, cit., pp. 73-97.

[16] Enzo Traverso, *I nuovi volti del fascismo*, Verona, Ombre Corte, 2017, p. 20.

[17] Federico Finchelstein, *Del fascismo al populismo en la historia*, Madrid, Taurus, 2019, pp. 259 y 42.

[18] Antonio Scurati, *Fascismo e populismo. Mussolini oggi*, Milán, Bompiani, 2023, p. 32.

[19] Gastón Souroujon y Cecilia Lesgart, «Populism. Uses, Abuses and Travels of an Uncomfortable Concept», en Gisela Pereyra Doval y Gastón Souroujon (eds.), *Global Resurgence of the Right. Conceptual and Regional Perspectives*, Londres, Routledge, 2022, p. 72.

[20] Francesco Maselli y Baptiste Roger-Lacan, «“Estamos en la era del post-algo”, una conversación con el historiador del fascismo Emilio Gentile», *El Grand Continent*, 23 de abril de 2023, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2023/04/23/estamos-en-la-era-del-post-algo-una-conversacion-con-el-historiador-del-fascismo-emilio-gentile/>], consultado el 16 de julio de 2024.

[21] Diamanti y Lazar, *Popolocrazia*, cit.

[22] Para el concepto de nacionalpopulismo, véanse Pierre-André Taguieff, *Le nouveau national-populisme*, París, CNRS, 2012 y Roger Eatwell y Matthew Goodwin, *Nacionalpopulismo. Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia*, Barcelona, Península, 2019. Para el concepto de posfascismo, véase Traverso, *I nuovi volti del fascismo*, cit.

[23] Véase Daniel Bell, *The Radical Right. The New American Right Expanded and Update*, Nueva York, Doubleday & Company, 1963.

[24] Cas Mudde, *La ultraderecha hoy*, Barcelona, Paidós, 2021, pp. 215 y 24-25.

[25] Fukuyama, *El liberalismo y sus desencantados*, cit., pp. 13 y 141.

[26] Beatriz Acha Ugarte, *Analizar el auge de la ultraderecha*, Barcelona, Gedisa, 2021, pp. 43 y 58.

[27] Piero Ignazi, *L'estrema destra in Europa. Da Le Pen a Haider*, Bolonia, Il Mulino, 1994, pp. 55-56.

[28] Marco Revelli y Luca Telese, *Turbopopulismo. La rivolta dei margini e le nuove sfide democratiche*, Milán, RCS, 2019, pp. 68-69, 105-106, 83 y 90.

[29] Véanse, por ejemplo, Diana C. Mutz, «Status Threat, not Economic Hardship, Explains the 2016 Presidential Vote», *PNAS* 115/19 (2018), disponible en [<https://www.pnas.org/doi/epdf/10.1073/pnas.1718155115>], consultado el 15 de julio de 2024, y Marc Hooghe y Ruth Dassonneville, «Explaining the Trump Vote: The Effect of Racist Resentment and Anti-Immigrant Sentiments», *PS: Political Science & Politics* 51/3 (2018), pp. 528-534.

[30] Michael Kimmel, *Hombres blancos cabreados. La masculinidad al final de una era*, Valencia, Barlin, 2023 y Wayne Allyn Root, *Angry White Male. How the Donald Trump Phenomenon is Changing America and What We Can All Do to Save the Middle Class*, Nueva York, Skyhorse, 2016.

[31] Al respecto, véanse J. D. Vance, *Hillbilly, una elegía rural. Memorias de una familia*

y una cultura en crisis, Barcelona, Deusto, 2017; Arlie R. Hochschild, *Extraños en su propia tierra. Réquiem por la derecha estadounidense*, Madrid, Capitán Swing, 2018; Nancy Isenberg, *White Trash. Los ignorados 400 años de historia de las clases sociales estadounidenses*, Madrid, Capitán Swing, 2020.

[32] Eddy Fougier, «The Trump Surprise: The Reasons for the Unlikely Victory», *L'Europe en Formation* 382/1 (2017), pp. 9-31.

[33] Javier de la Sotilla, «J. D. Vance se presenta como el vicepresidente de la clase obrera blanca y del sueño americano», *La Vanguardia*, 18 de julio de 2024, disponible en [<https://www.lavanguardia.com/internacional/20240718/9812506/j-d-vance-vende-vicepresidente-clase-obrera-blanca-sueno-americano.html>], consultado el 19 de julio de 2024.

[34] «The New Political Divide», *The Economist*, 30 de junio de 2016, en [<https://www.economist.com/leaders/2016/07/30/the-new-political-divide>], consultado el 16 de julio de 2024 y David Goodheart, *The Road to Somewhere: The New Tribes Shaping British Politics*, Londres, Penguin, 2017.

[35] Véase, entre otros, Eatwell y Goodwin, *Nacionalpopulismo*, cit.

[36] Citado en Wolf, *La crisis del capitalismo democrático*, cit., p. 117.

[37] World Inequality Lab, *World Inequality Report 2018*, disponible en [<https://wir2018.wid.world/files/download/wir2018-full-report-english.pdf>].

[38] Anne Mary Brady, «The Decline of Employment Protection and the Rise of Precarious Work», en Rachel Tausendfreund (ed.), *Reassessing 1989: Lessons for the Future of Democracy*, German Marshall Fund of the United States, 2019, pp. 53-62, disponible en [[https://www.gmfus.org/sites/default/files/1989\\_FINAL.pdf](https://www.gmfus.org/sites/default/files/1989_FINAL.pdf)].

[39] Deborah Hargreaves, *Are Chief Executives Overpaid?*, Cambridge, Polity, 2019, p. 6.

[40] Véase [<https://atlasoportunidades.fundacionfelipegonzalez.cotec.es/proyecto/>], consultado el 15 de julio de 2024.

[41] Brady, «The Decline of Employment Protection and the Rise of Precarious Work», cit., pp. 53-62.

[42] Citado en Wolf, *La crisis del capitalismo democrático*, cit., pp. 128-129.

[43] *Ibid.*, p. 125.

[44] Yascha Mounk, *El pueblo contra la democracia. Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla*, Barcelona, Paidós, 2018, p. 160.

[45] Diamanti y Lazar, *Popolocrazia*, cit., p. 145.

[46] Noam Gidron y Peter A. Hall, «The Politics of Social Status: Economic and Cultural Roots of the Populist Right», *British Journal of Sociology* 68/1 (2017), pp. 57-84.

[47] Donald Sassoon, *Sintomi morbosì. Nella nostra storia di ieri i segnali della nostra crisi*, Milán, Garzanti, 2019, p. 104.

[48] Véase Dani Rodrik, *La paradoja de la globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial*, Barcelona, Antoni Bosch, 2012.

[49] Wolf, *La crisis del capitalismo democrático*, cit., p. 17.

[50] Wendy Brown, *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*, Madrid, Traficantes de sueños, 2021, p. 29.

[51] Eric Kaufmann, *Whiteshift. Populism, Immigration, and the Future of White Majorities*, Londres, Allen Lane, 2018, p. 516.

[52] Véase Pippa Norris y Ronald Inglehart, *Cultural Backlash. Trump, Brexit and Authoritarian Populism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2019.

[53] Ronald Inglehart, *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton, Princeton University Press, 1977.

[54] Yascha Mounk, *El gran experimento. Por qué fallan las democracias diversas y cómo hacer que funcionen*, Barcelona, Paidós, 2022.

[55] Marco Revelli, *Populismo 2.0*, Turín, Einaudi, 2017, pp. 64-65.

[56] «“Christian Nationalism Founded American Democracy”: Read Sen. Josh Hawley’s Full Remarks at NatCon», *The Daily Signal*, 9 de julio de 2024, disponible en [<https://www.dailysignal.com/2024/07/09/sen-josh-hawley-america-founded-on-christian-nationalism/>], consultado el 15 de julio de 2024.

[57] Yaritza Acero, «Polémica por comentario homofóbico en serie protagonizada por Sylvester Stallone», *Infobae.com*, 29 de mayo de 2023, disponible en [<https://www.infobae.com/lgbt/2023/05/29/polemica-por-comentario-homofobico-en-serie-protagonizada-por-sylvester-stallone/>], consultado el 16 de julio de 2024.

[58] Enrique Gil Calvo, «“Backlash”: la revancha “wasp”», *El País*, 25 de noviembre de 2016, disponible en [[https://elpais.com/elpais/2016/11/21/opinion/1479734066\\_138367.html](https://elpais.com/elpais/2016/11/21/opinion/1479734066_138367.html)], consultado el 15 de julio de 2024.

[59] Alessandro Chiaromonte y Vincenzo Emanuele, «Party System Volatility, Regeneration and De-institutionalization in Western Europe (1945-2015)», *Party Politics* 23/4 (2017), pp. 376-388.

[60] Carlo Trigilia, «Il grande esodo. Perché le classi deboli si stanno allontanando dai partiti di sinistra?», *Rivista Il Mulino* 513 (2021), p. 28.

[61] Ingrid Van Biezen, Peter Mair y Thomas Poguntke, «Going, Going... Gone? The Decline of Party Membership in Contemporary Europe», *European Journal of Political Research* 51/1 (2012), pp. 24-56.

[62] Ignacio Sánchez-Cuenca, *El desorden político. Democracias sin intermediación*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2022, pp. 111, 157, 7-8 y 14.

[63] Al respecto, véanse las consideraciones de Bernat Castany Prado, *Una filosofía del miedo*, Barcelona, Anagrama, 2022.

[64] Mounk, *El pueblo contra la democracia*, cit., pp. 139-186.

[65] Francesco Manetto, «La fiesta ultra de Javier Milei», *El País*, 11 de diciembre de 2023, disponible en [<https://elpais.com/opinion/2023-12-11/la-fiesta-ultra-de-javier-milei.html>], consultado el 16 de julio de 2024.

[66] Al respecto, véase Steven Forti, «Tomar Europa por las elecciones. La extrema derecha mundial en Madrid», *El Grand Continent*, 22 de mayo de 2024, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2024/05/22/tomar-europa-por-las-elecciones-la-extrema-derecha-mundial-en-madrid/>], consultado el 16 de julio de 2024.

[67] José Antonio Sanahuja y Camilo López Burian, «Las derechas neopatriotas en América Latina: contestación al orden liberal internacional», *Revista CIDOB d’Afers*

*Internacionals* 126 (2020), pp. 41-63.

[68] Eatwell y Goodwin, *Nacionalpopulismo*, cit., p. 310.

[69] Véase Steven Levitsky y Lucan Way, *Competitive Authoritarianism. Hybrid Regimes after the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010. Al respecto véanse las reflexiones desarrolladas en el último capítulo de este libro.

[70] Francisco Veiga, Carlos González-Villa, Steven Forti *et al.*, *Patriotas indignados. Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols*, Madrid, Alianza, 2019, p. 414. Véase Gáspár Miklós Tamás, «What is Post-fascism?», *OpenDemocracy.net*, 13 de septiembre de 2001, disponible en [[https://www.opendemocracy.net/en/article\\_306jsp/](https://www.opendemocracy.net/en/article_306jsp/)], consultado el 16 de julio de 2024.

[71] Veiga, González-Villa, Forti *et al.*, *Patriotas indignados*, cit., p. 398.

[72] Regin Winther Poulsen, «How the Danish Left Adopted a Far-Right Immigration Policy», *Foreign Policy*, 12 de julio de 2021, disponible en [<https://foreignpolicy.com/2021/07/12/denmark-refugees-frederiksen-danish-left-adopted-a-far-right-immigration-policy/>], consultado el 16 de julio de 2024. Véase también Ian P. McManus y Michelle Falkenbach, «A Hollow Victory: Understanding the Anti-Immigration Shift of Denmark's Social Democrats», *Journal of Contemporary European Research* 18/1 (2022), pp. 4-31.

[73] Véase Cristóbal Rovira Kaltwasser, *La ultraderecha en América Latina: definiciones y explicaciones*, Santiago de Chile, Fundación Friedrich Ebert, 2023, disponible en [<https://www.fes.de/cgi-bin/gbv.cgi?id=20670&ty=pdf>].

[74] Véase Jacob Wondreys y Cas Mudde, «Victims of the Pandemic? European Far-Right Parties and COVID-19», *Nationalities Papers* 50/1 (2022), pp. 86-103.

[75] Al respecto, véase Christopher Wylei, *Mindf\*ck. Cambridge Analytica. La trama para desestabilizar el mundo*, Barcelona, Roca, 2020. Sobre cómo las extremas derechas utilizan la teoría conspirativa del gran reemplazo, véase Mattias Ekman, «The Great Replacement: Strategic Mainstreaming of Far-Right Conspiracy Claims», *Convergence* 28/4 (2022), pp. 1127-1143.

[76] Véase Pablo Stefanoni, *¿La rebeldía se volvió de derecha?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.

[77] Sobre las guerras culturales, véanse James Davison Hunter, *Culture Wars: The Struggle To Control The Family, Art, Education, Law, And Politics In America*, Nueva York, Basic Books, 1992 y Andrew Hartman, *A War for the Soul of America: a History of the Culture Wars*, Chicago, University of Chicago Press, 2015.

[78] Philippe Corcuff, *La grande confusion. Comment l'extrême-droite gagne la bataille des idées*, París, Textuel, 2020.

[79] Citado por Jean-Yves Camus y Nicolas Lebourg, *Les droites extrêmes en Europe*, París, Seuil, 2015, p. 143.

[80] Al respecto, véase Diego Luis Sanromán, *La Nueva derecha. Cuarenta años de agitación metapolítica*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2008.

[81] Sobre la Nouvelle Droite en Francia y a nivel internacional, véanse Pierre-André Taguieff, *Sur la Nouvelle droite. Jalons d'une analyse critique*, París, Descartes & Cie, 1994; Tamir Bar-On, *Rethinking the French New Right. Alternatives to Modernity*,

Londres, Routledge, 2013; y Massimiliano Capra Casadio, «The New Right and Metapolitics in France and Italy», *Journal for the Study of Radicalism* 8/1 (2014), pp. 45-86.

[82] Véase también Tamir Bar-On, «The French New Right. Neither Right, nor Left?», *Journal for the Study of Radicalism* 8/1 (2014), pp. 1-44.

[83] Sobre el rojipardismo, véanse Steven Forti, «Los rojipardos: ¿mito o realidad?», *Nueva Sociedad* 288 (2020), pp. 15-26 y David Bernardini, *Nazionalbolscevismo. Piccola storia del rossobrunismo in Europa*, Milán, Shake, 2020. La obra de Zeev Sternhell, escrita junto a Mario Sznajder y Maia Asheri, es *Naissance de l'idéologie fasciste*, París, Fayard, 1989.

[84] Simon Blin, «Le “confusionnisme” est-il le Nouveau rouge-brun?», *Libération*, 16 de enero de 2019, disponible en [[https://www.liberation.fr/debats/2019/01/16/le-confusionnisme-est-il-le-nouveau-rouge-brun\\_1703403/](https://www.liberation.fr/debats/2019/01/16/le-confusionnisme-est-il-le-nouveau-rouge-brun_1703403/)], consultado el 16 de julio de 2024.

[85] Corcuff, *La grande confusion*, cit., pp. 109-110.

[86] Sobre el feminacionalismo, véase Sara R. Farris, *En nombre de los derechos de las mujeres. El auge del feminacionalismo*, Madrid, Traficantes de sueños, 2021. Sobre el patriotismo verde o ecofascismo, véanse Bernhard Forchtner (ed.), *The Far Right and the Environment. Politics, Discourse and Communication*, Londres, Routledge, 2020 y Francesca Santolini, *Ecofascisti. Estrema destra e ambiente*, Turín, Einaudi, 2024.

[87] La cita es de George L. Mosse, *L'uomo e le masse nelle ideologie nazionaliste*, Roma, Laterza, 1999, p. 172.

[88] He desarrollado más la cuestión de las divergencias entre las extremas derechas europeas en Steven Forti, «Afinidades y diferencias. Una cartografía de fuerzas y discursos de ultraderecha en Europa», en José Antonio Sanahuja y Pablo Stefanoni (eds.), *Extremas derechas y democracia: perspectivas iberoamericanas*, Madrid, Fundación Carolina, 2023, pp. 37-60.

[89] Guillermo Fernández-Vázquez, «¿Fórmulas ganadoras en el discurso político de la extrema derecha? Un análisis del Frente Nacional de Marine Le Pen», en Adoración Guamán, Alfons Aragoneses y Sebastián Martín (dirs.), *Neofascismo. La bestia neoliberal*, Madrid, Siglo XXI, 2019, p. 233.

[90] Ralf Havertz, *Radical Right Populism in Germany. AfD, Pegida, and the Identitarian Movement*, Londres, Routledge, 2021, pp. 142-153.

[91] Vox, *Agenda España*, octubre de 2021, disponible en [<https://www.voxespana.es/agenda-espana>], consultado el 16 de julio de 2024.

[92] Eduardo Sánchez Iglesias, Vicente Sánchez Jiménez y Guillermo Fernández Vázquez, «El programa del Frente Nacional francés a la luz de la teoría de las fórmulas ganadoras», *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales* 21/2 (2021), disponible en [<https://recyt.fecyt.es/index.php/encrucijadas/article/view/88067>].

[93] Noemi Lendvai-Bainton y Dorota Szelewa, «Governing New Authoritarianism: Populism, Nationalism and Radical Welfare Reforms in Hungary and Poland», *Social Policy Administration* 55 (2020), pp. 559-572.

[94] Dorit Geva, «Orbán's Ordonationalism as Post-Neoliberal Hegemony», *Theory*,

*Culture & Society* 38/6 (2021), pp. 71-93; Stefano Bottoni, *Orbán. Un despota in Europa*, Roma, Salerno, 2019, pp. 243 y 165; Marton Vegh, «Orbán ha amplificado las políticas neoliberales y las desigualdades», *Viento Sur*, 22 de abril de 2021, disponible en [<https://vientosur.info/orban-ha-amplificado-las-politicas-neoliberales-y-las-desigualdades/>], consultado el 16 de julio de 2024.

[95] Fundación de Estudios Espacio Público, *La extrema derecha y el antifeminismo en Europa. Informe de situación*, 2021, pp. 103-110, disponible en [<https://espacio-publico.com/la-extrema-derecha-y-el-antifeminismo-en-europa-informe-de-situacion>], consultado el 16 de julio de 2024.

[96] Véase Farris, *En nombre de los derechos de las mujeres*, cit.

[97] Marine Le Pen, «Un référendum pour sortir de la crise migratoire», *l'Opinion*, 13 de enero de 2016, disponible en [<https://www.lopinion.fr/edition/politique/marine-pen-referendum-sortir-crise-migratoire-94568>], consultado el 16 de julio de 2024.

[98] Mudde, *La ultraderecha hoy*, cit., p. 65.

[99] Pablo de Orellana y Nicholas Michelsen, «Reactionary Internationalism: the philosophy of the New Right», *Review of International Studies* 45/5 (2019), pp. 748-767. Véase también José Antonio Sanahuja y Camilo López Burian, «Internacionalismo reaccionario y nuevas derechas neopatriotas latinoamericanas frente al orden internacional liberal», *Conjuntura Austral* 11/55 (2020), pp. 22-34.

[100] Valentina Santarpia, «Salvini a Mosca: “In Russia mi sento a casa, mentre in alcuni Paesi Ue no”», *Corriere della Sera*, 18 de octubre de 2018, disponible en [[https://www.corriere.it/politica/18\\_ottobre\\_17/salvini-mosca-in-russia-mi-sento-casa-mentre-alcuni-paesi-ue-no-636e442c-d224-11e8-9cd8-6bfe110c11f0.shtml](https://www.corriere.it/politica/18_ottobre_17/salvini-mosca-in-russia-mi-sento-casa-mentre-alcuni-paesi-ue-no-636e442c-d224-11e8-9cd8-6bfe110c11f0.shtml)], consultado el 16 de julio de 2024.

[101] Véanse «La extrema derecha alemana blanco de acusaciones de espionaje a favor de Rusia y China», *Euronews*, 30 de mayo de 2024, disponible en [<https://es.euronews.com/my-europe/2024/05/30/la-extrema-derecha-alemana-blanco-de-acusaciones-de-espionaje-a-rusia-y-china>] y Ciara Carolan, «Nazism, fraud and Russian influence: Vlaams Belang MEP under investigation, but why?», *The Brussels Times*, 6 de junio de 2024, disponible en [<https://www.brusselstimes.com/1076987/nazism-fraud-and-russian-influence-vlaams-belang-mep-under-investigation-but-why>], consultados el 16 de julio de 2024.

[102] Arnd Bauerkämper y Grzegorz Rossoliński-Liebe, *Fascism without Borders. Transnational Connections and Cooperation between Movements and Regimes in Europe from 1918 to 1945*, Nueva York-Oxford, Berghahn, 2017, pp. 1-2.

[103] Maselli y Roger-Lacan, «“Estamos en la era del post-algo”, una conversación con el historiador del fascismo Emilio Gentile», cit. Al respecto, véase Emilio Gentile, *La vía italiana al totalitarismo. Partido y estado en el régimen fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

[104] José Álvarez Junco, «El peso de un pasado sucio», en Géraldine Schwartz, *Los amnésicos. Historia de una familia europea*, Barcelona, Tusquets, 2019, pp. 388-389.

[105] Véanse Steve Rose, «Una ideología mortal: cómo se popularizó la “teoría del gran reemplazo”», *elDiario.es*, 17 de julio de 2022, disponible en



[[https://www.eldiario.es/internacional/theguardian/ideologia-mortal-popularizo-teoria-gran-reemplazo\\_1\\_9070980.html](https://www.eldiario.es/internacional/theguardian/ideologia-mortal-popularizo-teoria-gran-reemplazo_1_9070980.html)] y «Che cos'è – o sarebbe – il “Piano Kalergi”», *Il Post*, 16 de enero de 2018, disponible en [<https://www.ilpost.it/2018/01/16/piano-kalergi/>], consultados el 19 de julio de 2024.

[106] Véase «Viktor Orbán's speech at the 25<sup>th</sup> Bálványos Free Summer University and Youth Camp», 29 de julio de 2014, disponible en [<https://2015-2019.kormany.hu/en/the-prime-minister/the-prime-minister-s-speeches/prime-minister-viktor-orban-s-speech-at-the-25th-balvanyos-summer-free-university-and-student-camp>], consultado el 19 de julio de 2024. Más en general y especialmente para el caso estadounidense, véase Levitsky y Ziblatt, *Cómo mueren las democracias*, cit.

[107] Parlamento Europeo, *Existence of a Clear Risk of a Serious Breach by Hungary of the Values on which the Union is Founded*, 15 de septiembre de 2022, p. 28, disponible en [[https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/TA-9-2022-0324\\_EN.pdf](https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/TA-9-2022-0324_EN.pdf)], consultado el 19 de julio de 2024.

## CAPÍTULO III

### El lento camino hacia la normalización

Ya es una obviedad afirmar que las extremas derechas están avanzando prácticamente por doquier. La victoria de Giorgia Meloni en las elecciones italianas de 2022, la primera posición conseguida por la RN de Marine Le Pen en las legislativas francesas de 2024 o, en el otro lado del Atlántico, la victoria de Javier Milei en las presidenciales argentinas de 2023 son solo algunas de las últimas muestras de un proceso que, sin embargo, no ha empezado antes de ayer. No basta, de hecho, con remontarse a la invasión rusa de Ucrania o la crisis pandémica. Tampoco a la victoria de Donald Trump en 2016 que tuvo un evidente efecto-contagio, por así llamarlo, dando alas a los ultras de todo el mundo. Al contrario, para encontrar sus inicios debemos ir mucho más atrás, cuando el mundo estaba aún dividido en dos bloques, es decir, la etapa final de la Guerra Fría.

Como apuntó Cas Mudde, a partir de la década de 1980 las formaciones políticas ultraderechistas se han desmarginalizado. Con este término poco agraciado se hace referencia a dos procesos. Por una parte, las extremas derechas, irrelevantes y marginalizadas en Europa tras la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial, se han convertido paulatinamente en actores políticos relevantes consiguiendo porcentajes electorales de dos dígitos, se han asentado en los parlamentos nacionales e incluso han accedido al gobierno en distintos países. Por otra, sus ideas se han normalizado, marcan las agendas políticas y son compartidas también por espacios convencionales[1].

La radicalización de los partidos de la derecha *mainstream* es la prueba fehaciente de ello, como vienen confirmando estudios comparativos desde hace tiempo[2]. A veces, como veremos más adelante, la frontera entre unos y otros es tan porosa que es incluso difícil distinguirlos. Pero es prueba de ello también la «conquista de la calle» por parte de las extremas derechas. Ya no se trata de algún acto aislado o de unas pocas decenas de militantes con cabeza rapada, sino de manifestaciones de masas que han recurrido

incluso a la violencia con el objetivo de asaltar sedes institucionales o de partidos políticos y sindicatos, recordando escenas que nos llevan directamente al periodo de entreguerras. Baste recordar aquí el asalto de los trumpistas al Capitolio en enero de 2021 y el de los bolsonaristas a la Plaza de los Tres Poderes de Brasilia dos años después. Sin embargo, cabe mencionar también la destrucción de la sede romana de la Confederación General Italiana del Trabajo (CGIL), el mayor sindicato del país transalpino, por parte de manifestantes neofascistas y antivacunas en octubre de 2021 o el mal llamado «Noviembre Nacional», es decir, el sitio ultraderechista de la sede del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en la calle Ferraz de Madrid durante dos semanas en noviembre de 2023.

Para pasar de lo abstracto a lo concreto y así tener una visión panorámica de cómo la ultraderecha ha transitado, utilizando una metáfora futbolística, de los márgenes del campo de juego –o, mejor dicho, de las tribunas del estadio– a su centro, teniendo cada vez más posesión de la pelota, configurando el juego y marcando unos cuantos goles, merece la pena fijarse en al menos dos cuestiones: los resultados electorales y la presencia en las instituciones.

## UN CRECIMIENTO ELECTORAL CONSTANTE

Como recogen los datos proporcionados por el proyecto académico The PopuList, el crecimiento electoral de las extremas derechas en Europa ha sido constante en las últimas cuatro décadas, más allá de fluctuaciones fisiológicas o de algún retroceso puntual[3]. En las elecciones legislativas de los diferentes países de nuestro continente, estas formaciones políticas han pasado de una media de cerca del 3% de los votos en la década de 1990 a un 8% en la primera del nuevo milenio. En la última década, esto es, a partir de 2015, la media de sus apoyos ha subido hasta el 19%. Dicho con otras palabras, en la actualidad uno de cada cinco electores en Europa escoge la papeleta de partidos ultraderechistas. O, visto desde otra perspectiva, hay solo dos países en cuyos parlamentos no tienen representación estas formaciones políticas: Malta e Irlanda. Y, en el segundo de ellos, tras las elecciones europeas y municipales de junio de 2024, todo apunta a que la excepción puede terminar más pronto que tarde[4].

A partir de los años ochenta, diferentes politólogos, empezando por Klaus von Beyme, plantearon la idea de la existencia de una «tercera ola» ultraderechista, representada por formaciones como el FN francés, el FPÖ o el VB. Como hemos visto en el capítulo anterior, se trata de una nueva tipología de extrema derecha, calificada por algunos, como Piero Ignazi, «extrema derecha postindustrial» y por otros, como Pierre-André Taguieff, «nacionalpopulismo». Según von Beyme, esta nueva ola marcaba un cambio respecto a las dos anteriores que se habían dado tras el término de la Segunda Guerra Mundial, permitiendo por primera vez a estas formaciones políticas conseguir resultados electorales impactantes y asentarse en los parlamentos. La primera ola fue inmediatamente después de la derrota del fascismo, entre 1945 y 1955: excepto el exitoso caso del MSI, tuvo como protagonistas pequeños partidos neofascistas y neonazis, algunos de los cuales ilegalizados poco después, como el Partido Socialista del Reich en la Alemania Occidental, y asociaciones de excombatientes. La segunda ola, entre 1955 y 1980, vio la aparición de nuevas formaciones, generalmente definidas como populistas de derechas, que consiguieron algún éxito electoral, aunque aislado, como el poujadismo en Francia o el Partido del Progreso en Dinamarca, y una nueva hornada de partidos de extrema derecha propiamente dichos, como el Partido Nacionaldemócrata de Alemania (NPD) o el Frente Nacional británico, cuyos resultados electorales fueron, de todos modos, muy reducidos.

Según Mudde, el nuevo milenio habría dado paso a una cuarta ola que se benefició de tres crisis: los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, la Gran Recesión de 2008 y la mal llamada crisis de los refugiados de 2015-2016. Las características de los partidos de esta ola serían en buena medida las mismas de los de la anterior: la novedad sería su definitiva normalización y desmarginación. En primer lugar, han surgido muchísimos nuevos partidos ultraderechistas: a veces en un país hay más formaciones de extrema derecha que compiten, aunque pueden también colaborar. Piénsese en los casos de Italia con FdI y la LN, Francia con la RN y Reconquista, Países Bajos con el PVV y el Foro para la Democracia, Polonia con el PiS de Kaczyński y la Confederación de Libertad e Independencia, Flandes con la Nueva Alianza Flamenca e VB o España con Vox y Se Acabó La Fiesta. En Grecia, hay incluso tres partidos ultraderechistas con representación parlamentaria tras los comicios de 2023: Solución Griega, Movimiento

Patriótico Democrático –conocido popularmente como Victoria– y Espartanos, una especie de refundación del neonazi Amanecer Dorado, ilegalizado por los tribunales en 2020 por ser considerado una organización criminal. En segundo lugar, las extremas derechas se han asentado en países en los que no lo había conseguido: el ejemplo más cercano es el de la península ibérica, considerado hasta 2018 de forma ingenua como una excepción, como si los Pirineos fuesen una barrera infranqueable para las ideologías políticas. Pero los recientes casos de Luxemburgo, Chipre y, ya antes, Alemania son otra prueba de ello. En tercer lugar, como veremos más adelante, la ultraderecha se ha convertido en un socio de coalición aceptable para la derecha tradicional y se ha vuelto pieza relevante en la formación de gobiernos[5].

Si miramos a los comicios europeos, la continuidad entre la tercera y la cuarta ola es evidente. En las segundas elecciones para el Parlamento de Estrasburgo, celebradas en 1984, la extrema derecha no llegaba ni al 4% de los votos en su conjunto y podía contar sobre una patrulla de tan solo unos 16 diputados, casi todos del MSI de Giorgio Almirante y del FN francés de Jean-Marie Le Pen. Ya en aquel entonces se trató de un récord para los ultraderechistas, ya que los lepenistas entraban por primera vez en la Eurocámara. En la legislatura anterior, se podían considerar como de extrema derecha tan solo 5 diputados sobre 410. Veinte años más tarde, en 2004, las primeras elecciones con 25 Estados miembros tras la ampliación al este, las formaciones ultraderechistas superaron por poco el 10% de los votos y sumaron alrededor de unos 70 diputados. En quince años doblaron prácticamente esos resultados: en 2019 rozaron el 20% y consiguieron la friolera de 165 escaños sobre 751, si incluimos también el Brexit Party de Nigel Farage que, pocos meses después, debió abandonar el Parlamento Europeo junto a los otros diputados británicos. Ese año, además, las extremas derechas ganaron las elecciones en cinco países: Francia, Italia, Reino Unido, Polonia y Hungría.

En los comicios de junio de 2024, los partidos ultraderechistas batieron todos los récords. Por un lado, han sido la primera fuerza en seis países (Francia, Italia, Hungría, Austria, Bélgica y Eslovenia) y la segunda en otros seis (Alemania, Polonia, Países Bajos, Rumania, República Checa y Eslovaquia). Si a los diputados de los tres grupos ultraderechistas existentes en la Eurocámara en esta legislatura, es decir, ECR, PöE y ESN, sumamos

los de algunos partidos ultras que se han quedado entre los no inscritos, la extrema derecha superaría la barrera de los 200 diputados, sobre un total de 720. Esto significa más del 25% de los escaños del Parlamento Europeo. Para clarificar la situación y hacernos una idea de las dimensiones del asunto, si se unificasen todos los partidos ultraderechistas, serían la primera fuerza en Estrasburgo, al tener más diputados que los populares. Si bien algunas encuestas habían incluso augurado unos resultados más abultados y si bien en algunos países, como Finlandia, Suecia o Portugal, las extremas derechas han sufrido un retroceso respecto a las anteriores elecciones legislativas, la perspectiva histórica nos permite apreciar una tendencia clara en los últimos cuarenta años[6].

En las elecciones legislativas o también presidenciales celebradas en las últimas cuatro décadas en los diferentes países europeos, estas dinámicas se confirman, si bien con algunos matices[7]. En algunos países, las extremas derechas entraron ya con una cierta fuerza entre los años ochenta y la primera mitad de los noventa, como en Francia, Italia, Suiza, Bélgica o Austria. En otros, lo hicieron entre finales del siglo XX y la primera década del milenio, como en los Países Bajos, Escandinavia y la mayoría de los países del este, donde habían tenido ya una presencia importante en las más o menos convulsas transiciones poscomunistas después de 1989. En otros, en cambio, se convirtieron en un actor político relevante solo a partir de mediados o finales de la segunda década del siglo XXI, como en Alemania, España, Portugal, Reino Unido o una gran parte de los países latinoamericanos. En EEUU, con la transformación del Partido Republicano en el partido de Trump podemos apreciar un proceso similar a los países de este tercer grupo, sin negar obviamente que en los años anteriores sectores ultraderechistas habían tenido una presencia social importante, empezando por el Tea Party dentro del mismo Partido Republicano desde 2009.

Empecemos por los países del primer bloque, en los que unos nuevos partidos de extrema derecha comenzaron a obtener importantes consensos electorales ya en la segunda mitad de la década de 1980. Tras una primera década en que parecía no conseguir salir de la irrelevancia, el FN francés pasó del 0,18% en la primera vuelta de las elecciones legislativas de 1981 al 9,8% en las de 1986 para subir hasta el 15,2% en las de 1997. Después de una serie de resultados más decepcionantes durante una década marcada por la escisión del sector capitaneado por Bruno Megrét y la capacidad del

posgolista Nicolas Sarkozy de fagocitar parte del voto lepenista, a partir de la llegada a la presidencia del partido de Marine Le Pen, el FN, que en 2018 pasará a llamarse RN, no solo recuperó sus mejores resultados de los años noventa, sino que superó el techo electoral de su padre[8].

De hecho, en 2022 la RN obtuvo en la primera vuelta de las legislativas el 18,7% de los votos, lo que le permitió elegir 89 diputados en la segunda vuelta. Se trataba de un récord histórico que superaba con creces la patrulla de los 35 lepenistas que entraron en la Asamblea Nacional en 1986. En aquella ocasión, además, el FN pudo beneficiarse de la nueva ley electoral proporcional, impulsada por François Mitterand, que estuvo en vigor solo un bienio. En las legislativas anticipadas de 2024, la RN, que presentaba como candidato al joven y telegénico Jordan Bardella, dio el salto hasta el 31,1%, mostrando un arraigo territorial en zonas del norte desindustrializado, como el Paso de Calais, o del sur, como la Provenza, que le granjearon incluso más del 50% de los votos en algunas circunscripciones electorales y la elección ya en primera vuelta de casi 40 diputados. Asimismo, por primera vez, casi toda Francia se tiñó de azul, el color de la RN, ya que esta fue la primera fuerza política en la gran mayoría de las circunscripciones. Aunque el frente republicano entre las izquierdas y el bloque macroniano funcionó gracias a los llamados pactos de desistimientos para evitar triangulaciones que habrían favorecido a los candidatos lepenistas, en la segunda vuelta la RN se convirtió en el primer partido en número de escaños en la Asamblea Nacional con 126 diputados. En realidad, el bloque lepenista obtuvo 143 escaños, si le sumamos también los del grupo republicano de Éric Ciotti que decidió aliarse con Le Pen. Como ha apuntado con realismo Piero Ignazi, si miramos más allá de los bloques, la euforia por haber evitado que Bardella se sentara en el Palacio de Matignon debería matizarse ya que «en cuanto a los partidos individuales no hay competencia: la RN destaca por su apoyo popular directo»[9]. En la segunda vuelta, la RN llegó a alcanzar el 37% de los votos, más de 10 millones de papeletas, dando prueba de que conseguía ir más allá de su electorado tradicional y era visto por una buena parte de la población como una opción aceptable e incluso preferible no solo a las izquierdas, sino también al centro macroniano. Posiblemente no se equivoca Alain Lipietz al afirmar que se ha tratado del último aviso antes de una victoria definitiva de la ultraderecha[10]. Lo que pasará en los próximos

años nos confirmará si esto es cierto.

En las elecciones presidenciales, apreciamos una dinámica similar. Si en las de 1981, Jean-Marie Le Pen no consiguió reunir ni los avales suficientes para presentar su candidatura, en las de 1988 obtuvo más de 4,3 millones de votos y el 14,4% en la primera vuelta. Siete años después subió hasta el 15%, mientras que en las de 2002, gracias a la división de la izquierda, obtuvo el 16,9% que le permitió por primera vez pasar a la segunda vuelta. Frente a un país que se quedó consternado y el llamamiento generalizado a votar al candidato de la derecha tradicional, Jacques Chirac, en el balotaje el fundador del FN amplió muy poco sus apoyos, sumando apenas 700.000 votos y obteniendo en total 5,5 millones de papeletas y el 17,8%. En su primer intento, exactamente una década después, Marine Le Pen superaba ya al padre con 6,4 millones de votos y el 17,9% en la primera vuelta. En las dos presidenciales siguientes, y en medio de un terremoto político que reventó el sistema de partidos de la Quinta República, Le Pen no solo consiguió en ambos casos jugarse la presidencia en una segunda vuelta. Si bien perdió frente a Emmanuel Macron, demostró que la posibilidad de tener en el futuro a un (o una) lepenista en el Palacio del Elíseo ya no es ciencia ficción. En 2017, en la primera vuelta obtuvo el 21,3%, mientras en la segunda rozó el 34%, es decir, 10,6 millones de votos. En 2022, los resultados todavía mejoraron: 23,1% en la primera vuelta y 41,5% en la segunda. Más de 13 millones de franceses habían escogido la papeleta de Marine Le Pen en el balotaje, 5 millones más que dos semanas antes.

Si bajamos los Alpes, podemos apreciar una evolución bastante parecida de las extremas derechas en los últimos cuarenta años, más allá de las diferencias existentes en el sistema de partidos y en las reglas del juego. Cabe recordar, de hecho, que, por un lado, el sistema político italiano es parlamentario y no semipresidencial y, por otro, el sistema electoral no es mayoritario a dos vueltas con una división del territorio en colegios uninominales como en Francia. En Italia, efectivamente, el sistema electoral es una mezcla de mayoritario y proporcional, por más que haya cambiado en cinco ocasiones en las últimas tres décadas pasando del proporcional puro de la Primera República al actual Rosatellum –por el nombre del diputado Ettore Rosato– que prevé la elección del 61% de los diputados y senadores con el sistema proporcional y el 37% con un sistema mayoritario en colegios uninominales, mientras que el 2% restante está destinado al



voto de los italianos residentes en el exterior con un sistema proporcional[11]. Dicho esto, en las últimas elecciones de la Primera República, celebradas en 1992, las extremas derechas sumaban el 13,6% de los votos: ya se trataba de un cambio notable respecto a las décadas anteriores por la entrada con fuerza de la LN que superó el 8%, presentándose solo en el norte de la península. Sus votos se sumaron a los de los neofascistas del MSI que, con el 5,4%, mantuvieron a grandes rasgos su base de votantes: en las cuatro décadas anteriores, se habían movido en una horquilla comprendida entre el 5 y el 9% de los votos.

Desde las elecciones de 1994 todo cambió, a partir de la ley electoral que introdujo una cuota mayoritaria que impulsaba la formación de coaliciones electorales amplias. Asimismo, en medio del escándalo de corrupción de Tangentópolis desaparecieron en pocos meses las fuerzas políticas que habían gobernado el país desde el final del fascismo, *in primis* la todopoderosa Democracia Cristiana que había atraído gran parte del voto de derechas. Desde ese momento, y durante prácticamente dos décadas, con la entrada en escena de Silvio Berlusconi y la creación de la llamada coalición de centroderecha hegemónica por Forza Italia, el voto a formaciones ultraderechistas aumentó y se encontró, además, debajo del paraguas de una coalición que era presentada como moderada. En los comicios de 1996, la nueva Alianza Nacional (AN) —es decir, la transformación, tras el congreso de Fiuggi de 1995, del MSI en una fuerza más presentable, posfascista o nacionalconservadora como se empezó a decir por aquel entonces— rozó los 6 millones de votos (15,6%), doblando el mejor resultado de toda la historia del MSI, el de 1972. En aquellas elecciones, la LN, en su fase secesionista, se presentó en solitario, desvinculada de la coalición berlusconiana: obtuvo 3,7 millones de votos y el 10%. Ya a mediados de 1990, un italiano sobre cuatro optaba por partidos de extrema derecha.

En los años siguientes, las dos formaciones políticas se presentaron siempre en coalición con Forza Italia: en 2009, incluso AN se fusionó con el partido-empresa berlusconiano, dando vida al Pueblo de la Libertad (PdL). No resulta fácil, pues, separar el voto ultraderechista del voto de la derecha más o menos tradicional. Ahora bien, poco después, en medio de la tormenta económica que golpeó un país fuertemente endeudado, el fracaso del PdL, el declive político y físico de Berlusconi, el nacimiento de FdI y la renovación de la LN por manos de Matteo Salvini revolucionaron todo ese

espacio político y mostraron la progresiva radicalización del votante del centroderecha, como veremos en el quinto capítulo [\[12\]](#). En las elecciones de 2018, la nueva LN salviniana se convirtió así en el primer partido de la coalición con el 17,4% de los votos, mientras FdI obtuvo el 4,3%. En las siguientes elecciones de 2022, cambiaron las tornas: el partido de Meloni rozó el 26% y la LN bajó hasta el 8,8%. En total, sumaron casi 10 millones de votos, alrededor del 35%. La diferencia respecto a los años ochenta es abismal: en la última década de la Primera República, el MSI tenía un caladero de votos que no superaba los 2,5 millones.

También Austria es otro país donde las extremas derechas han aparecido de forma temprana ya en los ochenta. Fundado en la década de 1950 por exnazis, el FPÖ viró en las dos décadas siguientes hacia posiciones más moderadas, llegando incluso a pactos de gobierno con los socialdemócratas. Su porcentaje de votos se movía en una horquilla del 5-8%. Con la llegada a la presidencia de la formación de Jörg Haider en 1986, el FPÖ siguió los pasos de Le Pen y se situó claramente en la extrema derecha. En la década siguiente su crecimiento electoral fue espectacular: 16,6% en las legislativas de 1990, 22,5% en las de 1994 y 26,9% en las de 1999. De los 18 escaños de 1986, el FPÖ pasó así a los 52 al final del milenio. En los primeros años del siglo XXI, el FPÖ tuvo un retroceso notable, debido también al abandono de Haider, que fundó un nuevo partido, la Unión por el Futuro (BZÖ). De todas formas, a partir de 2013 el FPÖ volvió a superar el 20% y en las elecciones legislativas de 2017 llegó a su récord en número de votos, más de 1,3 millones, el 26%. Después de un nuevo retroceso en los comicios celebrados en 2019, donde obtuvo el 16,1%, en las legislativas de septiembre de 2024 por primera vez ganó unas elecciones rozando el 30%, un resultado histórico. También en las elecciones presidenciales el FPÖ se ha convertido en un partido con opciones reales de ganar: en las de 2016, su candidato, Norbert Hofer, obtuvo el 35% de los votos en la primera vuelta y el 46,2% en la segunda, sumando más de 2 millones de papeletas [\[13\]](#).

Como se comentaba anteriormente, hay un segundo bloque de países en el que las extremas derechas se consolidaron un poco más tarde, a caballo entre el siglo XX y el XXI. En Escandinavia, por ejemplo, estas formaciones tuvieron un avance espectacular en esos años, si bien en algunos casos, como en Noruega, su andadura había empezado ya en la segunda ola ultraderechista durante la década de 1970 [\[14\]](#). El caso noruego,

de hecho, es el más precoz y tiene bastantes analogías también con los países del primer bloque. El Partido del Progreso fue fundado en 1973 por Anders Lange como un movimiento de protesta contra los impuestos y el Estado de bienestar. Si entre la década de 1970 y la de 1980 sus resultados electorales se movieron entre el 2 y el 5% de los votos, en 1989, tras una mayor radicalización de sus posiciones bajo el mando de Carl Hagen, se convirtió en el tercer partido con más representación en el Storting, el Parlamento noruego. En las elecciones de ese año obtuvo el 13% de los votos. Excepto en las elecciones de 1993, debido a una escisión interna, el Partido del Progreso fue mejorando sus resultados en las dos décadas siguientes, llegando al 15,3% en 1997 y al 22,9% en 2009. A partir de ese momento, inició un lento retroceso que en los comicios de 2021 lo convirtieron en la cuarta fuerza del país, con en el 11,7% de los votos[15].

También en Dinamarca, la experiencia del Partido Popular Danés (DF) – fundado en 1995 por Pia Kjaersgaard que lo lideró durante casi veinte años– tenía detrás la experiencia de otro Partido del Progreso. Creado a principios de la década de 1970 de forma similar a su homónimo noruego, esta formación había languidecido durante los años ochenta, convirtiéndose en irrelevante. Con posiciones mucho más radicales, sobre todo acerca del tema de la inmigración, el DF consiguió ya en 1998, en su primera prueba electoral, el 7,4% de los votos y en 2001 mejoró sus resultados hasta conseguir el 12%. Tras una década prácticamente estable, con la llegada de Kristian Thulesen Dahl a la presidencia del partido se convirtió en la segunda fuerza política del país con el 21,1%. En los años siguientes, ha retrocedido considerablemente hasta un mísero 2,6% en las elecciones de 2022 al que se debería sumar, de todas maneras, el 3,4% conseguido por una formación aún más extremista, Nueva Derecha, fundada en 2015. Los casos noruego y danés, con una extrema derecha que ha perdido fuelle en el último lustro, son de todas formas una excepción[16].

De hecho, si vamos un poco más al este, en Suecia y Finlandia las extremas derechas han obtenido sus mejores resultados en las últimas elecciones legislativas que se han celebrado hasta la fecha. Los Demócratas Suecos, fundados por militantes neonazis en 1988, salieron de la irrelevancia solo en 2010, tras haber obtenido porcentajes inferiores al 0,5% durante toda la década de 1990. En los comicios de aquel año, entraron por primera vez en el Riksdag, el Parlamento sueco, con un 5,7% de los votos.

Desde aquel entonces han continuado creciendo bajo el mando de Jimmie Åkesson: en 2014 obtuvieron el 12,9%, en 2018 el 17,5% y en 2022 se convirtieron en segunda fuerza con más de 1,3 millones de votos y el 20,5%. En Helsinki, el Partido de los Finlandeses ha tenido una trayectoria similar. Fundado en 1995 sobre los escombros del Partido Rural Finlandés, una formación populista y anticomunista activa desde los años cincuenta, consiguió su primer escaño en 1999 con apenas el 1% de los votos. En los comicios de 2011, el partido liderado por Timo Soini dio la campanada con un 19%. En las dos legislativas siguientes se consolidó con el 17,5%, convirtiéndose ya en la segunda fuerza del país debido al retroceso de las formaciones tradicionales, posición que mantuvo en 2023, ya con Riikka Purra al mando, cuando llegó al 20% de los votos[17].

En el caso de los Países Bajos, las extremas derechas hicieron su primera aparición en la década de 1980 con el Partido del Centro de Hans Janmaat que cumplía con los criterios de las demás formaciones de la tercera ola ultraderechista en Europa occidental. Sin embargo, a diferencia de sus homólogos franceses, flamencos o italianos, el partido no consiguió nunca despegar. Gracias al sistema electoral proporcional, en 1982 obtuvo un escaño con tan solo el 0,8%, mientras que en 1994, tras el cambio de nombre a Demócratas de Centro, llegó al 2,4% y envió tres representantes al Parlamento nacional. Se trató, en todo caso, del canto del cisne, ya que en la segunda mitad de los años noventa el partido colapsó entre diferentes escándalos y la débil estructura organizativa a nivel local. Fue solo con el nuevo milenio que las extremas derechas entraron con fuerza en el sistema político neerlandés. En 2002, la Lista Pim Fortuyn consiguió un inesperado 17% de los votos, convirtiéndose en la segunda fuerza del país. El asesinato de su fundador, aún antes de esas elecciones, provocó no obstante el rápido declive de la formación. Sin embargo, en 2006, el exdemócrata Geert Wilders fundó el PVV que obtuvo un discreto 5,9% en las elecciones legislativas de ese año. En 2010 se convirtió ya en un actor político de primer plano al superar el 15% de los votos. En los años siguientes, se mantuvo siempre por encima del 10% y en los comicios de 2023 se convirtió en el primer partido del país con casi 2,5 millones de votos, el 23,5%, y 37 diputados. Cabe mencionar también que en 2016 se había creado otro partido de extrema derecha, el Forum para la Democracia, liderado por Thierry Baudet, que en 2021 obtuvo el 5% de los votos,

aunque dos años más tarde bajó al 2,2%, consiguiendo de todas formas tres escaños[18].

En los países del antiguo bloque soviético, como veremos también más adelante, la situación es un poco más compleja, en el sentido de que, sobre todo en los primeros años tras el final de los regímenes socialistas, aparecieron partidos de difícil categorización o que se definían liberales o incluso socialdemócratas, pero luego viraban más o menos rápidamente hacia el ultranacionalismo[19]. En todo caso, a partir de principios del milenio, asistimos tanto al nacimiento de nuevas fuerzas ultraderechistas, así como al giro iliberal de partidos conservadores tradicionales. El caso paradigmático de esta segunda tipología es el de Fidesz en Hungría. Nacida como una formación liberal anticomunista a finales de los años ochenta, ya a partir de la primera mitad de los noventa la criatura política de Viktor Orbán se movió decididamente hacia la derecha. En su primera experiencia de gobierno entre 1998 y 2002, de todos modos, sería forzado considerar a Fidesz como un partido ultraderechista, si bien había adoptado ya posiciones notablemente conservadoras y que, vistas *a posteriori*, podían vislumbrar la deriva iliberal adoptada unos años más tarde. Ahora bien, es desde finales de la prima década del siglo XXI cuando el partido de Orbán, entonces en la oposición, se convirtió plenamente en un miembro de las extremas derechas europeas, aunque siguió hasta 2021 en el PPE. En las elecciones legislativas de 2010, con el 52,7% de los votos consiguió por primera vez la mayoría absoluta que ha mantenido en los tres comicios siguientes. Se ha tratado de elecciones libres, pero no justas, como han afirmado en más ocasiones diferentes organizaciones internacionales debido al control total de los medios de comunicación o a los cambios de las reglas del juego según los intereses del partido de gobierno. Dicho lo cual, no cabe duda de que Fidesz sigue manteniendo altísimos niveles de apoyo en el país magiar. No se olvide, además, que desde 2010 a la derecha de Fidesz han existido siempre formaciones aún más extremistas que han conseguido representación parlamentaria, como Jobbik, que en 2018 se convirtió en segunda fuerza con más de un millón de votos y el 19%, o el Movimiento Nuestra Patria, que en 2022 obtuvo 322.000 votos y casi el 6%[20]. En la práctica, desde 2010 hay entre 3 y 4 millones aproximadamente de húngaros, sobre una población de poco menos de 10 millones, que votan a formaciones de extrema derecha.

En Polonia, el giro ultraderechista se da también a partir de la primera década del nuevo milenio. En 2001 no solo se presentó por primera vez a las elecciones el PiS, el partido fundado por los hermanos Kaczyński, que obtuvo el 9,5% de los votos, sino también la Liga de las Familias Polacas que rozó el 8%. Cuatro años más tarde, el PiS dio un salto hasta el 27% de los votos, mientras que en 2015 llegó al 37,6% y en 2019, al 43,6%. A estos porcentajes de votos, debemos sumar, como en el caso húngaro, otras formaciones a su derecha que han obtenido representación parlamentaria en estos años. En 2015, por ejemplo, se presentaron también Kukiz 15, un partido populista de extrema derecha liderado por el exmúsico Pawel Kukiz, que obtuvo casi el 9% de los votos, mientras Korwin, el partido personalista de Janusz Korwin-Mikke, rozó el 5%. En 2019, Korwin se fusionó con otras formaciones ultraliberales, autoritarias e incluso monárquicas, dando vida a la Confederación de Libertad e Independencia que se estrenó con casi el 7% de los votos; porcentaje que mejoró por algunas décimas en las elecciones de 2023. En estos últimos comicios, en los que el PiS perdió el gobierno, aunque fue el partido más votado, los votos obtenidos por todas las formaciones ultraderechistas con representación en el Sejm, la cámara polaca, sumaron más de 9 millones sobre una población de poco menos de 37 millones[21].

Finalmente, hay un tercer bloque de países en el que las extremas derechas han tenido que esperar hasta la última década o incluso el último lustro para poder entrar en los parlamentos nacionales. Antes de la década de 2010, si lo había conseguido, fue con un porcentaje irrelevante y sin conseguir asentarse. En el Reichstag alemán, por ejemplo, las extremas derechas consiguieron representación solo en 2017. Los intentos previos por parte de formaciones de la tercera ola ultraderechista, como Los Republicanos, fracasaron estrepitosamente. Después de quedarse fuera por poco al no superar la barrera del 5% en su primer intento en 2013, AfD obtuvo casi 6 millones de votos en las elecciones legislativas de 2017, el 12,6%, que le valieron 94 escaños. Cuatro años más tarde, bajó al 10,3%, enviando al Reichstag, de todas formas, una patrulla de 83 diputados. Según la mayoría de los sondeos, el partido tiene en la actualidad una intención de voto de entre el 15 y el 20% y podría convertirse en el segundo partido del país en las elecciones que se celebrarán en 2025[22].

Salvando todas las distancias, algo similar podríamos decir también de

Reino Unido. Ciertamente, el sistema electoral es completamente distinto, al tratarse de un sistema mayoritario con colegios uninominales, conocido popularmente como *first-past-the-post*, es decir, «el ganador se lo lleva todo». Esto explica que hasta 2024 no ha habido en el Parlamento de Westminster ningún representante de formaciones ultraderechistas. Pero el crecimiento ha sido espectacular, sobre todo a partir de las convulsiones causadas por el referéndum sobre la pertenencia a la UE. Si en 1979 el neofascista Frente Nacional obtuvo apenas 191.000 votos, el 0,6% a escala nacional, y en 2010 el Partido Nacional Británico consiguió más de 500.000 votos, el 1,9%, tan solo cinco años más tarde, el UKIP, liderado por Nigel Farage, superó los 3,8 millones de votos, el 12,6%. Tras la victoria del *Leave* en el referéndum celebrado el año siguiente, el partido, que, supuestamente, había conseguido su principal (y único) objetivo, implosionó. Farage fundó el Brexit Party que pedía la aplicación inmediata y más dura de la salida de Reino Unido de las instituciones comunitarias y ganó las elecciones europeas de 2019 con más de 5 millones de votos, el 30,5%. En las legislativas del siguiente mes de noviembre, el partido se desplomó hasta un mísero 2%, pero en los comicios de 2024 superó los 4 millones de votos, el 14,3%, y consiguió por primera vez 5 escaños, convirtiéndose en un serio competidor para un debilitado y radicalizado Partido Conservador que ha obtenido el peor resultado de su historia[23].

Si miramos a la península ibérica, el guion es parecido. Después del final de la dictadura franquista, tan solo en una ocasión la extrema derecha neofalangista consiguió un escaño en el Congreso con Blas Piñar por Fuerza Nueva en 1979. Podríamos debatir sobre si Alianza Popular (AP), por lo menos en sus primeros años de vida, fue una formación de ultraderecha. De todos modos, esto no quita que, una vez consolidada la democracia en España, es decir, después de 1982, las extremas derechas hayan sido marginales e irrelevantes. Todos los intentos han sido sonados fracasos, desde las reconstituidas Falanges a Democracia Nacional, pasando por el Movimiento Social Republicano y España 2000. El tablero cambió a partir de 2019 con la entrada de Vox en las Cortes. El partido de Abascal pasó del 0,2% de los votos obtenido en las elecciones legislativas de 2015 y 2016 al 10,3% en las de abril de 2019. En la repetición electoral del siguiente mes de noviembre, Vox consiguió más de 3,6 millones de votos, el 15%, y 52 diputados. En las elecciones de julio de 2023, marcadas por el

voto útil a los dos grandes partidos, la ultraderecha bajó al 12,4%, perdiendo alrededor de 600.000 votos, y reduciendo su grupo parlamentario a 33 miembros. Más allá del retroceso, no es descabellado afirmar que las extremas derechas en España tienen ya una base sólida de votantes[24]. También en Portugal la primera formación ultraderechista exitosa apareció en 2019. En las elecciones legislativas de ese año, Chega, es decir, Basta, partido fundado pocos meses antes por André Ventura, consiguió un escaño para su líder con el 1,3% de los votos. En el pasado, el Partido Nacional Renovador (PNR), que en 2020 ha pasado a llamarse Ergue-te, es decir, Levántate, jamás había obtenido más del 0,5% de los votos. El ascenso de Chega ha sido meteórico en el lustro siguiente: en las elecciones legislativas de 2022 subió al 7,5%, eligiendo 22 diputados, mientras que en las anticipadas de 2024, marcadas por los escándalos de corrupción que han involucrado al Partido Socialista, obtuvo más de un millón de votos, el 18%, que se convirtieron en 50 diputados. Ya en 2021, además, Ventura se presentó a las elecciones presidenciales, consiguiendo la tercera posición con 500.000 votos y el 11,9%[25].

Si miramos al otro lado del Atlántico, vemos también cómo diferentes partidos de extrema derecha obtuvieron importantes éxitos electorales en la última década. En los treinta años anteriores, en cambio, a partir de la conclusión de las dictaduras militares en la década de 1980, las extremas derechas habían desaparecido prácticamente de los radares de la región latinoamericana. La victoria de Trump en EEUU en 2016 no solo convirtió más rápidamente de lo que se cree al Partido Republicano en una formación ultraderechista *tout court*, sino que influyó en la creación de nuevas fuerzas políticas o la transformación de otras tradicionales en el resto del continente. La victoria de Jair Bolsonaro en Brasil en 2018, la de Javier Milei en Argentina en 2023 o el auge de la nueva extrema derecha chilena liderada por José Antonio Kast no se pueden entender sin la victoria del *tycoon* neoyorkino y el giro antidemocrático de los republicanos estadounidenses. Ahora bien, lo que nos interesa en este capítulo, con independencia de que se trate de nuevas formaciones políticas –como el movimiento bolsonarista, el Partido Republicano chileno o La Libertad Avanza argentina– o que sean partidos tradicionales que se han radicalizado –como en el caso del mismo Grand Old Party o el fujimorismo en Perú–, es que su crecimiento electoral es notable. Cuando se trata de formaciones de



nuevo cuño, además, han conseguido a menudo el *sorpasso* a la derecha tradicional.

Los acontecimientos son muy recientes y tendremos que ver si se confirman en el futuro. Podrían ser la flor de un día y desaparecer en poco tiempo, como muchos fenómenos que se catalogaron como populistas en el pasado. Lo mismo, dicho sea de paso, se afirmó en relación con las nuevas extremas derechas europeas de la tercera ola y no parece que ni el FN francés ni el FPÖ hayan pasado a mejor vida. Un dato nos debería hacer reflexionar: aunque el trumpismo y el bolsonarismo hayan perdido las elecciones en 2020 y 2022, respectivamente, su bloque social se ha consolidado. Es decir, ni han perdido el control de sus organizaciones – como muchos preveían en el caso de los republicanos en EEUU– ni han perdido apoyo social: han sido derrotados solo por la movilización de los progresistas que fueron en masa a votar a Biden y a Lula. De hecho, en las elecciones presidenciales de 2020, Trump consiguió unos 11 millones de votos más respecto a las de 2016, mientras que en las presidenciales brasileñas de 2022 Bolsonaro sumó unos 2 millones más de papeletas en la primera vuelta y unas 200.000 más en la segunda respecto a las de 2018.

### TRES DÉCADAS OCUPANDO SILLONES

El segundo ámbito en que es necesario fijarse para percibir y entender la normalización de las extremas derechas es el de su presencia en las instituciones. A fin de cuentas, frente a los primeros éxitos electorales de estas formaciones políticas nacieron los llamados cordones sanitarios para evitar su entrada en los gobiernos. El primero en constituirse, y al cual debemos la utilización de este sintagma, fue en Bélgica en 1989 para aislar al VB que había obtenido un inesperado 17,7% en las elecciones del año anterior en la ciudad de Amberes. Todos los demás partidos firmaron una declaración en la que se ponía negro sobre blanco que en el futuro no se llegaría a ningún acuerdo con el Bloque Flamenco (VB) y que no se haría de la inmigración –estandarte del VB– un tema de batalla política. En los siguientes años, esta estrategia se difundió en la mayoría de los países que tuvieron que lidiar con el mismo problema, aunque en algunos, como veremos, no se llegó ni a plantear o se abandonó rápidamente ya en la década de 1990. Hoy en día, si bien se les cita a menudo y siguen dándose

en Alemania y parcialmente en Francia –ahí bajo las etiquetas de Brandmauer, es decir, cortafuego y frente republicano, respectivamente–, los cordones sanitarios han pasado ya a mejor vida. Lo que explica, entre otras razones, la presencia de fuerzas ultraderechistas en numerosos gobiernos, casi siempre de la mano de la derecha tradicional[26].

De hecho, en la actualidad las extremas derechas gobiernan ya en siete países europeos: Hungría desde 2010, República Checa desde 2021, Italia desde 2022, Finlandia y Eslovaquia desde 2023, Países Bajos y Croacia desde 2024. En casi todos los casos se trata de ejecutivos de coalición con partidos de la derecha *mainstream* o incluso los liberales; en cuatro de estos, sin embargo, la ultraderecha es la fuerza política mayoritaria y en otros tantos ocupa la presidencia del gobierno[27]. El caso de Eslovaquia es el más peculiar: en el ejecutivo presidido por Robert Fico formado en octubre de 2023, junto al ultraderechista SNS, se encuentran dos formaciones supuestamente socialdemócratas, el SMER del mismo Fico y una escisión de SMER, el Voz - Socialdemocracia (HLAS) del actual presidente de la República, Peter Pellegrini. Por más que se definan como socialdemócratas, ambas formaciones han adoptado en los últimos años posiciones que hoy en día pueden ser definidas sin duda como ultraderechistas, hasta el punto de que han sido suspendidos del Partido de los Socialistas Europeos[28]. A esos siete países, cabría también sumar Suiza, donde la Unión Democrática de Centro (UDC), que a pesar de su nombre es una formación de extrema derecha de tomo y lomo, es el partido más votado desde hace aproximadamente dos décadas y tiene representación en el Consejo Federal, es decir, el gobierno de la Confederación Helvética[29]. Asimismo, SD, que es el segundo partido con mayor representación en el Parlamento de Estocolmo tras las elecciones de septiembre de 2022, apoya externamente al gobierno de minoría de los conservadores.

A este rápido esbozo limitado al continente europeo, cabe añadir también los gobiernos ultraderechistas de Israel presididos por Benjamín Netanyahu desde 2009 –excepto entre 2021 y 2022, cuando se formó el ejecutivo de coalición entre Naftalí Bennett e Yair Lapid–, El Salvador con Nayib Bukele desde 2019 y Argentina con Javier Milei desde 2023. Sería oportuno, además, sumar también los gobiernos de Rusia desde la llegada al poder de Vladímir Putin en 1999 y la India a partir del primer gobierno de

Narendra Modi en 2014. Podríamos debatir si, en estos últimos dos casos, se trata de ejecutivos *strictu sensu* de extrema derecha, al ser las culturas políticas presentes en Rusia e India en buena medida distintas de las occidentales, pero no cabe duda de que hablamos de ejecutivos ultranacionalistas y autoritarios que no solo no respetan los derechos de las minorías, sino que han mostrado un desprecio notable para las reglas básicas del modelo liberal de democracia, fundado en el respeto del Estado de derecho, la separación de poderes y el pluralismo político e informativo. Si sumamos, pues, también Rusia e India a los países mencionados anteriormente, en la actualidad más de 1.700 millones de personas están viviendo bajo gobiernos que en un sentido laxo podríamos definir como ultraderechistas.

El panorama de la situación actual aquí resumido es de por sí escalofriante. Pero hay más. Por un lado, no podemos olvidar que las extremas derechas gobernaron recientemente también en otros países, algunos de los cuales de notable importancia por su tamaño, población y peso geopolítico. Durante dos legislaturas, entre 2015 y 2023, a las cuales debemos sumar una primera experiencia truncada entre 2005 y 2007, en Polonia ha gobernado el PiS que ha intentado emular a Viktor Orbán y convertir el país báltico en una autocracia electoral. Durante un mandato, luego, las extremas derechas han gobernado en EEUU (2017-2021) y Brasil (2019-2023), bajo las presidencias de Donald Trump y Jair Bolsonaro, respectivamente.

Por otro lado, formaciones ultraderechistas habían accedido a los gobiernos de algunos países de Europa occidental ya anteriormente, si bien como *junior partner*<sup>[30]</sup>. Como ha pasado a menudo en la historia, Italia ha sido un verdadero laboratorio político en este sentido, un tema que trataremos con más detenimiento en el sexto capítulo de este libro. Ya en una época tan temprana como 1994, con los escombros del muro de Berlín aún frescos, el neofascista MSI de Gianfranco Fini y la etnorregionalista LN de Umberto Bossi tuvieron una decena de ministros en conjunto en el primer gobierno presidido por Silvio Berlusconi. Al empresario milanés ni se le pasó por la cabeza lo de formar un cordón sanitario: al contrario, lo que le interesaba era destruir el paradigma antifascista que había sido el pilar político y moral de la Primera República nacida de la lucha de los partisanos. Fue la primera vez que en Europa occidental un partido de

extrema derecha llegaba al gobierno después de 1945. Se trataba, para más inri, de un partido declaradamente neofascista: como se sabe, el MSI, que mantuvo una patrulla de diputados y senadores en el parlamento de Roma desde 1948 fue el modelo de éxito a emular para los fascistas europeos que intentaron reorganizarse tras el segundo conflicto mundial[31]. La experiencia de la mal llamada coalición de centroderecha se repetiría también en la década siguiente en los otros dos ejecutivos liderados por el fundador de Forza Italia entre 2001 y 2006 y entre 2008 y 2011[32]. Además, para el país transalpino se debe mencionar también la experiencia del gobierno nacionalpopulista que juntó al Movimiento 5 Estrellas (M5S) y la LN salviniana entre 2018 y 2019. En resumidas cuentas, en los últimos treinta años, Italia ha tenido durante casi la mitad del tiempo representantes de las extremas derechas en el consejo de ministros.

También en Austria, aún en tiempos que podríamos calificar de insospechados, el FPÖ participó en dos gobiernos de coalición liderados por el Partido Popular de Austria (ÖVP) de Wolfgang Schüssel. Entre 2000 y 2003, el FPÖ de Jörg Haider se sentó en el consejo de ministros de Viena, levantando airadas protestas a nivel internacional que, pasados unos años, ya no se repetirían. Lo volvería a hacer nuevamente en la legislatura siguiente (2003-2007) y, tras una década en la oposición, por una tercera vez entre 2017 y 2019 con ya Heinz-Christian Strache al mando del partido ultraderechista y el joven Sebastian Kurz como jefe del ÖVP[33]. Tampoco el gobierno eslovaco del que se hablaba anteriormente es una casualidad de la historia: en su primera experiencia como premier, entre 2006 y 2010, Fico ya había incorporado en el ejecutivo al ultraderechista SNS, comportando la reacción de los socialistas europeos que suspendieron durante un bienio su partido, SMER, para luego, sin embargo, readmitirlo. La misma coalición SMER-SNS gobernó Eslovaquia entre 2016 y 2020[34].

Si vamos un poco más al norte, en la Escandinavia patria de la socialdemocracia europea, la melodía en realidad no es tan distinta. El Partido de los Finlandeses, actualmente en el gobierno en Helsinki, había sido ya socio de un ejecutivo de coalición con los conservadores entre 2015 y 2017, mientras que en Noruega el Partido del Progreso participó en amplias coaliciones con formaciones de centroderecha entre 2013 y 2020[35]. Asimismo, y ya desde principios del milenio, encontramos

experiencias similares a la sueca de la actualidad. Nuevas formaciones ultraderechistas, generalmente definidas como populistas de derechas y que entre sus principales banderas enarbolaban el rechazo a la inmigración, entraron con fuerza en los parlamentos nacionales y fueron aceptadas sin muchos aspavientos por los conservadores y parte de los liberales como apoyos externos necesarios a sus gobiernos. Este es el caso de la ya citada Noruega, donde ya entre 2001 y 2005 el Partido del Progreso apoyó externamente a un ejecutivo de centroderecha, o el caso de Dinamarca, donde el DF hizo lo mismo durante más de una década, entre 2001 y 2011 y nuevamente entre 2016 y 2019. Pero también en los Países Bajos, aunque no se suele recordar mucho, pasó algo similar. Ya en 2002 la Lista Pim Fortuyn fue incorporada en el ejecutivo de coalición liderado por el democristiano Jan Peter Balkenende, el gobierno más breve de la historia del país. Y menos de una década más tarde, el liberal Mark Rutte –elegido secretario general de la OTAN en 2024– gobernó entre 2010 y 2012 con los votos del Partido por la Libertad (PVV) de Geert Wilders. El pacto sellado en la primavera de 2024 para la formación de un gobierno de coalición con el PVV como fuerza más votada, en síntesis, no cae del cielo y no debería extrañarnos.

Si miramos al este del continente, veremos que Eslovaquia no es una excepción. No están solo los casos de Hungría y Polonia, ya mencionados, sino una amplia gama de experiencias que en algunos casos empezaron ya en la década de 1990, durante el periodo marcado por la compleja transición del sistema socialista al capitalista liberal. En aquellos años, de hecho, en diferentes países del antiguo bloque soviético las extremas derechas llegaron al gobierno, como en el caso de Croacia con Franjo Tuđman y de la misma Eslovaquia con Vladimír Mečiar. En otros, como en Rumania, participó en ejecutivos de coalición: es el caso del Partido de la Gran Rumania de Corneliu Vadim Tudor entre 1993 y 1995. Se trataba de experiencias aún poco comprendidas en Europa occidental, consideradas peculiares y casi exóticas, fruto de los problemas de la transición poscomunista. Se hablaba de partidos populistas y nacionalistas sin más, a veces incluso liberal conservadores, aunque tuviesen unos elementos marcadamente autoritarios e iliberales que, vistos *a posteriori*, no deberían hacernos dudar en situarlos en la extrema derecha del espectro ideológico[36].

Si nos acercamos más a la actualidad, y sobre todo tras el ingreso de la mayoría de estos países en la UE en 2004, el ejemplo eslovaco se repite tanto al norte como al sur. En Letonia, la Alianza Nacional ha participado en todos los ejecutivos formados en Riga entre 2011 y 2023, mientras que en Tallin el Partido Popular Conservador de Estonia (EKRE) entró en el consejo de ministros durante un bienio, entre 2019 y 2021[37]. Podemos considerar como una experiencia de gobierno ultraderechista también el último gabinete presidido por Janez Janša en Eslovenia entre 2020 y 2022. Es cierto que el SDS es miembro de la familia de los populares europeos y que en anteriores experiencias de gobierno Janša había mostrado un perfil de una derecha clásica, aunque con tintes marcadamente populistas, pero en la última década, y sobre todo tras la conclusión de forma abrupta de su ejecutivo en 2013, el viraje iliberal y ultraderechista ha sido evidente. Una prueba de ello son sus excelentes relaciones con Trump y especialmente Orbán, al cual le une una estrecha relación hace años. No se olvide que también la Fidesz del premier magiar fue miembro del PPE hasta principios de 2021[38].

La perspectiva histórica es, pues, imprescindible para entender este progresivo y paulatino avance de las extremas derechas en todo el mundo occidental, y especialmente el continente europeo, en las últimas tres décadas. En resumidas cuentas, no todo empezó con Trump, Meloni u Orbán. Parafraseando la metáfora que dio del fascismo italiano el filósofo Benedetto Croce, no se trató de una imprevista e inesperada invasión de los Hicsos, el misterioso pueblo, del cual se desconocían los orígenes, que habría dominado el antiguo Egipto entre el siglo XVII y el XVI antes de Cristo[39]. Bien al contrario, a lo que hemos asistido es a un largo proceso que empieza ya en los estertores de la Guerra Fría y que cobra fuerza en los años noventa presentados en aquel entonces por los paladines de lo que se llamaba Occidente como el inicio de una era de prosperidad y paz donde no habría existido en el futuro ninguna alternativa al modelo democrático liberal. Dicho sea de paso, algunos de aquellos mismos paladines, como Francis Fukuyama y Anne Applebaum, en la actualidad se dicen muy preocupados por lo que definen –ahora sí con razón– como ocaso de la democracia, seducción del autoritarismo y peligro iliberal[40]. En aquel entonces, cegados por la luz neoliberal, no se dieron cuenta o, quizá, no quisieron ver lo que no encajaba con su teoría.

Las extremas derechas no son, en síntesis, algo que llega de repente de la nada, como los marcianos que aterrizan en la tierra en la película *Mars Attacks!* (Tim Burton, 1996). Los éxitos que ha conseguido en el último lustro tienen a sus espaldas una larga historia hecha de asentamiento territorial, avances electorales, presencia en los parlamentos e, incluso, como hemos visto, participación en gobiernos de coalición con partidos de la derecha *mainstream*. Ahora bien, para ser aún más exhaustivos, este panorama no puede limitarse solo a los gobiernos nacionales y se debe mirar también a los niveles regional y municipal, aunque se trate, por razones de espacio, solo de unas cuantas pinceladas. El ámbito local, de hecho, es sumamente importante por al menos dos razones.

Por un lado, porque las elecciones locales han sido a menudo uno de los caminos escogidos por las extremas derechas para conseguir los primeros éxitos electorales y acceder a posiciones de poder. La otra vía, dicho sea de paso, han sido las elecciones europeas debido al sistema electoral proporcional y a las características del voto en estos comicios, marcados generalmente por la baja participación y una alta presencia del llamado voto protesta. De hecho, los primeros éxitos del FN de Jean-Marie Le Pen se dieron justamente de esta manera. Primero, en las elecciones municipales de 1983 con la conquista por parte del número dos frentista, Jean-Pierre Stirbois, de la primera tenencia de alcaldía del pequeño ayuntamiento de Dreux, gracias al acuerdo con los posgolistas en el balotaje. Segundo, un año después, en las elecciones europeas de 1984 el FN obtuvo casi el 11% de los votos y 10 eurodiputados, allanando así el camino para convertirse de una fuerza irrelevante a una formación con una sólida implantación nacional. Sin ir más lejos, en relación con las elecciones europeas, piénsese en la lista electoral Se Acabó La Fiesta del *influencer* conspiracionista de extrema derecha Luis «Alvise» Pérez que en los comicios de 2024 consiguió, aparentemente de la nada, 800.000 votos y 3 escaños en Estrasburgo.

Por otro lado, el ámbito local le ha permitido a las extremas derechas normalizarse posiblemente aún más. Sobre todo en los ayuntamientos pequeños, donde los ciudadanos conocen a los políticos y los partidos de extrema derecha de primera mano, tienen con facilidad un trato personal con sus representantes y tienen constancia de lo que proponen y cómo gobiernan. En resumidas cuentas, los empiezan a percibir no como unas

fuerzas extremistas, un peligro o una amenaza a los valores democráticos como muchos auguraban antes de su entrada en las instituciones: una parte de la ciudadanía, y sobre todo los que los han votado, perciben que su gestión municipal o regional no ha comportado un cambio tan radical o devastador. Como explicó una votante del FPÖ en Carintia tras las elecciones regionales de 2023, «sabes quiénes son, desde generaciones, y conocen bien nuestros problemas»[\[41\]](#). Incluso entre los que no los han votado y no comparten sus propuestas, puede crecer el porcentaje de ciudadanos que los ven, a fin de cuentas, como gente aceptable, que se preocupa también de los problemas del territorio. En pocas palabras, los normalizan.

Y esto, en buena medida, funciona a pesar de que su gestión pueda ser un fracaso, como en los primeros municipios gobernados por el FN en la Francia de la década de 1990, o aunque su presencia en los ejecutivos locales pueda provocar una reacción por parte del electorado progresista, como en España tras la llegada de Vox al gobierno de diferentes municipios o Comunidades Autónomas. Y para lo que aquí nos interesa subrayar —esto es, la normalización de la extrema derecha— esto vale también cuando los resultados en las elecciones municipales sigan a grandes rasgos las dinámicas electorales de los comicios nacionales y europeos o cuando las extremas derechas no hayan conseguido hacerse con ningún ayuntamiento por la existencia del cordón sanitario entre los demás partidos, pese a las buenas *performances* electorales, como en el caso del VB en Flandes entre la década de 1990 y los primeros años del nuevo milenio[\[42\]](#).

Por mencionar algunos de los casos en los que las extremas derechas han gobernado desde finales de los años ochenta en el ámbito regional o local, pensemos, por ejemplo, en Austria. Ahí el FPÖ tuvo su primer éxito electoral en el Estado federado de Carintia, donde Haider ya en 1989 se convirtió en presidente, gracias al apoyo de los conservadores del ÖVP. Tras la ruptura de la alianza en 1991 y una moción de confianza que lo obligará a dimitir a causa de unas declaraciones minimizadoras de los crímenes del nazismo, el líder ultraderechista volvió nuevamente al gobierno de Carintia entre 1999 y 2008. Después de su muerte en un accidente de tráfico, fue sustituido por su compañero de partido Gehrard Dörfler que presidió Carintia hasta 2013. Además, a partir de 2015 el FPÖ ha gobernado en otros Estados federados austriacos, como Alta Austria,



Burgenland, Baja Austria y Salzburgo.

Asimismo, en Italia, ya antes del acceso al gobierno de la mano de Berlusconi, la LN y el MSI dieron los primeros pasos importantes hacia su definitiva desmarginación conquistando las alcaldías de distintos ayuntamientos en los años marcados por los escándalos de corrupción de Tangentópolis que golpearon a los partidos tradicionales, poniendo fin a la llamada Primera República. En las elecciones municipales y provinciales que se celebraron a lo largo de 1993, de hecho, la formación liderada por Bossi conquistó los ayuntamientos de nueve capitales de provincia en el norte de la península (Milán, Lecco, Lodi, Pavía, Alessandria, Novara, Vercelli, Treviso y Pordenone) y la presidencia de cuatro provincias (Pavía, Varese, Mantua y Gorizia), además de la presidencia de la región del Friuli Venecia-Julia. En conjunto, entre 1990 y 1994, los liguistas se hicieron con más de un centenar de alcaldes en ciudades de más de 15.000 habitantes. Más allá de algún tropiezo, no se trató de la flor de un día: la LN consiguió implantarse en las principales regiones del norte, y especialmente en Lombardía y Véneto, que serán hasta la actualidad sus principales feudos electorales[43].

Algo similar puede decirse del MSI que, de todas formas, había tenido ya algunas experiencias de gobierno local durante la Primera República en el sur de la península. Ahora bien, entre 1993 y 1994 dio un salto considerable: conquistó las alcaldías de seis capitales de provincia en el centro-sur (Chieti, Latina, Rieti, Benevento, Cagliari y Caltanissetta) y un par de decenas de ciudades con más de 15.000 habitantes, además de las presidencias de las provincias de Lucca, Catania, Messina y Siracusa[44]. Durante la Segunda República no fueron una excepción los alcaldes o los presidentes de regiones de la LN o de AN, siempre en coalición con todo el centroderecha, hegemonizado al menos hasta 2017 a nivel nacional por un Berlusconi que bendecía siempre los acuerdos locales. Nombrar a todos los municipios resulta francamente imposible: baste mencionar aquí, por su valor simbólico, la alcaldía de Roma que entre 2008 y 2013 estuvo en manos de Gianni Alemanno que en sus años mozos fue uno de los dirigentes más radicales de las juventudes del MSI. En cuanto a las regiones, la LN se ha hecho con la presidencia de Lombardía durante dos legislaturas (desde 2013), Véneto durante tres (desde 2010), Friuli Venecia-Julia en otras dos ocasiones después de la primera experiencia en la década

de 1990 (desde 2018) y Piamonte en una (2010-2014), mientras que los *post-missini* han presidido las regiones de Campania (1995-1999), Lazio y Abruzos (2000-2005). Si miramos, además, el panorama actual, las extremas derechas gobiernan en 14 de 20 regiones: en la mayoría el presidente es de FdI o la LN.

No obstante las dificultades que a un partido como el FN francés le proporciona el sistema electoral a doble vuelta, el partido de Jean-Marie Le Pen, como se recordaba anteriormente, consiguió la alcaldía de cuatro ciudades a mediados de la década de 1990, entre ellas dos de cierto tamaño como Tolón y Orange. Sin embargo, ha sido más recientemente, ya con el liderazgo de Marine Le Pen, cuando el partido ha comenzado realmente a implantarse en el ámbito local. En las elecciones municipales de 2014, consiguió la alcaldía de más de una decena de ciudades de más de 9.000 habitantes, entre las cuales cabe mencionar Frèjus y Béziers. En ambas ciudades, así como en Hénin-Beaumont y Hayange, simbólicamente importantes por haber sido antiguos feudos de la izquierda, los lepenistas han vuelto a ganar seis años más tarde, consolidándose en los municipios. En 2020, además, han sumado también la alcaldía de Perpiñán, la primera ciudad después de Tolón de más de 100.000 habitantes, gobernada por Louis Aliot, uno de los pesos pesados de la RN y excompañero de Marine Le Pen[45].

Ampliando el horizonte a otros países, la Nueva Alianza Flamenca entró en el gobierno de Flandes ya en el 2004 y desde el 2014 es el primer partido en la región, ocupando así la presidencia con dos de sus principales dirigentes, primero Geert Bourgeois y después Jan Jambon. Sin llegar a conquistar la alcaldía de ningún ayuntamiento, los primeros éxitos electorales del VB, como se recordaba antes, fueron en el ámbito municipal a partir de finales de los años noventa. Lo mismo se puede decir de los Países Bajos donde en los comicios locales de 1990 los Demócratas de Centro de Hans Janmaat consiguieron los primeros resultados de cierta importancia y en 1994 eligieron 77 concejales, obteniendo más del 10% en una ciudad importante como Róterdam. En Alemania, y pese al cordón sanitario existente, las primeras victorias simbólicas de AfD se dieron justamente en el ámbito local en verano de 2023, antes con la conquista del gobierno del distrito de Sonneberg en Turingia y luego el del municipio de Raguhn-Jessnitz, de 8.800 habitantes, en Sajonia-Hanalt[46]. Victorias a las

cuales ha seguido la más relevante hasta la fecha en el Estado federado de Turingia en las regionales de septiembre de 2024, donde AfD ha sido con diferencia el primer partido con el 32,9% de los votos. En el mismo mes, en otros dos Estados federados del este del país, Sajonia y Brandeburgo, el partido ultra, con el 30,6% y el 29,2% respectivamente, se ha situado a tan solo 30.000 votos de la formación que ha ganado las elecciones, la CDU en Sajonia y el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) en Brandeburgo.

Como se comentaba anteriormente, el ámbito local ha sido visto a menudo como una excelente oportunidad para dar la campanada, entrar en las instituciones y, no se olvide, empezar a tener mayor visibilidad mediática. En el caso del país germano, lo habían intentado ya, aunque con resultados inestables, las formaciones ultraderechistas de la segunda y de la tercera ola. El NPD consiguió sus primeros éxitos en las elecciones regionales de finales de los años sesenta: tras haber perdido fuelle, en las últimas dos décadas, el único resultado de cierta importancia es el que consiguió justamente en unas regionales, las de Sajonia en 2004, cuando llegó el 9% de los votos. Asimismo, entre finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, en un periodo marcado por el proceso de reunificación, otros dos partidos encontraron en el ámbito local, junto al europeo, la ventana de oportunidad para tener representación en las instituciones. La Unión del Pueblo Alemán (DVU) lo consiguió en 1987 en Brema y en 1992 en Schleswig-Holstein, mientras que Los Republicanos en Baden-Württemberg en 1992 –cuando superó el 10% de los votos– y ya antes, en 1989, en Berlín Oeste. Ese mismo año, además, el partido liderado por Franz Schönhuber obtuvo el 7,1% en las elecciones europeas, enviando a Estrasburgo 6 diputados[47].

Pese a las obvias diferencias de contexto histórico, algo similar puede decirse de Aliança Catalana, la formación liderada por Sílvia Orriols, que en 2023 se ha convertido en la alcaldesa de Ripoll, el municipio más grande de España gobernado por una formación ultraderechista. La misma vía la había intentado unos quince años antes Plataforma per Catalunya (PxC) de Josep Anglada que en las municipales de 2011 obtuvo 67 concejales en toda Cataluña[48]. En el caso de Vox, su implantación territorial ha sido quizá más incierta, debido también a la frecuente expulsión de los dirigentes locales por parte del núcleo duro de Abascal que controla con mano de hierro la organización, donde la democracia interna brilla por su ausencia.

Si bien el ámbito local no ha sido una de sus prioridades, sobre todo al principio, no se puede obviar que el salto a la política nacional se debió al éxito en las autonómicas andaluzas de 2018. Y, sobre todo, a que, tras las elecciones municipales de mayo de 2023, haya conquistado la alcaldía de 33 municipios, la mayoría de ellos en Castilla y León, ninguno de los cuales supera los 8.000 habitantes. Ahora bien, gracias a los pactos con el PP ha entrado en otro centenar de gobiernos municipales, entre los cuales destacan el de siete capitales de provincia (Valencia, Valladolid, Burgos, Guadalajara, Toledo, Huelva y Ciudad Real) y otra media docena de ciudades de cierto tamaño, como Gijón, Ponferrada, Talavera de la Reina, Orihuela, Móstoles o Elche[49]. En lo que atañe a los gobiernos autonómicos, en cambio, Vox entró ya en abril de 2022 en el de Castilla y León, al cual se sumaron los de la Comunidad Valenciana, Aragón, Murcia y Extremadura en 2023; experiencias que han terminado en julio de 2024, tras la ruptura de las coaliciones por parte del partido de Abascal.

Quizá este recopilatorio de algunas de las experiencias de gobiernos regionales y municipales de las extremas derechas en Europa pueda parecer aburrida o repetitiva. En realidad, es crucial prestarle atención. Por un lado, porque, como se apuntaba antes, el ámbito local no es secundario. Al contrario. Permite a las formaciones de extrema derecha enseñar la patita, hacerse conocer por la ciudadanía y tener visibilidad en los medios de comunicación. Y si le toca la lotería, llegar a gobernar algunos municipios. Por otro, porque, volviendo al hilo de este capítulo, nos muestra claramente la implantación de estas formaciones políticas en las últimas tres décadas y su entrada en las instituciones, a menudo gracias a acuerdos con los partidos de la derecha tradicional, así como su normalización. En pocas palabras, los Hicsos ya estaban entre nosotros hace tiempo, aunque no nos habíamos dado cuenta, e iban ocupando paulatinamente parcelas de poder. De aquellos polvos, estos lodos.

---

[1] Mudde, *La ultraderecha hoy*, cit., pp. 39-43.

[2] Markus Wagner y Thomas M. Meyer, «The Radical Right as Niche Parties? The Ideological Landscape of Party Systems in Western Europe, 1980-2014», *Political Studies* 65/1 (2017), pp. 84-107.

[3] Véase Matthijs Rooduijn, Andrea L. P. Pirro, Daphne Halikiopoulou, Caterina Froio, Stijn van Kessel, Sarah L. de Lange, Cas Mudde y Paul Taggart, *The PopuList 3.0: An Overview of Populist, Far-left and Far-right Parties in Europe*, 2023, disponible en [[www.popu-list.org](http://www.popu-list.org)], consultado el 13 de julio de 2024.

[4] Daniel Finn, «Ireland's Far Right», *London Review of Books*, 12 de julio de 2024, disponible en [<https://www.lrb.co.uk/blog/2024/july/ireland-s-far-right>], consultado el 13 de julio de 2024.

[5] Véanse Klaus von Beyme, «Right-Wing Extremism in Western Europe», *West European Politics* 11/2 (1988), pp. 1-18 y Mudde, *La ultraderecha hoy*, cit., pp. 29-43. Las referencias a Ignazi y Taguieff, en Piero Ignazi, *Extreme Right Parties in Western Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2003 y Taguieff, *Le nouveau national-populisme*, cit.

[6] Gilles Ivaldi, «EU Elections: Far-Right Parties Surge, but Less than Had Been Expected», *The Conversation*, 10 de junio de 2024, disponible en [<https://theconversation.com/eu-elections-far-right-parties-surge-but-less-than-had-been-expected-232018>], consultado el 13 de julio de 2024.

[7] Resulta útil a este respecto también el estudio de Corinne Deloy, *Le vote des européens. Vingt-trois ans d'élections nationales en Europe*, París, Cerf, 2024, en que se recogen los resultados de todas las elecciones legislativas celebradas en los países miembros de la UE entre 2001 y 2024. Véase también Vasiliki Georgiadou, Lamprini Rori y Costas Roumanias, «Mapping the European Far Right in the 21<sup>st</sup> Century: A Meso-Level Analysis», *Electoral Studies* 54 (2018), pp. 103-115.

[8] Para una historia del FN, entre las más recientes publicaciones en castellano véanse Ferran Gallego, «El Frente Nacional francés. De la reagrupación de la extrema derecha a la alternativa nacional-populista (1972-2014)», *Tiempo Devorado. Revista de Historia Actual* 4/1 (2017), pp. 5-38 y José Antonio Rubio, *El mal francés. Medio siglo de nacional-populismo. De Le Pen a Zemmour (1972-2022)*, Granada, Comares, 2023.

[9] Piero Ignazi, «Francia e Regno Unito: i voti reali che smontano le euforie», *Rivista Il Mulino*, 15 de julio de 2024, disponible en [<https://www.rivistailmulino.it/a/francia-e-regno-unito-i-voti-reali-che-smontano-le-euforie>], consultado el 16 de julio de 2024.

[10] Alain Lipietz, «Législatives 2024 : un avertissement sans frais», *AOC*, 11 de julio de 2024, disponible en [<https://web.archive.org/web/20240711012322/https://aoc.media/analyse/2024/07/10/legislatives-2024-un-avertissement-sans-frais/>], consultado el 15 de julio de 2024.

[11] Al respecto, véase Carlo Guarnieri, *Il sistema politico italiano. Un paese e le sue crisi*, Bolonia, Il Mulino, 2021. Para una historia de la Italia de los últimos treinta años, véanse Simona Colarizi y Marco Gervasoni, *La tela di Penelope. Storia della Seconda Repubblica, 1989-2011*, Bari-Roma, Laterza, 2012 y Lucia Annunziata, *L'inquilino. Da Monti a Meloni: indagine sulla crisi del sistema politico*, Milán, Feltrinelli, 2022.

[12] Sobre la radicalización de la derecha italiana durante la Segunda República, véase Steven Forti, «“Prima gli italiani!”. Cambios y continuidades en la ultraderecha italiana: la Lega y Fratelli d'Italia», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* 132 (2022), pp. 25-48.

[13] Patrick Moreau, *Le FPÖ au défi de l'Europe: radicalité idéologique et contrainte électorale en Autriche*, Fondation pour l'Innovation Politique, abril de 2024, pp. 10-14,

disponible en [<https://www.fondapol.org/etude/le-fpo-au-defi-de-leurope-radicalite-ideologique-et-contrainte-electorale-en-autriche/>], consultado el 13 de julio de 2024. Del mismo autor, véase también *De Jörg Haider à Heinz-Christian Strache. L'extrême droite autrichienne à l'assaut du pouvoir*, París, Cerf, 2012.

[14] Al respecto, véase Anders Widfeldt, «The Radical Right in the Nordic Countries», en Jens Rydgren (ed.), *The Oxford Handbook of the Radical Right*, Oxford, Oxford University Press, 2018, pp. 545-564.

[15] Véase Johan Bjerckem, «The Norwegian Progress Party: An Established Populist Party», *European View* 15/2 (2016), pp. 233-243.

[16] Sobre la extrema derecha en Dinamarca, véanse Jens Rydgren, «Explaining the Emergence of Radical Right-Wing Populist Parties: the Case of Denmark», *West European Politics* 27/3 (2004), pp. 474-502 y Mette Wiggen, «The Shift to the Right in Denmark», en Katherine Kondor y Mark Littler (eds.), *The Routledge Handbook of Far-Right Extremism in Europe*, Londres, Routledge, 2023, pp. 202-213.

[17] Sobre los casos sueco y finlandés, véase Widfeldt, «The Radical Right in the Nordic Countries», cit., pp. 545-564. Véanse también Johan Martinsson, *Les «Démocrates de Suède»: un vote anti-immigration*, Fondation pour l'Innovation Politique, septiembre de 2018, disponible en [<https://www.fondapol.org/etude/les-democrates-de-suede-un-vote-anti-immigration/>], consultado el 13 de julio de 2024 y David Arter, «The Breakthrough of Another West European Populist Radical Right Party? The Case of the True Finns», *Government and Opposition* 45/4 (2010), pp. 484-504.

[18] Sobre las extremas derechas en los Países Bajos, véase Joop J. M. Van Holsteyn, «The Radical Right in Belgium and the Netherlands», en Rydgren (ed.), *The Oxford Handbook of the Radical Right*, cit., pp. 679-715. Para las décadas de 1980 y 1990, véase también Ignazi, *Extreme Right Parties in Europe*, cit., pp. 162-172.

[19] Sobre las extremas derechas en Europa oriental, véanse Micheal Minkenberg (ed.), *Transforming the Transformation? The East European Radical Right in the Political Process*, Londres, Routledge, 2015; Bartek Pytlas, *Radical Right Parties in Central and Eastern Europe. Mainstream Party Competition and Electoral Fortune*, Londres, Routledge, 2016 y Lenka Buštíková, «The Radical Right in Eastern Europe», en Rydgren (ed.), *The Oxford Handbook of the Radical Right*, cit., pp. 799-821.

[20] Sobre Fidesz y la historia reciente de Hungría, véase Bottoni, *Orbán*, cit. Para entender el giro ultraderechista de Fidesz, véase también en castellano: Matthieu Boisdrón, «¿Cómo se llega a ser Viktor Orbán?», *Le Grand Continent*, 1 de julio de 2024, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2024/07/01/como-se-llega-a-ser-en-viktor-orban/>], consultado el 14 de julio de 2024. Sobre Jobbik y Nuestra Patria, véase Ariel Goldstein, «Right-Wing Opposition to the Mainstream Radical Right: the Cases of Hungary and Poland», *Journal of Contemporary Central and Eastern Europe* 29/1 (2021), pp. 23-40.

[21] Sobre el PiS, véanse Rafal Pankowski, *The Populist Radical Right in Poland. The Patriots*, Londres, Routledge, 2010. Sobre la Confederación, véase Goldstein, «Right-Wing Opposition to the Mainstream Radical Right: the Cases of Hungary and Poland», cit., pp. 23-40.

[22] Sobre la trayectoria de AfD, véase Havertz, *Radical Right Populism in Germany*, cit.

[23] Sobre las extremas derechas en Reino Unido, véanse Nigel Copsey y Matthew Worley (eds.), *Tomorrow Belongs to Us. The British Far Right since 1967*, Londres, Routledge, 2018; Simon Usherwood, «Shooting the Fox? UKIP's Populism in the Post-Brexit Era», *West European Politics* 42/6 (2019), pp. 1209-1229 y Karine Tournier-Sol, «From UKIP to the Brexit Party: the Politicization of European Integration and Disruptive Impact on National and European Arenas», *Journal of Contemporary European Studies* 29/3 (2020), pp. 380-390.

[24] Al respecto, véanse Xavier Casals, «De Fuerza Nueva a Vox: de la vieja a la nueva ultraderecha española (1975-2019)», *Ayer* 118/2 (2020), pp. 365-380 y Steven Forti, «De “PP auténtico” a extrema derecha *tout court*. Historia, ideología y organización de Vox», *Historia del presente* 42/2 (2023), pp. 9-28. Para un análisis hasta el año 2005, véase Ferran Gallego, *Una patria imaginaria. La extrema derecha española (1973-2005)*, Madrid, Síntesis, 2006.

[25] Véanse Riccardo Marchi, *The Portuguese Far Right: Between Late Authoritarianism and Democracy (1945-2015)*, Londres, Routledge, 2018 y, del mismo autor, «The New Populist Radical Right in Portugal. The Chega Party», en Kondor y Littler (eds.), *The Routledge Handbook of Far-Right Extremism in Europe*, cit., pp. 117-128.

[26] Al respecto, véanse las consideraciones de William M. Downs, «Pariahs in their Midst: Belgian and Norwegian Parties React to Extremist Threats», *West European Politics* 24/3 (2001), pp. 23-42. Sobre el fin de los cordones sanitarios, Anchal Vohra, «A Far-Right Takeover of Europe Is Underway», *Foreign Policy*, 13 de marzo de 2024, disponible en [<https://foreignpolicy.com/2024/03/13/eu-parliament-elections-populism-far-right/>], consultado el 13 de julio de 2024.

[27] Formalmente, también en Hungría se trata de un gobierno de coalición entre Fidesz-Unión Cívica Húngara, el partido liderado por Viktor Orbán, y el pequeño Partido Popular Demócrata Cristiano, aunque se considera a este último como un partido satélite de Fidesz.

[28] Lenka Buštková «Fico is Back, but Illiberalism in Slovakia Faces Headwinds», *Illiberalism.org*, 8 de noviembre de 2023, disponible en [<https://www.illiberalism.org/fico-is-back-but-illiberalism-in-slovakia-faces-headwinds/>], consultado el 13 de julio de 2024.

[29] Sobre el caso suizo, véase el pionero artículo de Christopher T. Husbands, «Switzerland: Right-Wing and Xenophobic Parties, from the Margin to the Mainstream?», *Parliamentary Affairs* 53/3 (2000), pp. 501-516.

[30] Sobre algunas de las experiencias de gobierno ultraderechista aquí citadas, véase Daniele Albertazzi y Sean Mueller, «Populism and Liberal Democracy: Populists in Government in Austria, Italy, Poland and Switzerland», *Government and Opposition* 48/3 (2013), pp. 343-371.

[31] Sobre la historia del MSI, véase Piero Ignazi, *Il polo escluso. La fiamma che non si spegne: da Almirante a Meloni*, Bolonia, Il Mulino, 2023.

[32] Sobre la Liga Norte en el segundo gobierno de Berlusconi, véase Daniele Albertazzi y Duncan McDonnell, «The Lega Nord in the Second Berlusconi Government: In a League of Its Own», *West European Politics* 28/5 (2005), pp. 952-972.

[33] Moreau, *Le FPÖ au défi de l'Europe*, cit., pp. 10-14. Véase también las consideraciones sobre el gobierno del ÖVP-FPÖ en 2017-2019 contenidas en Natascha

Strobl, *La nueva derecha. Un análisis del conservadurismo radicalizado*, Madrid, Katz, 2022.

[34] Tom Nicholson, «Euro-Socialists Suspend Fico's Smer Party», *The Slovak Spectator*, 16 de octubre de 2006, disponible en [<https://spectator.sme.sk/c/20003547/euro-socialists-suspend-ficos-smer-party.html>], consultado el 13 de julio de 2024.

[35] Véase Widfeldt, «The Radical Right in the Nordic Countries», cit., pp. 545-564.

[36] Veiga, González-Villa, Forti *et al.*, *Patriotas indignados*, cit., pp. 23-106.

[37] Al respecto, véanse Stefano Braghiroli y Vassilis Petsinis, «Between Party-Systems and Identity-Politics: the Populist and Radical Right in Estonia and Latvia», *European Politics and Society* 20/4 (2019), pp. 431-449 y Vassilis Petsinis, «Identity Politics and Right-Sing Populism in Estonia: The Case of EKRE», *Nationalism and Ethnic Politics* 25/2 (2019), pp. 211-230.

[38] Amanda Coakley, «In Slovenia, a Trumpian Populist Assumes a Key European Post», *Foreign Policy*, 30 de junio de 2021, disponible en [<https://foreignpolicy.com/2021/06/30/slovenia-janez-jansa-trumpian-populist-illiberal-european-council-presidency/>], consultado el 13 de julio de 2024.

[39] Véase Eugenio Di Rienzo, «Benedetto Croce e il fascismo come “parentesi”», *Corriere della Sera*, 31 de julio de 2019, disponible en [<https://lanostrastoria.corriere.it/2019/07/31/benedetto-croce-e-il-fascismo-come-parentesi/>], consultado el 13 de julio de 2024.

[40] Fukuyama, *El liberalismo y sus desencantados*, cit. y Applebaum, *El ocaso de la democracia*, cit.

[41] Rosalía Sánchez, «La extrema derecha se fortalece en Austria», *ABC*, 7 de marzo de 2023, disponible en [<https://www.abc.es/internacional/extrema-derecha-fortalece-austria-20230307131919-nt.html>], consultado el 13 de julio de 2024.

[42] Véanse al respecto, Jean-Baptiste Chastand, «Comment le FN gérait ses villes», *Le Monde*, 2 de julio de 2009, disponible en [[https://www.lemonde.fr/politique/article/2009/07/02/comment-le-fn-gerait-ses-villes\\_1214087\\_823448.html](https://www.lemonde.fr/politique/article/2009/07/02/comment-le-fn-gerait-ses-villes_1214087_823448.html)], consultado el 13 de julio de 2024, y Pascal Delwit, «Radical Right-Wing Parties Facing the Wall of the Local? The Vlaams Belang and Local Elections (1982-2018)», *Open Journal of Political Science* 9 (2019), pp. 631-651.

[43] Roberto Biorcio, *La rivincita del Nord. La Lega dalla contestazione al governo*, Bari-Roma, Laterza, 2010, pp. 3-16.

[44] Véase Ignazi, *Il polo escluso*, cit., pp. 415-419.

[45] Véanse Paul Laubacher, «Municipales: ces 11 villes qui tombent aux mains du Front national», *Le Nouvel Obs*, 30 de marzo de 2014, disponible en [<https://www.nouvelobs.com/politique/elections-municipales-2014/20140330.OBS1874/municipales-ces-11-villes-qui-tombent-aux-mains-du-front-national.html>], consultado el 13 de julio de 2024; David Noël, «Hénin-Beaumont: le frontisme municipal décrypté», *La Pensée* 401/1 (2020), pp. 92-103; David Giband, Nicolas Lebourg y Dominique Sistach, «La prise de Perpignan par le RN. Chronique d'une conquête annoncée», *Pôle Sud* 54/1 (2021), pp. 91-109.

[46] Elena G. Sevillano, «La ultraderecha alemana consigue su primera alcaldía una



semana después de hacerse con el gobierno de un distrito», *El País*, 3 de julio de 2023, disponible en [<https://elpais.com/internacional/2023-07-03/la-ultraderecha-alemana-consigue-su-primera-alcaldia-una-semana-despues-de-hacerse-con-el-gobierno-de-un-distrito.html>], consultado el 13 de julio de 2024.

[47] Para una breve historia de las olas ultraderechistas en Alemania occidental en la segunda mitad del siglo XX, véase Ekkart Zimmermann y Thomas Saalfeld, «The Three Waves of West German Right-Wing Extremism», en Peter H. Merkl y Leonard Weinberg (eds.), *Encounters with the Contemporary Radical Right*, Boulder, Westview Press, 1993, pp. 50-74.

[48] Al respecto, véase Aitor Hernández-Carr, «El largo ciclo electoral de Plataforma per Catalunya. Del ámbito local a la implantación nacional (2003-2011)», *Working Papers. Institut de Ciències Polítiques i Socials* 300 (2011), disponible en [<https://www.icps.cat/archivos/WorkingPapers/wp300.pdf?noga=1>], consultado el 13 de julio de 2024. Sobre Aliança Catalana, véase Xavier Torrens, *Salvar Catalunya. La gestació del nacionalpopulisme català*, Barcelona, Pòrtic, 2024.

[49] Emilia G. Morales, «Las alcaldías de Vox, un año después del 28M: ¿Qué ha pasado en los municipios en los que gobierna la extrema derecha?», *Público.es*, 28 de mayo de 2024, disponible en [<https://www.publico.es/politica/alcaldias-vox-ano-despues-28m-pasado-municipios-gobierna-extrema-derecha.html>], consultado el 13 de julio de 2024.

## CAPÍTULO IV

### *«Think Global, Act Local»*

La expresión *«Think Global, Act Local»* («Piensa globalmente, actúa localmente») se atribuye al pensador y activista escocés Patrick Geddes que, sin utilizar exactamente estas palabras, la planteó en un texto sobre la urbanística de principios del siglo XX. En los años setenta fue retomada por el movimiento ambientalista que la convirtió en un eslogan de éxito. En los siguientes años fue apropiada y adoptada por algunas grandes multinacionales: el fundador de Sony, Akio Morita, acuñó la palabra *glocal*, como fusión de global y local, inspirándose en el término japonés *dochakuka*. Muy rápidamente, ya en la década de 1990, el concepto de glocalización había entrado de lleno en los estudios sociológicos: en realidad, se conectaba también con la idea de *aldea global* planteada en los años sesenta por otro sociólogo, el canadiense Marshall McLuhan, en relación con el impacto que los medios de comunicación estaban teniendo en nuestras sociedades, cada vez más interconectadas<sup>[1]</sup>.

En la época contemporánea, han sido sobre todo los movimientos progresistas en seguir, directa o indirectamente, el principio que se encuentra resumido en el lema hoy en día muy gastado de *«Think Global, Act Local»*: no solo el ambientalismo, obviamente, sino ya antes el liberalismo, la masonería, el republicanismo, el socialismo o el comunismo. Con evidentes matices y diferencias, el propósito era el de pensar globalmente, y organizarse internacionalmente, para luego actuar en los diferentes países, o incluso municipios, sin perder jamás de vista la dimensión global. En 1864, cuando la fundación de las organizaciones nacionales era aún incipiente, el movimiento obrero creó la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), conocida más tarde como Primera Internacional, cuyo objetivo era organizar política y sindicalmente el proletariado a nivel mundial. Como se sabe, tras el fracaso de la AIT por las divergencias entre marxistas y anarquistas, y por la derrota de la Comuna de París, bajo impulso de la poderosa socialdemocracia alemana se constituyó

en 1889 la Segunda Internacional, mientras que, tras la toma del Palacio de Invierno por parte de los bolcheviques en la Rusia zarista de 1917 y como respuesta al fracaso de la socialdemocracia en oponerse a la Gran Guerra, Lenin fundó en Moscú la Tercera Internacional o Internacional Comunista. No es mi intención, ni procede aquí hacer una historia de las internacionales obreras o de las organizaciones liberales y progresistas de los últimos dos siglos. Me interesa solamente poner de relieve cómo la izquierda, entendida en un sentido amplio, al ser genéticamente internacionalista, siempre ha puesto en primer plano la necesidad de pensar y organizarse internacionalmente. Por más que viva una profunda crisis, lo sigue intentando hacer también hoy en día. Piénsese, entre otros, en el Foro Social Mundial, lanzado en Porto Alegre en 2001, o en el Grupo de Puebla, constituido en 2019.

Ahora bien, aunque muchos todavía no se han dado cuenta, las extremas derechas también piensan globalmente y se organizan en foros y asociaciones internacionales, además, obviamente, de actuar localmente. No hace falta ni decir que lo que les interesa a Marine Le Pen, Javier Milei o Viktor Orbán es ganar las elecciones en su país y llegar al gobierno o mantenerse en él. Esto no quita, sin embargo, que, como se ha apuntado en el segundo capítulo de este libro, se sientan parte de una misma familia global que afronta los mismos retos y libra las mismas batallas contra unas elites occidentales que, en su opinión, están controladas por los progresistas, culpables de querer destruir nuestro modelo de sociedad. Mucho más que en el pasado, las extremas derechas han entendido claramente las potencialidades de organizarse de forma transnacional para colaborar, apoyarse y ayudarse mutuamente. La cuestión es especialmente interesante también porque nos pone delante de una supuesta contradicción: ¿cómo pueden fuerzas que son ante todo nacionalistas y que cargan día sí y otro también contra el «mundialismo» o el «globalismo» apostar tan claramente por organizarse internacionalmente?

Demos un paso atrás. La existencia de redes transnacionales ultraderechistas no es en absoluto una novedad de los años de la Posguerra Fría. La circulación de ideas en la época de entreguerras entre intelectuales fascistas y conservadores de diferentes países e, incluso, continentes fue más fluida de lo que podamos pensar<sup>[2]</sup>. Tampoco se olvide que Benito Mussolini, convencido de que el *Novecento* habría sido el siglo del

fascismo, intentó crear en la década de 1930 una Internacional Fascista que, sin embargo, no cuajó. La iniciativa fue lanzada por los Comités de Acción para la Universalidad de Roma (CAUR), un ente de propaganda creado en 1933 y presidido por el exdannunziano Eugenio Coselschi, cuyo objetivo era principalmente divulgar el mensaje fascista en el extranjero. En diciembre de 1934, los CAUR organizaron un congreso en la ciudad suiza de Montreux en el cual participaron delegados de 13 partidos fascistas de diferentes países europeos. Un dato curioso: entre ellos no se encontraban los alemanes, que no fueron invitados por las tensiones existentes entre Roma y Berlín tras el asesinato del dictador austriaco Engelbert Dollfuss, aliado de Mussolini, por mano de los nacionalsocialistas que ya pedían la anexión del país alpino al Tercer Reich. La operación de Montreux, en resumidas cuentas, era también una respuesta al creciente protagonismo de Hitler por parte de un Mussolini que se consideraba todavía no solo el fundador, sino el referente internacional del movimiento. En los meses siguientes, Coselschi sugirió que la Internacional, que en cierto modo se proponía emular el modelo comunista, se llamase Orden Nuevo y se crease oficialmente en un siguiente encuentro que debía celebrarse en septiembre de 1935 en la misma Montreux. Sin embargo, las autoridades suizas no permitieron la entrada en el país de Coselschi, considerado *persona non grata*. Por otro lado, la situación internacional estaba cambiando: Italia estaba a punto de lanzar la guerra contra Etiopía, así que a Mussolini tensionar más la cuerda con Berlín no le convenía ni le interesaba en ese momento[3].

Ahora bien, en los años siguientes, la creación del Pacto Antikomintern, al cual se sumaron una docena de países con gobiernos fascistas, la mayoría de los cuales eran, de todas formas, Estados títeres de los alemanes, puede ser considerada otra experiencia de internacionalismo fascista, así como el Nuevo Orden Europeo nacionalsocialista en la Europa ocupada por las tropas del Eje en los primeros años cuarenta. Esta experiencia, forjada además en las dramáticas vivencias del conflicto bélico, especialmente en el frente oriental, permitió una internacionalización de ideas y prácticas políticas que tuvo una influencia notable en los neofascistas del periodo posterior a 1945[4]. Salvando todas las distancias, algo similar se puede decir también de las redes neofascistas que se forjaron en Europa occidental durante la Guerra Fría –tanto las de la segunda mitad de los años cuarenta,

cuyos objetivos eran más bien de mera supervivencia, como las formadas por una nueva generación que aparecieron dos décadas más tarde— o de movimientos como la Joven Europa, creada en los años sesenta por el belga Jean Thiriart, que tenía delegaciones en diferentes países europeos. También la misma Nouvelle Droite de Alain de Benoist tuvo muy pronto una deriva internacional: a partir de mediados de la década de 1970 se forjó una red transnacional de grupos neoderechistas que iba de Italia a España, pasando por Alemania, Bélgica y Reino Unido, y que en los años noventa se expandió incluso en Rusia y en EEUU[5].

Si todo esto es cierto, no cabe duda de que desde finales del siglo XX tanto la circulación de ideas, así como la construcción de redes ultraderechistas se ha acelerado fruto, por un lado, de la globalización e internet y, por otro, de la normalización y desmarginación de las extremas derechas, como se ha explicado en el capítulo anterior. Resumiendo, las nuevas extremas derechas piensan y se organizan globalmente gracias a los lazos transatlánticos que han forjado y a un sinfín de *think tanks*, fundaciones, institutos y asociaciones que en las últimas dos décadas han ido tejiendo una tupida red que comparte prácticas y promueve una agenda compartida, además de mover sumas ingentes de dinero. A este respecto, se ha hablado de una «Internacional Reaccionaria» y una «Internacional del odio» o «Internacional cristoneofascista» que reúne a las formaciones del conservadurismo radical y del ultraderechismo a escala global[6]. No es nada fácil trazar un mapeo completo a nivel internacional de estas redes, también por su opacidad, pero podemos dibujar un primer esbozo. Vayamos por orden.

## TODOS LOS CAMINOS LLEVAN A BRUSELAS

Para empezar, es necesario apuntar que los líderes políticos de las extremas derechas mantienen relaciones estables y se reúnen frecuentemente[7]. Esta tarea es implementada aún más cuando ocupan algún cargo institucional, como han demostrado las presidencias de Donald Trump en EEUU, Jair Bolsonaro en Brasil y Javier Milei en Argentina o los gobiernos de Viktor Orbán en Hungría, Mateusz Morawiecki en Polonia, Benjamín Netanyahu en Israel y Giorgia Meloni en Italia. Las visitas institucionales se convierten así también en encuentros con el objetivo de

fortalecer los lazos políticos entre las formaciones que representan. Baste recordar que el primer viaje oficial al extranjero de Morawiecki fue a Budapest para encontrarse con Orbán en enero de 2017 o que el de Bolsonaro fue a Washington para reunirse con Trump en marzo de 2019. Algo similar puede decirse de Milei: después de un primer viaje oficial para participar en el Foro de Davos, su segundo viaje al extranjero, en febrero de 2024, fue para reunirse con Netanyahu en Jerusalén y con Meloni en Roma. En marzo, en otro viaje, se desplazó a EEUU para reunirse con el expresidente Trump. Una agenda, ni hace falta decirlo, que dejaba muy claras las prioridades de su presidencia[8].

Además, líderes y dirigentes de partidos ultraderechistas participan habitualmente en los congresos y las fiestas de los partidos «hermanados» e incluso en actos de campaña electoral. A título de ejemplo, baste recordar aquí la presencia de Meloni en el acto central de la campaña electoral de la candidata de Vox, Macarena Olona, a las elecciones autonómicas andaluzas, celebrado en Marbella en junio de 2022. La misma Meloni, junto al portugués André Ventura, había participado ya en la fiesta Viva 21, organizada en octubre del año anterior en Madrid por Vox, mientras el polaco Morawiecki lo hizo en Viva 22, organizada justo un año después en la misma capital española. Asimismo, en ambos encuentros líderes de las ultraderechas americanas como Donald Trump, Ted Cruz, Eduardo Bolsonaro, Javier Milei o José Antonio Kast enviaron mensajes y vídeos. Otro ejemplo es el de la cumbre Europa Viva 24, organizado por Vox y ECR en Madrid en mayo de 2024 durante la campaña de las elecciones europeas. Cabe subrayar también que los equipos de comunicación de los partidos de la ultraderecha europea y americana están a menudo en contacto y no es infrecuente que se coordinen para lanzar simultáneamente mensajes o campañas en las redes digitales. Las relaciones no son, en resumidas cuentas, esporádicas, sino muy fluidas y no solo de alto nivel.

En el ámbito europeo, estas conexiones están facilitadas por la presencia en Bruselas y Estrasburgo de los diputados de las formaciones de extrema derecha de prácticamente todos los países de la UE. Como veremos más detenidamente en el siguiente capítulo, esto ha permitido la construcción de unas relaciones que hoy en día son muy estrechas comparado con lo frágiles, inestables y fragmentarias que eran en las décadas de 1980 y 1990. La existencia de los partidos y los grupos parlamentarios de ECR, ID –

ahora renombrado como PfiE– y ESN ofrece unos espacios donde es posible compartir ideas, experiencias y prácticas, además de elaborar una agenda común. Cabe reseñar que estos grupos han puesto en marcha unas fundaciones que se ocupan justamente de la elaboración de informes, documentos programáticos y publicaciones con el objetivo de dar la batalla cultural. En el caso de ID, la Fundación Identidad y Democracia estuvo presidida entre 2019 y 2024 por la joven eurodiputada francesa Mathilde Androuët y hegemonizada por el partido de Marine Le Pen. De hecho, la mayoría de las publicaciones son en lengua francesa[9]. En el momento en que se está cerrando este libro, aún se desconoce si PfiE, creado a principios de julio de 2024, creará una nueva fundación, pero es difícil pensar que no lo hará[10].

En el caso de ECR, su fundación, creada por Margaret Thatcher y actualmente dirigida por el eurodiputado polaco Tomasz Poręba del PiS, se llama New Direction (Nueva Dirección). Además de un número nada desdeñable de publicaciones, como la revista *The European Journal* y numerosos informes temáticos publicados en la mayoría de las lenguas de los partidos miembros, New Direction suele organizar diferentes encuentros, entre los cuales destaca el Think Tank Central Meeting que reúne anualmente durante tres días a dirigentes políticos y miembros de fundaciones e institutos vinculados al ECR como el Instituto Acton, el Instituto Adam Smith, la Fundación Edmund Burke, la Fundación Heritage, el Instituto Ayn Rand o la Fundación Liberty. La edición de 2021 se organizó en Lisboa, la de 2022 en Tallin y la de 2023 en Madrid. Además, New Direction invierte notables energías y financiación para la formación de los futuros cuadros «nacional conservadores»: cada año, en el mes de agosto, por lo menos hasta 2023, en Polonia se organiza el Freedom Campus, mientras en el mes de julio los diferentes partidos miembros montan a rotación una universidad de verano y a lo largo de todo el año se realizan diferentes encuentros de la que se ha denominado Young Leaders Academy o New Direction Academy[11].

## UNA TUPIDA RED DE FUNDACIONES Y *THINK TANKS*

Más allá de las relaciones entre los diferentes partidos de la galaxia ultraderechista en Bruselas o de forma bilateral, cobran centralidad las redes

globales tejidas por fundaciones y *think tanks* que se presentan, en algunos casos, como formalmente semiindependientes. La más conocida es, sin duda alguna, la Conferencia de Acción Política Conservadora (CPAC), fundada en 1973 por dos asociaciones conservadoras estadounidenses activas desde principios de la década de 1960, la Unión Conservadora Americana y Jóvenes Americanos por la Libertad. Como se explica en su página web, la CPAC reúne a «funcionarios públicos electos, líderes conservadores y miles de activistas para profundizar y ampliar el conocimiento y, al mismo tiempo, dotar a los conservadores de las habilidades necesarias para convertirse en activistas más eficaces»[\[12\]](#). Se trató de una respuesta a los movimientos sociales del largo 1968, al consenso keynesiano existente desde los tiempos del New Deal de Roosevelt y al proyecto de la Great Society de Johnson con el objetivo de rearmar ideológicamente al Partido Republicano y obligar a Nixon, en aquel entonces en la presidencia del país, a virar más a la derecha. Con el paso de los años, y sobre todo tras la entrada en política de Trump, la CPAC se ha radicalizado, convirtiéndose en un foro ultraderechista. De hecho, en los últimos años, además de invitar a cada encuentro organizado en EEUU a algún líder de las extremas derechas europea o latinoamericana, como Marion Maréchal Le Pen en 2018, Giorgia Meloni en 2019 y 2022, Jair Bolsonaro en 2023 y Javier Milei, Santiago Abascal y Nayib Bukele en 2024, la CPAC, a través de la Unión Conservadora Americana, presidida por Matt Schlapp, ha creado sucursales en Australia, Japón, Corea del Sur, Brasil, México y Hungría[\[13\]](#).

La edición húngara, la primera en suelo europeo, muestra también la centralidad del experimento iliberal de Orbán para estas redes. De hecho, la CPAC de Budapest está organizada principalmente por un *think tank* dependiente del gobierno magiar, el Centro por los Derechos Fundamentales, una de las muchas GONGO orbanianas. Con GONGO, – cuyo acrónimo significa Government-Organized Non-Governmental Organization– se alude a una organización de la sociedad civil *fake*, pues ha sido creada y está controlada por un gobierno. Dirigido por Miklós Szánthó, el Centro por los Derechos Fundamentales ha recibido por lo menos 2.500 millones de florines húngaros de financiación por parte del gobierno de Budapest entre 2013 y 2021. Solo para las actividades organizadas en 2024, recibió 11 millones de euros de parte de la Fundación Lajos Batthyány



(BLA) que, a partir de 2018, Orbán convirtió en otra GONGO que reparte millones de euros a otras entidades controladas directamente por Fidesz. La misión principal del centro dirigido por Szánthó es «preservar la identidad nacional, la soberanía y las tradiciones sociales judeocristianas» y «contrarrestar los exagerados fundamentalismos de derechos humanos y corrección política de hoy en día», como explica en su página web[14].

La primera CPAC en el país magiar se celebró en mayo de 2022 y se tituló «Dios, Patria y Familia»; la segunda, en mayo del año siguiente, se centró en la necesidad de unir las fuerzas derechistas, mientras que la tercera, en la primavera de 2024, tuvo como lema «Wokebusters» —es decir, cazadores de *woke*— y como subtítulo un mensaje todavía más claro: «Drenemos el pantano». Según los organizadores, en la edición de 2024 hubo unos 80 ponentes y medio millar de invitados. Entre los participantes de las tres ediciones, además de los representantes de los principales partidos ultraderechistas europeos, y en primer lugar algunos de sus líderes nacionales, como Santiago Abascal, el austriaco Herbert Kickl, el estonio Martin Helme, el esloveno Janez Janša, el neerlandés Geert Wilders, el flamenco Tom Van Grieken o el checo Andrej Babiš, las ediciones húngaras de la CPAC han contado también con una numerosa delegación norteamericana, formada no solo por políticos republicanos, sino también por periodistas e *influencers* trumpistas y de la *alt-right*, como Steve Bannon, Tucker Carlson y Jack Posobiac, algún representante latinoamericano —como el brasileño Eduardo Bolsonaro y el mexicano Eduardo Verástegui—, algunos ministros israelíes de los gobiernos de Netanyahu y otros primeros ministros o expremiers situados en la derecha tradicional, como el australiano Tony Abbott y el georgiano Irakli Kobakhidze[15].

Algo similar se puede decir sobre el funcionamiento y los participantes de las cinco ediciones brasileñas (desde 2019) y las tres mexicanas (desde 2022), realizadas hasta la fecha. Al lado de una mayoritaria presencia de miembros de la ultraderecha política y mediática del país organizador, es menester reseñar la participación de algunos líderes de ámbito regional como Javier Milei y José Antonio Kast que junto a Eduardo Bolsonaro no suelen faltar casi nunca en los encuentros de esta red. En la edición brasileña de 2024, organizada en Balneario Camboriu, la ciudad que tiene el metro cuadrado más caro de Brasil y uno de los municipios con más

rascacielos del mundo, intervinieron también el empresario boliviano Branko Marinković, que lanzó su candidatura presidencial para echar del poder el Movimiento al Socialismo, o el salvadoreño Gustavo Villatoro, ministro de Justicia y Seguridad Pública del gobierno de Bukele, ovacionado por el público. En la edición mexicana de 2022, cabe mencionar, además de la apertura de cada día de trabajo con una «Santa Misa católica», también la numerosa delegación norteamericana, con Steve Bannon y Ted Cruz a la cabeza, así como la presencia del expresidente polaco Lech Walesa y de Santiago Abascal, hiperactivo en la tesitura de sus redes en América Latina, como veremos más adelante[16].

Otro influyente espacio de encuentro es el representado por la Fundación Edmund Burke, creada en 2019 y vinculada a sectores ultraconservadores israelíes, estadounidenses y europeos. Su presidente es el filósofo israelí Yoram Hazony, autor del exitoso libro *La virtud del nacionalismo* (2018) y presidente a la sazón del Instituto Herzl. La Fundación Edmund Burke se presenta como el *think tank* de referencia de lo que se llama nacional conservadurismo: a través de la recuperación de pensadores clásicos de la corriente conservadora, desde el mismo Burke hasta Roger Scruton, su intento es ofrecer una lectura radicalizada del conservadurismo y unas herramientas teóricas y político-culturales a los partidos de ultraderecha que mantienen posiciones atlantistas. En su declaración de principios, Hazony y compañía explican que «la tradición de naciones independientes y autónomas» es «la base para restaurar una orientación pública adecuada hacia el patriotismo y el coraje, el honor y la lealtad, la religión y la sabiduría, la congregación y la familia, el hombre y la mujer, el sabbath y lo sagrado, la razón y la justicia». Se definen como conservadores porque consideran que «esas virtudes son esenciales para sostener nuestra civilización». Asimismo, ahondan en su profundo antiglobalismo: «Hacemos hincapié en la idea de nación», escriben, «porque vemos un mundo de naciones independientes [...] como la única alternativa genuina a las ideologías universalistas que ahora buscan imponer en todo el globo un imperio homogeneizador y destructor de las peculiaridades locales». A continuación enumeran los diez principios cuyos pilares vendrían a ser el nacionalismo, el antiglobalismo, el neoliberalismo, los valores tradicionales, la importancia de la religión y la restricción de la inmigración. Se trataría, en resumidas cuentas, de una versión mucho más

autoritaria y tradicionalista del thatcherismo que se propone corregir las consecuencias para ellos indeseadas de la globalización neoliberal con la preeminencia del interés nacional. Entre los autores de esta declaración de principios, encontramos también al británico John O’Sullivan que en los años ochenta fue autor de los discursos de la *dama de hierro* y que desde 2017 se ha trasladado a Budapest, donde ha sido nombrado presidente del Instituto Danube, otro de los *think tank* ultraderechistas creados por Orbán[17].

Después de los tres primeros encuentros de lanzamiento del proyecto en Londres, Washington y Roma entre mayo de 2019 y febrero de 2020, la Fundación Edmund Burke ha mantenido una actividad reseñable con eventos organizados a un lado y a otro del Atlántico (Orlando, noviembre de 2021; Bruselas, marzo de 2022; Miami, septiembre de 2022; Londres, mayo de 2023) en los cuales han participado tanto políticos como activistas e intelectuales. Entre los participantes, cabe mencionar los ministros y exministros británicos Michael Gove, Jacob Rees-Mogg, David Frost y Suella Breverman; el gobernador de Florida, Ron De Santis; los congresistas y senadores republicanos Ted Cruz, Marco Rubio y J. D. Vance —escogido en julio de 2024 por Trump como candidato a la vicepresidencia—; los entonces presidentes de los gobiernos polaco, Morawiecki, y esloveno, Janša, además del húngaro Orbán; varios líderes de formaciones de las extremas derechas europeas, como Meloni, Abascal, Farage o Éric Zemmour y Marion Maréchal Le Pen; el importante dirigente de la LN salviniana, Lorenzo Fontana —en la actualidad presidente de la Cámara de los Diputados del país transalpino—; miembros del gobierno israelí de Netanyahu, como el ministro de Asuntos de la Diáspora y Lucha contra el Antisemitismo, Amichai Chikli; intelectuales y académicos conservadores como Paul Gottfried, Frank Furedi, Francesco Giubilei, David Goodheart o Matthew Goodwin; y empresarios como Pieter Thiel, fundador de PayPal, cuyas posiciones ultraderechistas son de sobra conocidas. Una buena parte de ellos, en abril de 2024, participó en el segundo encuentro nacionalconservador celebrado en Bruselas, bajo el título «Defendiendo el Estado-Nación en Europa»[18].

En este breve esbozo de las redes ultraderechistas globales, no se puede no mencionar Atlas Network. Creada en 1981 por el británico Anthony Fisher, esta red aglutina decenas de *think tanks* neoliberales y libertarios de

EEUU y América Latina que en la última década han radicalizado notablemente sus posiciones, abrazando el autoritarismo de figuras como Trump, Bolsonaro o Milei. De hecho, en el caso de Atlas Network se suele hablar de un meta *think tank* que ha ido creando una comunidad transnacional de asociaciones y fundaciones neoliberales. Esta red tiene detrás a multimillonarios y organizaciones de derechas como la fundación de los hermanos Koch –financiadores de las campañas de Trump–, la ya citada Fundación Heritage o Templeton, además de grandes corporaciones de sectores del petróleo, el tabaco y el sector farmacéutico, lo que le permite tener un presupuesto anual de más de 11.000 millones de dólares (datos de 2013). El activismo de esta red es notable. Para poner un solo ejemplo, y para mostrar la porosidad de estos ambientes, en mayo de 2024 una organización miembro de Atlas Network, la española Fundación para el Avance de la Libertad, ha organizado el Foro Europeo de la Libertad, pocos días después del mitin Europa Viva 24 que reunió en la capital española a algunos de los mayores líderes de la ultraderecha a nivel internacional. En 2019, esta fundación se alió con otro *think tank*, el Instituto Juan de Mariana, que en junio de 2024 ha entregado un premio a Milei para la «defensa ejemplar de las ideas de la libertad»[\[19\]](#).

Una mención especial merece la ya citada Fundación Heritage, uno de los *think tanks* conservadores norteamericanos más poderosos. Creada en 1973 por sectores de los republicanos críticos con las posiciones demasiado liberales, según ellos, de la administración Nixon, la fundación comenzó a tener visibilidad e influencia tras la llegada de Ronald Reagan a la presidencia del país en 1981. De hecho, el nuevo presidente adoptó gran parte del *Mandate for Leadership*, el documento elaborado por la fundación en que se sugerían más de 2.000 medidas políticas para reducir el tamaño del gobierno federal. Muchos de sus miembros se incorporaron a la administración Reagan y, en las décadas siguientes, a las de George W. Bush y Donald Trump. A finales de 2023, Heritage elaboró un documento de más de 900 páginas, *Mandate for Leadership: the Conservative Promise*, conocido como Project 2025, que ha sido suscrito por más de un centenar de organizaciones conservadoras estadounidenses. En él se proponen toda una serie de medidas radicales y antidemocráticas que aplicar en los primeros cien días de la segunda administración Trump, en caso de que el republicano gane las elecciones presidenciales de 2024, con el objetivo de

evitar que el llamado «Estado profundo» pueda limitar las capacidades del presidente. Entre estas medidas, destacan la voluntad de combinar la identidad cristiana con la estadounidense; poner las libertades civiles al servicio de las demandas conservadoras; prohibir el aborto; bloquear la inmigración disolviendo el Departamento de Seguridad Nacional y repatriar a millones de ciudadanos sin papeles; suprimir el Ministerio de Educación; derogar las políticas climáticas de Biden; someter la administración estadounidense a Trump o expulsar de EEUU al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional (FMI)[20].

Ahora bien, el interés por la Fundación Heritage no estriba tan solo en la influencia que tiene en Washington, sino en las alianzas que ha tejido globalmente. Téngase en cuenta que solo en 2022 gastó más de 2.000 millones de dólares en actividades y campañas. Por dar solo un par de ejemplos, basta mirar a los casos italiano y español. Por debajo de los Alpes, la Heritage ha establecido contactos estrechos tanto con FdI, así como con la LN salviniana. Sobre todo tras la llegada al gobierno de Meloni en octubre de 2022, la fundación norteamericana ha colaborado innumerables veces con el Centro de Estudios Machiavelli, un *think tank* ultraconservador y soberanista fundado en 2017 cuyo lema es «Patriotismo, tradición y libertad». En la decena de eventos organizados por este centro de estudios, presidido por Daniele Scalea, no solo han participado ministros y dirigentes de los partidos en el gobierno en Roma, así como periodistas e *influencers* de las extremas derechas transalpinas, sino también miembros de otras de las fundaciones que estamos encontrando en estas páginas, como la Edmund Burke, el Centro por los Derechos Fundamentales húngaro o, justamente, la Heritage, uno de cuyos representantes, James Carafano, ha alabado repetidamente el gobierno de Meloni en los medios[21].

En lo que concierne a España, en julio de 2023, a las puertas de las elecciones generales, su presidente, Kevin D. Roberts, viajó a Madrid con el objetivo de favorecer la alianza entre el PP y Vox. En su estancia, Roberts otorgó también el Premio Steven Sass por la Libertad Económica a Javier Fernández-Lasquetty, consejero de Hacienda, Economía y Empleo en el gobierno autonómico de Isabel Díaz Ayuso y anteriormente ya con cargos en los ejecutivos de Esperanza Aguirre. La batalla cultural que estas fundaciones llevan a cabo tiene siempre una pata en el mundo universitario:

como veremos en las próximas páginas, la formación de cuadros, así como la capacidad de influir en el debate público, además de las decisiones políticas, son algunos de sus objetivos principales. Como ha apuntado Flavio Henrique Calheiros Casimiro, «la universidad representa una trinchera fundamental para la producción de consenso en la sociedad y tiene un fuerte capital simbólico para la naturalización de ciertas concepciones como verdades socialmente aceptadas»[22]. En España, la Fundación Heritage tiene vínculos con al menos tres universidades privadas: el Centro de Estudios Universitarios-Centro de Estudios, Formación y Análisis Social (CEU-CEFAS), la Universidad Francisco Marroquín y la Universidad Francisco de Vitoria, perteneciente a la organización Regnum Christi, conformada jurídicamente por la Congregación de los Legionarios de Cristo[23]. Asimismo, la Fundación Heritage participó en otro encuentro organizado en Madrid en marzo de 2024 por el entorno de Vox, y más concretamente la Fundación Disenso, junto al ya nombrado Centro por los Derechos Fundamentales húngaro que, dicho sea de paso, unos días antes había abierto una delegación en Madrid. En el acto de presentación, además de Istvan Kovács y del presidente de la Fundación Disenso, Martín Frías, participó también el exmandatario colombiano Andrés Pastrana. Lo que demuestra una vez más, por si no hubiera sido suficiente, el importante rol de Vox para las conexiones transatlánticas, pero también el activismo de Orbán y el alto grado de colaboración entre todas estas organizaciones[24].

El caso brasileño es otra muestra fehaciente del esfuerzo y la capacidad de la ultraderecha para tejer redes y de cómo en los últimos diez años el neoliberalismo haya virado hacia la extrema derecha, adoptando posiciones culturalmente ultraconservadoras. En el país latinoamericano, por ejemplo, encontramos el Instituto Millenium (IMIL). Creado en 2005, este *think tank* ultraliberal actúa como productor de consenso, ocupando espacios en la mayoría de los medios de comunicación y las universidades públicas y privadas, gracias a una red que en 2019 contaba con más de 200 colaboradores. Los contenidos producidos por el IMIL, que no se limitan solo a artículos, libros o dossieres, sino que incluyen también cursos para estudiantes, se centran en la defensa de la propiedad privada, la economía de mercado y la reducción del papel del Estado reivindicando los conceptos de eficiencia y meritocracia del sector privado frente a la ineficiencia, el patrimonialismo y el asistencialismo que supuestamente representarían el

sector público. Sin embargo, también han ido introduciendo la defensa de una visión conservadora y moralista de la sociedad.

En estos veinte años, el IMIL ha colaborado con organizaciones ultraconservadoras como Farol da Democracia Representativa u otros institutos que se mueven en coordenadas similares, como el Instituto Liberal –vinculado a la Atlas Network–, el Instituto Libertade –vinculado a la Fundación Heritage– o el Instituto von Mises Brasil, cercano a Olavo de Carvalho, quien fue asesor de Bolsonaro. Prácticamente todos estos institutos, junto a decenas de fundaciones de otros países latinoamericanos, participan en el Fórum de la Libertad, el principal evento de las derechas brasileñas, organizado desde finales de la década de 1980 por el Instituto de Estudios Empresariales[25]. Sus seguidores se ampliaron también por la divulgación de sus ideas y eventos en el canal Brasil Paralelo que ya en 2019 contaba con más de un millón de seguidores en YouTube y un centenar de empleados. Esta plataforma nació en 2016, más precisamente en los días en que el Senado brasileño estaba aprobando el *impeachment* contra Dilma Rousseff, por el impulso de tres jóvenes estudiantes ultraderechistas. Se propusieron crear contenidos en formato de vídeos, documentales y podcasts con un claro sesgo revisionista y negacionista sobre la dictadura militar o el esclavismo para legitimar históricamente una hegemonía de extrema derecha en Brasil. Uno de sus fundadores, Henrique Viana, afirmó que el objetivo era «ser pop, ser *cool* y despertar mitos antiguos». Con la llegada al gobierno de Bolsonaro, consiguieron contratos por parte de diferentes ministerios, pudieron enseñar sus vídeos conspiracionistas en las escuelas y las plazas públicas, hasta convertirse en lo que se ha llamado una especie de «Netflix de derechas»[26].

Como se puede apreciar, mapear todas estas redes es una misión prácticamente imposible. Lo que queda claro es que, como si se tratase de unas matrioskas rusas, dentro de una asociación hay siempre otra y luego otra. O, si se prefiere la metáfora, las alianzas tejidas van conformando una red infinita donde la porosidad de las fronteras no es la excepción, sino la regla.

## ESCUELAS PARA NUEVOS GLADIADORES

Esta capacidad para tejer redes la vemos también en las escuelas de

formación de cuadros. Una de las más conocidas en Europa es el Instituto Superior de Sociología, Economía y Política (ISSEP) fundado por Marion Maréchal Le Pen en 2018. Además de su sede francesa, ubicada en Lyon, se ha abierto también una sede en Madrid, vinculada estrechamente al entorno de Vox. Como en el caso de las ya citadas actividades desarrolladas por New Direction, estas iniciativas ponen de manifiesto la centralidad que las fundaciones e institutos ultraderechistas otorgan a la formación de la que el ISSEP madrileño en su página web define como «una nueva generación de líderes tanto de la política como de la sociedad civil»[\[27\]](#). Directa o indirectamente, en esto podemos ver la influencia de las enseñanzas de la Nouvelle Droite francesa y, especialmente, de su principal intelectual, Alain de Benoist, que consideró prioritaria la conquista de la hegemonía cultural, proponiendo una lectura ultraderechista de los planteamientos del intelectual comunista italiano Antonio Gramsci[\[28\]](#). Como explicó el director del ISSEP madrileño, el filósofo Miguel Ángel Quintana Paz, la batalla cultural

consiste en comprender que los marcos que utilizamos de forma cotidiana, en las relaciones con los demás, son los que moldean nuestra visión de la realidad. Un colectivo político no puede nunca regalar la definición de esos marcos; y quien define esos marcos no son las gráficas sobre cómo va la economía, sino la cultura[\[29\]](#).

El ISSEP madrileño organiza programas anuales «de liderazgo y gobierno» —cuya matrícula ronda los 12.000 euros anuales—, además de cursos de formación a concejales y cursos de verano. Entre estos, cabe mencionar el organizado en Segovia en 2023 con la Junta de Castilla y León titulado «La Nación: pasado, presente y futuro», y el del año siguiente en El Escorial, «Hispanidad: (Geo)política, cultura y universalidad de la Hispanidad». El profesorado y los ponentes son principalmente españoles, excepto el *enfant prodige* del mileismo, el escritor Agustín Laje. Entre ellos, destacan dirigentes de Vox, como Jorge Buxadé, Kiko Méndez-Monasterio o Manuel Mariscal, y exdirigentes del PP y Ciudadanos, como Jaime Mayor Oreja y Juan Carlos Girauta, que se incorporó posteriormente a Vox y fue elegido en 2024 eurodiputado por el partido de Abascal. Entre los ponentes de los cursos de verano, hay además profesores provenientes principalmente de universidades privadas conservadoras, como el CEU San Pablo de Madrid o la Universidad Pontificia Comillas, y periodistas-



activistas que se mueven entre el conservadurismo más tradicional y la extrema derecha posfranquista de largo recorrido como José Javier Esparza, uno de los principales importadores de las ideas neoderechistas francesas en España a partir de la década de 1980. Para mostrar cómo estos proyectos también sirven para tejer y fortalecer redes, cabe mencionar la presencia de los responsables de la Fundación Gustavo Bueno o el arzobispo de Valladolid, Luis Argüello, actual presidente de la Conferencia Episcopal Española[30].

El del ISEEP, de todos modos, no es ni de lejos un caso aislado. En años anteriores, por ejemplo, ya se había intentado crear la llamada escuela populista que el exconsejero de la Casa Blanca, Steve Bannon, propuso montar en el monasterio de Trisulti, en las afueras de Roma, con la colaboración del Instituto Católico Dignitatis Humanae. Su objetivo era formar «guerreros culturales» y «gladiadores» para defender la cultura occidental judeo-cristiana[31]. En 2018, el mismo Bannon había lanzado también The Movement, una plataforma que pretendía unificar a las extremas derechas del viejo continente o, como mínimo, ofrecer apoyos y ayudas en análisis, estudios y propaganda. El proyecto tuvo poco éxito en Europa al conseguir sumar prácticamente solo a la LN y FdI, pero se expandió en América Latina, donde recibió los apoyos de Bolsonaro y el expresidente colombiano Álvaro Uribe[32]. Sin embargo, se desconoce si a través de esta plataforma Bannon pudo asesorar en campañas electorales a diferentes formaciones ultraderechistas europeas con las cuales entró en contacto, como la LN, Vox o Fidesz.

Asimismo, en Hungría existe el Mathias Corvinus Collegium (MCC) que en la actualidad cuenta con más de 20 sedes en el país magiar, Rumania e, incluso, Bruselas, y alrededor de 7.000 estudiantes. Esta red de colegios fue creada en 1996, pero, tras el regreso de Orbán al poder en Budapest en 2010 y la transformación de Hungría en una autocracia electoral, fue incorporada por Fidesz hasta el punto de que en 2020 fue nombrado presidente Balázs Orbán, director político del gabinete del primer ministro. Entre los ponentes invitados, se encuentra el experiodista de Fox News, Tucker Carlson que, dicho sea de paso, en noviembre de 2023 se desplazó a Madrid para relatar y animar las protestas ultraderechistas que sitiaron la sede del PSOE en la calle Ferraz. El director del Centro de Estudios Europeos del MCC es el español Rodrigo Ballester, vinculado a Vox y la Fundación Disenso[33].

Mientras, en Polonia, el partido de ultraderecha PiS ha promovido su universidad, el Colegio Intermarium, vinculada al *think tank* ultracatólico Ordo Iuris.

## VOX, PUENTE ENTRE EUROPA Y AMÉRICA LATINA

Además de las redes norteamericanas, a nivel transatlántico quien más ha invertido energías para estrechar contactos ha sido Vox. Por un lado, el partido de Abascal ha adquirido un rol estratégico clave para la *alt-right* norteamericana, y, muy en particular, para el entorno político y económico del Partido Republicano estadounidense, gracias principalmente a la labor de Rafael Bardají que, por su pasado en el PP y la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), disponía de contactos en el mundo conservador de EEUU[34]. Por otro, a partir de la Fundación Disenso, dirigida por Jorge Martín Frías, Vox ha desarrollado la noción de «iberoesfera». Se trata de un concepto que, a imitación del de «anglosfera», traduce una estrategia política y económica de influencia sobre la región latinoamericana[35]. A través de este paraguas conceptual, en octubre de 2020 Vox lanzó la Carta de Madrid, un manifiesto programático que ha permitido crear el Foro Madrid que se presenta como el contrapeso del Foro de São Paulo y el Grupo de Puebla. De esta forma, el partido de Abascal ha podido convertirse en el socio europeo preferido de una parte sustancial de las derechas latinoamericanas, por encima del PP español.

Durante la edición estadounidense de 2020 de la CPAC, Abascal se reunió con Eduardo Bolsonaro, hijo del entonces mandatario brasileño, y Luis Almagro, presidente de la Organización de Estados Americanos (OEA), además de con miembros de la Fundación Heritage y de Elliott Abrams, enviado especial de la administración Trump por Venezuela. A partir de aquel entonces, y gracias a frecuentes viajes a América Latina, tanto de Abascal como de Hermann Tertsch y Víctor González Coello de Portugal, Vox ha invertido notables energías en tejer una red iberoamericana, estrechando relaciones con Bolsonaro, Milei, Kast, Verástegui, los exmandatarios colombianos Uribe y Pastrana, la boliviana Jeanine Áñez o la peruana Keiko Fujimori. Todos ellos, así como el exvicepresidente estadounidense Mike Pence, Giorgia Meloni, André Ventura y Marion Maréchal Le Pen, han firmado la Carta de Madrid, mientras que el

exministro brasileño de Relaciones Exteriores en tiempos de Bolsonaro, Ernesto Araújo, discípulo de Olavo de Carvalho, se sienta en el equipo de dirección de la Fundación Disenso[36].

En febrero de 2022, bajo el título de «Por la democracia y las libertades», el Foro Madrid organizó su primer encuentro regional en Bogotá, mientras en marzo de 2023 el segundo encuentro, titulado «Democracia, libertad y Estado de derecho», se realizó en Lima. Junto a dirigentes de partidos conservadores y ultraderechistas de la gran mayoría de países de la región, entre las estrellas invitadas figuran el mismo Uribe, la lideresa de la oposición venezolana, María Corina Machado, el brasileño Araújo, y el exvicepresidente de Perú, Francisco Tudela, acompañados por algunos dirigentes de Vox, como la diputada autonómica madrileña, Rocío Monasterio, o el eurodiputado Hermann Tertsch, a la sazón vicepresidente tercero de la Asamblea Parlamentaria Eurolatinoamericana (Eurolat) y uno de los principales *factotum* de Abascal en las relaciones iberoamericanas. El tercer encuentro del Foro Madrid se organizó en Buenos Aires en septiembre de 2024: entre los ponentes, cabe mencionar al presidente argentino Milei y a algunos miembros de su gobierno, el chileno Kast, el eurodiputado de FdI Carlo Fidanza o varios miembros de la Fundación Heritage. Como se ha comentado en relación con el ISSEP, los jóvenes están también en el centro de los intereses de la Fundación Disenso que organiza un programa llamado Jóvenes Líderes de la Iberosfera con el cual se propone formar a futuros dirigentes políticos[37].

Para mostrar una vez más cómo todos estos son vasos comunicantes, basta mirar a un encuentro organizado por la universidad CEU San Pablo de Madrid en marzo de 2024 bajo el título de «Construyendo la alianza iberoamericana». Abierto por una intervención de la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, y cerrado con una visita a la asamblea madrileña y sendas reuniones con los representantes del PP y Vox, el encuentro ha estado coorganizado por el Foro Madrid, la Fundación Disenso, la Fundación Juan de Mariana y el Instituto Adam Smith. En los cuatro días de ponencias y debates han participado dirigentes de partidos ultraderechistas de Chile, Argentina, Venezuela, Perú y Colombia, además de una importante delegación húngara, formada por la eurodiputada de Fidesz, Enikő Györi; el director de la oficina madrileña del Centro por los Derechos Fundamentales, Vajk Farkas; y dos españoles que son el enlace

entre Vox y Budapest: el ya citado Rodrigo Ballester del MCC y Jorge González-Gallarza, coordinador senior para la Iberosfera del mismo Centro por los Derechos Fundamentales[38].

Además de Milei, Bolsonaro o Kast, otra figura al alza en el activismo ultraderechista transatlántico es el productor, actor y político mexicano Eduardo Verástegui. Sus relaciones con los entornos ultraderechistas españoles son sólidas desde hace tiempo: en 2009 fue premiado por su compromiso contra el aborto por HazteOír, organización provida española presidida por Ignacio Arsuaga, de la cual hablaremos dentro de poco. Asimismo, Verástegui aprovecha su visibilidad mediática como productor cinematográfico para ir tejiendo redes. Una de sus últimas producciones, *Sounds of Freedom* dirigida por Alejandro Monteverde, se convirtió en un éxito en los círculos ultraderechistas norteamericanos y fue reapropiada por el entorno de los conspiracionistas de Qanon[39]. En la gira española de promoción de la película, Verástegui, que intentó presentarse a las elecciones presidenciales mexicanas de 2024, se reunió con Abascal y otros dirigentes de Vox, que no perdieron la ocasión para recomendar en redes la película[40].

En esta tupida red de organizaciones, fundaciones y *think tanks* ultraderechistas, cabe mencionar el activismo desarrollado desde Brasil por el bolsonarismo. Tras la victoria electoral de Lula da Silva a finales de 2022 y el «autoexilio» de Jair Bolsonaro a EEUU, han destacado las iniciativas de dos organizaciones, Yes Brazil USA y el Institutum Veritas Liberat. El primero, que se presenta como «un grupo de derecha que reúne cristianos comprometidos con un Brasil libre de la ideología comunista», fue fundado en Florida en agosto de 2021 por Larissa y Mário Martins. A principios de 2023 organizaron diversos actos con el exmandatario brasileño en iglesias evangélicas del sur de EEUU e incluso en universidades como la Florida Christian University. El Institutum Veritas Liberat tiene como objetivos «unir a la derecha brasileña y portuguesa, y luchar por los valores conservadores judeocristianos y combatir el socialismo en América y Europa, inspirados por el profesor Olavo de Carvalho y la Compañía de Jesús». Ambas organizaciones han reunido a lo largo de 2023 en varios encuentros en suelo europeo (Lisboa, Roma, Novara, Zúrich, Madrid) a políticos bolsonaristas, como Flávio Bolsonaro y los exministros Onyx Lorenzoni y el general Pazuello, y algún representante de las extremas

derechas europeas, como la entonces diputada de Vox, Carla Toscano[41].

¡VIVA CRISTO REY!

Entre las redes que se han ido creando y fortaleciendo en las últimas décadas, cabe mencionar la incesante actividad desarrollada por el mundo integrista cristiano que, además, consigue superar a menudo las fronteras de las diferentes iglesias existentes, englobando o, por lo menos, poniendo en relación tanto a católicos como a ortodoxos, protestantes y evangélicos[42]. Un ejemplo entre los más conocidos es el Congreso Mundial de las Familias (WCF). En palabras del Southern Poverty Law Center, reconocida organización no gubernamental (ONG) progresista que defiende los derechos civiles y monitorea a los grupos extremistas, el WCF «sirve como paraguas para una red masiva de organizaciones interconectadas que presionan por restringir los derechos del colectivo LGTBIQ+ bajo el pretexto de la defensa de la “familia natural”»[43]. Fundada en 1997 gracias al encuentro que se celebró en Rusia entre el académico estadounidense Allan Carlson, presidente del *think tank* ultraconservador Howard Center for Family, Religion and Society y, en tiempos de Ronald Reagan, miembro de la Comisión Nacional de la Infancia, y los intelectuales rusos Anatoly Antonov y Viktor Medkov, esta organización tiene ramificaciones en todo el globo, incluso en la Rusia putiniana.

Entre las organizaciones cristianas miembros del WCF, encontramos a HazteOír, bien conocida por organizar en España autobuses contra las personas trans o el movimiento feminista, al que suelen referirse como «feminazi». Fundada en 2001 por Ignacio Arsuaga, HazteOír tiene relaciones con la organización secreta paramilitar mexicana El Yunque y está muy vinculada a Vox desde su fundación. De hecho, la retransmisión en *streaming* del acto de presentación oficial del partido, en enero de 2014, se hizo a través de los canales de HazteOír. Y ya en 2012 Abascal fue galardonado con uno de los premios de la organización de Arsuaga, en la cual participaban otros miembros de Vox, como el matrimonio formado por Rocío Monasterio e Iván Espinosa de los Monteros[44].

La misma Hazte Oír es otro ejemplo de la implementación de estas redes transnacionales que defienden valores ultraconservadores como la familia definida «natural» y se oponen al aborto, el matrimonio igualitario o la

eutanasia. No solo en 2012 organizó en Madrid el encuentro bianual del WCF, sino que al año siguiente la organización de Arsuaga lanzó su *lobby* internacional, CitizenGo, que ha promovido campañas en una quincena de países y ha influido en las propuestas programáticas y legislativas de diferentes partidos de extrema derecha[45]. Entre 2009 y 2018, HazteOír y CitizenGO tuvieron unos ingresos de más de 32 millones de euros: se han convertido en el cuarto más importante financiador a nivel europeo de iniciativas antigénero. Según un informe del European Parliamentary Forum for Sexual and Reproductivity Rights, se calcula que, durante el periodo 2009-2018, los grupos antigénero recibieron 707,2 millones de dólares procedentes de un total de 54 organizaciones distribuidas entre ONG, fundaciones, organizaciones religiosas y partidos políticos. En el informe, se identifican principalmente tres orígenes geográficos para estas organizaciones: Europa, EEUU y Rusia. La financiación europea constituye la mayor parte de la hucha antigénero, con 437,7 millones de dólares. 81,3 millones de dólares llegaron de EEUU: se contabilizaron al menos una docena de ONG, *think tanks* conservadores o grupos de extrema derecha. La Federación Rusa aportó 188,2 millones de dólares a la causa homófoba y machista[46].

Efectivamente, el mundo ultraconservador ruso ha estado muy activo desde el comienzo en estas redes transnacionales. Además de la figura de Alexander Dugin que ha desempeñado un papel importante en la creación de relaciones estables entre la extrema derecha rusa y la occidental, cabe recordar que uno de los miembros del consejo de administración del WCF y de CitizenGo es el oligarca ruso Konstantín Maloféyev, presidente de la fundación San Basilio el Grande a través de la cual organiza foros de la ultraderecha europea[47]. Sancionado por EEUU y la UE tras la anexión rusa de Crimea, Maloféyev, además, es dueño de un canal de televisión, Tsargrad TV, y de portales web, como [Katheon.com](http://Katheon.com) y [Geopolitica.ru](http://Geopolitica.ru), que difunden *fake news* prorrusas y propaganda de extrema derecha en diferentes idiomas. Asimismo, figuras vinculadas a Maloféyev, como Alexey Komov, han estrechado relaciones con partidos ultraderechistas europeos: Komov, de hecho, es el presidente honorario de la asociación Lombardía-Rusia, una organización montada hace aproximadamente una década por la LN de Salvini para estrechar los lazos con la Rusia putiniana y, supuestamente, obtener financiación en negro del Kremlin[48].

Otra red vinculada al mundo integrista cristiano es Political Network for Values, presidida por el ultraderechista chileno José Antonio Kast, que en su web se presenta como «una plataforma global de representantes y líderes políticos de todo el mundo que promueven y defienden activamente los valores de la familia, la vida y la libertad»[\[49\]](#). Esta red organiza desde hace una década encuentros transatlánticos, como los de Nueva York (2014 y 2023), Bruselas (2017), Madrid (2018 y 2024), Bogotá (2019) y Budapest (2022). En sus juntas asesora y directiva, junto a diputados y senadores de formaciones ultraderechistas y conservadoras de países europeos y americanos, encontramos también al estadounidense Brian Brown, en la actualidad presidente del ya citado Howard Center for Family, Religion and Society, organización impulsora del WCF, y al español Jaime Mayor Oreja. Ministro del Interior en tiempos de José María Aznar y eurodiputado del PP durante una década, Mayor Oreja es uno de los expolíticos de la derecha conservadora tradicional más activos en forjar y reforzar estas redes. De hecho, además de su papel en Political Network for Values, Mayor Oreja es también presidente de la Fundación Valores y Sociedad y, hasta 2023, lo fue de la «plataforma cultural» One of Us. Este *think tank* ultracatólico, que reúne a políticos, académicos y activistas de Europa y América Latina, fue impulsado por el mismo Mayor Oreja mediante el lanzamiento, en 2018, del *Manifiesto por una Europa fiel a la dignidad humana*: sus caballos de batalla son, como se puede imaginar, la lucha contra el aborto, la eutanasia, el matrimonio homosexual o la «ideología de género»[\[50\]](#).

Entre las muchas organizaciones norteamericanas, es necesario hacer una mención especial a la Alianza para la Defensa de la Libertad (ADF), incluida por el ya citado Southern Poverty Law Center en su listado de «grupos de odio». Entre la docena de organizaciones activas en Europa señaladas en el informe del European Parliamentary Forum for Sexual and Reproductivity Rights, ADF es posiblemente la más poderosa y arraigada. Fundada en 1994 por una treintena de dirigentes de organizaciones cristianas estadounidenses, opera sobre todo desde los tribunales para conseguir retrocesos en temas de derechos humanos. Por poner un solo ejemplo, el texto para restringir el aborto que se presentó en el Estado de Mississippi y que, convertido posteriormente en ley, prohíbe el aborto después de solo quince semanas desde el embarazo fue elaborado por la ADF.

Según un detallado artículo del Corporate Europe Observatory, sus principales financiadores son la National Christian Charitable Foundation (NCCF) y la Servant Foundation, conocida también como Signatry[51]. Para hacernos una idea de la cantidad de dinero que mueven, solo en 2022 la NCCF gastó 2.240 millones de dólares en sus actividades y campañas, financiando, por ejemplo, movimientos como el Campus Crusade for Christ que tiene por lo menos 19.000 empleados en todo el mundo. Las conexiones de ADF con el trumpismo son más que estrechas: su jefe ejecutivo, Mike Farris, es amigo personal de Trump. Tras la victoria de Biden en las elecciones de 2020, Farris elaboró el borrador de una demanda judicial que debía servir para anular los resultados electorales en cinco Estados clave. Además, ADF ha sido una de las organizaciones que ha suscrito el Project 2025 de la Fundación Heritage, del cual se ha hablado anteriormente.

Desde 2010, la ADF se ha establecido también permanentemente en Europa, donde cuenta ya con cinco oficinas (Londres, Viena, Ginebra, Estrasburgo y Bruselas). Las muchas demandas que ha presentado en los tribunales, tanto europeos como nacionales, le han granjeado ya importantes victorias, como en el caso de la ley que prohibía el aborto en Polonia. Como muchas de las organizaciones que hemos mencionado en las páginas anteriores, ADF hace principalmente *lobbying*: su oficina en Bruselas dispone de un presupuesto anual de 650.000 euros que le han servido no solo para presentar demandas judiciales, sino también para organizar eventos –principalmente junto a ECR y el PPE– y establecer contactos con eurodiputados como, entre otros, el meloniano Carlo Fidanza. Asimismo, ha ido estrechando relaciones con distintos GONGO y asociaciones ultraconservadoras en todo el continente, pero especialmente en Hungría – desde el ya citado MCC hasta Axioma o el Instituto Danube–, en Polonia – como Ordo Iuris, cuyo evento fundacional en 2012 coorganizó– y en la República Checa –sobre todo la Alianza para las Familias–[52].

De todos modos, no hace falta ir a Rusia o a EEUU para encontrar organizaciones que financian iniciativas antigénero en nuestro continente. Entre el sinfín de fundaciones y *lobbies* existentes, cobra relevancia el proyecto Agenda Europa, al cual se han sumado más de un centenar de organizaciones europeas con el objetivo de establecer alianzas, unir fuerzas y repartirse el trabajo a partir de una serie de estrategias, cuyos objetivos



principales son defender la familia, el matrimonio, el derecho a la vida y la libertad religiosa, y combatir la eutanasia, el aborto, la gestación subrogada y la legislación antidiscriminación. Nacido en una reunión secreta en Irlanda, el proyecto dio pie a un blog anónimo lanzado en 2013. Dos años más tarde se redactó un manifiesto de más de un centenar de páginas, *Restoring the National Order: an Agenda for Europe*, también anónimo. Desde 2014, este grupo organiza una serie de encuentros anuales a puerta cerrada en los cuales participan una media de 100-150 personas, entre ellos un número nada desdeñable de políticos en activo, entre los cuales destaca el democristiano eslovaco Ján Figel', comisario de la UE para la Educación, el Deporte y la Cultura entre 2004 y 2009 y, posteriormente, enviado especial de la UE para la Libertad Religiosa entre 2016 y 2019[53]. El caso de Agenda Europa nos ofrece una pequeñísima muestra de la capacidad de *lobbying* que tienen estas asociaciones.

## LAS MECAS DE LOS ULTRAS

Por último, es menester subrayar cómo la existencia de los gobiernos de extrema derecha en Hungría y Polonia ha permitido convertir Budapest y Varsovia en dos centros de operaciones para las extremas derechas europeas e internacionales. La derrota del PiS en las elecciones polacas de octubre de 2023 puede modificar esta situación, aunque no resulta fácil para Donald Tusk desmontar el entramado construido en la última década por el partido liderado por Jarosław Kaczyński. Históricamente muy vinculada al mundo anglosajón, la ultraderecha polaca no solo ha hegemonizado el grupo ECR tras el Brexit, sino que ha creado sus propias redes que tienen una influencia que supera las fronteras del país báltico, como el *think tank* ultracatólico Ordo Iuris que ha promovido su universidad, el Colegio Intermarium.

Como se habrá entendido tras lo explicado anteriormente, Orbán, por su parte, ha convertido la capital a orillas del Danubio en una verdadera meca para las extremas derechas de todo el mundo. Ahí se organizó en 2017 el encuentro del WCF, en 2022 la cumbre transatlántica de la Political Network for Values y desde 2022 las ediciones europeas de la Conferencia Política de Acción Conservadora. Además, cada dos años, en la capital magiar se reúne la llamada Cumbre Demográfica de Budapest: el tema de la

demografía y la natalidad permite juntar un amplio espectro del mundo derechista y cristiano. En la edición de 2023, más allá del presidente búlgaro, Rumen Radev, y de ministros de Serbia, Eslovenia, Turquía, Kazajstán, Tanzania, Ecuador y varios países de la península arábiga, la estrella era, sin duda alguna, la presidenta del gobierno italiano, Giorgia Meloni, que no solo defendió el modelo tradicional de familia, sino que alabó explícitamente las políticas llevadas a cabo por el ejecutivo magiar en la última década[54].

De hecho, tras la victoria electoral de FdI en septiembre de 2022, Roma se ha convertido en otro de los centros operativos de las extremas derechas a nivel europeo. Los principales *think tanks* de la formación liderada por Meloni han trabajado intensamente tanto a nivel interno con una agresiva ofensiva «cultural» para intentar conquistar el sentido común de los italianos, ocupando las principales instituciones y medios de comunicación del país —operación reivindicada explícitamente por el entonces ministro de Cultura, Gennaro Sangiuliano—, como a nivel internacional, organizando diferentes encuentros de la red nacional conservadora[55]. En septiembre de 2022 y de 2023, Nazione Futura y la Fundación Tatarella, lideradas por el joven *influencer* meloniano Francesco Giubilei, han realizado en Roma dos encuentros titulados «Italian Conservatism» que han contado con la participación de los principales representantes de los miembros del ECR y de fundaciones vinculadas, pero también de algún miembro de la entonces ID, como el portugués André Ventura, y representantes húngaros, como los ya citados Balász Orbán y John O’Sullivan, presidente del Instituto Danube[56]. Este instituto, fundado en 2013 y financiado, cómo no, por la BLA, es uno de los muchos *think tank* creados por el gobierno de Budapest. Una vez más su misión vuelve a los temas «clásicos» de la nueva ultraderecha, es decir, la defensa de «un conservadurismo respetuoso en la vida cultural, religiosa y social», el liberalismo económico, «un atlantismo realista en la política de seguridad nacional» y el nacionalismo. El centro presidido por O’Sullivan actúa no solo como un intermediario entre diferentes actores políticos, culturales y académicos, sino también entre la Europa central y el mundo anglosajón[57].

Otro centro de operaciones cada vez más importante es Israel. Y no solo por los tentáculos transatlánticos de la Fundación Edmund Burke, cuyo presidente, no se olvide, es Yoram Hazony, a la sazón presidente también

del poderoso Instituto Herzl. Sino porque el gobierno de Netanyahu se ha convertido en un verdadero referente de las extremas derechas globales. Algunos de sus ministros, y especialmente Amichai Chikli, han viajado innumerables veces para participar en encuentros, como algunos de los mencionados en las páginas anteriores. Asimismo, dirigentes de las extremas derechas europea y americana han visitado Israel con frecuencia. Cabe resaltar, por ejemplo, el viaje relámpago de Abascal en mayo de 2024, tras el anuncio del gobierno español del reconocimiento del Estado de Palestina, pero también el de Milei unos meses antes, en el que fue su segundo viaje oficial tras haber tomado posesión como presidente de Argentina. En el caso de Italia, la situación es similar: ya en 2018, cuando era ministro del Interior en el ejecutivo de coalición con el M5S, Salvini visitó a Netanyahu en Tel Aviv, mientras que Meloni lo hizo en octubre de 2023, tras haber recibido al mandatario israelí en Roma tan solo siete meses antes. ¿Y qué decir del neerlandés Geert Wilders, que vivió una etapa de su vida en Israel, o de los republicanos estadounidenses? Su cercanía con los gobiernos del Likud es bien conocida. Algo similar podemos decir de Orbán que desde 2005 se acercó a Netanyahu y forjó una alianza muy sólida hasta el punto de que fue justamente el mandatario israelí quien introdujo el déspota húngaro en la corte de Trump[58]. Budapest, Varsovia, Roma, Tel Aviv, Washington... ¿ahora tendremos que sumar también Buenos Aires a ese listado de mecas ultras? La organización en la capital argentina del tercer encuentro del Foro Madrid, en septiembre de 2024, nos indica que es muy probable que así sea.

---

[1] Véase Willy Gianinazzi, «Penser global, agir local. Histoire d'une idée», *EcoRev'. Revue Critique d'Écologie Politique* 46/1 (2018), pp. 19-30.

[2] Véase, por ejemplo, Valeria Galimi y Annarita Gori (eds.), *Intellectuals in the Latin Space during the Era of Fascism. Crossing Borders*, Londres, Routledge, 2020 y Maximiliano Fuentes Codera y Steven Forti, «Entre naciones e identidades políticas: circulaciones de ideas y proyectos colectivos entre Europa y América Latina», *Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea* 20 (2020), pp. 11-114.

[3] Marco Cuzzi, *L'internazionale delle camicie nere. I CAUR, Comitati d'azione per l'universalità di Roma 1933-1939*, Milán, Mursia, 2005. Véase también Federico Finchelstein, *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en*

*Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

[4] Véase Raimund Bauer, *The Construction of a National Socialist Europe during the Second World War. How the New Order Took Shape*, Londres, Routledge, 2020.

[5] Al respecto, véanse Matteo Albanese y Pablo Del Hierro, *Transnational Fascism in the Twentieth Century. Spain, Italy and the Global Neo-Fascist Network*, Londres, Bloomsbury, 2016 y Camus y Lebourg, *Les droites extrêmes en Europe*, cit., pp. 96-118 y 143-162. Sobre las redes neoderrechistas europeas, véase también Steven Forti, «El parasitismo ideológico de las nuevas extremas derechas. Gramscistas de derechas y rojipardos en Francia, Italia y España (1968-2022)», *Estudios Ibero-Americanos* 49/1 (2023), disponible en [\[https://revistaseletronicas.pucrs.br/iberoamericana/article/view/44161/28382\]](https://revistaseletronicas.pucrs.br/iberoamericana/article/view/44161/28382).

[6] Véanse, respectivamente, Clara Ramas San Miguel, «Social-identitarios y neoliberales autoritarios: dos corrientes en la nueva Internacional Reaccionaria», en Guamán, Aragonese y Martín (dirs.), *Neofascismo. La bestia neoliberal*, cit., pp. 73-87 y Juan José Tamayo, *La Internacional del odio. ¿Cómo se construye? ¿Cómo se deconstruye?*, Barcelona, Icaria, 2020.

[7] Unas primeras reflexiones sobre estas redes las he desarrollado en Steven Forti, «Redes transnacionais de extrema direita. Um mapeamento de Bruxelas a Washington, de Madri a Brasília», en Giancarlo Summa y Monica Herz (eds.), *Multilateralismo na mira. A direita radical no Brasil e na América Latina*, Rio de Janeiro, PUC-Rio, 2024, pp. 91-110.

[8] Rosario Marina, «Los viajes de Javier Milei: desde que asumió, salió 5 veces del país y 3 fueron a los EEUU», [Chequeado.com](https://chequeado.com), 20 de mayo de 2024, disponible en [\[https://chequeado.com/el-explicador/viajes-del-presidente-javier-milei-en-5-meses-realizo-10-viajes-y-3-fueron-a-los-estados-unidos/\]](https://chequeado.com/el-explicador/viajes-del-presidente-javier-milei-en-5-meses-realizo-10-viajes-y-3-fueron-a-los-estados-unidos/), consultado el 18 de julio de 2024.

[9] Véase [\[https://id-foundation.eu/\]](https://id-foundation.eu/), consultado el 18 de julio de 2024.

[10] Véase su página web, [\[https://www.patriotsforeurope.org/\]](https://www.patriotsforeurope.org/), consultado el 14 de septiembre de 2024.

[11] Véase [\[https://newdirection.online/\]](https://newdirection.online/), consultado el 18 de julio de 2024.

[12] Véase [\[https://www.digital.cpac.org/foundation/home\]](https://www.digital.cpac.org/foundation/home), consultado el 18 de julio de 2024.

[13] Sobre la CPAC en EEUU de 2024, véase Laura Galaup, «El “trumpismo” reúne a Abascal, Milei y Bukele en su cumbre anual», *La Marea*, 22 de febrero de 2024, disponible en [\[https://www.lamarea.com/2024/02/22/el-trumpismo-reune-a-abascal-milei-y-bukele-en-su-cumbre-anual/\]](https://www.lamarea.com/2024/02/22/el-trumpismo-reune-a-abascal-milei-y-bukele-en-su-cumbre-anual/), consultado el 18 de julio de 2024.

[14] Véase [\[https://alapjogokert.hu/en/\]](https://alapjogokert.hu/en/). Sobre la financiación recibida por el centro y el rol de la BLA, véanse Zalán Zubor, «Orbanism Exported to America through a Public Interest Foundation», *Atlatzo.hu*, 14 de diciembre de 2023, disponible en [\[https://english.atlatzo.hu/2023/12/14/orbanism-exported-to-america-through-a-public-interest-foundation/\]](https://english.atlatzo.hu/2023/12/14/orbanism-exported-to-america-through-a-public-interest-foundation/) y Márton Sarkadi Nagy, «CPAC Budapest Was Fully Funded by the Hungarian Taxpayer, to the Tune of Possibly More Than 3 Million Euros», *Atlatzo.hu*, 30 de mayo de 2024, disponible en [\[https://english.atlatzo.hu/2024/05/30/cpac-budapest-was-fully-funded-by-the-hungarian-taxpayer-to-the-tune-of-possibly-more-than-3-million-euros/\]](https://english.atlatzo.hu/2024/05/30/cpac-budapest-was-fully-funded-by-the-hungarian-taxpayer-to-the-tune-of-possibly-more-than-3-million-euros/), consultados el 18 de julio de 2024.

[15] Véase [<https://www.cpachungary.com/en/>], consultado el 18 de julio de 2024.

[16] Véanse, respectivamente, [<https://www.cpacbr.com.br/>] y [<https://cpacmx.com/>]. Una crónica de la edición brasileña de la CPAC de 2024 en Bernardo Gutiérrez, «Loas a la mano dura de Bukele y defensa del golpismo en la cumbre global de los ultraconservadores en Brasil», *elDiario.es*, 11 de julio de 2024, disponible en [[https://www.eldiario.es/internacional/loas-mano-dura-bukele-defensa-golpismo-cumbre-global-ultraconservadores-brasil\\_1\\_11517304.html](https://www.eldiario.es/internacional/loas-mano-dura-bukele-defensa-golpismo-cumbre-global-ultraconservadores-brasil_1_11517304.html)], consultado el 18 de julio de 2024.

[17] «National Conservatism: A Statement of Principles», en [<https://nationalconservatism.org/national-conservatism-a-statement-of-principles/>], consultado el 18 de julio de 2024.

[18] Véanse [<https://burke.foundation/>] y [<https://nationalconservatism.org/natcon-brussels-2/>], consultados el 18 de julio de 2024.

[19] Véanse Marie-Laure Djelic, «Spreading Ideas to Change the World: Inventing and Institutionalizing the Neoliberal Think Tank», en Christina Garsten y Adrienne Sörbom (eds.), *Political Affair: Bridging Markets and Politics*, 2014, disponible en [<https://ssrn.com/abstract=2492010>]; George Monbiot, «What Links Rishi Sunak, Javier Milei and Donald Trump? The Shadowy Network Behind Their Policies», *The Guardian*, 6 de enero de 2024, disponible en [<https://www.theguardian.com/commentisfree/2024/jan/06/rishi-sunak-javier-milei-donald-trump-atlas-network>] y Andrés Actis, «Atlas Network, el think tank ultraliberal que gana terreno en la UE de la mano de la agenda anticlimática», *El Salto*, 11 de junio de 2024, disponible en [<https://www.elsaltodiario.com/lobbies/atlas-network-think-tank-ultraliberal-agenda-anticlimatica>], consultados el 18 de julio de 2024.

[20] Véase Marin Saillofest, «El Great Reset de Donald Trump: 10 puntos sobre el plan del segundo mandato», *El Grand Continent*, 8 de marzo de 2024, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2024/03/08/el-gran-reset-de-donald-trump-10-puntos-sobre-el-plan-del-segundo-mandato/>], consultado el 18 de julio de 2024.

[21] Véanse [<https://www.centromachiavelli.com/>] y Giovanni Bucchi, «Centro Studi Machiavelli, chi anima il think-tank vicino alle destre sovraniste», *Formiche.net*, 18 de febrero de 2017, disponible en [<https://formiche.net/2017/02/centro-studi-machiavelli-chi-anima-il-think-tank-vicino-alle-destre-sovraniste/#content>], consultados el 18 de julio de 2024.

[22] Flavio Henrique Calheiros Casimiro, *A tragédia e a farsa: a ascensão das direitas no Brasil contemporâneo*, São Paulo, Expressão Popular/Fundação Rosa Luxemburgo, 2020, p. 40.

[23] Soledad Gallego Díaz, «El mayor “think tank” conservador del mundo quiere acercar a PP y Vox», *El País*, 24 de marzo de 2024, disponible en [<https://elpais.com/ideas/2024-03-24/el-mayor-think-tank-conservador-del-mundo-quiere-acercar-a-pp-y-vox.html>], consultado el 18 de julio de 2024.

[24] Miguel González, «La conexión húngara de Vox: Orbán elige España como puente para América Latina», *El País*, 20 de abril de 2024, disponible en [<https://elpais.com/espana/2024-04-20/la-conexion-hungara-de-vox-orban-elige-espana-como-puente-para-america-latina.html>], consultado el 18 de julio de 2024.

[25] Véase Calheiros Casimiro, *A tragédia e a farsa*, cit., pp. 32-81.

[26] Bernardo Gutiérrez, «Brasil Paralelo: epicentro de la guerra cultural bolsonarista», *Revista Contexto*, 18 de julio de 2024, disponible en [<https://ctxt.es/es/20240701/Politica/46982/Bernardo-Gutierrez-Brasil-ultraderecha-propaganda-desinformacion-guerra-cultural-Bolsonaro.htm>], consultado el 20 de julio de 2024. Véase también Mayara A. B. Santos, «“Brasil Paralelo”: um (perverso) canal de poder e hegemonia da “nova direita” no Brasil contemporâneo», *Anais: IX Congresso Internacional de História*, Universidade Estadual de Maringá-UEM, 2019.

[27] Véase [<https://www.issep.es/nosotros/>], consultado el 18 de julio de 2024.

[28] Véase Sanromán, *La nueva derecha*, cit.

[29] Víctor Lenore, «Quintana Paz: “La cultura no puede ser el spa donde relajarse del estrés del capitalismo”», *VozPópuli.com*, 4 de febrero de 2022, disponible en [<https://www.vozpopuli.com/altavoz/cultura/quintana-paz-vox-issep.html>], consultado el 18 de julio de 2024.

[30] Véanse [<https://www.issep.es/actividad/curso-de-verano-2023/>] y Laura Galaup, «El instituto de Maréchal Le Pen y Vox comparten entornos para formar a la futura elite de la extrema derecha», *elDiario.es*, 29 de agosto de 2021, en [[https://www.eldiario.es/politica/instituto-marechal-le-pen-vox-comparten-entornos-formar-futura-elite-extrema-derecha\\_1\\_8119900.html](https://www.eldiario.es/politica/instituto-marechal-le-pen-vox-comparten-entornos-formar-futura-elite-extrema-derecha_1_8119900.html)], consultado el 18 de julio de 2024.

[31] Daniel Verdú, «El templo populista de Steve Bannon en Italia», *El País*, 21 de septiembre de 2018, en [[https://elpais.com/internacional/2018/09/20/actualidad/1537462031\\_280140.html](https://elpais.com/internacional/2018/09/20/actualidad/1537462031_280140.html)], consultado el 18 de julio de 2024.

[32] Mark Hosenball, «Steve Bannon’s Effort to Export his Fiery Populism to Europe is Failing», *Reuters.com*, 2 de septiembre de 2020, en [<https://www.reuters.com/article/us-usa-trump-bannon-europe-idUSKBN25T1NZ>], consultado el 18 de julio de 2024.

[33] Véase [<https://mcc.hu/en/>] y *The Building of Hungarian Political Influence. The Orbán Regime’s Efforts to Export Illiberalism*, Heinrich Böll Stiftung Prague – Political Capital, Diciembre de 2022, disponible en [[https://politicalcapital.hu/pc-admin/source/documents/PC-Boll\\_HUNfluence\\_Study\\_ENG.pdf](https://politicalcapital.hu/pc-admin/source/documents/PC-Boll_HUNfluence_Study_ENG.pdf)]. Véase también «¿Quién es Balázs Orbán, el asesor político en la sombra del Primer Ministro húngaro?», *El Grand Continent*, 14 de julio de 2024, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2024/07/14/quien-es-balazs-orban-el-asesor-politico-en-la-sombra-del-primer-ministro-hungaro/>], consultado el 18 de julio de 2024.

[34] Miguel González, *Vox S.A. El negocio del patriotismo español*, Barcelona, Península, 2022, pp. 259-268.

[35] Véanse José Antonio Sanahuja y Camilo López Burian, «Hispanidad e iberosfera: imaginarios hispanoamericanos de la ultraderecha neopatriota», en Sanahuja y Stefanoni (eds.), *Extremas derechas y democracia*, cit., pp. 137-172 y Guillermo Fernández-Vázquez y David Lerín, «Hispanismo étnico e iberosfera: la peculiar mirada de Vox a la región latinoamericana», *Revista CIDOB d’Afers Internacionals* 132 (2022), pp. 49-71.

[36] González, *Vox S.A.*, cit., pp. 259-268. La carta de Madrid se encuentra en [<https://fundaciondisenso.org/wp-content/uploads/2021/09/CARTA-DE-MADRID-1.pdf>],

consultado el 18 de julio de 2024.

[37] Véanse [<https://foromadrid.org/>], y Federica Rivas Molina y Mar Centenera, «Milei en el Foro Madrid en Buenos Aires: “Estoy haciendo el mejor Gobierno de la historia argentina”», *El País*, edición digital, 5 de septiembre de 2024, disponible en [<https://elpais.com/argentina/2024-09-05/milei-en-el-foro-madrid-en-buenos-aires-estoy-haciendo-el-mejor-gobierno-de-la-historia-argentina.html>], consultados el 14 de septiembre de 2024.

[38] Véase [<https://cefas.ceu.es/encuentro-think-tanks-construyendo-alianza-iberoamericana/>], consultado el 18 de julio de 2024.

[39] Qanon es una teoría de la conspiración norteamericana surgida hacia 2017 según la cual Trump está luchando una batalla contra el Estado profundo, formado, según esta esperpéntica teoría ultraderechista, por funcionarios del Estado, miembros del Partido Demócrata y estrellas de Hollywood. Qanon es una especie de continuación del conocido Pizzagate, otra teoría según la cual algunos dirigentes demócratas, como Hillary Clinton, estaban organizando una red de tráfico de personas y abuso sexual infantil en los sótanos de la pizzería Comet Ping Pong de Washington. Cabe reseñar no solo que Qanon, sobre todo a partir de 2020, se expandió por Europa, sino que generó una especie de movimiento, algunos de cuyos miembros fueron cooptados por Trump en las listas del Partido Republicano y hoy día son miembros del Congreso de Estados Unidos.

[40] Javier Zurro, «La gira del productor del éxito religioso “Sound of freedom” con la extrema derecha española de Vox», *elDiario.es*, 16 de octubre de 2023, en [[https://www.eldiario.es/cultura/cine/gira-productor-exito-religioso-sound-of-freedom-extrema-derecha-espanola-vox\\_1\\_10601716.html](https://www.eldiario.es/cultura/cine/gira-productor-exito-religioso-sound-of-freedom-extrema-derecha-espanola-vox_1_10601716.html)], consultado el 18 de julio de 2024.

[41] Laura Scofield, «Parlamentares gastan R\$ 127 mil de verba pública para ir a eventos bolsonaristas na Europa», *Agencia Pública*, 13 de octubre de 2023, en [<https://apublica.org/2023/10/parlamentares-gastam-r-127-mil-de-verba-publica-para-ir-a-eventos-bolsonaristas-na-europa/>], consultado el 18 de julio de 2024.

[42] Véase, entre otros, Doris Buss y Didi Hermans, *Globalizing Family Values. The Christian Right in International Politics*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2003.

[43] Véase [<https://www.splcenter.org/fighting-hate/extremist-files/group/world-congress-families>], consultado el 18 de julio de 2024.

[44] González, *Vox S.A.*, cit., pp. 303-316. Véase también Adam Ramsay y Claire Provost, «Exclusiva: un esquema de financiación coordinado internacionalmente trabaja para aupar a Vox y a la extrema derecha europea», *OpenDemocracy.net*, 26 de abril de 2019, disponible en [<https://www.opendemocracy.net/es/5050/exclusiva-un-esquema-de-financiacion-coordinado-internacionalmente-trabaja-para-aupar-a-vox-y-a-la-extrema-derecha-europea/>], consultado el 18 de julio de 2024. Sobre El Yunque, véase también el podcast de Miquel Ramos «Dios, Patria, Yunque» (2024), disponible en [<https://www.podiumpodcast.com/podcasts/dios-patria-yunque-podium-os/>].

[45] Kristina Stoeckl, «The Rise of the Russian Christian Right: the Case of the World Congress of Families», *Religion, State & Society* 48/4 (2020), pp. 223-238.

[46] Neil Datta, *Tip of the Iceberg. Religious Extremist Funders against Human Rights*

*for Sexuality and Reproductive Health in Europe 2009-2018*, European Parliamentary Forum for Sexual and Reproductivity Rights, Bruselas, 2021, disponible en [<https://www.epfweb.org/node/837>], consultado el 18 de julio de 2024.

[47] Sobre el papel de Duguin, véanse Marlène Laruelle, «Dangerous Liaisons. Eurasianism, the European Far Right, and Putin's Russia», en Marlène Laruelle (ed.), *Eurasianism and the European Far Right. Reshaping the Europe-Russia Relationship*, Lanham, Lexington Books, pp. 1-31 y Anton Shekhovtsov, *Russia and the Western Far Right. Tango Noir*, Londres, Routledge, 2018.

[48] Giovanni Tizian y Stefano Vergine, *Il libro nero della Lega*, Bari-Roma, Laterza, 2019, pp. 125-184.

[49] Véase [<https://politicalnetworkforvalues.org/en/>], consultado el 18 de julio de 2024. Más en general véase también Cecilia Güemes, «Nuevas derechas y feminismo: de su combate a su resignificación», en Sanahuja y Stefanoni (eds.), *Extremas derechas y democracia*, cit., pp. 99-124.

[50] Álvaro Merino, Gisella Rojas y Josefina Martí, «La segunda vida de Mayor Oreja: llevar a Europa y América Latina el ultracatolicismo español», *elDiario.es*, 2 de octubre de 2019, en [[https://www.eldiario.es/internacional/aventura-europea-ultracatolicismo-espanol\\_1\\_1346509.html](https://www.eldiario.es/internacional/aventura-europea-ultracatolicismo-espanol_1_1346509.html)], consultado el 18 de julio de 2024.

[51] «The Alliance Attacking Freedom. How Trump's Troops are Attacking Gender Rights and Underpinning the Far Right in Europe – the Case of the Alliance Defending Freedom», *Corporate Europe Observatory*, 13 de mayo de 2024, disponible en [<https://corporateeurope.org/en/2024/05/alliance-attacking-freedom#>], consultado el 18 de julio de 2024.

[52] *Ibid.*

[53] Neil Datta, *Restoring the Natural Order. The Religious Extremists' Vision to Mobilize European Societies Against Human Rights on Sexuality and Reproduction*, European Parliamentary Forum on Population & Development, Bruselas, 2018, disponible en [[https://www.epfweb.org/sites/default/files/2021-03/rtno\\_EN\\_epf\\_online\\_2021.pdf](https://www.epfweb.org/sites/default/files/2021-03/rtno_EN_epf_online_2021.pdf)], consultado el 18 de julio de 2024. Véase también Yanna G. Franco y Paula Requeijo Rey, «Agenda Europa y estrategias antigénero en el discurso de Vox en Instagram», en Asunción Bernárdez Rodal y Graciela Padilla Castillo (eds.), *Deshaciendo nudos en el Social Media: redes, feminismos y políticas de la identidad*, Valencia, Tirant Lo Blanch, 2021, pp. 177-208.

[54] Véase la intervención completa de Meloni en Baptiste Roger-Lacan, «Giorgia Meloni en la Cumbre de la Demografía de Viktor Orbán: ¿hacer Europa a través de la familia?», *El Grand Continent*, 15 de septiembre de 2023, en [<https://legrandcontinent.eu/es/2023/09/15/giorgia-meloni-en-la-cumbre-de-la-demografia-de-viktor-orban-hacer-europa-a-traves-de-la-familia/>], consultado el 18 de julio de 2024.

[55] Concetto Vecchio, «“Pensare l'immaginario italiano”, il convegno con Sangiuliano per una nuova egemonia culturale della destra», *La Repubblica*, 4 de abril de 2023, en [[https://www.repubblica.it/politica/2023/04/04/news/pensare\\_limmaginario\\_italiano\\_il\\_convegno\\_organizzato\\_da\\_sangiuliano\\_per\\_una\\_nuova\\_egemonia\\_culturale\\_della\\_destra-394868395/](https://www.repubblica.it/politica/2023/04/04/news/pensare_limmaginario_italiano_il_convegno_organizzato_da_sangiuliano_per_una_nuova_egemonia_culturale_della_destra-394868395/)], consultado el 18 de julio de 2024.



[56] Véase [<http://www.nazionefutura.it/italianconservatism/>], consultado el 18 de julio de 2024.

[57] Véase [<https://danubeinstitute.hu/en/content/mission-statement>], consultado el 18 de julio de 2024.

[58] Andras Deszo, «The Roots Of Orban’s Strong Bond With Israel And Its Pm», *BalkanInsight.com*, 14 de noviembre de 2023, disponible en [<https://balkaninsight.com/2023/11/14/the-roots-of-orbans-strong-bond-with-israel-and-its-pm/>], consultado el 18 de julio de 2024.

## CAPÍTULO V

### «*Make Europe Great Again*»

El 18 de junio de 2024, el gobierno de Budapest anunció a bombo y platillo el lema de la presidencia húngara del semestre europeo que empezaría el siguiente mes de julio: «*Make Europe Great Again*» («Hacer Europa Grande de Nuevo»). Más allá de su carga soberanista, se trataba de la adaptación europea del eslogan utilizado por Trump durante su mandato en la presidencia de EEUU. Un eslogan que se convirtió en el nombre de su movimiento: *Make America Great Again*[\[1\]](#). Orbán quiso provocar doblemente a las instituciones comunitarias. Por un lado, desveló el lema menos de dos semanas después de unas elecciones europeas que se anunciaron como cruciales y en medio aún de las tensas reuniones para llegar a un acuerdo de cara a los *top jobs*, es decir, los puestos apicales de la UE. Por otro, hizo explícita su apuesta por la victoria de Trump en las presidenciales estadounidenses de 2024. Su agenda en la primera semana de julio lo demostró con creces entre un viaje relámpago a Moscú para reunirse con Putin –sin avisar a las instituciones comunitarias que pusieron el grito en el cielo– y una afable visita a Trump en su residencia de Mar-a-Lago, al margen de la cumbre de la OTAN que se celebró en Washington.

El déspota de Budapest quiso jugar fuerte. Se lo pudo permitir porque se habían dado dos acontecimientos importantes, a la espera de las elecciones norteamericanas de finales de año. En primer lugar, como se ha explicado en el tercer capítulo, las extremas derechas obtuvieron un resultado histórico en los comicios europeos, llegando a ocupar alrededor del 25% de los escaños de la cámara de Estrasburgo. Es cierto que, más allá de sus intentos, Orbán, Meloni y Le Pen no consiguieron romper la coalición europeísta entre populares, socialdemócratas y liberales para forjar una mayoría alternativa junto al PPE. De hecho, el 18 de julio de 2024 Ursula Von der Leyen fue confirmada como presidenta de la Comisión para otros cinco años. Hubo francotiradores, pero, gracias al apoyo de los Verdes, la popular alemana superó ampliamente la barrera de los 360 votos, la

mayoría absoluta en la Eurocámara, mejorando incluso los apoyos que había conseguido en 2019.

Sin embargo, las extremas derechas tienen un peso notable en Estrasburgo, jamás visto. Y la legislatura europea se anuncia complicada, no solo por la situación internacional marcada por las guerras en Ucrania y Gaza, y las crecientes tensiones entre Washington y Pekín, sino por los equilibrios internos y el margen de maniobra que tiene la mayoría europeísta. Por un lado, los populares, que pesan más en la nueva mayoría que manda en Bruselas, son poco propensos a un mayor fortalecimiento de las competencias de la UE o la emisión de deuda común. Por el otro, los ultraderechistas tienen más peso en el Consejo Europeo, al ser miembros de siete gobiernos de los 27 (Italia, Hungría, Finlandia, Países Bajos, República Checa, Eslovaquia, Croacia) y apoyar externamente a otro (Suecia). Sin contar que próximamente podrían entrar en otros ejecutivos, como Bélgica, Austria y, quizá, Francia. Vale la pena recordar que en el Consejo Europeo la mayoría de las decisiones se adoptan por mayoría cualificada: para que una propuesta sea aprobada, deben votar a favor el 55% de los Estados miembros (15 países sobre 27) que representen al menos el 65% de la población. Sin embargo, si cuatro miembros del Consejo se oponen, pueden bloquear una propuesta (la llamada «minoría de bloqueo») y sigue habiendo decisiones que se toman por unanimidad: el poder de veto, si bien rebajado respecto al pasado, sigue existiendo. Por último, el motor franco-alemán está gripado, tanto económica como políticamente. Por lo tanto, más allá del programa de máximos presentado por Von der Leyen delante de los 720 eurodiputados en julio de 2024, es bastante improbable pensar que se den las condiciones para acelerar hacia una mayor integración europea, empezando por el necesario planteamiento de la autonomía estratégica o la puesta en marcha de los informes elaborados por Enrico Letta respecto al mercado único y por Mario Draghi respecto a la competitividad. Como ha apuntado Norberto Dilmore, esto, obviamente, no significará la parálisis de la UE, pero lo más probable, en el mejor de los casos, serán «esencialmente iniciativas *ad hoc*, que no formarían parte de un marco político y económico orgánico y coherente». Además, a día de hoy es difícil imaginar que una posible segunda administración Trump provocaría una reacción europea unánime, como algunos optimistas prevén y esperan. Además de la apuesta explícita de

Orbán por el líder republicano estadounidense, lo más probable es que muchos gobiernos se confrontarían de forma individual con Washington para proteger sus intereses nacionales, ofreciendo una imagen de mayor fragmentación de la UE[2]. Quizá sea esta una visión demasiado pesimista, pero no es descartable visto lo visto.

En segundo lugar, en 2024 se ha completado el giro de 180 grados de las extremas derechas respecto a Bruselas. Evidentemente, ni Orbán ni Le Pen ni Meloni se han convertido de la noche a la mañana en europeístas convencidos. Sin embargo, tras unos años en que una gran parte de ellos apostaba por desmembrar la UE, ahora han adoptado una posición pragmática, convencidos de que ese plan no tiene futuro. En resumidas cuentas, en lugar de quedar en una posición irrelevante o, directamente, ser considerados unos apestados, han comprendido que es mejor intentar mover los hilos para tocar poder en Bruselas y cambiar desde dentro las políticas de la UE. Más allá de lo que declaran frente a los micrófonos para tranquilizar al personal, de todas formas, su proyecto europeo no prevé una mayor integración, sino un retroceso hacia una especie de confederación de Estados soberanos que se debería limitar a acuerdos en temas de economía, fronteras y defensa. Como afirmó el expremier polaco Mateusz Morawiecki en Europa Viva 24, la cumbre de la ultraderecha organizada en Madrid en mayo de 2024, Europa es «ante todo una unión de naciones»[3].

En un importante discurso que dio en junio de 2018, en el primer aniversario de la muerte del líder democristiano alemán Helmut Kohl, que fue uno de sus principales valedores, Orbán lo explicó perfectamente. Según el líder de Fidesz, la prioridad de los países europeos debía ser la defensa de los intereses nacionales. Así, aparte de la inmigración donde era necesario llegar a una política común de cierre de fronteras y expulsión de migrantes, aclaraba que

no hay necesidad de compromiso y acuerdo, sino de tolerancia y respeto en otras cuestiones: el concepto de nación; los principios básicos de la política familiar; la regulación del matrimonio; y la integración social. Estas cuestiones son competencia de los Estados miembros, y la falta de acuerdo sobre ellas se debe a especificidades culturales y raíces históricas. Por lo tanto, no tiene sentido tratar repetida e infructuosamente de convencernos unos a otros sobre cuestiones sobre las que no necesitamos tomar una decisión conjunta[4].

Los primeros movimientos de este giro se vieron ya de cara a las elecciones europeas de 2019 cuando Salvini y Le Pen, en esos momentos los accionistas mayoritarios de las ultraderechas continentales, decidieron dejar en un cajón los eslóganes del Italexit y del Frexit –gritados repetidamente el lustro anterior– y hablar de una necesaria reforma de la UE, si bien en su retórica nunca ha faltado –ni falta– una crítica burda a los «tecnócratas de Bruselas». Poco a poco, la gran mayoría de las extremas derechas siguió sus pasos. Por un lado, vieron el fracaso histórico del Brexit en Reino Unido y, por otro, durante la pandemia, se dieron cuenta de la potencia de fuego que tiene, si quiere, la UE con la aprobación del plan NextGenerationEU por un valor de 750.000 millones de euros para reactivar las economías del continente.

Una vez más, ha sido Orbán quien ha marcado el camino. A pesar de haber puesto siempre palos en las ruedas del proyecto comunitario, y aunque haya sido sancionado por Bruselas en varias ocasiones, el líder de Fidesz jamás se planteó seguir la estela de los británicos. En Europa Viva 24, lo explicó como de costumbre de forma muy clara: lo que se debía hacer era, literalmente, «ocupar Bruselas». En sus palabras:

Estamos ante una gran batalla común. Bruselas está desatando una migración ilegal masiva, envenenando a nuestros hijos con propaganda de género, abandonando las zonas de campo y destruyendo las familias tradicionales y nosotros no podemos permitirlo. [...] No hay nada más que hacer en esta situación, queridos amigos españoles, los patriotas debemos ocupar Bruselas[5].

El autócrata húngaro tenía muy claro desde el principio que solo tenía posibilidad de ganar algo estando dentro del club de los 27: fuera hace demasiado frío. No se olvide que Hungría ha recibido 63.000 millones de euros netos en fondos europeos en los últimos 20 años. Esa cantidad de dinero, que equivale aproximadamente a la mitad del producto interior bruto (PIB) húngaro, no solo ha impulsado el crecimiento de la economía del país magiar, muy vinculada y dependiente de la industria alemana, sino que le ha permitido a Orbán, en el poder desde 2010, crear un poderoso sistema clientelar que, con acierto, Bálint Magyar ha definido como un «Estado mafioso»[6]. Esto, obviamente, no le impide moverse con cierta autonomía, llegando a acuerdos comerciales tanto con Rusia como con China, siguiendo el principio de la defensa de los intereses nacionales.

En el ya citado discurso en homenaje a Kohl de 2018, Orbán apuntaba ya esa vía. Recordaba que las ambiciones de Hungría se circunscribían esencialmente a la Europa central y al grupo de Visegrado, formado por otros tres países del antiguo bloque soviético: Polonia, República Checa y Eslovaquia. Remarcaba la necesidad de que la Comisión Europea no podía representar solo el interés de los países occidentales y afirmaba que era necesaria una «Unión Europea fuerte, pero una Unión Europea fuerte necesita Estados miembros fuertes». Además, conectaba su análisis con la necesidad de unificar a las derechas. En ese momento, Fidesz era todavía miembro del PPE, así que Orbán pedía, delante de la platea de miembros de la Unión Demócrata Cristiana (CDU) alemana, «un renacimiento democristiano» y no «un frente popular antipopulista», en referencia a la que consideraba no solo una alianza espuria del PPE con socialdemócratas y liberales, sino también un error estratégico e histórico. Finalmente, poniendo al modelo húngaro al servicio de todos, concluía afirmando que

hoy en día, el orden liberal se está derrumbando porque ha quedado claro que sus ideales no se basan en la vida, ni en la realidad, ni en la historia, sino en construcciones artificiales que simplemente no pueden dar cabida a conceptos que consideran configuraciones irracionales, pero que han conformado y determinado Europa y la vida de los europeos durante 2.000 años: conceptos como fe, nación, comunidad y familia<sup>[7]</sup>.

En este discurso, Orbán citó a menudo a József Szájer, peculiar personaje que merece un pequeño *excursus*. Como el déspota de Budapest, en la década de 1980 Szájer estudió en el Colegio Bibó István y luego fue becado por la Fundación Soros para estudiar en Inglaterra. Desde la creación de Fidesz, fue uno de los miembros del núcleo duro del partido, diputado por más de una década en el Parlamento húngaro y, desde 2004, eurodiputado en Estrasburgo. Durante casi dos décadas, fue el hombre de Orbán en Bruselas, al ser también miembro del Consejo de Europa y vicepresidente del PPE, además de jefe de su grupo parlamentario. Fue Szájer quien redactó –según la leyenda, directamente en su iPad– la nueva Constitución húngara de 2010 que convirtió el país magiar en una autocracia electoral. Su trayectoria política se truncó improvisadamente a finales de 2020, cuando fue detenido por la policía belga en una orgía gay organizada en Bruselas ilegalmente, al contravenir las restricciones por evitar la circulación del covid. En un artículo publicado poco antes de su caída en

desgracia, remachaba el clavo en la visión orbaniana de lo que es hoy en día la UE, cargando contra la defensa del Estado de derecho por parte de las instituciones comunitarias:

El verdadero objetivo de la *debacle* del Estado de derecho –escribía Szájer– es disciplinar a los Estados miembros, aumentar las competencias de la UE en detrimento de los Estados miembros; en otras palabras, son intentos apenas velados de ejercer presión política y financiera y de imponer los principios federalistas[8].

Como se sabe, después del discurso de Orbán de 2018 han pasado muchas cosas. Para lo que nos interesa aquí, el acontecimiento más importante fue que a principios de 2021 Fidesz abandonó a los populares, antes de ser muy probablemente expulsado por no respetar el tan criticado Estado de derecho en Hungría. Durante los tres años siguientes, Orbán ha estado evaluando la situación, reuniéndose con unos y otros, y sopesando las ofertas que le hacían. Fuera del PPE, su campo de juego era el de las extremas derechas que era necesario unificar para luego poder presionar con más fuerza a los populares, convenciéndoles u obligándoles a una alianza. Ahora bien, las extremas derechas han estado siempre divididas en Europa. Lo de unificarse, algo que visto desde fuera parecería tan sencillo ya que las formaciones ultraderechistas comparten la mayoría de las propuestas programáticas, es, en cambio, una especie de misión imposible. Vayamos por partes y demos un paso atrás en el tiempo[9].

## DE LA EURODERECHA A LA EUROPA VIVA

Una primera alianza entre las extremas derechas europeas se formó ya en 1978, cuando, bajo el impulso de Giorgio Almirante, líder del neofascista MSI, se constituyó una alianza preelectoral entre el MSI, Fuerza Nueva de Blas Piñar y el Partido de las Fuerzas Nuevas de Tixier-Vignancour, competidor en ese momento del FN lepenista. Sin embargo, en las elecciones europeas de 1979 ni los españoles ni los franceses consiguieron entrar en el Parlamento europeo y los cuatro diputados italianos se sentaron entre los no inscritos. Ahora bien, Almirante, que acuñó el término de Euroderecha, anunció el decálogo de la alianza en un mitin en la plaza de Toros de Madrid en diciembre de 1978. Esta tenía como norte el anticomunismo y el rechazo de la «hegemonía financiera norteamericana»,

pero apostaba por una unificación de todo el continente con la creación de un Consejo único e incluso un ejército europeo, si bien prefería un modelo confederal respecto al federal impulsado por Altiero Spinelli.

En 1984, tras las segundas elecciones al Parlamento Europeo, a las extremas derechas les fueron las cosas un poco mejor al conseguir crear un grupo unificado, el Grupo de las Derechas Europeas, formado por el FN de Jean-Marie Le Pen, el MSI, un diputado unionista norirlandés y el exlíder de la Junta militar griega, Georgios Papadopoulos. La experiencia, sin embargo, tuvo una vida breve. Ya en 1989, el MSI salió del grupo por las reivindicaciones anexionistas de la región italiana del Tirol del Sur por parte de Los Republicanos alemanes que habían conseguido por primera vez representación en Estrasburgo. Se incorporaron también los ultras del VB, pero las divisiones fueron tan marcadas que no solo el nombre pasó a ser el más anodino Grupo Técnico de las Derechas Europeas, sino que al comienzo de la legislatura siguiente, en 1994, ni consiguieron ponerse de acuerdo y la experiencia terminó sin pena ni gloria[10].

Las cosas han cambiado a partir del cambio de siglo por tres razones. Por un lado, el proceso de ampliación de la UE comportó la entrada de nuevos países: Austria, Finlandia y Suecia en 1995 y otros diez, mayoritariamente del este (Polonia, Hungría, República Checa, Eslovaquia, Letonia, Estonia, Lituania, Eslovenia, Malta y Chipre), en 2004, a los cuales se sumaron Rumania y Bulgaria en 2007 y Croacia en 2013. Por el otro, las extremas derechas empezaron a tener cada vez más eurodiputados, provenientes de prácticamente todos los países europeos, como hemos visto en el tercer capítulo. Por último, la derecha tradicional se fue reconfigurando con la incorporación en el PPE a lo largo de la década de 1990 de una serie de partidos, como los posgolistas franceses, los populares españoles y los conservadores británicos, que hasta la fecha se habían quedado al margen de una formación que consideraban controlada por los democristianos alemanes.

El PPE, en suma, se convirtió en el gran partido de la derecha europea, sumando también nuevas formaciones, como la Forza Italia de Silvio Berlusconi o, más tarde, el Fidesz de Orbán, sin por esto conseguir una verdadera homogeneidad. De hecho, en los años marcados por la fracasada Constitución Europea y luego del Tratado de Lisboa (2003-2007), los conservadores británicos se mostraron cada vez más críticos con la posición



federalista de los populares. En 2009, bajo impulso de su líder, David Cameron, crearon un nuevo grupo, los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR), en el cual se integraron también los polacos del PiS y los checos del Partido Democrático Cívico (ODS). La creación del ECR es clave para entender lo que ha pasado en el último lustro. No se pierda de vista, además, que, si bien nació como una especie de costilla de los populares, ECR ha sufrido un rápido y marcado proceso de radicalización. Algo, por cierto, que le ha pasado a los mismos Tories en su país en los años siguientes, marcados por el Brexit[11].

Al mismo tiempo, las extremas derechas, cada vez más numerosas, intentaron (re)organizarse. En 1999 los posfascistas italianos de AN, es decir, la renovación del viejo MSI, crearon un nuevo grupo, Unión por una Europa de las Naciones (UEN), junto a los irlandeses del Fianna Fail, el sector soberanista de los posgolistas de Charles Pasqua, Agrupación por Francia, y, entre otros, el Partido Popular Danés (DF), que, pese a su nombre, era y sigue siendo una formación de ultraderecha antiinmigración. Tampoco este intento duró mucho, sobre todo porque los italianos –o, por lo menos, su líder, Gianfranco Fini, que fue miembro de la Convención sobre el Futuro de Europa (2001-2003)– y los irlandeses fueron favorables a la nueva Constitución Europea, lo que mosqueó notablemente a los demás, que eran fervorosamente euroescépticos. De hecho, UEN fracasó más pronto que tarde y, cinco años más tarde, se constituyó un nuevo grupo, Independencia/Democracia que duró, una vez más, tan solo una legislatura (2004-2009). Liderado por el UKIP de Nigel Farage, sumó una buena parte de los partidos euroescépticos ultraderechistas, como la LN italiana, la Liga de las Familias Polacas o el Movimiento por Francia de Philippe de Villiers, que en 1999 se había presentado en coalición con Pasqua.

Como se apuntaba anteriormente, 2009 fue un punto de inflexión. Por un lado, tras la Declaración de Praga, nació ECR, liderado por los Tories británicos y los polacos del PiS que, no se olvide, en su país habían estado ya en el gobierno entre 2005 y 2007. Por otro, las demás extremas derechas hicieron, como ya era tradición, otro borrón y cuenta nueva: en 2009, el UKIP y la LN dieron vida a un nuevo grupo llamado Europa de la Libertad y la Democracia, en el cual se fueron integrando principalmente formaciones euroescépticas escandinavas y del este del continente. Al final de la legislatura, una vez más, el proyecto se vino abajo por la ruptura entre

británicos e italianos. Así, mientras la LN, que, con Matteo Salvini al mando, estaban virando del secesionismo padano al nacionalismo italiano, se quedó por unos años en tierra de nadie, Nigel Farage le cambió el nombre al grupo a Europa de la Libertad y la Democracia Directa para poder incorporar al M5S de Beppe Grillo que había obtenido un resultado importante en las elecciones de 2014. Cabe recordar que, por aquellas fechas, los *grillini* se declaraban ni de izquierda ni de derecha, eran explícitamente euroescépticos y partidarios de los referéndums *online* y la democracia directa. Como se puede ver, la confusión bajo el cielo era grande. En todos los sentidos[12].

Los continuos fracasos de las extremas derechas para formar un grupo transnacional estable beneficiaron a ECR que tras 2014 fue fortaleciéndose y fichó a una decena de partidos. Algunos de estos eran nuevos, otros se habían sentado hasta entonces entre los no inscritos en Estrasburgo y otros venían de Europa de la Libertad y la Democracia, como el Partido de los Finlandeses y el DF. La ampliación de ECR comportó también situaciones incómodas: en un primer momento, por ejemplo, los conservadores británicos habían dado su visto bueno a la admisión de AfD, que se había estrenado justamente en las elecciones de 2014 enviando a Bruselas 7 diputados, pero dos años más tarde decidieron expulsar la formación germana por sus declaraciones de rechazo a la inmigración y sus vínculos con el FPÖ, considerado demasiado extremista.

Durante esa legislatura (2014-2019), muchos más se subieron al que aparentaba ser el caballo ganador. ECR tenía dos puntos a favor: por un lado, era más sólido y organizado y, por otro, resultaba más presentable respecto a los demás grupos ultraderechistas, teniendo como accionistas mayoritarios a los Tories británicos, por más de su deriva euroescéptica con el Brexit. Los Demócratas Suecos, fundados a finales de la década de 1980 por unos militantes neonazis, se incorporaron en 2018, Vox y FdI lo hicieron en 2019, mientras el Partido de los Finlandeses en 2023, justo antes de firmar un acuerdo con la derecha tradicional que le abrió las puertas del gobierno en Helsinki. Quien llevó en la senda de ECR al partido liderado por Giorgia Meloni fue Raffaele Fitto, ministro italiano de Asuntos Europeos desde 2022 y, en el momento en el que se escribe este libro, muy probablemente futuro comisario europeo en cuota italiana en el nuevo mandato de Ursula von der Leyen. Por aquel entonces, Fitto, proveniente de

una poderosa familia democristiana, ya gobernador de Apulia a principios de siglo y luego ministro en el último gobierno de Berlusconi, era eurodiputado por Forza Italia y conocía bien los entresijos del PPE. Lo que nos demuestra, una vez más, el proceso de radicalización de las derechas *mainstream*. En 2019, Fitto fue nombrado presidente del grupo del ECR en el Parlamento Europeo junto al polaco Ryszard Legutko, mientras que al año siguiente la misma Meloni, estrella al alza de la ultraderecha europea, se convirtió en presidenta del partido[13].

La victoria del *Leave* en el referéndum británico, no hace falta ni decirlo, barajó las cartas. También en la reconfiguración de las extremas derechas. Si bien Reino Unido participó en las elecciones europeas de 2019, todos sabían que pocos meses después, y más concretamente en enero de 2020, entraría en vigor el Brexit y los diputados británicos dejarían el parlamento de Estrasburgo. La de Nigel Farage, que ganó por goleada esas elecciones en Gran Bretaña, fue, pues, una victoria pírrica: desaparecía así un actor que había creado más confusión que otra cosa entre las extremas derechas. Paralelamente, ECR perdía su principal partido, los Tories. Al mismo tiempo, además, las ultraderechas continentales estaban cada vez más crecidas y, sobre todo en dos países fundadores de la UE como Italia y Francia, la LN salviniana y la RN de Marine Le Pen lideraban todos los sondeos.

En la primavera de 2019, Salvini y Le Pen lanzaron un nuevo grupo, Identidad y Democracia (ID), con la idea de unificar finalmente a todas las extremas derechas, esperando poder canibalizar también a ECR. En ID entraron AfD, el FPÖ austriaco, VB, el PVV neerlandés, los portugueses de Chega y otras formaciones del este y el norte del continente. Con 73 diputados se convirtieron en el cuarto grupo en la Eurocámara, superando al ECR que bajó a 62. Además, ECR intentó romper el cordón sanitario que con cierta dificultad estaba construyendo la mayoría europeísta formada por populares, socialdemócratas y liberales. De hecho, los polacos del PiS votaron a favor de Von der Leyen en 2019 –votos que fueron cruciales para la elección de la alemana a la presidencia de la Comisión, como los del M5S y de Fidesz, aún en el PPE–, si bien mantenían una postura muy crítica con Bruselas y estaban bajo los focos de las autoridades europeas por no respetar el Estado de derecho en su país. Asimismo, FdI entre 2019 y 2022 votó a menudo junto a los populares, sobre todo en el periodo

marcado por la pandemia[14].

Dicho todo esto, y más allá de viejas rencillas y de ambiciones personales, había sobre todo un elemento que imposibilitaba o, como mínimo, hacía muy difícil la unificación de todos los ultras: las divergencias geopolíticas. Como se ha explicado en el segundo capítulo, se trata de la diferencia más importante dentro de la familia de las extremas derechas europeas. Los miembros de ECR eran y siguen siendo atlantistas. Algunos por convicción y razones históricas, como los polacos del PiS. Otros por pragmatismo, como SD o FdI. Aún en 2014, de hecho, Meloni se declaraba de acuerdo con la celebración del referéndum sobre la anexión rusa de Crimea decidido por Putin, mientras en 2018 felicitaba en las redes sociales al autócrata de Moscú, escribiendo que «la voluntad del pueblo en estas elecciones rusas parece inequívocable»[15]. En ID, en cambio, prevalecían las posturas rusófilas y muy críticas con la OTAN: Salvini había viajado innumerables veces a Moscú y alababa frecuentemente a Putin, el partido de Le Pen había recibido 11 millones de euros de un banco vinculado al Kremlin en 2014 y todos se oponían a las sanciones a Rusia tras la anexión de Crimea.

Ahora bien, durante la pasada legislatura las tornas cambiaron. La invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022 comprometió la imagen de ID, mientras que permitió a los de ECR ser considerados cada vez más unos partidos aceptables, incluso moderados y sensatos. Ser atlantista parecía –y aún parece ser– un viático que borra de un plumazo el resto de elementos que definen como extremistas y antidemocráticas a estas fuerzas políticas. Como veremos más adelante, el caso de Meloni, que llegó al gobierno en Italia en octubre de 2022, es paradigmático. Pero también en República Checa, Suecia y Finlandia pasó algo similar. Dentro del PPE hubo quien, como su presidente, el alemán Manfred Weber, apostó por tejer una alianza estable con ECR y excluir en el futuro a los socialistas de los puestos apicales de la UE. El tiro le salió por la culata con la derrota del PP y Vox en España en las elecciones de julio de 2023 y la victoria de Donald Tusk en Polonia unos meses más tarde. Sin embargo, Von der Leyen se fue acercando cada vez más a Meloni: un pacto con la lideresa de FdI o, incluso, con ECR parecía una posibilidad concreta hasta finales de junio de 2024[16].

Además de todo esto, hay que añadir dos elementos más. Por un lado, como se recordaba antes, Fidesz abandonó el PPE a principios de 2021. Al

encontrarse entre los no inscritos –lo que implica menos dinero, visibilidad y capacidad de incidir–, estuvo sondeando el terreno durante tres años para ver qué le convenía hacer. A principios de 2024, tras un encuentro en Roma entre Orbán y Meloni, declaró que tras las elecciones europeas se habría incorporado a ECR. Aunque parecía extraño debido a las posiciones filoputinianas del premier húngaro, nadie lo desmintió. Por otro lado, Le Pen no tenía ni media intención de quedarse en fuera de juego: los sondeos preveían una victoria por goleada de la RN en las elecciones europeas y su camino hacia el Palacio del Elíseo en las elecciones presidenciales francesas de 2027 depende también de completar con éxito su proceso de desdiabolización.

## OCCUPY BRUXELLES

Aquí llegamos al *momento clou*. El 18 y 19 de mayo de 2024 se celebró en Madrid, Europa Viva 24, el acto principal de la campaña de ECR para las elecciones europeas. Organizado *in loco* por Vox, contó con algunos líderes de ECR, como el polaco Morawiecki, Abascal, Meloni o el ministro del gobierno israelí, Amichai Chikli, del Likud, partido miembro de ECR. Participaron también algunos invitados del otro lado del Atlántico, como Javier Milei, José Antonio Kast o Roger Severino y Matthew Schlapp, presidentes de dos importantes *think tanks* trumpistas. Sin embargo, y esta fue la sorpresa, en el Palacio de Vistalegre de la capital española estuvieron también miembros de ID, como el portugués André Ventura y, sobre todo, Marine Le Pen, además de Orbán.

En toda la operación que se estaba fraguando, el papel de Vox fue relevante. Cabe recordar que, si bien en 2019 se incorporó en ECR, gracias a la mediación de los polacos del PiS, durante todos estos años Vox ha mantenido excelentes relaciones tanto con Orbán como con Le Pen. Como hemos visto, la conexión húngara de Abascal y compañía se ha ido fortaleciendo en los últimos años, a través de las colaboraciones con el MCC o el Centro por los Derechos Fundamentales. Asimismo, Abascal fue recibido oficialmente por Orbán en Budapest en al menos dos ocasiones, en 2021 y 2023. Otros dos sospechosos habituales han sido Jorge Buxadé y Hermann Tertsch que desde el Parlamento han ido construyendo la agenda internacional del partido: ambos viajaron a menudo a orillas del

Danubio, incluso para celebrar la última victoria electoral de Fidesz en abril de 2022. Además, en enero de ese mismo año Abascal organizó la llamada cumbre de Madrid que reunió a una docena de líderes de la ultraderecha europea en la capital española. En primera fila, junto a Abascal estaban Morawiecki, Le Pen y Orbán. La cumbre daba seguimiento a un primer encuentro celebrado en diciembre de 2021 en Varsovia, pero estuvo marcada por las tensiones debido al riesgo de una invasión rusa de Ucrania. El nerviosismo estuvo a flor de piel y en la declaración conjunta final se tuvo que hilar fino para que no estallase todo entre el atlantismo exacerbado de los polacos y el filoputinismo de los húngaros[17]. De hecho, fue en ese momento cuando el hasta entonces sólido eje entre Budapest y Varsovia se rompió, debilitando al grupo de Visegrado. Las relaciones se recompusieron en parte solo más tarde, después de la derrota del PiS en las elecciones polacas de 2023 y la llegada de Donald Tusk al gobierno del país[18].

Algo similar puede decirse de las relaciones entre Vox y Le Pen. Es menester subrayar que fue el entonces FN francés quien le abrió las puertas de las extremas derechas europeas a un desconocido Abascal. En noviembre de 2016, pocos meses después de que Vox consiguiera un mísero 0,2% en las elecciones generales españolas, el líder de Vox se reunió en París con Louis Alliot, vicepresidente del FN y por aquel entonces pareja de Marine Le Pen. Gracias a esta conexión, Abascal fue invitado en enero de 2017 a la cumbre de la ultraderecha organizada en Coblenza, donde conoció personalmente a Le Pen, Salvini, al neerlandés Geert Wilder, a la alemana Frauke Petry y al austriaco Christian Strache. Los contactos siguieron adelante, incluso con la participación del líder de Vox en un mitin de Le Pen en Perpiñán, pero las cosas se torcieron en el bienio siguiente. Dicho esto, Buxadé mantuvo las relaciones, como cuando, junto a Macarena Olona, acompañó a Le Pen en la sede de la RN durante la noche de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas de 2022[19].

Volvamos a la cumbre Europa Viva 24. Tres días después, Le Pen decidió expulsar a AfD de ID, supuestamente por las declaraciones de su cabeza de lista, Maximilian Krah, que en una entrevista había minimizado los crímenes cometidos por las Schutzstaffel (SS) durante la Segunda Guerra Mundial. Si bien hubo especulaciones de todo tipo, lo que vino después no supuso grandes sorpresas. Tras las elecciones europeas, se fueron conformando los nuevos grupos parlamentarios. ECR consiguió sumar unos

cuantos nuevos partidos, como la Alianza para la Unión de los Rumanos (AUR), los Demócratas de Dinamarca o el Frente Nacional Popular de Chipre, llegando a 78 eurodiputados. Sin embargo, el 30 de junio, aprovechando también el inicio de la presidencia húngara del semestre europeo, Orbán anunció, junto al checo Andrej Babiš, líder de la Alianza de Ciudadanos Descontentos (ANO), y a Herbert Kickl, líder del FPÖ austriaco, la creación de un nuevo grupo, Patriotas por Europa (Pfe). En una operación mediáticamente bien organizada, en los días siguientes todos los miembros de ID se fueron sumando poco a poco a Pfe, desde los portugueses de Chega al RN francés, pasando por la LN italiana, el PPV neerlandés, el DF danés y el VB belga. Además, se incorporaron algunos partidos que antes no tenían representación, como Letonia Primero, el griego Voz de la Razón o la extraña alianza de los motoristas checos. Tras la segunda vuelta de las elecciones legislativas francesas, el joven número dos del partido de Le Pen, Jordan Bardella, fue nombrado presidente del grupo[20].

En resumidas cuentas, ID había muerto y había nacido Pfe. Respecto a la legislatura anterior, la única diferencia ha sido el fichaje de ANO, que antes era miembro del grupo macroniano Renew Europe, aunque mantenía posiciones claramente ultraderechistas, y de Vox. En el momento en que se está terminando este libro, Orbán no ha conseguido convencer de que se sumen ni al premier eslovaco Robert Fico –cuyo partido, SMER, ha sido suspendido de los socialdemócratas– ni al esloveno Janez Janša –cuyo partido, SDS, sigue entre los populares–, aunque no se pueden descartar movimientos en el futuro. Más allá de Babiš, pues, la verdadera sorpresa ha sido el cambio de chaqueta de Vox. Meloni se quedó helada cuando Abascal se lo comunicó. Dos días antes, en una reunión celebrada en Sicilia, ECR había confirmado al eurodiputado español Hermann Tertsch como uno de los vicepresidentes del grupo. En el cuartel general de FdI, se venían oliendo que algo no iba bien desde hacía unas semanas. De hecho, Meloni salvó en el tiempo de descuento el acuerdo con el PiS que estuvo dudando sobre qué hacer: de hecho, fueron los polacos quienes avalaron el posible ingreso de Orbán en ECR. Finalmente, las cosas se recompusieron: la presidencia del grupo la comparten el italiano Nicola Procaccini y el polaco Joachim Brudziński[21]. Y se especula que próximamente Meloni dejaría la presidencia del partido europeo en favor de un miembro del PiS.

La incorporación de los seis eurodiputados de Vox permitió a PfiE convertirse en el tercer grupo más numeroso en Estrasburgo, con 84 escaños. Oficialmente, el cambio de postura hacia ECR por parte de Orbán se ha explicado por la incompatibilidad con los nacionalistas rumanos de AUR que tienen pugnas históricas con Fidesz. Ahora bien, la operación estaba preparada desde hacía tiempo, como afirmó Abascal, y lo de AUR ha sido una excusa sin más.

A todo esto hay que añadir la formación de un nuevo grupo, ESN, impulsado por AfD. Más que radicales o extremistas, se trata de los rusófilos del Este que ni PfiE quiso en sus filas. De los 25 miembros, además de los 14 eurodiputados germanos, están los búlgaros de Renacimiento, los checos de Libertad y Democracia Directa –los únicos que provienen de ID–, los húngaros de Movimiento Nuestra Patria, los lituanos de Unión del Pueblo y la Justicia, los eslovacos de República, una eurodiputada de los cinco que consiguió Reconquista de Éric Zemmour – que se ha partido en dos tras el regreso al RN de Marion Maréchal– y tres eurodiputados de los seis que enviaron a Bruselas los polacos de Confederación de Libertad e Independencia[22].

Algunos partidos o eurodiputados se han quedado incluso fuera de ESN por ser considerados demasiado impresentables, como el que fue cabeza de lista de AfD, Krah, o tres miembros de la polaca Confederación. El pasado mes de diciembre, uno de ellos, Grzegorz Braun, utilizó un extintor para apagar las velas de Hanukkah de una menorá colocada en una zona pública del Parlamento polaco, gritando proclamas antisemitas. En la misma situación se encuentran también Se Acabó La Fiesta, de Luis «Alvise» Pérez, o S.O.S. Rumania. La lideresa de este último partido, Diana Şoşoacă, acabó expulsada del Parlamento Europeo el día de la votación a Von der Leyen por insultar a la candidata de los liberales: cuando esta se refirió al derecho al aborto, aquella se puso a gritar con un bozal en la cara, enseñando un díptico de Jesucristo y la Virgen, y llamando a limpiar a la Eurocámara de la influencia del demonio[23].

Así que poco cambia, en realidad, respecto a la legislatura pasada. Más allá de ESN, grupo más bien «técnico», para conseguir fondos y visibilidad, seguimos teniendo los dos grupos ya existentes. Por un lado, un grupo atlantista, ECR, que tiene un cierto margen de maniobra al ser considerado hasta cierto punto aceptable por los populares e incluso parte de los



liberales. Por el otro, un grupo rusófilo, PfiE, que sigue excluido del juego, pero que ha apostado todas sus fichas por la victoria de Donald Trump en noviembre. Ese será el momento clave que, entre muchas otras cosas, podría incluso provocar a medio plazo una nueva reconfiguración de las extremas derechas en Europa.

En cuanto a ECR, es menester subrayar la paulatina aceptación de sus miembros en los cargos de relevancia de la Eurocámara. Ya en enero de 2022, de hecho, el grupo presidido por Meloni consiguió una de las catorce vicepresidencias del Parlamento para uno de sus miembros, el letón Roberts Zile, elegido con los votos de los populares y de los liberales en el marco de un acuerdo que preveía la elección como presidenta de la Eurocámara de la popular maltesa Roberta Metsola, conocida por sus posiciones antiabortistas, en sustitución del socialdemócrata italiano David Sassoli. Y, efectivamente, en julio de 2024, los de ECR no solo pudieron confirmar como vicepresidente de la cámara de Estrasburgo para un segundo mandato a Zile, sino que consiguieron elegir también a la meloniana Antonella Sberna. A las dos vicepresidencias sobre catorce del Parlamento Europeo, en la nueva legislatura ECR ha podido también sumar otros cargos de cierta relevancia.

Cabe explicar que en la cámara de Estrasburgo existen 20 comisiones y 3 subcomisiones, cuyas mesas de presidencia están formadas por un presidente y cuatro vicepresidentes. Estos organismos son los que, hablando en plata, cortan el bacalao. En 2019, ECR consiguió ya 2 presidencias de comisión –la de Presupuesto y la de Empleo–, además de 8 vicepresidencias. En 2024, las cosas le han ido francamente mejor: 3 presidencias de comisión (Presupuesto, Agricultura y Peticiones) y 10 vicepresidencias, entre las cuales hasta 6 son vicepresidencias segundas, cuando en la legislatura pasada eran solo 3. Hay que añadir que el PPE se ha hecho con la mayoría relativa de presidencias de comisión –8 sobre 23–, mientras los demás grupos, es decir, socialdemócratas, liberales, verdes y la izquierda, tan solo 12. En resumidas cuentas, si bien se han quedado fuera del pacto para repartirse los puestos apicales de la Comisión, los de ECR ocupan más espacios en el Parlamento, mientras los populares se hicieron con la mayoría de los cargos –no olvidemos obviamente la presidencia de la Comisión con Von der Leyen y del mismo Parlamento con Metsola–, mostrando un evidente viraje hacia la derecha de las instituciones

comunitarias. El llamado «lodo Schulz» –es decir, el cordón sanitario propuesto en 2014 por el entonces presidente de la Eurocámara, el socialdemócrata alemán Martin Schulz, para excluir a las extremas derechas de los cargos apicales de la UE– ha pasado a mejor vida, más allá de la retórica gastada por parte de algunos[24].

A la espera del de las elecciones norteamericanas en las que se lo han apostado todo Orbán, Le Pen, Salvini y Abascal, los ultras, si bien no dejarán de pelearse como han hecho siempre en estas últimas cuatro décadas, seguirán colaborando cuando les convenga, votando conjuntamente en Estrasburgo en temas como la defensa de los valores cristianos y de la familia tradicional, el rechazo de la inmigración y de la llamada «ideología de género» o en contra de la transición verde o los derechos de los trabajadores. Lo que han hecho, dicho sea de paso, en la última legislatura. No se olvide, por ejemplo, que la elección de Metsola a la presidencia de la Eurocámara en 2022 fue posible no solo gracias a los votos de ECR, sino también a los de ID. Porque, en el fondo, estas fuerzas políticas, como se ha venido explicando en los capítulos anteriores, comparten la mayoría de las referencias ideológicas y de las propuestas programáticas.

Un último ejemplo es la declaración sobre el futuro de Europa que Orbán, Salvini, Le Pen, Meloni, Kaczyński y los líderes de otros once partidos miembros de los grupos de ID y ECR, como el FPÖ, Vox o VB, firmaron en julio de 2021. En la declaración, pensada como respuesta a la Conferencia sobre el futuro de Europa lanzada por la Comisión un par de meses antes, los partidos ultraderechistas muestran compartir una visión de lo que debería ser la UE. Por un lado, se oponen a cualquier posible proyecto federalista europeo y a una mayor integración, cargando especialmente contra la reforma de las votaciones en el Consejo Europeo con la eliminación del poder de veto de un Estado miembro y la superación del principio de unanimidad que convertiría la Unión, según ellos, en «una forma particular de oligarquía». Piden asimismo una «profunda reforma» de la UE de la cual denuncian «la utilización de las estructuras políticas y las leyes para crear un super-Estado europeo y nuevas formas de vida social» que son la «manifestación de una peligrosa e invasiva ingeniería social del pasado, que debe suscitar una resistencia legítima». Consideran, también, que «la cooperación europea está peligrando sobre todo porque las naciones

se sienten despojadas lentamente de su derecho de ejercer sus legítimos poderes soberanos». Así, defienden que la UE es y debe seguir siendo nada más que «una comunidad de naciones libres» y que es necesario establecer «una lista de competencias inviolables de los Estados miembros de la UE y un mecanismo apropiado para su protección». Por otro, cabalgan los temas culturales e identitarios. Afirman que «el hiperactivismo moralista» de las instituciones europeas ha comportado «una peligrosa tendencia a imponer un monopolio ideológico». Según los ultraderechistas, la UE se está convirtiendo cada día más en un «instrumento de fuerzas radicales que quieren realizar una transformación cultural y religiosa». En esto remachan que la familia es «la unidad fundamental de nuestras naciones» y la contraponen a la «inmigración de masas». Finalmente, piden «respeto para la herencia judeo-cristiana de Europa y de los valores comunes que unen nuestras naciones»<sup>[25]</sup>.

En pocas palabras, se trata de lo que había planteado ya Orbán en 2018: una confederación europea de naciones soberanas que debe, en primer lugar, preocuparse de defender los valores tradicionales y la identidad de los europeos. Respecto a aquel entonces, hoy en día todas las extremas derechas tienen claro que, para conseguirlo, deben dejar de lado los sueños de romper la Unión y que les urge «ocupar Bruselas» para «hacer Europa grande de nuevo». Y si es posible, unificándose. Quizá no como una falange romana, pero lo suficiente para lograr sus objetivos. La que hemos visto, pues, es la primera batalla de una guerra que solo acaba de comenzar.

---

[1] Eddy Wax y Gabriel Gavin, «Make Europe Great Again: Hungary Channels Trump in EU Presidency Slogan», *Politico.eu*, 18 de junio de 2024, disponible en [<https://www.politico.eu/article/make-europe-great-again-hungary-channels-donald-trump-eu-presidency-slogan-viktor-orban/>], consultado el 22 de julio de 2024.

[2] Norberto Dilmore, «Le elezioni europee, le elezioni francesi e il “nemico cassetto”», *Rivista Il Mulino*, 19 de julio de 2024, disponible en [<https://www.rivistailmulino.it/a/le-elezioni-europee-le-elezioni-francesi-e-il-nemico-cassetto>], consultado el 22 de julio de 2024.

[3] Véase el discurso de Morawiecki en Steven Forti, «Tomar Europa por las elecciones. La extrema derecha mundial en Madrid», *El Grand Continent*, 22 de mayo de 2024, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2024/05/22/tomar-europa-por-las-elecciones->

[la-extrema-derecha-mundial-en-madrid/](#)], consultado el 22 de julio de 2024.

[4] Véase el discurso completo de Orbán en «La doctrine Orbán. Comment les néo-nationalistes veulent gagner les élections européennes?», *Le Grand Continent*, 21 de junio de 2018, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/fr/2018/06/21/la-doctrine-dorban/>], consultado el 22 de julio de 2024.

[5] Véase el discurso de Orbán en Steven Forti, «Tomar Europa por las elecciones. La extrema derecha mundial en Madrid», *El Grand Continent*, 22 de mayo de 2024, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2024/05/22/tomar-europa-por-las-elecciones-la-extrema-derecha-mundial-en-madrid/>], consultado el 22 de julio de 2024.

[6] Bálint Magyar, «Un estado mafioso dentro la UE», *Project Syndicate*, 21 de junio de 2017, disponible en [<https://www.project-syndicate.org/commentary/orban-hungary-mafia-state-by-balint-magyar-2017-06/spanish>], consultado el 22 de julio de 2024.

[7] «La doctrine Orbán. Comment les néo-nationalistes veulent gagner les élections européennes?», *Le Grand Continent*, 21 de junio de 2018, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/fr/2018/06/21/la-doctrine-dorban/>], consultado el 22 de julio de 2024.

[8] Lili Bayer, «From Orbán Ally to Orgy Scandal: Downfall of a Fidesz Founder», *Politico.eu*, 3 de diciembre de 2020, disponible en [<https://www.politico.eu/article/from-orban-ally-to-orgy-scandal-downfall-of-a-fidesz-founder/>], consultado el 22 de julio de 2024.

[9] Unas primeras reflexiones sobre esta cuestión las he planteado en Steven Forti, «La extrema derecha europea en su laberinto», *Nueva Sociedad*, 22 de julio de 2024, disponible en [<https://nuso.org/articulo/eurocamara-extrema-derecha-europa/>], consultado el 24 de julio de 2024.

[10] Véase Silvio Berardi, «The Italian Social Movement in the Institutions of the European Community. From the Euro-right wing alliance to the Group of the European Right Wing Parties (1978-1989)», en Guido Levi y Daniela Preda (eds.), *Euroscepticism. Resistance and Opposition to the European Community/European Union*, Bolonia, Il Mulino, 2019, pp. 185-196.

[11] Sobre el PPE, véase Thomas Jansen y Steven Van Hecke, *At Europe's Service. The Origins and Evolution of the European People's Party*, Berlín-Heidelberg, Springer, 2011. Sobre el ECR, véase Martin Steven, *The European Conservatives and Reformists (ECR): Politics, Parties and Policies*, Mánchester, Manchester University Press, 2020.

[12] Sobre el M5S en estos primeros años, véanse Pierluigi Corbetta (ed.), *M5S. Come cambia il partito di Grillo*, Bolonia, Il Mulino, 2017 y Jacopo Iacoboni, *L'esperimento. Inchiesta sul Movimento 5 Stelle*, Bari-Roma, Laterza, 2018.

[13] Nicola Barone, «Fitto, da Forza Italia a elemento chiave che ha sdoganato Meloni in Europa», *Il Sole 24Ore*, 5 de octubre de 2022, disponible en [[https://www.ilssole24ore.com/art/fitto-forza-italia-ad-elemento-chiave-che-ha-sdoganato-meloni-europa-AE1W0r5B?refresh\\_ce=1](https://www.ilssole24ore.com/art/fitto-forza-italia-ad-elemento-chiave-che-ha-sdoganato-meloni-europa-AE1W0r5B?refresh_ce=1)], consultado el 22 de julio de 2024.

[14] Véanse Martin Steven y Aleks Szczerbiak, «Conservatism and “Eurorealism” in the European Parliament: the European Conservatives and Reformists under the Leadership of Poland's Law and Justice», *European Politics and Society* 24/5 (2022), pp. 585-602 y

Edoardo Bressanelli y Margherita de Candia, «Fratelli d'Italia in the European Parliament: Between Radicalism and Conservatism», *Contemporary Italian Politics* (2023), disponible online en [<https://www.tandfonline.com/doi/epdf/10.1080/23248823.2023.2285545?needAccess=true>].

[15] Citado en Angela Mauro, *Europa sovrana. La rivincita dei nazionalismi*, Milán, Feltrinelli, 2022, p. 120.

[16] Véanse, entre otros, Enric Juliana, «¿A dónde vas Manfred Weber?», *La Vanguardia*, 25 de julio de 2023, disponible en [<https://www.lavanguardia.com/politica/20230725/9130305/peninsulas-23j.html>] y, del mismo autor, «Meloni lava más blanco», *La Vanguardia*, 25 de mayo de 2024, disponible en [<https://www.lavanguardia.com/politica/20240525/9675162/meloni-lava-mas-blanco.html>], consultados el 22 de julio de 2024.

[17] Alberto Ortiz, «Abascal extiende la alfombra en Madrid a la extrema derecha europea», *elDiario.es*, 29 de enero de 2022, disponible en [[https://www.eldiario.es/politica/abascal-extiende-alfombra-madrid-extrema-derecha-europea\\_1\\_8700570.html](https://www.eldiario.es/politica/abascal-extiende-alfombra-madrid-extrema-derecha-europea_1_8700570.html)], consultado el 22 de julio de 2024.

[18] Véase Amanda Coakley, «The End of the Affair», *Foreign Policy*, 22 de agosto de 2022, disponible en [<https://foreignpolicy.com/2022/08/22/hungary-orban-poland-morawiecki-illiberal-eu/>], consultado el 22 de julio de 2024.

[19] Sobre los contactos internacionales de Vox y especialmente las relaciones con Orbán y Le Pen, véase González, *Vox S.A.*, cit., pp. 104-111.

[20] Manuel V. Gómez y María R. Sahuquillo, «Los partidos de Le Pen y Orbán constituyen un grupo ultra que se convierte en la tercera fuerza del Parlamento Europeo», *El País*, 8 de julio de 2024, disponible en [<https://elpais.com/internacional/elecciones-europeas/2024-07-08/los-partidos-de-le-pen-y-orban-constituyen-un-grupo-ultra-que-se-convierte-en-la-tercera-fuerza-del-parlamento-europeo.html>], consultado el 22 de julio de 2024.

[21] Federico Baccini, «Ecr non si spacca. Fratelli d'Italia e il PiS rinnovano l'intesa per le cariche del gruppo al Parlamento Ue», *EUNews.it*, 3 de julio de 2024, disponible en [<https://www.eunews.it/2024/07/03/gruppo-ecr-procaccini-co-presidente/>], consultado el 22 de julio de 2024.

[22] Jorge Liboreiro y Vincenzo Genovese, «AfD and Allies Form New Far-Right Group in Brussels Called Europe of Sovereign Nations», *EuroNews.com*, 10 de julio de 2024, disponible en [<https://www.euronews.com/my-europe/2024/07/10/afd-and-allies-form-new-far-right-group-in-brussels-called-europe-of-sovereign-nations>], consultado el 22 de julio de 2024.

[23] Al respecto, véanse Claire Burchett, «Why Did a Far-Right MP Take a Fire Extinguisher to a Jewish menorah just as Poland's New Government Was Being Voted into Power?», *The Conversation*, 13 de diciembre de 2023, disponible en [<https://theconversation.com/why-did-a-far-right-mp-take-a-fire-extinguisher-to-a-jewish-menorah-just-as-polands-new-government-was-being-voted-into-power-219789>];

«Expulsan a una eurodiputada ultra tras ponerse un bozal e interrumpir el pleno en el Parlamento Europeo», *El País*, 18 de julio de 2024, disponible en

[<https://elpais.com/internacional/2024-07-18/video-expulsan-a-una-eurodiputada-ultra-tras-ponerse-un-bozal-e-interrumpir-el-pleno-en-el-parlamento-europeo.html>], consultados el 22 de julio de 2024.

[24] Mauro, *Europa sovrana*, cit., pp. 50-59.

[25] Maïa De La Baume, «Orbán, Le Pen, Salvini Join Forces to Blast EU Integration», *Politico.eu*, 2 de julio de 2021, disponible en [<https://www.politico.eu/article/viktor-orban-marine-le-pen-matteo-salvini-eu-integration-european-superstate-radical-forces/>], consultado el 22 de julio de 2024.

## CAPÍTULO VI

### El laboratorio italiano

Se ha repetido a menudo que Italia es un laboratorio político. A veces se ha exagerado en la utilización de este calificativo, debido quizás al toque teatral y, a menudo, vodeviliano que tiene la política por debajo de los Alpes. Sin embargo, es difícil no ceder a la tentación de considerar como tal el país transalpino, si tenemos en cuenta que fue ahí donde se creó el fascismo justo después de la Primera Guerra Mundial o donde entró en escena un personaje como Silvio Berlusconi que, no cabe ninguna duda, fue Trump antes que Trump. Asimismo, fue justamente en Italia donde se lanzó la apuesta del eurocomunismo en la década de 1970 o donde apareció una fuerza política *sui generis*, el M5S, creado por un cómico que propuso trasladar la política a la esfera digital. Podríamos añadir también otros fenómenos hasta cierto punto peculiares, como, ya en la segunda mitad del siglo XIX, el transformismo entre bloques o partidos políticos –que transmutará posteriormente en el transfuguismo– o la creación de gobiernos técnicos, como los de Carlo Azeglio Ciampi, Mario Monti o Mario Draghi. Ahora bien, más allá de todo esto, Italia puede ser considerada también un laboratorio político de la ultraderecha en la Posguerra Fría, como ya se apuntó en el tercer capítulo.

Conviene, pues, prestarle atención no solo para entender cómo Meloni pudo llegar al gobierno en octubre de 2022 y cuál es su proyecto político, sino para entender también la evolución de las estrategias políticas de las extremas derechas. Es decir, la normalización y la conquista del sentido común; la voluntad de unificar a todas las derechas, posiblemente desde una posición hegemónica; el intento, que puede ser más o menos explícito, de presentarse como moderadas y aceptables para el *establishment*, sin por esto dejar de lado la aplicación de políticas identitarias y la instauración de un modelo iliberal. Es cierto que Italia no es el primer país europeo con un gobierno de extrema derecha –los casos de Hungría y Polonia lo demuestran con creces–, pero se trata de la primera vez que los ultras llegan

a nombrar un primer ministro en uno de los países fundadores de la UE. No se olvide, además, que Italia es la tercera economía de la Unión –vale el 12% del PIB comunitario– y que es miembro del G7<sup>[1]</sup>.

## EN EL PRINCIPIO ERA... BERLUSCONI

Miremos, una vez más, hacia atrás en el tiempo. A principios de la década de 1990, Italia vivió unas fuertes convulsiones políticas y sociales que marcaron el final de la Primera República (1946-1994), nacida de la experiencia de la Resistencia al fascismo durante la Segunda Guerra Mundial. El sistema de partidos colapsó, dando paso a la que se llamó coloquialmente Segunda República. El escándalo de corrupción sistémica conocido con el nombre de Tangentópolis –de la palabra italiana *tangente*, es decir, soborno– revolucionó completamente el sistema de partidos italiano: entre 1992 y 1994, bajo las investigaciones de la magistratura que imputó a más de 4.500 personas, desaparecieron los principales partidos que habían gobernado el país en el medio siglo anterior, es decir, los democristianos, los socialistas, los socialdemócratas, los republicanos y los liberales. Paralelamente, tras la caída del Muro de Berlín, el poderoso Partido Comunista había iniciado su transición hacia la socialdemocracia con la creación del Partido Democrático de la Izquierda (PDS), mientras que el neofascista MSI –el «polo excluido» de la política italiana durante toda la Primera República por la negativa a aceptarlo como una fuerza legitimada por los demás partidos– estaba transformándose en AN, bajo el impulso de su nuevo secretario, Gianfranco Fini. En la práctica, en las elecciones generales anticipadas que se celebraron en abril de 1994 no quedaba ningún partido de los que habían marcado la historia del país transalpino durante las cinco décadas previas.

Menos de tres meses antes de esos comicios, el empresario Silvio Berlusconi decidió entrar en política y fundó una nueva formación, Forza Italia. Enarbolando la bandera del anticomunismo y aprovechando la disolución de la Democracia Cristiana que había reunido la mayoría del voto católico y conservador, Berlusconi construyó una peculiar coalición que resultó favorecida por la nueva ley electoral seudomayoritaria. En el norte de la península, Forza Italia se alió con la pujante LN de Umberto Bossi bajo el nombre de Polo de las Libertades, mientras que en el centro-



sur se alió con el MSI-AN bajo el nombre de Polo del Buen Gobierno. La victoria de la inédita coalición berlusconiana frente a la Alianza de los Progresistas, liderada por el PDS, conllevó por primera vez la entrada en el gobierno del país de la extrema derecha, representadas por el MSI-AN y la LN[2].

Esta coyuntura es crucial para entender el siguiente desarrollo de la política italiana y el proceso de normalización y desmarginación de las extremas derechas. Los partidos liderados por Bossi y Fini entraron por primera vez en un ejecutivo ya en 1994, como *junior partners* de Forza Italia. Paralelamente, además, llegarían al gobierno de regiones, provincias y municipios en toda la península itálica. El papel de Berlusconi, pues, fue absolutamente crucial en la coyuntura crítica del final de la Primera República. Además, no se trató de una excepción debida al peculiar momento histórico. Al contrario, toda la historia de la Segunda República está marcada, en el contexto de un sistema bipolar construido alrededor de dos grandes coaliciones de centroderecha y centroizquierda, por la inclusión de AN y la LN, junto a pequeños partidos centristas, en la coalición liderada por el empresario milanés. De hecho, gobernaron juntos otra vez el país tanto en 2001-2006 como en 2008-2011 y las dos formaciones ultraderechistas controlaron ministerios de peso, como Interior, Justicia, Asuntos Exteriores o Defensa. Paulatinamente, pues, las formaciones de Fini y Bossi no fueron percibidas por una gran mayoría de la población italiana como fuerzas extremistas. En síntesis, el berlusconismo, entendido como una «emulsión de populismo y liberalismo» de «extrema derecha» fundado en el «mito antipolítico de la sociedad civil», fue la clave de bóveda para la legitimación y normalización de la ultraderecha en Italia a partir de los primeros años noventa[3].

Es menester reseñar, además, que en ambos ejecutivos diferentes ministros de AN tenían un pasado muy marcado políticamente: Ignazio La Russa –actual presidente del Senado– y Gianni Alemanno fueron líderes de las juventudes del MSI en las décadas de 1970 y 1980, y estuvieron involucrados en acciones de violencia política en los «años de plomo» –Alemanno fue detenido en tres ocasiones–, mientras que Mirko Tremaglia fue incluso voluntario en el ejército de la República Social Italiana (RSI) entre 1943 y 1945. En general, estos nombramientos no suscitaron críticas a nivel internacional. La diferencia con el caso austriaco es apreciable:

cuando en 2000 el FPÖ de Haider entró en un gobierno de coalición con los conservadores, los países miembros de la UE decidieron aislar al ejecutivo de Viena y aplicar unas sanciones.

Paralelamente al fenómeno más propiamente político de legitimación y normalización de las extremas derechas, a partir de la década final del siglo XX en Italia se ha dado también un doble proceso de ultraderechización del debate público y de banalización del fascismo. En primer lugar, las televisiones comerciales, impulsadas a principios de los años ochenta por Berlusconi, plasmaron la mentalidad de los italianos: diferentes investigaciones han mostrado que sobre todo entre los jóvenes y la gente mayor la exposición a la programación de los canales de Mediaset facilitó tras 1994 el voto a la coalición liderada por Berlusconi. Por otro lado, en los años de gobierno del líder de Forza Italia, el contenido de la programación de la televisión pública, incluidos los informativos, viraron claramente hacia la derecha. En esto ha pesado notablemente el fenómeno de la inmigración, convertida en una verdadera paranoia colectiva a partir de la llegada de refugiados de los Balcanes a principios de la década de 1990[4].

Tras el 11 de septiembre de 2001 este tema obviamente cobró aún más centralidad, vinculándose a la amenaza del terrorismo islámico. Al discurso de que, en palabras de Bossi, los «bingo bongo» obtenían vivienda social antes que los ciudadanos padanos se unía el rechazo a una sociedad multirracial y el peligro de una supuesta islamización de Italia, ya que los extranjeros amenazaban la identidad del pueblo. La LN, pero también sectores de AN y aún más del mundo neofascista a la derecha del partido de Fini, habían importado conceptos de la Nouvelle Droite de Alain de Benoist como el etnopluralismo y el diferencialismo. Bossi, por ejemplo, hizo suyo el concepto de Eurabia difundido por Bat Ye'or, una variación de la teoría conspirativa del gran reemplazo que tendrá amplia difusión en la década siguiente, mientras en 2006 Roberto Calderoli, por aquel entonces ministro de Reformas Públicas, enseñó en una entrevista televisiva una camiseta con unas caricaturas de Mahoma que causaron una crisis diplomática con Libia. Sin embargo, no era solo Bossi quien afirmaba que «la inmigración abrió muchas puertas al terrorismo»: en realidad, tras los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York, gran parte del centroderecha asumía, explícita o implícitamente, la correlación bossiana.

Estos discursos se fueron cristalizando de forma diferente. Por un lado, de

forma legislativa: además de las medidas aplicadas en el ámbito local donde liguistas y post-*missini* gobernaban, en 2002 se aprobó la ley Bossi-Fini que limitaba la inmigración, favorecía las expulsiones y complicaba la reunificación familiar, mientras que en 2008 la LN intentó, finalmente sin éxito, aprobar una ley para limitar la construcción de las mezquitas, prohibir los minaretes y obligar los imames a rezar en italiano. Por otro, los discursos políticamente incorrectos y groseros circularon con más frecuencia, abriendo la veda al racismo y la xenofobia aceptados socialmente. Así, el dirigente véneto de la LN, Ermanno Boso, podía afirmar sin ambages que a los extracomunitarios se les debería devolver a sus países tirándolos desde los aviones con un paracaídas, mientras que el alcalde de Treviso, el también liguista Giancarlo Gentilini, que ya en la década de 1990 había suprimido los bancos de las plazas públicas para evitar que se sentaran o durmieran en ellos los migrantes, podía declarar tranquilamente que no estaría mal disfrazar a los inmigrantes de liebres y dispararles con una escopeta[5].

Junto al tema de la «invasión de los clandestinos», la ultraderecha italiana utilizó también la cuestión de los rom. Desde principios de los años noventa, la LN difundió bulos sobre las subvenciones que recibían del Estado y clamaba con virulencia el cierre de los campos: en 2008, después del ingreso de Rumania en la UE, los de Bossi pidieron la suspensión del Tratado de Schengen y el entonces ministro liguista de Interior, Roberto Maroni, propuso un censo para las poblaciones sinti y rom. No debería extrañar, pues, que a partir de 2013 Salvini diese vueltas por Italia con el dibujo de una excavadora en la camiseta, pidiendo que se destruyesen todos los campos que acogían a los gitanos por debajo de los Alpes. Téngase en cuenta que se estima que la población sinti y rom en Italia ronda las 150.000 personas, es decir, el 0,2% de la población del país, uno de los porcentajes más bajos en Europa.

En segundo lugar, al lado de esta marcada ultraderechización del debate público se dio también el fenómeno de la «desfascistización del fascismo», como la definió el historiador Emilio Gentile, que convirtió paulatinamente la experiencia del régimen de Mussolini en una «narrativa pública» y «un relato mítico de felicidad perdida», en palabras de Francesco Filippi[6]. También en esto Berlusconi desempeñó un papel crucial con sus «calculadas rupturas de los tabús» existentes en el país transalpino[7]. De

hecho, además de abrirle las puertas del gobierno al MSI-AN en 1994 o de incluir en la coalición de centroderecha en 2006 formaciones claramente neofascistas como Llama Tricolor –el sector de los *missini* que no aceptó la transformación del MSI en AN impulsado por Fini– o Alternativa Social –formación liderada por Alessandra Mussolini, nieta del Duce, que unos años más tarde terminó directamente en Forza Italia–, hasta 2009 Berlusconi no participó en las celebraciones del 25 de abril para la fiesta nacional de la Liberación del nazifascismo. El líder de Forza Italia asumía así implícitamente la narrativa que el MSI había defendido desde finales de la década de 1940 –el 25 de abril no es nuestra fiesta– y en 2008 habló de la necesidad de una fiesta de «pacificación nacional» entre vencedores –los partisanos– y vencidos –los fascistas de Salò–[8].

Al mismo tiempo, Berlusconi hacía declaraciones que banalizaban la dictadura. En 1994, recién elegido presidente del gobierno, afirmó que «durante un tiempo Mussolini hizo también cosas buenas»; en 2003 definió como «benévola» la dictadura fascista y explicó que el confinamiento político para los opositores eran en realidad unas «vacaciones» en preciosas islas del Mediterráneo; y en 2005 resumió que el fascismo no fue nunca «criminal» y que no era comparable con el nazismo o el comunismo. Además, mientras Fini pasaba de definir a Mussolini como «el más grande estadista del siglo pasado» (1994) a condenar el fascismo como «mal absoluto» (2003), otros dirigentes de su partido evitaban celebrar explícitamente el régimen, pero relativizaban sus crímenes, subrayando, como hizo el alcalde de Roma Alemanno en 2008, que el fascismo «fue fundamental en la modernización de Italia»[9].

Estas declaraciones guiñaban el ojo a un cierto fascismo sociológico, pero sobre todo mostraban un determinado clima cultural presente en el país tras la ruptura del consenso antifascista que había sido el fundamento legitimador de la Primera República. Apoyada por algunos historiadores revisionistas, la derecha política y mediática lanzó una verdadera guerra de la memoria con el objetivo de construir una nueva contranarrativa nacional que utilizaba esencialmente seis *topoi*. En primer lugar, la idea, bien representada por las anteriores citas de Berlusconi y Alemanno, de que la dictadura no fue violenta y que el fascismo hizo muchas cosas buenas, desde la bonificación de pantanos a la construcción de infraestructuras y vivienda social, pasando por las políticas asistenciales. En segundo lugar, el

tópico de que los italianos no fueron antisemitas: las leyes raciales, se vino a decir, fueron una concesión de Mussolini a Hitler, pero realmente no se habrían aplicado en Italia o en los territorios ocupados por las tropas fascistas. Estrechamente conectado, es el tercer tópico, resumible en la máxima «*italiani brava gente*» («italianos buena gente»), según el cual el colonialismo italiano fue benigno. Finalmente, los últimos tres tópicos se centran en poner de relieve los crímenes de los partisanos en la Italia posterior a la Liberación y de los comunistas de Tito en la frontera italo-yugoeslava, además de relativizar la decisión de los *ragazzi di Salò* («los muchachos de Salò»), es decir, los jóvenes que se alistaron en el ejército de la RSI al lado de la Wehrmacht entre 1943 y 1945.

Esta operación se concretó en decenas y decenas de libros, películas o series televisivas, algunos de notable éxito comercial, pero también en declaraciones de políticos con cargos institucionales e iniciativas legislativas, como la institución para el 10 de febrero del Día del Recuerdo de la «masacre de las foibe y el éxodo juliano-dálmata», una batalla que el MSI había librado desde su nacimiento sin encontrar, hasta la caída de la Primera República, el más mínimo apoyo en las demás fuerzas políticas y en la opinión pública. Además, en una operación de revisionismo histórico casi sin precedentes, se hablaba a menudo de limpieza étnica y genocidio para las foibe, ocultando intencionadamente que la gran mayoría de los asesinados por parte de los partisanos de Tito fueron fascistas responsables de crímenes en los territorios yugoeslavos ocupados por las tropas italianas en los años anteriores[10].

La guerra de la memoria, con todas sus variaciones, ha permitido así que a finales de la década de 2010, como apuntó Christian Raimo, el antifascismo «en la mayoría de los casos no importa ya nada: en contextos cada vez más amplios ser fascistas está de moda, en otros es directamente el elemento determinante de una nueva unidad que se estaba buscando». En síntesis, el fascismo se ha banalizado tanto que discursos y lemas fascistas se han convertido en *mainstream* y que eslóganes que eran considerados «inaceptables, impronunciables y minoritarios como “Ayudémosles en su casa” o “Resistencia étnica” parecían poder entrar en el debate público como hipótesis de sentido común»[11]. O que el presidente del Senado, el meloniano Ignazio La Russa, pueda declarar sin inmutarse que tiene una estatua de Mussolini en su casa.

## A POR LA HEGEMONÍA POLÍTICA

En los años del cambio de siglo, pues, si bien la ultraderecha se había legitimado y normalizado en el país transalpino, Forza Italia era el partido mayoritario y el centro de gravedad de la coalición de centroderecha. Entre 2009 y 2013, sin embargo, se dieron una serie de acontecimientos que transformaron completamente el panorama político y que favorecieron la paulatina conquista por parte de las extremas derechas de la hegemonía política dentro del espacio conservador.

En primer lugar, en 2009 Berlusconi fundó el Pueblo de la Libertad (PdL), una nueva formación política que unificaba Forza Italia y AN con el objetivo de crear una especie de versión italiana del Partido Republicano estadounidense. La apuesta del empresario milanés se justificaba principalmente por dos razones. Por un lado, reaccionar a la creación del Partido Democrático (PD), es decir, la unificación de los posdemocristianos progresistas de La Margarita con los poscomunistas de los Democráticos de Izquierda. Por otro, aprovechar el marco del sistema bipolar de la Segunda República para «simplificar» una coalición heterogénea donde las relaciones habían sido a veces turbulentas. Sin embargo, el PdL significó también una transformación del berlusconismo que en el proceso de síntesis con el universo ideológico de AN se alejó de las referencias liberales y democristianas de la Forza Italia de los orígenes. Mirando al modelo del neoconservadurismo americano, el nuevo partido berlusconiano viró hacia un discurso marcadamente identitario: a la par del anticomunismo, que había sido la argamasa de la coalición de centroderecha, cobraron centralidad los valores católicos reaccionarios, la amenaza del islam y la crítica a la sociedad laica y multicultural<sup>[12]</sup>.

En segundo lugar, el proyecto del PdL implosionó en los tres años siguientes. Por un lado, en 2010 Fini, por aquel entonces presidente de la Cámara de Diputados, rompió con Berlusconi y fundó Futuro y Libertad para Italia, formación centrista liberal-conservadora que no consiguió consolidarse. Por otro lado, en noviembre de 2011, el fundador de Forza Italia tuvo que dimitir, presionado por el empeoramiento de la situación económica y financiera del país, poniendo fin al gobierno iniciado en 2008. Por último, el PdL decidió apoyar, junto al PD, el ejecutivo técnico liderado por Mario Monti (2011-2013), llamado para evitar una intervención al estilo

griego o portugués de la que se conocía por aquel entonces como la Troika, es decir, la Comisión Europea, el Banco Central Europeo (BCE) y el FMI.

En tercer lugar, en 2012 la dirigencia de la LN se vio involucrada en un grave escándalo de corrupción que comportó las dimisiones de su mismo líder histórico, Umberto Bossi. De los excelentes resultados del trienio anterior –8,3% en las generales de 2008, en alianza con el PdL; 10,2% en las europeas de 2009, además de la conquista de las presidencias de las regiones de Piamonte y Véneto en 2010– el partido entró en una profunda crisis bien representada por el mísero 4% obtenido en las elecciones generales de 2013. En cuarto lugar, la crisis económica mundial y sus efectos en Italia, junto a las duras políticas de austeridad aplicadas por el gobierno Monti, crearon un clima social marcado por la desafección a la política y la crítica a los partidos capitalizado por el M5S, una formación populista *tout court* fundada en 2009 por el excómico Beppe Grillo. En quinto y último lugar, las elecciones generales de 2013 pusieron fin al peculiar bipolarismo a la italiana para dar pie a un modelo tripolar donde a las coaliciones de centroderecha y centroizquierda se añadió el M5S que con el 25,5% de los votos resultó el partido más votado[13].

En ese contexto, el rol de *pivot* ocupado por Berlusconi en el centroderecha fue poco a poco desdibujándose. A los ya habituales casos de corrupción investigados por la magistratura, que comportaron su inhabilitación en 2013 por la condena en el caso Mediaset, en los años de su último gobierno se sumaron también escándalos de naturaleza sexual –las fiestas con jóvenes escorts conocidas como *bunga bunga*– que hicieron evidente un declive que no era ya solo físico –el empresario milanés estaba a punto de cumplir ochenta años–, sino también ético y moral. Además, tras la experiencia del gobierno técnico o, si se prefiere, de unidad nacional con Monti y el «terremoto» político de 2013, parte del centroderecha berlusconiano se mantuvo en el perímetro de la mayoría parlamentaria, apoyando a los ejecutivos de centroizquierda presididos por Enrico Letta y Matteo Renzi. Berlusconi, en concreto, fue cambiando de posición en diferentes ocasiones, lo que supuso, en noviembre de 2013, la disolución definitiva del PdL. Visto lo visto, el *cavaliere* decidió refundar Forza Italia –en la cual, de todas formas, confluyeron muchos dirigentes de la vieja AN que no siguieron a Fini–, mientras que un sector, renombrado Nuevo Centroderecha, liderado por el que supuestamente debía ser el delfín de

Berlusconi, Angelino Alfano, se quedó en el gobierno con Renzi.

El fracaso del PdL y el declive del berlusconismo abrieron nuevos espacios políticos en la derecha italiana, favorecidos también por un contexto internacional que estaba marcado por una lenta y difícil salida de la crisis económica, por la llegada de más refugiados y por el Brexit y la victoria de Donald Trump, que crearon un clima favorable al avance de fuerzas ultraderechistas a nivel global. De hecho, ya en diciembre de 2012, sectores provenientes de AN, liderados por Giorgia Meloni e Ignazio La Russa –ministros de Juventud y Defensa, respectivamente, en el último gobierno de Berlusconi–, abandonaron el PdL y fundaron Hermanos de Italia (FdI), críticos con el apoyo al ejecutivo de Monti y la anulación de las primarias del PdL, anunciadas y luego canceladas por Berlusconi[14]. En las elecciones generales de 2013, FdI se presentó en coalición con el centroderecha, obteniendo el 1,9% de los votos. En los años siguientes, aunque lentamente, el partido, que se presentaba como heredero del MSI, se fue consolidando. En las elecciones europeas de 2014, los de Meloni consiguieron el 3,7%, quedándose sin poder elegir eurodiputados por pocas décimas –en Italia hay un umbral del 4%–, mientras en las generales de 2018 mejoraron sus resultados, obteniendo el 4,3%. En las europeas de 2019, con el 6,4%, pudieron enviar a Estrasburgo seis diputados que, como hemos visto, se incorporaron en el grupo de ECR. Además, en coalición con Forza Italia y la LN, se hicieron con las presidencias de las regiones de los Abruzos (2019) y las Marcas (2020).

Al mismo tiempo que FdI estaba dando sus primeros pasos, la LN dio un giro impensable tan solo unos años antes. Tras convertirse a finales de 2013 en secretario federal del partido, Matteo Salvini, que militaba en la formación de Bossi desde sus años mozos y había ocupado cargos desde principios de la década de 1990, llegando a ser eurodiputado en 2004, llevó a cabo un proceso de nacionalización del partido que, mirando al modelo lepenista, comportó el abandono del secesionismo padano para abrazar un nacionalismo italiano desacomplejado. La operación, que implicó un verdadero *rebranding* incluyendo también el cambio de nombre oficial del partido a Liga para Salvini Premier, se basó inicialmente en forjar alianzas con los partidos neofascistas arraigados en el centro-sur de la península, como CasaPound Italia. Gracias al hiperactivismo mediático, Salvini consiguió aprovechar el clima marcado por el rechazo a la inmigración y el



euroescepticismo. Junto al movimiento de Grillo, capitalizó así el descontento de una gran parte del electorado hacia la clase política y, más en concreto, el entonces presidente del gobierno, Matteo Renzi, que fracasó en su proyecto de reforma constitucional al perder el referéndum de diciembre de 2016. De estar a punto de quedar fuera del Parlamento en 2013, la LN aumentó rápidamente sus consensos: en las elecciones europeas de 2014 obtuvo el 6,1% de los votos, en las generales de 2018 el 17,3% –superando por primera vez a Forza Italia– y en las europeas de 2019 el 34,3%, además de la presidencia de diferentes regiones, como Lombardía, Véneto, Friuli Venecia-Julia o Umbría, consiguiendo arraigarse territorialmente también por debajo de los Apeninos[15].

Los resultados de las elecciones generales de 2018 ofrecieron la posibilidad a Salvini de desvincularse de la coalición con Berlusconi y Meloni, y sellar una alianza de gobierno con el M5S que había resultado el primer partido con el 32,7% de los votos. En el ejecutivo liderado por el desconocido abogado Giuseppe Conte, la LN contó con siete ministerios, incluido el de Interior ocupado por el mismo Salvini, a la sazón vicepresidente del gobierno. Junto al antieuropeísmo, la inmigración fue el verdadero caballo de batalla del secretario liguista: el proceso que los juristas han definido *crimmigration*, es decir, la criminalización del derecho a la inmigración, empezado más de dos décadas antes, alcanzó nuevas cotas. Cabe recordar que, en el lustro anterior, Salvini había clamado no solamente por la destrucción de los campos de sinti y rom, sino también por el cierre de las fronteras, tachando, juntamente a los *grillini*, a las ONG que salvaban vidas en el Mediterráneo de «taxistas del mar».

Recién nombrado ministro, Salvini declaró haber cerrado los puertos italianos y en los meses siguientes elaboró el llamado decreto Seguridad, aprobado en noviembre de 2018, que preveía la abolición de la protección humanitaria, la restricción del sistema de acogida, la revocación o no concesión de la protección internacional para los refugiados que hubieran cometido algún delito y hasta la revocación de la ciudadanía para los extranjeros que la hubieran obtenido, en caso de que fueran condenados por terrorismo. En junio de 2019, el decreto Seguridad fue ampliado, permitiendo al Ministerio del Interior prohibir el ingreso o el tránsito de barcos en aguas italianas y sanciones de hasta 50.000 euros, además del secuestro de la embarcación. Una vez más, las posiciones más radicales

representadas por la ultraderecha italiana habían estado legitimadas por el líder de un «centroderecha» ya decadente y dividido: en la campaña electoral de 2018, Berlusconi, de hecho, había prometido que, si hubiese vuelto al gobierno, habría expulsado inmediatamente a 600.000 inmigrantes irregulares que representaban una «bomba social» ya que vivían «de expedientes y delitos»[\[16\]](#).

Sin embargo, el gobierno entre la LN y el M5S fue una experiencia breve: tras poco más de un año, en la cresta de la ola de la victoria en las europeas de 2019, Salvini rompió la alianza con el M5S con el objetivo de ir a nuevas elecciones y hacerse con la mayoría absoluta. Ahora bien, uno de los «clásicos» giros inesperados de la política italiana llevó a un impensable acuerdo entre el partido de Grillo y el centroizquierda, permitiendo la formación de un nuevo ejecutivo moderadamente progresista presidido por el mismo Giuseppe Conte. En febrero de 2021, empero, Conte fue sustituido por un gobierno de unidad nacional con el expresidente del BCE, Mario Draghi, a la cabeza. El hombre del *Whatever It Takes* había llegado al Palacio Chigi gracias a una maniobra palaciega del siempre maquiavélico Renzi con el objetivo de que fuese un hombre del *establishment* de probada fe atlantista y respetado internacionalmente, y no uno de los *grillini*, quien gestionara la puesta en marcha del Plan de Recuperación y Resiliencia pospandémico. No se olvide que Italia ha sido el país que ha recibido más fondos europeos en el marco del programa NextGenerationEU, casi 200.000 millones de euros.

Mientras tanto, Meloni subía en las encuestas, llegando incluso a superar a la LN que pagaba no solo por los errores garrafales de Salvini, sino también por las investigaciones sobre las relaciones establecidas con la Rusia putiniana y por la entrada en el gobierno del expresidente del BCE que le quitaba esmalte y credibilidad a las proclamas euroescépticas y populistas de su líder. Sin embargo, el ejecutivo de Draghi cayó en julio de 2022 por las tensiones internas a la heterogénea mayoría que lo apoyaba: el M5S, que no paraba de bajar en las encuestas, se empeñó en su negativa a la construcción de una planta de conversión de residuos en Roma, mientras Berlusconi y Salvini aprovecharon la ocasión para quitarle los apoyos a *Supermario* y forzar nuevas elecciones, que se celebraron en septiembre de 2022.

Meloni llegó a la cita en su mejor momento. Al haberse convertido en la

única oposición al gobierno de Draghi, la lideresa de FdI encabezaba todos los sondeos y era alabada por muchos medios de comunicación. Su autobiografía, *Io sono Giorgia*, publicada en 2021, fue un superventas[17]. No se pierda de vista, además, que en la última década la volatilidad electoral ha sido extremadamente elevada en Italia, así como el sentimiento de desconfianza hacia las instituciones y, aún más, la política. Según un sondeo de Quorum/YouTrend de septiembre de 2022, las emociones que suscitaban los políticos eran de «rabia» para el 59% de los entrevistados y de «indiferencia» para el 31%. Tan solo al 4% los políticos le suscitaba «satisfacción»[18]. Tras haber «probado» con Renzi, Grillo y Salvini, los italianos, cada vez más hastiados con una clase política juzgada corrupta e incapaz, además de quedarse en casa —la abstención superó el 36% en las elecciones de 2022, diez puntos más que en 2018—, decidieron escoger la papeleta del único partido que en la última década no había estado en el gobierno.

Es cierto también que la ley electoral favoreció la amplia victoria de la coalición derechista. El tristemente famoso modelo conocido como Rosatellum mezcla el sistema proporcional, con el que se elige el 61% de los diputados y senadores, y el sistema mayoritario en colegios uninominales, con el que se elige el restante 37% de los parlamentarios; el restante 2% está destinado al voto de los italianos residentes en el exterior con un sistema proporcional. Para ser competitivos en estos colegios resulta fundamental, pues, saber forjar coaliciones amplias, ya que el primero que llega, aunque sea por un puñado de votos, se lleva el gato al agua. Más allá de las divergencias, a veces también profundas, que han tenido en los últimos años, las formaciones de derecha —FdI, la LN y Forza Italia— se presentaron en coalición, mientras las demás formaciones —el PD, el M5S y el llamado Tercer Polo, es decir, la alianza entre los partidos personalistas de Matteo Renzi y Carlo Calenda que querían emular a Macron— fueron incapaces de forjar una alianza electoral progresista. El resultado fue que con el 43,8% de los sufragios la coalición de (ultra)derecha se hizo con una mayoría absoluta de 237 diputados (sobre 400) y 115 senadores (sobre 200), entre ellos 121 de los 146 diputados y 59 de los 74 senadores elegidos en los colegios uninominales. En todo esto pesó también el recorte de los parlamentarios aprobado por referéndum en 2020 por deseo expreso de los *grillini*, que reducía un tercio el número de diputados y senadores y que

modificó sustancialmente la distribución de los colegios electorales[19].

## LA VÍA ITALIANA AL ORBANISMO

A principios de la década de 2020 las extremas derechas habían conquistado claramente la hegemonía en la coalición que muchos medios debajo de los Alpes siguen llamando de centroderecha. Berlusconi, que moriría en junio de 2023, no solo no tenía ni de lejos el toque mágico de los tiempos dorados y pasaba la mayoría del tiempo en los hospitales, sino que se había convertido en el *junior partner* de la coalición, una especie de muleta (seudo)liberal que servía justamente para poder seguir poniendo el prefijo de centro al nombre de la coalición. Salvini, en cambio, era la sombra de la sombra de ese todoterreno político que parecía destinado a conquistar el país tan solo un trienio antes.

En las elecciones legislativas de septiembre de 2022, FdI fue el primer partido con el 26% de los votos, más de la suma de los conseguidos por Forza Italia y la Liga. La correlación de fuerzas dentro de la coalición era indudablemente muy favorable a FdI: de hecho, si bien Meloni le concedió a los de Salvini y Berlusconi unos cuantos ministerios –incluso alguno de peso, como el de Asuntos Exteriores– y los complació con la creación de dos vicepresidencias –un cargo, por otro lado, sin competencias–, en la sala de máquinas puso a hombres, todos, de su estrecha confianza, es decir, el núcleo duro de FdI o, mejor dicho, su «círculo mágico». Se trata fundamentalmente de dirigentes del neo y posfascismo provenientes del círculo romano de Colle Oppio del viejo MSI, al cual Meloni se afilió cuando tenía tan solo quince años, y de las juventudes de AN, que la lideresa de FdI presidió desde 2004[20].

Más allá de las coincidencias históricas –el gobierno Meloni tomó posesión en el centenario de la marcha sobre Roma– y de los avisos de los sectores progresistas a nivel internacional, con el paso de los meses cada vez más personas empezaron a repetir como loros que, de todas formas, la lideresa de FdI no era Trump, ni Orbán, ni Bolsonaro. Su partido en Europa era miembro de ECR –Meloni, además, era su presidenta–, en su coalición había populares de toda la vida –como Antonio Tajani que fue presidente del Parlamento Europeo por el PPE– y ella había dado prueba, ya desde la campaña electoral, de moderar su discurso, limando las asperezas y la

agresividad que la caracterizaban. Como por arte de birlibirloque, en un tópico repetido hasta la saciedad cuando se habla de ultraderechas, se decía también que la llegada al gobierno la estaba moderando. En resumidas cuentas, el discurso que se estaba imponiendo era que su gobierno podía aplicar políticas más o menos de derecha y más o menos conservadoras, pero no era un peligro para la democracia.

Al mismo tiempo, se difundió también una idea de que frente al avance de la ola populista no se podía ya solo tachar de locuras sus expresiones – groseras sí, pero que representaban demandas democráticas de sectores cada vez más numerosos de la población– y encerrarse aún más en la defensa de lo existente. Según el historiador Giovanni Orsina, en cambio, había que «romanizar a los bárbaros», es decir, «normalizar a los nuevos vencedores; obligarles o ayudarles, según las circunstancias, para que encontrasen un compromiso entre el deseo de la palingénesis y las obligaciones de la realidad». Hablando en plata, «hacerlos más presentables e integrarlos en los mecanismos del poder». Orsina planteó esta tesis tras la formación del gobierno entre el M5S y la LN en 2018, pero la mantuvo viable también tras septiembre de 2022[21].

La imagen de una moderación de Meloni se extendió como la pólvora en el primer año y medio de su gobierno, confundida con lo que, en cambio, ha sido ni más ni menos que un astuto pragmatismo[22]. La nueva presidenta del gobierno italiano había aprendido la lección de su aliado Salvini que, como un elefante en una cacharrería, en su breve anterior experiencia en el gobierno del país había entablado relaciones con la Rusia de Putin, molestando sobre manera a Washington, y había abierto todos los frentes de batalla posibles con Bruselas. La lideresa de FdI tuvo claro que debía moverse con más *finezza*. Si quería afianzarse y durar, debía evitar cruzar dos líneas rojas: el atlantismo y el europeísmo (aunque de fachada). Así, ya en las primeras semanas de su mandato, tranquilizó a la administración norteamericana con respecto a su apoyo a Kiev. De hecho, Meloni ha seguido a rajatabla las indicaciones de la OTAN, ha aprobado siempre los paquetes de ayudas para Ucrania sin rechistar –por mucho que Salvini protestara– y ha visitado en dos ocasiones a Zelenski, alabando su lucha en defensa de la libertad y la democracia. Asimismo, no renovó el acuerdo que el gobierno de Conte había firmado a principios de 2019 con Pekín para que Italia se sumase a la nueva Ruta de la Seda china. No extraña pues que, en

su visita a la Casa Blanca de marzo de 2024, Joe Biden le diese un tierno beso en la frente.

Además, Meloni ha intentado mantener desde el primer minuto una conexión directa con la Comisión Europea, sin crear rupturas contraproducentes: su primer viaje oficial, a la semana de tomar posesión, fue justamente a Bruselas para reunirse con Von der Leyen. Debe leerse bajo esta lógica también el nombramiento de Tajani como ministro de Exteriores, o de otro antiguo peso pesado de Forza Italia, Raffaele Fitto, como ministro de Asuntos Europeos y responsable de la gestión del NextGenerationEU. Gente que no solo es o ha sido de la familia de los populares europeos, sino que ha estado años en Estrasburgo y tiene los contactos que hace falta tener en su móvil. Así en los primeros presupuestos, aprobados a finales de 2022, no había muchos cambios respecto a la línea marcada por Draghi, más allá de algún regalito al electorado de derechas. Un tema que no es baladí para un país como Italia cuya deuda pública es de las más abultadas del mundo, solo por detrás de Japón y Grecia: cuando Meloni entró en el Palacio Chigi, la deuda superaba el 140% del PIB italiano. Tampoco debería extrañar, pues, que Von der Leyen estableciese una relación tan estrecha con la lideresa de FdI: al fin y al cabo, para las instituciones comunitarias era imprescindible no tener otra Hungría por debajo de los Alpes. En el año y medio siguiente, además de los encuentros bilaterales en Bruselas, la presidenta de la Comisión viajó junto a Meloni más de una media docena de veces, incluso en Túnez para convencer al autócrata local, Kaïs Saïed, a comprar el plan italiano para retener los migrantes que intentan cruzar el Mediterráneo[23]. Para decirlo coloquialmente, para el *establishment* en Bruselas y Washington las extremas derechas se estaban convirtiendo en un animal de compañía aceptable siempre que fueran atlantistas y no quisiesen romper la UE en mil pedazos.

Ahora bien, esto no significa que Meloni se haya convertido de repente en la representante de una renovada derecha democrática o «centrada». Por un lado, de hecho, el atlantismo y el europeísmo descafeinado de Meloni son coyunturales. En cuanto a lo primero, la lideresa de FdI ha mirado siempre de reojo a los republicanos estadounidenses que son aliados de FdI y ECR. No se olvide que la niña bonita de la ultraderecha europea ha participado en dos ocasiones en la Conferencia Política de Acción Conservadora al otro

lado del charco y no ha escatimado alabanzas hacia Trump. En cuanto a lo segundo, como había enseñado ya Orbán, con el cual ha mantenido una estrecha relación en todos estos años, Meloni entendió que los tiempos del Brexit han pasado a mejor vida, sin por esto abjurar de su visión de lo que debería ser la UE: sencillamente, una confederación de Estados soberanos que se debería preocupar prevalentemente de la defensa de «nuestra identidad de europeos y occidentales, hijos de la cultura clásica y judeocristiana», utilizando sus propias palabras[24]. Prueba de ello es que, a pesar de las súplicas y presiones de Bruselas, Italia es el único país de la UE que no ha ratificado el Mecanismo Europeo de Estabilidad, bloqueando así su puesta en marcha. En síntesis, Meloni tuvo claro desde el principio que, primero, debía construir una relación de cierta confianza con la Comisión Europea para salvaguardar un cierto margen de maniobra en las políticas económicas italianas y, segundo, que la clave de bóveda de todo el asunto era poder «ocupar» Bruselas, convenciendo a los populares de romper la alianza con los socialistas y mirar a su derecha. Porque, como ha repetido hasta la saciedad, «el choque en todas las latitudes» es entre «los conservadores [...], que defienden la persona con su identidad», y «los llamados progresistas, que yo definiría como globalistas, que ponen la persona contra su identidad»[25].

Por el otro, si bien incluye un sector proveniente de ambientes conservadores más tradicionales, como el representado por otro de los fundadores de FdI, el actual ministro de la Defensa Guido Crosetto con un pasado en la Democracia Cristiana, su partido sigue estando trufado de militantes que alaban a Mussolini, hacen el saludo romano y profieren insultos antisemitas, por más que Netanyahu sea un aliado de acero de Meloni. Sin contar que jamás la presidenta del gobierno o los pesos pesados de FdI han hecho alguna declaración clara de condena del fascismo, sino que prefieren mantener una calculada ambigüedad. Así, deploran más en general los totalitarismos para no molestar a un sector de su militancia y su electorado, repitiendo que el fascismo es cosa del pasado y siguiendo el camino trazado por Berlusconi y compañía con las guerras de la memoria[26]. Asimismo, las vigas maestras de su proyecto político son el ultraconservadurismo, el soberanismo y el iliberalismo, es decir, un ataque al corazón de los derechos y los equilibrios democráticos. Esto no significa que Italia se vaya a convertir de la noche a la mañana en una democracia

iliberal o, mejor dicho, en un régimen híbrido de autocracia electoral. El instaurado por Orbán en Budapest –y, no se olvide, el que estaban implantando en Varsovia Morawiecki y Kaczyński hasta la victoria electoral de Donald Tusk– es su modelo de sociedad: si Meloni lo pudiese aplicar ahora mismo, lo haría. Pero sabe, primero, que Italia no es Hungría ni Polonia por el peso que tiene en la UE y, segundo, que la sociedad italiana no es la de los dos países del antiguo bloque soviético. Debajo de los Alpes, pues, todo debe ser más sutil, difuso, paulatino para que no suenen demasiadas alarmas. Y también para acostumar a la ciudadanía. Para hacer todo más aceptable, a fin de cuentas[27].

De hecho, al lado de algún exberlusconiano transitado en FdI y de algún que otro liguista más presentable, como el ministro de Economía Giancarlo Giorgetti, el equipo de Meloni muestra un perfil identitario y ultraconservador. Como presidente del Senado fue elegido el exlíder de las juventudes del MSI Ignazio La Russa, a la sazón fundador de FdI, mientras que en la presidencia de la Cámara de Diputados se ha nombrado al liguista e integrista católico Lorenzo Fontana, asiduo frecuentador del WCF y de la Hungría orbaniana. Asimismo, algunos ministros no esconden –todo lo contrario– su perfil más extremista, como la lideresa del Family Day Eugenia Roccella, encargada de la cartera de Familia, Natalidad e Igualdad; el reaccionario Giuseppe Valditara, ministro de Instrucción y Mérito, o el meloniano de hierro Francesco Lollobrigida. Su Ministerio, el de Agricultura y Soberanía Alimentaria, además, fue renombrado para mostrar a todas luces el giro nacionalista, como en el caso de la cartera de Empresas y Made in Italy. Para poner un solo ejemplo, Lollobrigida, casado con la hermana de Meloni, Arianna, aupada mientras tanto al vértice del partido, no ha tenido ningún reparo en hablar en más de una ocasión de sustitución étnica, legitimando la teoría conspirativa del gran reemplazo[28].

Resumiendo, pues, las prioridades del gobierno de Meloni se pueden resumir en seguir el camino marcado por Hungría en la última década, es decir, una especie de vía italiana al orbanismo: ataques a los medios independientes y al poder judicial, ocupación *manu militari* de los medios públicos, guerras culturales para cambiar el relato dominante, represión de la disidencia, recortes de derechos y, *dulcis in fundo*, reformas constitucionales para reforzar el poder del ejecutivo y debilitar la separación de poderes. Obviamente, que Meloni consiga sus objetivos es



una incógnita a día de hoy. Puede que su plan encuentre más resistencias de lo esperado o que naufrague en los próximos años, entre tensiones con sus aliados de gobierno, errores de una clase dirigente bastante inexperta, reacción de la sociedad civil, giros imprevistos a nivel internacional o problemas económicos y financieros. Sin embargo, esto no quita que exista un diseño global y que el ejecutivo presidido por la lideresa de FdI haya dado pruebas claras de querer perseguirlo.

Por poner solo algunos ejemplos, los ataques a periodistas y diarios críticos han sido constantes, incluso con intimidaciones a medios como *La Repubblica* y *Domani* o denuncias a intelectuales de la talla de Roberto Saviano y Luciano Canfora, llevados directamente ante los tribunales para mandar un mensaje claro a los demás. Lo mismo puede decirse de los magistrados, tanto criminalizando aquellos jueces que han bloqueado o tumbado leyes aprobadas por el ejecutivo, como atacando sin reparos al mismo Tribunal Constitucional. Todo esto, junto a una reforma de la justicia que anula el delito de abuso de poder y limita las escuchas telefónicas, ha sido criticado abiertamente por las instituciones comunitarias en el informe sobre el Estado de Derecho en la UE de 2024[29].

Asimismo, la radio televisión pública italiana (RAI) ha sido ocupada «militarmente», echando a periodistas que no siguen a rajatabla la línea política del gobierno y poniendo en su lugar a directores de telediarios vinculados a FdI o la Liga. Además, se ha nombrado director general a Giampaolo Rossi, uno de los ideólogos del partido de Meloni, y se ha creado un sindicato amarillo vinculado a la nueva dirigencia. Incluso se ha llegado a censurar al escritor Antonio Scurati, renombrado internacionalmente por su monumental biografía del fundador del fascismo, bloqueando la emisión de un monólogo que había escrito para el centenario del asesinato del socialista Giacomo Matteotti por parte de las camisas negras de Mussolini. No se trata como en las décadas pasadas de la ya tradicional *lottizzazione* de la RAI, es decir, la repartición de cuotas de poder entre los diferentes partidos según los resultados electorales. El gobierno Meloni ha actuado siguiendo un plan diseñado por el que ha sido hasta septiembre de 2024 su ministro de Cultura, Gennaro Sangiuliano, exdirector de los informativos del segundo canal de la televisión pública, con la voluntad de cambiar la narrativa dominante en el país, a fuerza de un bombardeo constante de noticias sesgadas en los informativos, de series

televisivas o de exposiciones –de Giovanni Gentile a J. R. R. Tolkien[30], pasando por los futuristas– que tienen como mínimo común denominador una marcada retórica nacionalista, el identitarismo, los valores conservadores y la necesidad de insuflar el «orgullo» de ser italianos, además, obviamente, de alabar la acción del gobierno. En el proyecto de Sangiuliano, pues, es central la cuestión de la batalla cultural, siguiendo las enseñanzas de Alain de Benoist. De hecho, el fundador de la Nouvelle Droite no solo ha sido invitado para un debate con el ministro en el Salón del Libro de Turín en mayo de 2023, sino que es citado como una referencia y una inspiración por parte de otros colaboradores de Sangiuliano, como Francesco Giubilei y Alessandro Giuli. Este último, también con un pasado en los sectores más radicales del neofascismo romano en su juventud, ha sido nombrado precisamente ministro de Cultura en septiembre de 2024 tras la dimisión de Sangiuliano por unos líos de falda y supuestos casos de abuso de poder. Tanto Giubilei como Giuli, además, en línea con de Benoist, recuperan instrumentalmente a Gramsci no solo como una de las piezas necesarias para conquistar la hegemonía cultural que, supuestamente, detendría a la izquierda, sino también como ejemplo de parasitismo ideológico[31].

En cuanto a los recortes de derechos, el ejecutivo de Meloni no se ha atrevido aún a prohibir el aborto, pero, de forma mucho más sutil, ha ido vaciando la ley 194 de 1978 que garantiza la interrupción del embarazo. Por un lado, ha financiado las políticas natalistas remachando el clavo en el tema del declive demográfico de la que define «etnia italiana» y, por el otro, ha permitido el acceso a los hospitales públicos de las asociaciones provida, además de favorecer la objeción de conciencia entre el personal sanitario hasta el punto de que en algunas regiones es prácticamente imposible abortar. Asimismo, si bien la lideresa de FdI no ha podido aplicar el «bloqueo naval» que pedía a gritos cuando estaba en la oposición, desde el gobierno ha ido dificultando todo lo posible las políticas de acogida, recortando además su presupuesto. Tras la tragedia de Cutro, un pueblo calabrés en cuyas costas en febrero de 2023 murieron ahogados casi un centenar de migrantes, el ejecutivo aprobó una ley que limita severamente el estatus de protección especial para los migrantes que no reúnen los requisitos para obtener asilo. Por último, se aprobó un decreto que criminaliza e impide en la práctica el trabajo en el Mediterráneo de las

ONG, a las que se obliga a desembarcar a los migrantes rescatados en puertos del norte de la península, a más de 1.000 km de distancia. Sin contar la firma de un tratado con Albania, que sigue el modelo británico con Ruanda: el acuerdo prevé, de hecho, la apertura en el país balcánico de dos centros para inmigrantes rescatados por los barcos de la Marina italiana en las aguas del Mediterráneo.

En cuanto a la voluntad de acallar las protestas, se ha aprobado con urgencia, ya en noviembre de 2022, un decreto contra las fiestas *rave* cuya aplicación, en realidad, va contra cualquier tipo de disidencia, mientras que en el verano de 2023 ha entrado en vigor otra ley contra los llamados «ecovándalos» que castiga a los activistas ambientales con multas de entre 10.000 y 60.000 euros y hasta cinco años de cárcel. Finalmente, los constantes ataques a los sindicatos no solo han ido acompañados de una política firmemente proempresas –con bajada de impuestos a los más ricos y continuas condonaciones fiscales– o a decretos que favorecen la precariedad laboral, sino también de una criminalización de la pobreza con la supresión, entre otras medidas, de la Renta de Ciudadanía[32].

Como ha afirmado el presidente de la asociación A Buon Diritto, Luigi Manconi, se ha implementado «un mensaje ideológico que considera los derechos no como la libre elección de las personas, sino como concesiones, por tanto, restringibles o revocables». En el informe sobre el estado de los derechos en Italia, presentado en diciembre de 2023 por esta asociación, se puso negro sobre blanco el retroceso generalizado de derechos durante el primer año de Meloni. Además de lo apuntado anteriormente, se remarcan también las políticas retrogradadas del ejecutivo en ámbitos como la igualdad de género o el colectivo LGTBIQ+. Una mención especial va a los graves problemas para los hijos no biológicos de parejas del mismo sexo ya que, tras la aprobación de una ley que considera la gestación subrogada un delito universal, el gobierno ha impuesto a los ayuntamientos que dejen de inscribirlos en el registro civil[33].

Si todo esto no fuera suficiente, el gobierno ha avanzado hacia un profundo proceso de reforma constitucional sin buscar el más mínimo acuerdo con las oposiciones. Por un lado, se ha aprobado la reforma constitucional sostenida por la Liga, la llamada autonomía diferenciada, que convierte, en la práctica, todas las regiones que lo quieran en una especie de pequeños Estados. Como ha apuntado Gianfranco Viesti, se trataría de la

«secesión de los ricos»: aumentarían aún más las dramáticas divergencias regionales entre el norte y el sur de la península, ya que no hay ninguna previsión de financiación de la solidaridad interterritorial. Además, esta reforma, elaborada por el histórico dirigente liguista, el actual ministro de Asuntos Regionales y Autonómicos Roberto Calderoli, debilitaría aún más el parlamento, ya que el poder legislativo no tiene la potestad de enmendar los acuerdos entre el Estado y las regiones. Para un partido nacionalista y centralista como FdI esta reforma parecería a todas luces un contrasentido. Hay quien lo justifica como una concesión de Meloni a Salvini para que el líder liguista, en horas bajas, pueda vender una victoria a sus bases históricas de Lombardía y Véneto. Hay algo de verdad en esta interpretación. Sin embargo, como a menudo pasa, el diablo está en los detalles: con un Parlamento vaciado totalmente de competencias al respecto, el poder de implementación real de la autonomía diferenciada se queda en manos de la presidencia del gobierno que puede conceder o bloquear lo que quiera, centralizando aún más todo el funcionamiento del sistema político[34].

Por el otro, Meloni ha pisado el acelerador para aprobar también la que ha definido «la madre de todas las reformas», el llamado *premierato*, es decir, la elección directa del jefe del ejecutivo. Según Meloni, sus objetivos serían «la estabilidad de los gobiernos y la garantía de que sean los italianos los que eligen quién gobierna la nación»[35]. Las referencias implícitas de las motivaciones resumidas por la lideresa de FdI son la inestabilidad gubernamental italiana con ejecutivos que en la época republicana han tenido una duración media de poco más de un año y los llamados *ribaltoni* –literalmente, revolcones–, es decir, los cambios de mayorías parlamentarias durante una misma legislatura. Ahora bien, el *premierato* es una versión 2.0 de una tradicional reivindicación del MSI, el presidencialismo. Cabe recordar que esta había sido la bandera de Almirante en la década de 1980 y se conectaba con el antiparlamentarismo expresado siempre por el líder neofascista que consideraba la democracia parlamentaria una patología cuyo origen se encontraba en la Constitución italiana de 1948[36].

Según los constitucionalistas Claudio De Fiores y Michele Della Morte, la reforma impulsada por Meloni y llevada en el día a día por la berlusconiana Maria Elisabetta Casellati, expresidenta del Senado y actual ministra de

Reformas Institucionales, «pretende aumentar aún más los poderes del ejecutivo, debilitar al Parlamento, marginar las funciones de los órganos de garantía, degradar la representación democrática». Se trataría del fin de la democracia parlamentaria, sustituida por «una idea de democracia ultra gubernamental [y] desintermediada» cuyo objetivo es «alabar las virtudes del mando y perpetuar la obsesión por el líder». Mediante la sumisión de los diputados y senadores, este sería *de facto* «un líder plebiscitado por el pueblo y apoyado por mayorías construidas artificialmente, pero capaz sin embargo de ejercer el poder de revisión, de elegir al presidente de la República, a los jueces constitucionales, a los presidentes de las cámaras»[\[37\]](#). En palabras del historiador Carlo Galli, se trata de «un proceso global de reducción de los espacios de participación y confrontación plural, que refuerza el vértice monocrático del poder ejecutivo y debilita no solo las prerrogativas del jefe del Estado, sino también el papel político del parlamento y de los partidos, es decir, los que tradicionalmente son los baluartes, junto con la prensa, de las democracias liberales»[\[38\]](#).

En síntesis, la reforma prevé la elección directa del presidente del gobierno que, si perdiera la confianza del Parlamento, no podría ser sustituido por otra mayoría alternativa –siguiendo, por ejemplo, el modelo alemán o español–, sino solamente por otro miembro de su coalición que debería continuar con el mismo programa de gobierno. En caso de no darse esta situación o en caso de que también este segundo intento fracasara, el jefe del Estado estaría obligado a convocar nuevas elecciones, perdiendo su prerrogativa de sondear a los partidos para formar posibles mayorías alternativas, junto a otras prerrogativas como la de nombrar a los ministros. Formalmente, pues, el *premierato* es un presidencialismo escondido, ya que seguiría existiendo un jefe del Estado, pero este perdería su rol de garante de la Carta Magna y los valores constitucionales: sería simplemente un figurante en manos del verdadero mandamás, el presidente del gobierno. Cabe subrayar que este sistema, una mezcla de plebiscitarismo y autoritarismo *in fieri*, no tiene parangón en ningún otro país del mundo, excepto el intento –abortado por su evidente fracaso después de tan solo un lustro– que se dio en Israel en la década de 1990. Para más inri, en el mismo proyecto se ha incluido una nueva ley electoral que otorga un premio del 55% de los escaños para la coalición ganadora, convirtiendo a

las oposiciones en figurantes de la vida política. Otro dato es sintomático de la deriva iliberal de esta reforma: la ley electoral se incluiría en la Constitución, lo que implicaría que en el futuro sería extremadamente difícil modificarla[39]. Como resumió el expresidente del Tribunal Constitucional italiano, Gustavo Zagrebelsky, el proyecto, que refuerza «la autoridad en la cúspide» y debilita «la participación política en la base», significa literalmente «el derrocamiento de la democracia participativa y de sus supuestos, en favor de un sistema de autocracia electiva iliberal que de la democracia tiene la cáscara, pero no la sustancia»[40].

Ahora bien, si el *premierato* es solo la guinda del pastel de la vía italiana al orbanismo, no se puede perder de vista la imagen completa, como se ha señalado en las páginas anteriores, es decir, la de una verdadera «deriva iliberal», en palabras de Eric Jozsef, corresponsal en Italia de *Libération*[41]. Como recordaba otro expresidente del Tribunal Constitucional del país transalpino, Giuliano Amato, que avisaba con preocupación de que Italia estaba siguiendo los modelos húngaros y polacos, «las democracias pueden acabar sin mucho clamor, como ha pasado también recientemente en Europa. Y este final tiene siempre un inicio»[42]. De hecho, como subrayó Wojciech Sadurski, «es difícil detectar un punto de inflexión» de todo el proceso de autocratización: «no hay una única ley, decisión o transformación que parezca suficiente para dar la voz de alerta; solo advertimos *ex post* que la línea que divide la democracia liberal de una falsa democracia ha sido superada: los momentos-umbral no se ven como tales cuando vivimos en ellos»[43].

Más que romanizarse, pues, los bárbaros han seguido siendo bárbaros. O, por lo menos, no han cambiado mucho, por más que se hayan integrado en las instituciones. Más bien, parece que hayan sido unos cuantos romanos en barbarizarse[44].

---

[1] Un primer planteamiento de esta cuestión lo he desarrollado en Steven Forti, «Un laboratorio político ultraderechista: la Italia de la Segunda República», en Eduardo Tena Sanz y Sonsoles Dieste Muñoz (eds.), *La derecha radical europea en la actualidad. Discurso de odio e islamofobia*, Valencia, Tirant Lo Blanch, 2023, pp. 29-51.

[2] Colarizi y Gervasoni, *La tela di Penelope*, cit., pp. 3-47. En castellano, véase Alfonso

Botti, «La “Segunda República” en Italia: crónica política de una transición sin fin», *Ayer* 104 (2016), pp. 17-42. Sobre la historia de las derechas en la Italia posterior a la Segunda Guerra Mundial, véase Paolo Macry, *La destra italiana. Da Guglielmo Giannini a Giorgia Meloni*, Bari-Roma, Laterza, 2023.

[3] Giovanni Orsina, *Il berlusconismo nella storia d'Italia*, Venecia, Marsilio, 2013, pp. 97-134.

[4] Véanse Ruben Durante y Brian Knight, «Partisan Control, Media Bias, and Viewer Responses: Evidence from Berlusconi's Italy», *Journal of the European Economic Association* 10/3 (2012), pp. 451-481 y Ruben Durante, Paolo Pinotti y Andrea Tesei, «The Political Legacy of Entertainment TV», *American Economic Review* 109/7 (2019), pp. 2497-2530.

[5] Véase Adalberto Signore y Alessandro Trocino, *Razza padana*, Milán, BUR, 2008, pp. 351-377. Más en general, véase también Paolo Barcella, *La Lega. Una storia*, Roma, Carocci, 2022, pp. 97-102 y 114-123, y Paola Di Lazzaro y Giordana Pallone, *Com'è successo. Una repubblica in crisi, parola per parola*, Roma, Fandango, 2022.

[6] Emilio Gentile, *Fascismo. Storia e interpretazione*, Bari-Roma, Laterza, 2002, p. vi y Francesco Filippi, *Mussolini ha fatto anche cose buone. Le idiozie che continuano a circolare sul fascismo*, Turín, Bollati Boringhieri, 2019, p. 5. He desarrollado más esta cuestión en Steven Forti, «De Berlusconi a Meloni. La memoria del fascismo en la Italia de la Segunda República», en Ricardo Martín de la Guardia, Juan Carlos Jiménez Redondo y Cristina Barreiro Gordillo (eds.), *Las crisis de las democracias liberales. De la marcha sobre Roma al triunfo de Meloni*, Madrid, Sílex, 2024, pp. 133-162.

[7] Aram Mattioli, «Viva Mussolini!» *La guerra della memoria nell'Italia di Berlusconi, Bossi e Fini*, Milán, Garzanti, 2010, p. 67.

[8] *Ibid.*, p. 168.

[9] *Ibid.*, pp. 74-88.

[10] *Ibid.*, pp. 77-161. Véase también Filippo Focardi, *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito politico italiano dal 1945 a oggi*, Bari-Roma, Laterza, 2020, pp. 56-94 y Luca Falsini, *La storia contesa. L'uso politico del passato nell'Italia contemporanea*, Roma, Donzelli, 2020, pp. 117-158. Las foibe son unas simas típicas de la zona del Carso, en la frontera entre Italia y la actual Eslovenia, en que durante la fase final de la Segunda Guerra Mundial fueron asesinadas alrededor de 5.000 personas, la mayoría de ellas italianas.

[11] Christian Raimo, *Ho 16 anni e sono fascista. Indagine sui ragazzi e l'estrema destra*, Milán, Piemme, 2018, pp. 11 y 13.

[12] Jorge del Palacio Martín, «Popolo della Libertà: auge y caída de un partido conservador», *Revista de Estudios Políticos* 189 (2020), pp. 180-187.

[13] Para esta etapa de la historia política italiana, véanse Miguel Gotor, *L'Italia del Novecento. Dalla sconfitta di Adua alla vittoria di Amazon*, Turín, Einaudi, 2019, pp. 454-503 y Annunziata, *L'inquilino*, cit. Sobre Alianza Nacional desde su fundación en Fiuggi en 1995 y su fusión con Forza Italia en 2009, véanse Salvatore Vassallo y Rinaldo Vignati, *Fratelli di Giorgia. Il partito della destra nazionale-conservatrice*, Bolonia, il Mulino, 2023, pp. 61-84 y Marco Tarchi, *Le tre età della fiamma. La destra in Italia da Giorgio*

*Almirante a Giorgia Meloni*, entrevistado por Antonio Carioti, Milán, Solferino, 2024, pp. 224-321.

[14] Véanse Vassallo y Vignati, *Fratelli di Giorgia*, cit., pp. 93-101 y Francesco Giubilei, *Giorgia Meloni. La rivoluzione dei conservatori*, Roma-Cesena, Giubilei Regnani, 2020, pp. 17-28.

[15] Véanse Barcella, *La Lega*, cit., pp. 137-168; Gianluca Passarelli y Dario Tuorto, *La Lega di Salvini. Estrema destra di governo*, Bologna, Il Mulino, 2018; y Daniele Albertazzi, Arianna Giovanni y Antonella Seddone, «“No Regionalism Please, We Are Leghisti!” The transformation of the Italian Lega Nord Under the Leadership of Matteo Salvini», *Regional & Federal Studies* 28/5 (2018), pp. 645-671.

[16] Vladimiro Polchi, «Fact checking: quanto costano i rimpatri chiesti da Berlusconi», *La Repubblica*, 4 de febrero de 2018, disponible en [[https://www.repubblica.it/cronaca/2018/02/04/news/berlusconi\\_migranti-300950384/](https://www.repubblica.it/cronaca/2018/02/04/news/berlusconi_migranti-300950384/)], consultado el 22 de julio de 2024. Sobre la *crimmigration* y los decretos Seguridad, véase Luca Maserà, «La crimmigration nel decreto Salvini», *La legislazione penale*, 24 de julio de 2019, disponible en [<https://www.la legislazione penale.eu/wp-content/uploads/2019/07/Masera-Studi.pdf>], consultado el 22 de julio de 2024.

[17] Véase Giorgia Meloni, *Io sono Giorgia. Le mie radici, le mie idee*, Milán, Rizzoli, 2021.

[18] «Elezioni, sondaggio Quorum/YouTrend: indecisi e astenuti oltre 40%. Cresce FdI, Pd in calo», *SkyTg24.it*, 9 de septiembre de 2022, disponible en [<https://tg24.sky.it/politica/2022/09/09/sondaggi-politici-oggi-elezioni>], consultado el 22 de julio de 2024.

[19] Guarnieri, *Il sistema politico italiano*, cit., pp. 148-158.

[20] Véase David Allegranti y Francesco Maselli, «En la corte de Giorgia Meloni», *El Grand Continent*, 9 de octubre de 2022, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2022/10/09/en-la-corte-de-giorgia-meloni/>], consultado el 22 de julio de 2024. Para una biografía periodística de Meloni, véase Susanna Turco, *Re Giorgia. Contro storia della donna che si è presa l'Italia*, Milán, Piemme, 2022.

[21] Las citas de Orsina en Valerio Valentini, «“Romanizziamo i barbari”, dice Orsina su Lega e M5S», *Il Foglio*, 24 de agosto de 2018, disponible en [<https://www.ilfoglio.it/politica/2018/08/24/news/romanizziamo-i-barbari-dice-orsina-su-lega-e-m5s-210891/>] y Giovanni Orsina, «Politica, tecnocrazia e globalizzazione alla prova delle guerre culturali. La politica del “vistocogliocchi”», *Il Grand Continent*, 26 de octubre de 2023, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/it/2023/10/26/politica-tecnocrazia-e-globalizzazione-alla-prova-delle-guerre-culturali-la-politica-del-vistocogliocchi/>], consultados el 22 de julio de 2024.

[22] Véase, por ejemplo, Javier Romualdo, «Primeros 100 días de Gobierno de Giorgia Meloni: se viste de moderada», *EFE.com*, 30 de enero de 2023, disponible en [<https://efe.com/mundo/2023-01-30/primeros-100-dias-de-gobierno-de-giorgia-meloni/>], consultado el 22 de julio de 2024.

[23] Véase Nicolò Fasola y Sonia Lucarelli, «The “Pragmatic” Foreign Policy of the Meloni Government: Between “Euro-nationalism”, Atlanticism and Mediterranean



Activism», *Contemporary Italian Politics* 16/2 (2024), pp. 198-213.

[24] Alessandro Sallusti y Giorgia Meloni, *La versione di Giorgia*, Milán, Rizzoli, 2023, p. 60.

[25] *Ibid.*, p. 38.

[26] Véase, por ejemplo, Paolo Berizzi, «“Gioventù Meloniana”: la faccia nascosta dei ragazzi di FdI, tra saluti romani, inni al duce e “Sieg Heil”», *La Repubblica*, 14 de junio de 2024, disponible en [\[https://www.repubblica.it/italia/2024/06/14/news/gioventu\\_meloniana\\_neofascismo\\_inchi\\_esta-423233066/\]](https://www.repubblica.it/italia/2024/06/14/news/gioventu_meloniana_neofascismo_inchi_esta-423233066/), consultado el 22 de julio de 2024. Véase, del mismo autor, *Il ritorno della bestia. Como questo governo ha risvegliato il peggio dell'Italia*, Milán, Rizzoli, 2024 y también David Broder, *I nipoti di Mussolini. Il fascismo nell'Italia contemporanea*, Milán, Ponte alle Grazie, 2023.

[27] Unas primeras reflexiones al respecto en Steven Forti, «Italia, capital Varsovia», *El País*, 26 de septiembre de 2022, disponible en [\[https://elpais.com/opinion/2022-09-26/italia-capital-varsovia.html\]](https://elpais.com/opinion/2022-09-26/italia-capital-varsovia.html), consultado el 22 de julio de 2024.

[28] Luigi Mastrodonato, «L'ossessione del ministro Lollobrigida per l'etnia italiana. Che non esiste», *Wired.it*, 12 de mayo de 2023, disponible en [\[https://www.wired.it/article/lollobrigida-etnia-italiana-sostituzione-etnica-teorie-complotto/\]](https://www.wired.it/article/lollobrigida-etnia-italiana-sostituzione-etnica-teorie-complotto/), consultado el 22 de julio de 2024.

[29] Véase Comisión Europea, «2024 Rule of Law Report. Country Chapter on the rule of law situation in Italy», 24 de julio de 2024, disponible en [\[https://commission.europa.eu/document/download/60d79a4f-49cd-4061-a18f-d3a4495d6485\\_en?filename=29\\_1\\_58066\\_coun\\_chap\\_italy\\_en.pdf\]](https://commission.europa.eu/document/download/60d79a4f-49cd-4061-a18f-d3a4495d6485_en?filename=29_1_58066_coun_chap_italy_en.pdf), consultado el 25 de julio de 2024.

[30] Puede resultar extraña la vinculación de Tolkien con el nacionalismo italiano. La razón es que, desde finales de los años setenta, en los tiempos de los «Campamentos Hobbit» que emulaban los festivales de la izquierda, Tolkien se convirtió en uno de los autores de cabecera de los jóvenes neofascistas, que intentaron apropiarse de su imaginario. Asimismo, es uno de los autores preferidos de Meloni, que se formó políticamente en esos ambientes. Al respecto, véase John Phipps, «El amor de los posfascistas italianos por Tolkien», *Jacobinlat.com*, 11 de abril de 2024, disponible en [\[https://jacobinlat.com/2024/04/el-amor-de-los-posfascistas-italianos-por-tolkien/\]](https://jacobinlat.com/2024/04/el-amor-de-los-posfascistas-italianos-por-tolkien/), consultado el 14 de septiembre de 2024.

[31] Michele Gravino, «La destra e la cultura: dal Dante di Sangiuliano al Salone di Torino», *La Repubblica*, 12 de mayo de 2023, disponible en [\[https://www.repubblica.it/venerdi/2023/05/12/news/cultura\\_destra\\_sangiuliano\\_dante\\_salt\\_o-399537425/\]](https://www.repubblica.it/venerdi/2023/05/12/news/cultura_destra_sangiuliano_dante_salt_o-399537425/), consultado el 22 de julio de 2024. Véanse Alessandro Giuli, *Gramsci è vivo. Sillabario per un'egemonia contemporanea*, Milán, Rizzoli, 2024 y Antonio Gramsci, *L'egemonia culturale*, Roma, Historica, 2022. Historica es la editorial fundada por Giubilei.

[32] Para una panorámica del primer año del gobierno de Meloni, véanse Francesca De Benedetti, «No hi ha res “normalitzat” en un any amb Giorgia Meloni», *Política & Prosa* 63 (2024), pp. 58-61 y Gianfranco Viesti, «Le scelte di governo della destra», *Rivista Il*

Mulino, 13 de diciembre de 2023, disponible en [<https://www.rivistailmulino.it/a/le-scelte-di-governo-della-destra>], consultado el 22 de julio de 2024. También Carlo Galli, *La destra al potere. Rischi per la democrazia?*, Milán, Raffaello Cortina, 2024, pp. 103-123.

[33] Maria Novella De Luca, «Donne, gay, migranti: l'anno nero dei diritti. “L'Italia è arretrata su tutti i fronti”», *La Repubblica*, 18 de diciembre de 2023, disponible en [[https://www.repubblica.it/cronaca/2023/12/18/news/donne\\_gay\\_migranti\\_lanno\\_nero\\_dei\\_diritti\\_litalia\\_e\\_arretrata\\_su\\_tutti\\_i\\_fronti-421680467/](https://www.repubblica.it/cronaca/2023/12/18/news/donne_gay_migranti_lanno_nero_dei_diritti_litalia_e_arretrata_su_tutti_i_fronti-421680467/)], consultado el 26 de julio de 2024.

[34] Véase Gianfranco Viesti, *Contro la secessione dei ricchi. Autonomie regionali e unità nazionale*, Bari-Roma, Laterza, 2023.

[35] Sallusti y Meloni, *La versione di Giorgia*, cit., p. 180.

[36] Véase Giorgio Almirante, *Processo al Parlamento*, Roma, CEN, 1969.

[37] Claudio De Fiore y Michele Della Morte, «Le insidie del premierato», *Rivista Il Mulino*, 11 de diciembre de 2023, disponible en [<https://www.rivistailmulino.it/a/le-insidie-del-premierato>], consultado el 26 de julio de 2024.

[38] Carlo Galli, «Chi minaccia la democrazia», *La Repubblica*, 25 de julio de 2024, disponible en [[https://www.repubblica.it/commenti/2024/07/25/audio/il\\_ruolo\\_critico\\_della\\_libera\\_informazione\\_e\\_vitale\\_per\\_la\\_democrazia-423412420/](https://www.repubblica.it/commenti/2024/07/25/audio/il_ruolo_critico_della_libera_informazione_e_vitale_per_la_democrazia-423412420/)], consultado el 26 de julio de 2024.

[39] Véase Amy Kazmin, «Meloni's Radical Plan: Rewriting Italy's Post-fascist Constitution», *Financial Times*, 9 de abril de 2024, disponible en [<https://www.ft.com/content/b6af5da4-e40f-4df3-bcc3-c8001c41503d>], consultado el 26 de julio de 2024.

[40] Gustavo Zagrebelsky, «Il premierato che ci trasforma in un'autocrazia illiberale», *La Repubblica*, 21 de marzo de 2024, disponible en [[https://www.repubblica.it/politica/2024/03/21/news/zagrebelsky\\_riforme\\_costituzionali-422347134/](https://www.repubblica.it/politica/2024/03/21/news/zagrebelsky_riforme_costituzionali-422347134/)], consultado el 26 de julio de 2024.

[41] «Eric Jozsef: “Il caso Scurati dimostra che in Italia c'è una deriva illiberale. Serve un risveglio delle coscienze”», *La Repubblica*, 22 de abril de 2024, disponible en [[https://www.repubblica.it/esteri/2024/04/22/news/eric\\_jozsef\\_censura\\_scurati\\_meloni-422680943/](https://www.repubblica.it/esteri/2024/04/22/news/eric_jozsef_censura_scurati_meloni-422680943/)], consultado el 26 de julio de 2024.

[42] Simonetta Fiori, «Giuliano Amato: “Democrazia a rischio. L'Italia può seguire Polonia e Ungheria”», *La Repubblica*, 2 de enero de 2024, disponible en [[https://www.repubblica.it/politica/2024/01/01/news/giuliano\\_amato\\_democrazia\\_a\\_rischi\\_o\\_litalia\\_puo\\_seguire\\_polonia\\_e\\_ungheria-421792735/](https://www.repubblica.it/politica/2024/01/01/news/giuliano_amato_democrazia_a_rischi_o_litalia_puo_seguire_polonia_e_ungheria-421792735/)], consultado el 26 de julio de 2024.

[43] Citado en Przeworski, *Las crisis de la democracia*, cit., p. 198.

[44] El voto contra Von der Leyen en julio de 2024 ha sido, aparentemente, la gota que ha colmado el vaso de la paciencia de otro académico cercano a Orsina, Lorenzo Castellani, que defendía también la tesis de la romanización de los bárbaros. Castellani consideró ese voto en la Eurocámara un «error estratégico» de Meloni y mostraba toda su decepción, afirmando que Hermanos de Italia «es incapaz de romper con el euroescepticismo y el excesivo soberanismo; parece carecer de cultura de gobierno y de sentido de Estado», en Lorenzo Castellani, «¿El fracaso estratégico de Meloni en Europa

marca el fin de la melonización?», *Le Grand Continent*, 18 de julio de 2024, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2024/07/18/el-fracaso-estrategico-de-meloni-en-europa-marca-el-fin-de-la-melonizacion/>], consultado el 26 de julio de 2024.

## CAPÍTULO VII

### «*Unite the Right*»

El 11 y 12 de agosto de 2017, Charlottesville fue teatro de una manifestación organizada por grupos supremacistas blancos que protestaron contra la decisión del ayuntamiento de quitar la estatua del general confederado Robert E. Lee del parque de la ciudad. Envalentonados tras la victoria de Donald Trump en las elecciones del año anterior, en esa pequeña localidad de Virginia se reunieron varios centenares de militantes de las extremas derechas que, bajo el lema «*Unite the Right*» («Unid a la Derecha»), por la noche desfilaron con antorchas encendidas, coreando eslóganes antisemitas y ondeando banderas nazis, confederadas y libertarias. El segundo día, un supremacista blanco embistió con su coche a los contramanifestantes que se habían congregado en la ciudad, matando a una mujer, Heather Heyer, e hiriendo a más de treinta personas. Desde la Casa Blanca, Trump no condenó explícitamente a los ultraderechistas, tanto que el histórico líder del Ku Klux Klan, David Duke, se lo agradeció, declarando que había votado por Trump y que cumplirían con la promesa de «recuperar» el país<sup>[1]</sup>.

Los acontecimientos de Charlottesville podrían parecer una nota a pie de página en la historia de la presidencia de Trump o de las extremas derechas del siglo XXI. Sin embargo, nos muestran un objetivo compartido a nivel internacional por los ultras, el de unir a toda la derecha, por más que se pueda impulsar de diferentes maneras y desde diferentes posiciones. En el caso de la ciudad de Virginia, los promotores de esta estrategia han sido concretamente las franjas más extremas, constituidas por supremacistas blancos y neonazis, pero lo mismo vienen haciendo o, por lo menos, intentando, los ultraderechistas más «presentables», tanto en EEUU como en América Latina o en Europa.

A fin de cuentas, las amplias redes que se han ido forjando en las últimas tres décadas tienen como objetivo prioritario el de establecer alianzas transnacionales entre diversos actores en el lado derecho del espectro

político: desde neoliberales de toda la vida hasta neofascistas mínimamente aceptables, pasando por integristas cristianos, nacionalistas más o menos radicales, conservadores de viejo cuño, democristianos y sectores que se consideran de centroderecha. Como hemos visto en el cuarto capítulo, el tiro parece que no le haya salido precisamente por la culata, más bien al contrario. ¿Otro ejemplo? El lema de la edición húngara de la CPAC de 2023 se tituló justamente «Unite We Stand!», es decir, «¡Unidos resistiremos!». La referencia en ese caso es a la unión de conservadores, nacionalistas y «gente de bien»: en una palabra, las derechas. Como acabamos de ver, otro ejemplo concreto de todo esto es la estrategia que ha puesto en práctica con éxito en Italia Giorgia Meloni, siguiendo el camino empezado ya en la década de 1990 por Silvio Berlusconi. Una estrategia que, no se pierda de vista, no se limita solo al país transalpino: una vez asentada en Roma, la lideresa de FdI ha intentado aplicar la misma estrategia en la UE, forjando una alianza con los populares. Aunque la jugada tras las elecciones europeas de 2024 no le ha salido redonda, se trata solo del primer asalto a la diligencia. La guerra es aún larga y perros viejos como Orbán lo saben muy bien.

## LA APUESTA NACIONALCONSERVADORA

Se dirá que el caso italiano es peculiar o, incluso, más único que raro. A fin de cuentas, se ha repetido que Italia ha sido una excepción en casi toda su historia: ¿por qué no debería serlo ahora? Lo fue en las primeras décadas de la Guerra Fría al ser el único país de la Europa occidental que contaba con un partido neofascista en su Parlamento. Lo fue también después con la entrada en escena de un empresario populista que ha marcado más de dos décadas de su historia. FdI y la propia Meloni, al fin y al cabo, son nietos e hijos de esas dos «excepciones». Si esto es indudable, debemos sin embargo hilar un poco más fino. En caso contrario perdemos de vista lo que está pasando a nivel global.

Como se ha explicado en el capítulo anterior, en FdI hay un sólido hilo *negro* con la tradición neofascista, representada por el MSI, y la posfascista, representada por la AN de Fini. No solo porque Meloni y todo su *inner circle* –la llamada generación Atreju, por el nombre del mitin anual que las juventudes de AN organizaban– vienen de ese mundo, sino por la presencia

de esa cultura política en las bases ideológicas y la *Weltanschauung* del partido. No es casualidad que en el símbolo de FdI reluzca la llama tricolor que fue la marca del MSI y que, como se sabe, fue «copiada» por Jean-Marie Le Pen cuando creó el FN. Y tampoco que en las elecciones municipales de Roma de 2016 y 2021 presentara en sus listas a Rachele Mussolini, nieta del dictador, o que se opusiera a la ilegalización de Fuerza Nueva tras el asalto de este partido a la sede de la Confederación General del Trabajo en octubre de 2021. Como apuntó Andrea Mammone, FdI representa «un regreso a la derecha de la comunidad político-cultural *missina*», con la reapropiación de un imaginario basado en los conceptos de nación, patria, pueblo, tradición y familia, así como un alejamiento del camino recorrido por Fini, considerado como un traidor[2]. La propia Meloni ha puesto de manifiesto la continuidad de su proyecto. En su autobiografía, de hecho, presenta a FdI como «un nuevo partido para una antigua tradición» y afirma que «he recogido el testigo de una historia larga de setenta años, he cargado en mis espaldas los sueños y las esperanzas de un pueblo que se había encontrado sin un partido, sin un líder»[3]. Más claro, el agua.

Ahora bien, reducir FdI a esto sería incorrecto[4]. De hecho, esa continuidad es al mismo tiempo «reivindicada y escondida» con el objetivo de llevar el partido fuera del gueto del neofascismo sin renegar de gran parte de los valores de aquel mundo: la reelaboración ideológica se mueve, pues, entre el mantenimiento de la identidad del pasado y la inserción en una corriente internacional nacionalconservadora[5]. Efectivamente, como apunta también el joven intelectual meloniano Francesco Giubilei, hay dos áreas del partido, la conservadora y la soberanista, que representarían dos «sensibilidades», la del «mundo liberal» y la de la «derecha social»[6]. Se trataría, en cierto sentido, de la actualización de las dos almas que marcaron la historia del MSI y de AN: el sector conservador, que aceptó el atlantismo —los «demonacionales»—, y el sector antisistema, que ve en el fascismo la base de su identidad humana y su militancia política[7].

Según sus mismos impulsores, la propuesta de FdI es una mezcla de soberanismo y conservadurismo —«*Sovranisti e conservatori*» fue el lema introducido en el símbolo del partido para las elecciones europeas de 2019— que se resume en el paradigma identitario formado por la tríada dios, patria y familia a la cual se añade la libertad, entendida en un sentido neoliberal a

lo Thatcher y Reagan. Las referencias ideológicas son los filósofos conservadores Roger Scruton y Yoram Hazony, además del polaco Ryszard Legutko o el italiano Renato Cristin con su «filosofía de la identidad»[\[8\]](#). El soberanismo se entiende como «la idea de que la soberanía debe ser devuelta a los pueblos y a los Estados nacionales» frente a la amenaza representada por el «pensamiento liberal y globalista» que «niega el papel y el valor de la identidad» de la misma forma que lo hizo el comunismo durante el siglo XX. Así, la inmigración es presentada como «un instrumento de los mundialistas para destruir las pertenencias nacionales, para crear un mejunje indistinto de culturas», hasta el punto de llegar a citar a Jean Raspail y la teoría conspirativa del gran reemplazo, mientras que lo políticamente correcto viene a ser «una dictadura nueva, impalpable», «el evangelio de una elite apátrida y desarraigada» que «con instinto talibán» quiere imponer «la censura de la psico-policía del pensamiento único»[\[9\]](#). Las palabras de Meloni parecen un resumen de las tesis de Alain de Benoist, el fundador de la Nouvelle Droite francesa, que en uno de sus últimos libros habla justamente de «nueva censura» del «pensamiento único», donde lo políticamente correcto sería «el heredero de la Inquisición» y un nuevo «macartismo»[\[10\]](#).

En este argumentario, si los principales enemigos son el progresismo y la Ilustración, por su «cruzada en nombre de la razón contra la autoridad de la tradición», la solución se encuentra en «una verdadera regeneración del valor de la patria», como se apunta en el manifiesto programático del partido elaborado en el congreso de Trieste de 2017 en que FdI se define como el «movimiento de los patriotas». Citando a Johann Gottfried Herder, Ernest Renan y Giovanni Gentile, las naciones son consideradas «organismos vivientes»: la patria es, pues, «lo opuesto de la estandarización [y] la homologación [...] impuestos por la globalización salvaje en que se funden la utopía internacionalista del viejo comunismo, el tercermundismo pauperista y la práctica comercial mundialista de las grandes multinacionales»[\[11\]](#).

Se dirá que este caparazón ideológico es anterior a la llegada al poder de Meloni: tras septiembre de 2022, la lideresa de FdI se habría «moderado», como afirmaron muchos tras los frecuentes viajes de la premier italiana a Bruselas y a Washington. Una vez más, esta interpretación no se sostiene por ningún lado. Como hemos visto en las páginas anteriores, la actuación

de su gobierno no se aleja de esos principios, más allá de algún matiz liberal introducido por uno de los socios de coalición, Forza Italia. Además, en un libro-entrevista publicado un año después de la victoria electoral –una operación propagandística para mostrar a la «nueva» Giorgia, supuestamente moderada, además de seria y preparada– la melodía es exactamente la misma, si bien el tono es afable y no hay gritos como en la plaza de Toros de Marbella. Valgan solo dos ejemplos. Por un lado, para Meloni, la UE de hoy en día sigue siendo la «que esconde los crucifijos, prohíbe la palabra Navidad en sus comunicaciones oficiales y luego deja barrios enteros en manos de la ley islámica o acoge en sus sedes institucionales exposiciones con imágenes blasfemas». Una UE que se debe cambiar radicalmente para que no sea una federación, sino una confederación de Estados soberanos que proteja las fronteras y ensalce la identidad cristiana. Por el otro, no solo niega que hablar de «sustitución étnica» sea reprochable, sino que afirma cándidamente, con una mención explícita a George Soros, que «los que empujan para una inmigración de masas e incontrolada solo desde algunas áreas del mundo tiene dos objetivos ocultos, es decir, desnaturalizar la identidad de las naciones y rebajar los derechos de los trabajadores»[\[12\]](#). No es difícil ver aquí, una vez más, la lección de la Nouvelle Droite que propuso sustituir el racismo biológico con el etnodiferencialismo para que el neofascismo saliese de su (auto)guetización tras 1945. No parece que la Meloni de 2023 sea muy distinta de la que gritaba como una obsesa en el mitin de Vox o de la que presidía las juventudes de AN.

Ahora bien, hay toda una serie de referencias intelectuales que van más allá del panteón ideológico del neofascismo, como Scruton, Hazony o Legutko, además de Karol Wojtyła y Joseph Ratzinger, citados a menudos por Meloni en su misma autobiografía[\[13\]](#). Si de Hazony, presidente de la Fundación Edmund Burke y autor del celebrado *Las virtudes del nacionalismo*, ya se habló, vale la pena dedicar algunas líneas a los otros dos autores mencionados. Scruton es el ejemplo paradigmático del conservador tradicional de la segunda mitad del siglo XX que al final de la Guerra Fría empieza a virar hacia posiciones más reaccionarias. Autor del influyente *The Meaning of Conservatism* (1980), en un principio el intelectual británico apoyó a Margaret Thatcher, pero al poco tiempo se alejó paulatinamente de ella, no tanto por sus políticas neoliberales, sino por



su asunción de la sociedad abierta y de lo que se empezó a llamar consenso liberal. Scruton, de hecho, había quedado horrorizado por los nuevos movimientos sociales progresistas en su experiencia parisina alrededor de 1968. En los años ochenta fue el fundador y editor de *The Salisbury Review*, una revista de la órbita de los Tories británicos que defendía el tradicionalismo político, recuperando el pensamiento de Edmund Burke. En la segunda década del siglo XXI, Scruton, que moriría en 2020, se convirtió en una referencia imprescindible de gran parte de las nuevas ultraderechas[14].

El caso de Legutko es distinto. Crecido al otro lado de la cortina de acero durante la Guerra Fría, el filósofo polaco representaba un liberalismo conservador anticomunista que, a partir del nuevo milenio, adoptó tintes marcadamente iliberales. Dirigente del PiS, ministro de Educación durante unos meses en 2007 y eurodiputado durante una década, Legutko ha condensado sus reflexiones en *Los demonios de la democracia. Tentaciones totalitarias en las sociedades libres*, donde afirma que el sistema político liberal tiene, al fin y al cabo, los mismos objetivos que el comunista[15]. En un reciente artículo donde explicaba por qué no es liberal, Legutko afirmaba que

han pasado casi treinta años desde la desintegración de la Unión Soviética. Con la desaparición del comunismo aumentaron las libertades políticas en tierras antes oprimidas, pero casi inmediatamente después surgió un nuevo sistema de tabúes y restricciones. Este sistema se hace cada vez más fuerte. [...] La libertad de pensamiento está en peligro[16].

Es cierto que Scruton miraba con nostalgia al pasado y a una civilización inglesa que había desaparecido, mientras Legutko se había convertido en un decepcionado del modelo liberal occidental deseado tan intensamente en su juventud. Sin embargo, ambos, así como la mayoría de los republicanos estadounidenses o de los Tories británicos, comparten algo. Como apuntó Anne Applebaum en un libro donde mostraba una mezcla de sorpresa, desazón y desasosiego por lo que había pasado con tantas personas con quienes había compartido muchas batallas, en la primera década del nuevo milenio estos sectores pasaron del optimismo por la derrota de la URSS en la Guerra Fría y el fin del comunismo a un «pesimismo apocalíptico». Applebaum resumía sus pensamientos en estas frases: «EEUU está

condenado; Europa está condenada; la civilización occidental está condenada. Y los responsables de ello son la inmigración, la corrección política, los transgénero, la cultura, el *establishment*, la izquierda y los demócratas»[\[17\]](#).

Los encuentros organizados por la Fundación Edmund Burke de Hazony son una condensación de todo esto. Cabe recordar que en febrero de 2020, pocas semanas antes de que el mundo se parase por la pandemia, la fundación organizó en Roma un congreso de la red nacionalconservadora titulado «Dios, Honor, Patria. El Presidente Ronald Reagan, el papa Juan Pablo II y la libertad de las naciones». Ahí participaron Meloni, Abascal, Marion Maréchal y Orbán, pero también figuras que mueven los hilos de estas redes como los ya citados Legutko, John O’Sullivan del Instituto Danube de Budapest o Francesco Giubilei. Este último es el presidente de los dos principales *think tanks* de FdI, Nación Futura y la Fundación Tatarella, dedicada a Giuseppe Tatarella, histórico dirigente del MSI y fundador de AN junto a Gianfranco Fini. Tras la victoria electoral de Meloni, fue el mismo Giubilei quien organizó en Roma la primera edición de los encuentros italianos de la misma red. En el congreso «Europa, Identidad y Libertad», participaron, entre otros, Jorge Buxadé, Balász Orbán –hombre de confianza del autócrata húngaro–, el portugués André Ventura, el mismo O’Sullivan o Mattias Karlsson, ideólogo de Demócratas de Suecia (SD). Además, tomaron la palabra representantes de organizaciones que ya hemos encontrado en la tupida red ultraderechista explicada en el cuarto capítulo, como el MCC, el Centro por los Derechos Fundamentales o el Instituto Acton, miembro de la Atlas Network, con Alejandro Chafuen a la cabeza, impulsor de la presidencia de Trump y financiador de Milei[\[18\]](#). En resumidas cuentas, los que se dicen nacionalconservadores están vinculados principalmente al ECR en la UE, a los Tories en Gran Bretaña y a los Republicanos en EEUU, pero involucran también en sus movimientos al rusófilo Orbán, tienen lazos con el paleolibertario Milei y con el sector más radical del trumpismo, además de, obviamente, la ultraderecha israelí. Llegados a este punto, quizá conviene intentar comprender qué es o, por lo menos, qué se entiende con el concepto de nacionalconservadurismo.

En un editorial publicado en febrero de 2024, *The Economist* avisaba sin medias tintas del peligro nacionalconservador. Según la revista británica,

los Trump, los Orbán y las Meloni habían demolido el conservadurismo construido a principios de los años ochenta por Reagan y por Thatcher, sustituyéndolo por otro cuyos pilares son la política del agravio y el «declivismo». Los nacionalconservadores, continuaba el editorial,

odian poner en común la soberanía en organizaciones multilaterales, sospechan que los mercados libres están manipulados por las elites y son hostiles a la inmigración. Desprecian el pluralismo, especialmente el multicultural. Los nacionalconservadores están obsesionados con el desmantelamiento de las instituciones que consideran contaminadas por la mundialización y la globalización[19].

Según *The Economist*, pues, el nacionalconservadurismo no es nada más que un sinónimo de lo que algunos llaman derecha radical y que en este libro hemos denominado extremas derechas. Ahora bien, en realidad podemos encontrar diferentes niveles de lectura. En primer lugar, llamarse nacionalconservadores es una clara operación cosmética para hacerse pasar como más moderados y presentables. Es algo similar, si se quiere, a lo que se llama el proceso de desdiabolización de Le Pen que de vez en cuando se saca selfis con un gatito entre los brazos para mostrarse como «una mujer simpática, cercana, terrenal y amante de los animales»[20]. En segundo lugar, el nacionalconservadurismo es también una estrategia política a través de la cual los ultras de toda la vida intentan atraer a su campo magnético a las demás derechas. Dicho con otras palabras, es el camino para llegar al mismo objetivo planteado por los supremacistas blancos en Charlottesville. En tercer lugar, representa también el avanzado proceso de radicalización de una parte de la derecha *mainstream* que ha abrazado el iliberalismo y el autoritarismo. Y que está dispuesta a aliarse con los que antes estaban al otro lado del cordón sanitario. Sería lo que Natascha Strobl llama «conservadurismo radicalizado»[21]. En resumidas cuentas, el nacionalconservadurismo no es solo un sinónimo de lo que en este libro hemos llamado extremas derechas 2.0, sino que es también el intento, más o menos logrado, de unificar a todas las variables que se encuentran en el lado derecho del espectro político. O, si se quiere, de ofrecer un lugar de encuentro o una pista de aterrizaje común.

Esto nos lleva a una comparación necesaria con los años de entreguerras. Como se ha explicado, las nuevas extremas derechas no son el fascismo histórico, por más que haya elementos de continuidad, más o menos

marcados según el contexto nacional. Al mismo tiempo, y al contrario de lo que se lee a menudo en la prensa, la historia no es cíclica ni se repite, lo que no impide que puedan establecerse paralelismos. En la definición de fascismo que citamos al comienzo de este volumen, Robert O. Paxton subrayaba la «colaboración incómoda pero eficaz» entre «un partido con una base de masas de militantes nacionalistas comprometidos» y las «elites tradicionales»[\[22\]](#). Otros historiadores han puesto de relieve con razón que en las décadas de 1920 y 1930 se dio un *compromiso autoritario*. Sin entrar ahora en el debate sobre la naturaleza de los regímenes de la Europa de entreguerras –fascistas, parafascistas, fascistizados o autoritarios–, es indudable reconocer, de todas formas, que donde los fascistas llegaron al poder hubo siempre algún tipo de acuerdo con las elites tradicionales o, al menos, buena parte de ellas.

Como apuntó Aristotle Kallis, incluso en Italia y Alemania se trató de una especie de «revolución con consentimiento», que fue posible «solo porque tanto las elites como los líderes fascistas habían abandonado su desdén inicial mutuo y reconocieron los beneficios de una alianza táctica de corto plazo contra enemigos comunes (el sistema parlamentario, el socialismo y el movimiento obrero)»[\[23\]](#). Sin el apoyo de los nacionalistas y los conservadores alemanes, además del de los empresarios y del mismo presidente de la República Von Hindenburg, Hitler jamás habría sido nombrado canciller en enero de 1933. Tampoco habría podido aprobar la Ley Habilitante dos meses más tarde, lo que le permitió instaurar la dictadura. Asimismo, en Italia no solo las camisas negras pudieron llevar adelante sus «acciones punitivas» contra el movimiento obrero y llegar a controlar en la práctica parte del territorio nacional por el soporte financiero y político del empresariado y los grandes latifundistas, sino que Mussolini jamás hubiese podido hacerse con la presidencia del gobierno sin el apoyo de la monarquía, los conservadores y el grueso de los liberales de la época que poco después de la marcha sobre Roma se incorporaron al Partido Nacional Fascista, participando en la destrucción de la democracia liberal y la instauración de la dictadura.

En la Europa de entreguerras, los procesos y los resultados no fueron obviamente siempre los mismos: dependió, en primer lugar, de la correlación de fuerzas existentes entre el partido fascista, los otros sectores de la derecha de la época y las elites tradicionales. Mirando a los casos de

otras dictaduras de entreguerras, como la de Dollfuss en Austria, Horthy en Hungría, Franco en España o Salazar en Portugal, Kallis puso de manifiesto que, cuando los fascistas no pudieron imponerse y convertirse en hegemónicos, las elites cooptaron grupos fascistas o adoptaron elementos fascistas con el objetivo de «fascistizar» la acción de los gobiernos. Es decir, se dio un «proceso de importación del fascismo (como ideología o elite política) en la lógica de una transformación autoritaria del sistema político ideada por ciertos sectores de las elites», las cuales se encontraban desunidas y en crisis tras la Primera Guerra Mundial. Kallis no negaba que «había diferencias significativas entre los movimientos “fascistas” y las “elites conservadoras”», pero aclaraba que «cuanto más se desplaza el análisis desde [...] las proclamas ideológicas hacia las prácticas políticas en el ejercicio del poder, [...] la distinción se vuelve cada vez más borrosa y problemática»[\[24\]](#).

A esto hay que añadir otro elemento que nos lleva, una vez más, al «enigma» fascista. Como se recordaba en el segundo capítulo, existe un intenso debate entre los historiadores para entender si es correcto hablar de fascismo para todos los regímenes y los movimientos autoritarios que aparecieron en Europa tras el primer conflicto mundial. ¿Fueron la Heimwehr austriaca o el Partido Popular Francés de Jacques Doriot unas organizaciones fascistas o sencillamente autoritarias y nacionalistas? No hay un consenso al respecto. Ahora bien, todos los especialistas están de acuerdo en que no se trató de un proceso mimético o de simple emulación del fascismo italiano o del nacionalsocialismo alemán. Es cierto que entre los años veinte y mediados de los treinta fueron muy pocos en el espacio derechista europeo (y global) los que negaron su admiración o interés por los experimentos de Mussolini e Hitler. Algunos historiadores han hablado, efectivamente, de «impregnación fascista» o han planteado la existencia de un «campo magnético del fascismo» que atraía a partidos e intelectuales que se encontraban en el heterogéneo espacio derechista[\[25\]](#). Ahora bien, la mayoría de partidos políticos, así como de intelectuales, rechazaron la etiqueta de fascista para evitar ser tachados de sucursales de ideas y movimientos políticos extranjeros. Todos pusieron de relieve su originalidad nacional y se preocuparon por marcar las diferencias respecto a los modelos italiano y alemán. Como apuntaron António Costa Pinto y Aristotle Kallis, lo que se dio fue más bien un proceso de apropiaciones

selectivas que dependían de las percepciones, el *background* cultural y político, el marco ideológico y los objetivos e intereses de cada uno de estos actores[26].

Fijémonos un momento, por ejemplo, en el caso de España. Tal como explicó Ismael Saz, en los años de entreguerras debajo de los Pirineos se configuraron dos culturas políticas en las extremas derechas: la fascista y la nacionalista reaccionaria. A diferencia de los conservadores, ambas defendían la supresión del Parlamento y la destrucción de la democracia liberal. Sin embargo, la primera era una ideología ultranacionalista, palingenésica y populista que puede ser considerada una religión política, mientras que la segunda era nacionalista, reaccionaria y elitista. Las principales matrices autóctonas de estas culturas políticas fueron distintas: la del fascismo español se encuentra en los intelectuales regeneracionistas y noventayochistas –desde Joaquín Costa hasta José Ortega y Gasset–, mientras que la del nacionalismo reaccionario se encuentra en el nacionalcatolicismo –desde Juan Donoso Cortés hasta Marcelino Menéndez Pelayo–. A esto hay que añadir las influencias ideológicas extranjeras como el fascismo italiano, el nacionalsocialismo alemán, la Acción Francesa de Maurras y Barrès, el integralismo lusitano de Sardinha, los intelectuales de la Revolución Conservadora alemana, el conservadurismo británico de Chesterton o el corporativismo cristiano. Ahora bien, siguiendo la tesis de Saz, las relaciones entre estas dos culturas políticas fueron múltiples, complejas y porosas: se dieron así procesos de hibridación y contaminación recíprocos con elementos de fascistización en el nacionalismo reaccionario y de integración de elementos de este último en el fascismo. Sin contar que a mediados de la década de 1930, también amplios sectores conservadores se sumaron a fascistas y nacionalistas reaccionarios para forjar una alianza que, bajo el mando de sectores del Ejército y con el apoyo de la Iglesia, se sublevó contra la República desatando una guerra civil cuya conclusión significaría la instauración de la dictadura franquista[27].

Esto ha comportado un esfuerzo para buscar el mínimo común denominador de lo que han sido las extremas derechas en la época contemporánea. No quiero aquí volver a las posibles definiciones de lo que fue el fascismo –piénsese, por ejemplo, en la sintética definición de Roger Griffin–, sino poner de relieve que diferentes historiadores se han esforzado para encontrar los elementos o, directamente, el elemento que permitió

estas hibridaciones y colaboraciones en la etapa de entreguerras. Hay quien ha apuntado, como el mismo Saz, que el nexo es el nacionalismo; quien, como Joan Pubill, que es el antiliberalismo; o quien, como el ya citado Kallis, la existencia de enemigos comunes, es decir, el sistema parlamentario, el socialismo y el movimiento obrero[28].

Ahora bien, volvamos al presente. Salvando todas las distancias, ¿podemos decir que estamos asistiendo a una nueva versión de ese compromiso autoritario que forjó una alianza «incómoda pero eficaz» entre los fascistas y las elites tradicionales? O, por lo menos, ¿podemos afirmar que, tras unas décadas en que la derecha había aceptado la democracia liberal, había renegado de los «errores» del pasado y había excluido cualquier posible colaboración con los ultraderechistas, ahora vuelve a plantearse una colaboración con ellos? ¿Estamos viviendo una nueva fase de hibridaciones entre diferentes sectores de la derecha, entre las cuales quien lleva la voz cantante son justamente los ultras? Y si todo esto es cierto, ¿podemos considerar justamente el nacionalconservadurismo como el espacio o el concepto que facilita y permite estas colaboraciones e hibridaciones?

## MELONI *DOCET*

Si entendemos de esta manera el nacionalconservadurismo, podemos comprender algunos procesos globales, circunnavegando el escollo del supuesto excepcionalismo de cada caso nacional. Sí, Italia es un caso peculiar, pero también Hungría o Argentina lo son. Y a su manera Suecia, Finlandia, los Países Bajos, España o Francia. Pero en todos estos países, con correlaciones de fuerzas y tiempos distintos, está pasando algo similar que se conecta con lo que hemos visto en las páginas anteriores: la radicalización de las derechas *mainstream*, el avance electoral de un nuevo tipo de extrema derecha, su normalización, su capacidad de marcar los debates políticos y mover la ventana de Overton, su incorporación en redes transnacionales y su voluntad de unificar a todas las derechas en sus países y a nivel europeo y global[29]. Demos un vistazo, pues, a lo que pasa en otras latitudes.

En Francia, de momento, la extrema derecha aún no ha llegado al poder, pero está cada vez más cerca tanto del Palacio de Matignon como del

Elíseo. No se trata, de todas formas, solo de que la RN obtenga cada vez más consensos electorales, sino de un proceso que junta la desdiabolización, que Le Pen se esfuerza por conseguir desde hace una década, con el objetivo de unificar a la derecha gala[30]. Después de años en que el llamado frente republicano había estado encerrando en una esquina, la de los impresentables, a los lepenistas, a partir de las elecciones legislativas de junio de 2024 una parte de la derecha ha aceptado cruzar el Rubicón. Más allá de lo que pase en el futuro, la ruptura de los Republicanos ha marcado, sin duda alguna, un antes y un después con el grupo liderado por Éric Ciotti que se ha presentado a las elecciones en coalición con la RN. Ahora bien, por más que una parte, de momento mayoritaria, de los posgolistas se haya mantenido dentro del frente republicano, la radicalización ideológica del partido que fue de Chirac, además de su desorientación, es indudable. La presencia a su derecha de un competidor fuerte que respecto a las décadas pasadas se ha hecho con la hegemonía del espacio conservador francés ha llevado a los Republicanos a endurecer su discurso y sus propuestas. El camino lo sembró ya Nicolas Sarkozy desde 2007, pero el salto de calidad lo demuestran declaraciones como las de Valérie Pécresse, que durante la campaña electoral de las presidenciales de 2022 hizo una referencia explícita a la teoría conspirativa del gran reemplazo[31]. No se pierda de vista, además, que Pécresse –desde 2015 presidenta de la importante región de la Isla de Francia– es del sector que ha rechazado seguir a Ciotti y aliarse con la RN. Asimismo, la decisión de Macron de nombrar presidente del gobierno al republicano Michel Barnier en septiembre de 2024 va en una dirección similar: para poder mantenerse en el poder, de hecho, Barnier debe contar con el visto bueno de Le Pen, la cual ha garantizado que no presentará una moción de censura en la Asamblea Nacional. Tras haber defendido al frente republicano de cara a la segunda vuelta de las legislativas de julio de 2024, tanto los posgolistas como los macronianos han demostrado que el frente republicano no es nada más que un cacharro viejo del cual se puede prescindir.

La melonización de la RN, como la ha llamado la prensa francesa, no tiene que ver solo con las selfis de los gatitos que Le Pen cuelga en sus redes sociales, sino también con el esfuerzo de ofrecer una imagen de lideresa seria, responsable y alejada de las posiciones extremistas del pasado[32]. De hecho, en 2018, el mismo año del cambio de nombre del



partido, la lideresa de la RN decidió expulsar a su padre Jean-Marie, que se había convertido en un lastre insostenible con sus posiciones homófobas, antiabortistas y negacionistas del Holocausto. Además, la entrada en escena de Éric Zemmour de cara a las presidenciales de 2022 ha sido un verdadero regalo para Marine: más allá de la expectación despertada al principio, en realidad el líder de Reconquista no ha conseguido nunca poner en duda la hegemonía de la RN, un partido que puede contar con una historia de medio siglo, una organización arraigada en el territorio y una propuesta ideológica sólida. Pero, y aquí está el inesperado regalo, con sus declaraciones provocadoras al estilo trumpista y su identitarismo desacomplejado, que le han causado varias condenas por odio racial, Zemmour le ha permitido a Le Pen parecer menos extremista y más «moderada». Algo similar le ha pasado también a Meloni frente a un Salvini explícitamente putiniano y eurofóbico.

En esto, Le Pen ha podido aprovecharse también del apoyo del magnate Vicent Bolloré, presentado como el Murdoch francés, que a través de sus medios de comunicación –desde la radio Europe 1 hasta la televisión CNews, pasando por periódicos como *Le Journal du Dimanche* o *Paris Match*– ha trabajado incansablemente para el blanqueamiento de las extremas derechas[33]. No se pierda de vista, además, que Bolloré fue el gran patrocinador de la candidatura de Zemmour en las presidenciales de 2022 y que ya en 2019, el futuro líder de Reconquista lanzó, junto a Marion Maréchal, la llamada Convención de las Derechas, un encuentro que se proponía justamente unificar a todos los conservadores del Hexágono[34]. Al final, la apuesta de Zemmour ha fracasado estrepitosamente, pero el resultado es el mismo, si bien es Marine Le Pen la que lleva las riendas de la operación.

Se dirá que lo de la melonización del antiguo FN es una exageración de los medios de comunicación. A fin de cuentas, el partido de Le Pen se ha marchado con Orbán a PfiE, no ha renegado del todo de sus pasados contactos con el Kremlin y no ha virado aún hacia el atlantismo. Además, la RN no ha participado en estos años en las redes nacionalconservadoras, como la Fundación Edmund Burke de Hazony, excepto por la sobrina de Marine, Marion Maréchal, que, tras una travesía en el desierto y la incorporación al proyecto de Zemmour, ha vuelto solo recientemente al redil del partido de su familia. Sin embargo, la melonización es más que

visible si tenemos en cuenta también la decisión de Le Pen de nombrar en 2021 como presidente de la formación a Jordan Bardella, que tenía tan solo 26 años en aquel entonces. En el trienio siguiente, Bardella se convirtió en una verdadera estrella, incluso en las redes sociales —en Tik Tok tiene más de un millón de seguidores—, lo que le abrió las puertas a ser el candidato del partido a las elecciones legislativas de 2024. No se trata solo de que Bardella es muy joven, sino que es telegénico, apuesto y no lleva ese «maldito» apellido, por más que durante años fuese el novio de Nolwenn Olivier, hija de Marie-Caroline Le Pen, hermana de Marine. Bardella representa pues una nueva generación de ultraderechistas, encorbatados y formados en buenas universidades o en las altas escuelas de París, como también Sarah Knafo, exasesora de Zemmour, además de su amante, y actualmente eurodiputada por Reconquista[35].

Ahora bien, la desdibujación, o melonización de Le Pen, pasa también por otros derroteros que tienen que ver con una apuesta estratégica del partido que mezcla parasitismo ideológico y secuestros semánticos. Por un lado, a partir de 2011 el entonces FN jugó la carta de la transversalidad, presentándose como «ni de derechas ni de izquierdas»: es cierto que ese eslogan no era nuevo para el FN, pero la coyuntura marcada por la crisis económica y la ola populista lo hacía más adecuado a los tiempos. Paralelamente, Le Pen incorporó dirigentes provenientes del chevènementismo, como su número dos hasta 2017, Florian Philippot. Por otro lado, la oferta política del FN introdujo medidas socioeconómicas que hablaban a las clases trabajadoras, como el mantenimiento de la semana de 35 horas, la jubilación a los 60 años, la revalorización de los salarios y las pensiones o el fin de la liberalización de los servicios públicos. Estas medidas iban acompañadas por un discurso que se centraba especialmente en la denuncia de las clases dominantes, la injusticia generada por la mundialización y el llamamiento a un Estado protector y redistributivo. Esto se asoció a una condena de la izquierda que, según Le Pen, se había traicionado a sí misma y había abandonado a los trabajadores[36].

Asimismo, la lideresa del FN tomó prestados «de la izquierda y de los sectores progresistas vocabulario, reivindicaciones, mitos e incluso referencias históricas»[37]. No se trató solo de la utilización de términos relacionados con los temas económicos, sino de unas verdaderas «OPA semánticas», es decir, la resignificación retórica de conceptos como pueblo,

clases populares, república o laicidad que se intentaban enmarcar en una visión identitaria y nacionalista[38]. Le Pen dio un profundo «giro republicano» que le permitió, citando a menudo al histórico líder socialista Jean Jaurès o al filósofo Jean-Claude Michéa, asumir los valores de la libertad –entendida como independencia de las influencias externas, es decir, soberanismo–, la laicidad –contra el comunitarismo y la supuesta islamización de Francia–, la democracia –frente a unas elites corruptas y el globalismo– e incluso la igualdad y el estatismo –presentados como proteccionismo social, pudiendo así actualizar el clásico lema frontista de la «prioridad nacional»[39]–. Asimismo, al lado de los símbolos tradicionales de la extrema derecha gala, como Juana de Arco, se desvinculó de las referencias a Vichy o la Argelia francesa hasta llegar a reivindicar a Charles De Gaulle, bestia negra para la generación de su padre[40].

Le Pen intentó apropiarse también de temas como el feminismo o el ambientalismo, históricamente asociados a las izquierdas. En cuanto a lo primero, lo vinculó al republicanismo y el laicismo: reivindicó ser mujer, madre de tres hijos y trabajadora, defendió la igualdad de género y atacó al fundamentalismo islámico. De forma similar a otras extremas derechas europeas, sin embargo, Le Pen presentó a las mujeres esencialmente como madres: las ambigüedades, o incluso las contradicciones, en su discurso han sido constantes, como sobre el aborto, aunque en marzo de 2024 su partido votó a favor de incluirlo como un derecho en la Constitución. Aquí la operación de parasitismo ideológico es evidente ya que el recurso a un «léxico de igualdad de género [sirve] para promover su agenda política xenófoba», dando pie a lo que se ha definido feminacionalismo[41]. En cuanto al ambientalismo, el procedimiento es parecido: además de no contar con opiniones científicas fehacientes, la enfatización de temáticas como el cambio climático, las críticas al Antropoceno o la protección del medio ambiente se asocia a la protección del pueblo francés, su cultura, herencia e identidad en contra de las multinacionales y la globalización[42]. No debería resultar extraño, pues, que en 2011 la lideresa del FN convirtiera en asesor para temas medioambientales al ecologista identitario Laurent Ozon –fundador del *think tank* Maison Commune y cercano al neoderechista Charles Champetier– o que el discurso sobre la «Francia sostenible» que Le Pen pronunció en enero de 2017 y en el que se ponen las bases de esta «ecología patriótica» fuera redactado por Hervé Juvin, colaborador de la

revista neoderechista *Éléments* y defensor de un «ecologismo diferencialista»[\[43\]](#). Como se puede ver, los planteamientos de la Nouvelle Droite vuelven con frecuencia.

Si vamos un poco más al norte, más precisamente a Suecia, encontramos bastantes similitudes en un contexto bien distinto. A mediados de octubre de 2022, los mismos días en que Giorgia Meloni estaba cerrando su equipo de gobierno en Roma, en el castillo de Tidö se reunían los partidos de derecha del país escandinavo para firmar un histórico acuerdo que enterraba definitivamente cualquier atisbo de cordón sanitario frente a la extrema derecha que, con el 20,5% de los votos, había conseguido la segunda plaza en las elecciones legislativas del mes anterior. Los Demócratas de Suecia (SD), liderados por el joven Jimmie Åkesson y miembros de ECR, estaban paladeando su definitiva legitimación. Para entender las razones de este acuerdo y poder analizar su impacto es necesario, una vez más, hacer un pequeño *excursus* histórico[\[44\]](#).

Como se ha visto en el tercer capítulo, SD fue fundado en 1988 para una treintena de militantes ultraderechistas. Casi la mitad provenía de organizaciones neonazis, como el líder del partido hasta 1995, Anders Kåström, tanto que durante mucho tiempo se les consideró la continuación del movimiento Bevara Sverige Svenskt, literalmente «Que Suecia siga siendo sueca». A mediados de la primera década del siglo XXI, Åkesson se convirtió en el nuevo líder del partido: si bien se había afiliado a las juventudes de la organización todavía con Kåström al mando, Åkesson intentó distanciarse, jugando también con su pinta de chaval normal y corriente, alejado de los estereotipos neonazis. Ahora bien, el discurso y las propuestas no habían cambiado[\[45\]](#). En aquellos mismos años, otro de los dirigentes históricos, Mattias Karlsson, se había convertido en el ideólogo de la formación. Su apuesta metapolítica, siguiendo de alguna manera el ejemplo de Alain de Benoist, se hizo evidente en 2019 cuando creó el *think tank* Oikos con el objetivo de constituir una especie de laboratorio intelectual conservador y tejer redes internacionales. Así, a través de su editorial publicaron en sueco obras de referentes del nacionalconservadurismo anglosajón como el ya citado Hazony, Jordan Peterson o John Fonte, miembro del Instituto Hudson y exasesor de Newt Gingrich. Karlsson prestó cada vez más atención al tema de la batalla cultural para poder conquistar ese sentido común que le estaba vetado a

través de una revolución cultural conservadora. Consecuentemente, cobraron centralidad también las guerras culturales, como demuestra el activismo de Karlsson y otros miembros de SD en una organización como Gimle, que se propone «hacer visible y vivo nuestro patrimonio cultural sueco y nórdico», centrándose en temas del folclore tradicional[46].

A SD las cosas empezaron a irle bien en 2010, cuando consiguió por primera vez entrar en el Riksdag, el Parlamento sueco. En esos mismos años, tras décadas de hegemonía socialdemócrata, el país era gobernado por una coalición de centroderecha, conocida como la Alianza, que juntaba al Partido Moderado –la derecha conservadora de toda la vida–, los democristianos, los liberales y el Partido del Centro. Bajo las presidencias del líder de los conservadores, Frederik Reinfeldt, que gobernó entre 2004 y 2014, la derecha *mainstream* sueca miraba más bien hacia el centro, defendía políticas de puertas abiertas a los migrantes y mantenía un férreo cordón sanitario frente a los ultras. Todo cambió en la siguiente legislatura.

Tras las elecciones de 2014, frente al avance de la extrema derecha que rozó el 13% de los votos y el riesgo de ingobernabilidad, todos los demás partidos firmaron el que se conoció como el acuerdo de diciembre que establecía un cordón sanitario frente al partido de Åkesson. La Alianza de la derecha tradicional dejaba gobernar en minoría a socialdemócratas y verdes, y les aseguraba que, en caso de necesidad, habría apoyado los presupuestos para no hacer caer el gobierno. Lo que pasó fue que tan solo nueve meses más tarde los democristianos abandonaron el acuerdo: tras haberse quedado casi fuera del Parlamento, su nueva lideresa, Ebba Busch, radicalizó su postura convencida de que era la única manera de no desaparecer. La jugada no le salió mal –en 2018 obtuvo el 6,3% de los votos frente al 4,6% de 2014–, pero esa fue la primera grieta al cordón sanitario que se había sellado en Estocolmo. En los comicios de 2018, los dos grandes partidos perdieron consensos, mientras SD se consolidaba como tercera fuerza en el país con el 17%. Después de tres meses de negociaciones y con el riesgo de una repetición electoral en el horizonte, a principios de 2019 se firmó el llamado acuerdo de enero, según el cual socialdemócratas y verdes incorporaban en el ejecutivo al Partido Liberal y el Partido del Centro.

La Alianza de los tiempos de Reinfeldt estaba hecha pedazos. La lideresa de los democristianos, Busch, se reunió ya en marzo de ese año con

Åkesson, poniendo los cimientos de la definitiva legitimación del partido ultraderechista, mientras que el Partido Moderado empezó a no tenerle ascos a un posible acuerdo futuro con SD. En 2022, además, los liberales salieron del gobierno y su nuevo líder, Johan Pehrson, hizo lo mismo que Busch siete años antes: radicalizó la postura del partido, causando una escisión interna, que no le impidió, de todas formas, salvar los muebles al conseguir entrar por los pelos en el Riksdag en las elecciones anticipadas de septiembre de 2022. En esos comicios, si bien los socialdemócratas fueron una vez más el partido más votado con el 30,3%, SD se convirtió en el segundo partido del país, con el 20,5%, superando incluso a los conservadores que bajaron al 19,1%. Las derechas tenían una mayoría en el Parlamento, aunque muy ajustada: 176 escaños sobre 349. El camino estaba ya trazado: en menos de un mes se firmó el acuerdo de Tidö, según el cual la ultraderecha apoyaba externamente el ejecutivo formado por conservadores, democristianos y liberales. Si bien el presidente sería Ulf Kristersson del Partido Moderado, quien salía fortalecida era sobre todo la lideresa de los democristianos, Busch, que se hizo con la vicepresidencia, además del Ministerio de Energía.

En el denominado «Un acuerdo para Suecia», la influencia de la formación de Åkesson es explícita. Por un lado, se pone negro sobre blanco que todos los partidos, aunque no estén en el ejecutivo, «tienen plena e igual influencia sobre los asuntos de los proyectos de cooperación de la misma manera que los partidos en el gobierno»[\[47\]](#). Asimismo, se establece una «cláusula de dignidad», según la cual todos los partidos deben respetarse y evitar, en la práctica, atacarse. Por el otro, en los seis proyectos de cooperación enumerados en el documento de 63 páginas —es decir, salud; clima y energía; criminalidad; migración e integración; escuela; crecimiento y economía— la influencia de SD es notable entre el endurecimiento de las políticas migratorias, la reducción de las ayudas internacionales y el establecimiento de sanciones más duras contra la delincuencia. En resumidas cuentas, políticas de ley y orden —especialmente centradas en el rechazo de los migrantes— e identitarismo: otro de los asuntos mencionados en el acuerdo es, de hecho, la creación de un «canon cultural sueco»[\[48\]](#). Por último, se decidió eliminar el Ministerio de Ambiente, creado en 1987. La justificación, obviamente, ha sido la de una reestructuración que lo ha convertido en un simple departamento del Ministerio de la Energía

controlado por Busch. A todo esto hay que añadir que, si bien oficialmente los de Åkesson se quedaron fuera del ejecutivo, en realidad siete de los suyos han sido nombrados miembros de la oficina de coordinación del gobierno que es, hablando en plata, quien corta el bacalao en el día a día de la acción gubernamental[49].

En un primer análisis del acuerdo de Tidö, la ONG Civil Rights Defenders apuntaba claramente que se pretendía «dificultar la adquisición de la ciudadanía sueca mediante diversos requisitos que pueden parecerse a la asimilación». Asimismo, remarcaba con preocupación que el documento «vincula la migración con la delincuencia», criminalizando a la población de origen extranjero[50]. El informe elaborado por Lisa Pelling por el *think tank* progresista Arena Idé era aún más tajante, al hablar de que el acuerdo marcaba «el fin de la integración» y que «la sola alternativa a la deportación es la asimilación»[51]. En diciembre de 2023 otra organización, el National Council of Refugee Groups, hizo un resumen de las políticas aplicadas durante el primer año del gobierno en el ámbito de las migraciones, poniendo de manifiesto que la cuota de refugiados había disminuido considerablemente, pasando de 5.000 a 900 personas. Según el informe, se habían aplicado ya una ley que endurecía el control de las fronteras por parte de las fuerzas de seguridad y otra que dificultaba las reunificaciones familiares. Asimismo, se habían puesto unos nuevos requisitos salariales para obtener el permiso de trabajo y se habían creado unas ayudas específicas para limitar la inmigración y facilitar las repatriaciones[52]. Bajo la apariencia de que nada había cambiado respecto a los tranquilos tiempos de Reinfeldt, en realidad la ultraderecha, sin ni siquiera entrar en el ejecutivo, ha marcado notablemente las políticas del gobierno de Kristersson.

Si vamos ahora un poco más al este, en Finlandia, vemos que las cosas han seguido un patrón similar. No se olvide, además, que ambos países han entrado en la OTAN tras la invasión rusa de Ucrania y que ambas extremas derechas, que en el pasado habían tenido posiciones más bien contrarias a la alianza atlántica o, como mínimo, ambiguas al respecto, se han convertido de la noche a la mañana en atlantistas. Un dato es aún más sintomático: el Partido de los Finlandeses pasó de ID a ECR el 5 de abril de 2023, un día después de que Finlandia entrara oficialmente en la OTAN y tres días después de las elecciones legislativas que lo convirtieron en la segunda

fuerza del país con más del 20% de los votos. Al cabo de dos meses, se formaba un nuevo ejecutivo derechista donde los ultras se hacían con 7 ministerios de 19, además de la vicepresidencia y la presidencia del Parlamento. Como se decía antes, ser atlantista parece que facilite la inserción de los «bárbaros» en los palacios de la Roma imperial. Otra cosa es que se romanicen. Demos de todos modos un paso atrás en el tiempo.

El Partido de los Finlandeses, que dio el campanazo en 2011 pasando del 4 al 19% de los votos, había tenido su primera experiencia en un ejecutivo hace una década. Después de las elecciones de 2015, Juha Sipilä, líder del histórico Partido del Centro, le abrió las puertas en un gobierno de coalición, cuyo tercer miembro era la Coalición Nacional. Se trataba de los dos partidos históricos, además de los socialdemócratas, de la política finlandesa desde principios de siglo: el primero un poco más centrista y fuerte en las zonas rurales del país –se había fundado, de hecho, como Liga Agraria en 1906–, el segundo más conservador, pero ambos europeístas, proinmigración y a favor de un modelo de sociedad abierta. La experiencia duró en realidad solo un bienio: en 2017, en sustitución de Timo Soini, el Partido de los Finlandeses eligió presidente al radical Jussi Halla-Aho, lo que provocó la amenaza de romper el acuerdo de gobierno por parte de Sipilä y Petteri Orpo, líder de la Coalición Nacional. La mitad de los diputados y todos los ministros ultraderechistas, enfrentados también con Halla-Aho, dejaron el partido, fundaron una nueva formación –Reforma Azul– y siguieron en el ejecutivo hasta el final de la legislatura. Reforma Azul, renombrado más adelante como Movimiento de Reforma de Finlandia, parecía casi el perfecto ejemplo de la romanización de los bárbaros. Lo que pasó es que en las elecciones de 2019 no consiguieron ni entrar en el Parlamento y, al cabo de un tiempo, se disolvieron. En cambio, el Partido de los Finlandeses, con Halla-Aho como candidato, se mantuvo por encima del 17% de los votos. Después de las elecciones de 2019, se quedaron en la oposición del gobierno de centroizquierda liderado por los socialdemócratas que incluía también al Partido del Centro, los verdes y la izquierda.

Como se puede ver, la normalización de las extremas derechas en Finlandia era ya un hecho antes de 2023. Sin embargo, para conseguir convencer nuevamente a las derechas tradicionales de que pactasen un nuevo gobierno de coalición debía haber algún incentivo. Conscientes de



que la figura de Halla-Aho era un lastre, en 2021 este cedió el liderazgo a Riikka Purra, más joven y presentable. Como apunta David Arter, Purra representó «una estrategia consciente de desdiabolización diseñada para dar al partido una imagen más suave, ampliar su atractivo para las mujeres y los jóvenes y, sobre todo, aumentar su potencial de gobierno»[53]. Se limaron las aristas más extremistas de su discurso, pero no moderaron en nada sus propuestas políticas identitarias y xenófobas. La misma Purra, dicho sea de paso, no era ni de lejos una moderada dentro de la formación, por más que intentase *melonizarse*. Unos años antes, en varias publicaciones en internet había tachado de «monos» a los inmigrantes turcos y había preguntado si alguien se apuntaba «a escupir a mendigos y a golpear a niños negros». Obviamente, cuando los comentarios salieron a la luz, se disculpó y dijo que ya no pensaba aquellas atrocidades. Había sido un error de juventud[54].

En abril de 2023, tras una campaña electoral marcada por la invasión rusa de Ucrania, que impactaba notablemente en la larga frontera que el país tenía con Rusia, el aumento de la inflación y de la deuda pública, además del tema de la inmigración y la seguridad, la ultraderecha se quedó a tan solo 23.000 votos de ganar los comicios. Sin ya demasiados aspavientos, la Coalición Nacional de Orpo llegó a un acuerdo con el Partido de los Finlandeses que incluyó como *junior partners* también a dos pequeñas formaciones de centroderecha, los democristianos y el Partido Popular Sueco de Finlandia. A la extrema derecha no solo le tocó la presidencia del Parlamento –para más inri, justamente a Halla-Aho, condenado por el Tribunal Supremo por incitación al odio y difamación de la religión–, sino la vicepresidencia para Purra –a la sazón ministra de Hacienda– y otros ministerios de peso, como el de Interior para Mari Rantanen y el de Economía para Wilhelm Jurrta. La primera había defendido en publicaciones *online* la teoría conspirativa del gran reemplazo, mientras el segundo tuvo incluso que dimitir a los pocos meses por la crisis que se abrió en el ejecutivo. De hecho, el historial de Jurrta es el de un neonazi de pura cepa: publicaciones con símbolos nazis durante la campaña electoral, otras con muñecos de nieve con capuchón como el del Ku Klux Klan y una soga en la mano, declaraciones a favor del aborto en los países pobres con el objetivo de combatir el cambio climático, participación en eventos supremacistas blancos, como el de la Alianza Nacional en 2019... En este

caso, era difícil considerarlos una vez más unos deleznable errores de juventud[55].

Ahora bien, el acuerdo de gobierno seguía el mismo patrón del firmado en Suecia medio año antes, si bien es incluso más duro. Por un lado, políticas austeritarias, recortes sociales y restricciones a las huelgas. Por otro, políticas identitarias, mano dura contra la inmigración, recortes de las ayudas al desarrollo, retrocesos en la aplicación de las medidas de lucha contra el cambio climático. De todos modos, ha sido sobre todo la inmigración, bandera del Partido de los Finlandeses, la que ha marcado la acción del primer año de gobierno. Ya en junio de 2023, Purra lo celebró anunciando un verdadero «cambio de paradigma», cuyo primer paso ha sido complicar sobre manera la obtención del permiso de residencia, la reducción de más del 50% del número de refugiados que el país acoge cada año y un paquete de medidas «ley y orden» contra la criminalidad, vinculada como de costumbre con la inmigración, sin que existan datos fehacientes que lo demuestren[56].

El segundo paso, en junio de 2024, ha sido la reforma de la Ley de Ciudadanía con un endurecimiento de los requisitos necesarios para obtener la nacionalidad —entre otros, se piden ocho años de residencia continuada en el país, en vez de cinco— y la supresión de la partida presupuestaria que el gobierno había creado para los solicitantes de asilo[57]. Al mes siguiente, se aprobó, además, una nueva Ley de Fronteras, según la cual las autoridades pueden negarse a aceptar las solicitudes de asilo: la medida, justificada supuestamente porque Moscú envía migrantes en las fronteras del país escandinavo, ha sido criticada duramente por el comisario de Derechos Humanos del Consejo de Europa, Michael O’Flaherty. Purra y Rantanen lloraron de alegría el día que fue aprobada en el Parlamento[58]. Si bien es cierto que el Partido de los Finlandeses ha perdido más de la mitad de los votos en las elecciones europeas de 2024 y que la experiencia del gobierno de coalición puede terminar como el rosario de la aurora o puede sencillamente verse truncada antes del final de la legislatura, los cambios, sean de paradigma o estructurales, son evidentes, así como la aceptación por parte de partidos de centroderecha de políticas consideradas extremistas e identitarias hace tan solo unos años[59].

Podríamos seguir mirando más al sur y más al oeste porque los ejemplos son casi infinitos. Sin embargo, la intención de este libro no es la de hacer

un mapeo completo de todos los países europeos, sino mostrar las líneas de fondo y los procesos globales de un río que ya no es kárstico, sino que fluye por la superficie, delante de los ojos de todos. En el último trienio, las extremas derechas han llegado también al gobierno en República Checa (2021), en Eslovaquia (2023) y más recientemente en Croacia (2024). Es aún pronto para hacer balance, sobre todo en los últimos dos países, pero los programas presentados por los ejecutivos y las primeras medidas aplicadas siguen a grandes rasgos el patrón que hemos visto en el caso de Italia, Finlandia y Suecia, sin contar obviamente los casos de Hungría y Polonia que han marcado la ruta.

Algo similar puede decirse donde las extremas derechas no han entrado aún en los palacios del poder: las dinámicas no son tan diferentes de los casos analizados, como hemos visto en Francia. Es decir, por un lado, la normalización de los ultras, su capacidad para marcar el debate político y su proceso de desdiabolización y, por otro, la radicalización de la derecha *mainstream* son unos hechos indiscutibles, por más que existan algunas excepciones. Incluso, la influencia de una extrema derecha en auge ha comportado la adopción de políticas posfascistas –siguiendo a Gáspár Miklós Tamás– por parte de gobiernos liberales o de centroizquierda. ¿Cómo definir, en caso contrario, las políticas migratorias aplicadas en Dinamarca donde gobiernan los socialdemócratas, a las cuales se hacía referencia en otro capítulo de este libro? ¿O el endurecimiento también de las políticas migratorias aprobadas por el ejecutivo de Olaf Scholz en Alemania?[\[60\]](#).

Asimismo, si bien en algunas latitudes no está tan avanzado, el objetivo de una estrecha colaboración o, incluso, de una posible unificación –dígase alianza electoral o coalición de gobierno– de todas las derechas está sobre la mesa por doquier. Puede que a veces haya encontronazos o rupturas, pero la opción no se descarta en el futuro ni en Portugal –donde, de momento, la Alianza Democrática de Luís Montenegro ha rechazado pactar con Chega– ni en Alemania –donde los democristianos siguen manteniendo vigente el cordón sanitario hacia AfD, pero han ido sondeando el terreno con declaraciones contradictorias para ver la reacción de la ciudadanía–. Sin ir muy lejos, basta echar una mirada a lo que ha pasado en España en el último lustro. La entrada en escena de Vox ha radicalizado al PP que ni se planteó la creación de un cordón sanitario frente a los ultras. Al contrario,

Abascal ya estaba en la plaza Colón en febrero de 2019 junto a Pablo Casado y Albert Rivera cuando Vox era todavía un partido sin representación en el Congreso. La historia de los cinco años siguientes es conocida entre los bandazos de un Casado desubicado, la trumpización de Ayuso, la falsa moderación de Núñez Feijóo, la creación, en cuanto se ha dado la posibilidad, de gobiernos de coalición en ámbito local y, más recientemente, la salida de Vox de los ejecutivos autonómicos, pero no de los municipales. ¿Alguien cree que si el PP y Vox sumasen mayoría en unas próximas elecciones generales no sellarían rápidamente un acuerdo para gobernar juntos?

## MOTOSIERRAS Y OTRAS EXTRAVAGANCIAS

Si es imposible hacer un mapeo completo, ya que además estamos hablando de un proceso en continua evolución que, para más inri, se ha acelerado notablemente en los últimos tiempos, hay que mencionar, por lo menos, otros dos casos por su importancia, su significado y sus peculiaridades: el de los Países Bajos y el de Argentina.

Tras seis meses de negociaciones, a mediados de mayo de 2024 se anunció un acuerdo para la formación del nuevo gobierno neerlandés. Por primera vez, junto al Partido Popular por la Libertad y la Democracia (VVD) de Mark Rutte, el democristiano Nuevo Contrato Social (NSC) de Pieter Omtzigt y el populista Movimiento Campesino Ciudadano (BBB) de Caroline van der Plas, en él estaría también el PVV de Geert Wilders que, con el 23,5%, fue el más votado en las elecciones de noviembre de 2023. Como apuntamos en el tercer capítulo, no se trata de la primera vez que la extrema derecha es legitimada como fuerza de gobierno en La Haya: en 2002, aunque por pocos meses, la Lista Pim Fortuyn fue socio de gobierno de los conservadores, y entre 2010 y 2012 el mismo PVV apoyó externamente el primer ejecutivo del liberal Mark Rutte que gobernó durante catorce años seguidos[61].

Si bien Wilders no ha entrado en el ejecutivo y el primer ministro es un independiente, Dick Schoof, antiguo jefe de los servicios de inteligencia, la influencia del PVV –del cual, dicho sea de paso, Wilders es el único afiliado al ser un partido propiedad privada de su líder– es notable, al contar con una vicepresidencia, cinco ministerios y dos secretarías de Estado.

Como en el caso finlandés, además, varios de los perfiles escogidos muestran un marcado identitarismo. En el pasado, de hecho, tanto Marjolen Faber, que se ocupa de la nueva cartera de Asilo y Migraciones, como Reinette Klever, titular de la de Comercio y Ayuda al Desarrollo, han defendido explícitamente la existencia de un plan de sustitución étnica, mientras la vicepresidenta y ministra de Salud, Bienestar y Deportes, Fleur Agema, de joven fue activa en fóruns de internet neonazis. Asimismo, el ministro de Economía Dirk Beljaarts, además de ser un *lobbista* del sector hospitalario, entre 2015 y 2024 fue cónsul honorario de la Hungría orbaniana[62].

Ahora bien, la peculiaridad, si se quiere, del caso neerlandés no es tanto el avance electoral de las extremas derechas, ni su normalización ni tampoco, a fin de cuentas, su incorporación al gobierno, algo que hemos visto también en Italia o Finlandia. Tampoco el intento de Wilders, muy limitado a decir verdad, de moderar su discurso, por lo menos tras la victoria electoral de noviembre de 2023, ya que dejó de pedir la prohibición de las mezquitas y las escuelas islámicas o la salida del país de la UE. Como en el caso de Le Pen y Meloni, en esto se ha beneficiado de la aparición hace unos años de un nuevo competidor en la extrema derecha, el Forum para la Democracia, que en 2019 incluso superó electoralmente al PVV para luego convertirse en irrelevante. Su líder, Thierry Baudet, ha asumido posiciones no solo mucho más euroescépticas y rusófilas que el PVV –hasta considerar Putin un héroe tras la invasión de Ucrania–, sino también antisemitas y directamente esperpénticas. De hecho, Baudet ha ido difundiendo las más extravagantes teorías conspirativas, como que el covid fue inventado por George Soros, que la ministra de Finanzas era una agente secreta de un supuesto Estado profundo global o que existen los reptilianos[63]. Frente a Baudet, ¿cómo no puede parecer más centrado un islamófobo de tomo y lomo como Wilders?

Dicho esto, lo que resulta singular del caso neerlandés atañe a las relaciones internacionales del líder del PVV y su postura frente a la Rusia de Putin. Hasta la fecha, de hecho, excepto en el caso de Hungría y Eslovaquia, las ultraderechas que habían llegado al gobierno en los países europeos eran miembros de ECR y defendían una posición atlantista, si bien de manera pragmática. En cambio, el PVV no solo es miembro de PfE –y antes de ID–, sino que su líder ha mantenido excelentes relaciones con

Putin, incluso después de la anexión de Crimea en 2014 y el derribo por parte de las milicias rusófilas del Donbas del vuelo MH17 en que murieron casi 200 ciudadanos neerlandeses. Todavía en 2018, Wilders viajó a Moscú donde se reunió con diferentes diputados del *entourage* de Putin, como Leonid Slutsky, presidente del Comité de Asuntos Exteriores de la Duma, sancionado por la UE. Asimismo, el líder del PVV se ha opuesto a las sanciones aprobadas en la última década contra Rusia y, en sus redes sociales, no ha escatimado comentarios favorables al autócrata del Kremlin hasta ausentarse, en mayo de 2023, del discurso de Zelensky en el Parlamento de La Haya[64].

Es cierto que en el programa para las últimas elecciones el PVV ha moderado su postura: si bien seguía defendiendo la necesidad de recortar las ayudas militares y económicas a Kiev, por lo menos consideraba que la invasión de Ucrania es ilegítima y que Rusia es un agresor. Sin embargo, la credibilidad de Wilders es muy baja y a muchos le pareció con razón que se trataba de unas declaraciones hechas para tranquilizar algunos votantes a las puertas de unas elecciones que, según diferentes sondeos, habría podido ganar. La cuestión resulta aún más delicada si se tiene en cuenta que justo en las mismas semanas en que se cerró el acuerdo de gobierno, la Alianza Atlántica anunció que Rutte sería su futuro secretario general. Dicho con otras palabras, un partido liberal, para más inri miembro del grupo Renew Europe de Macron, pacta con una fuerza de extrema derecha rusófila cuando su histórico líder es elegido jefe de la OTAN. Lo que extraña es que frente a una bomba de este calibre haya habido, a grandes rasgos, lo que podríamos considerar casi un silencio aterrador en los medios europeos.

De momento, tanto el presidente del gobierno, Schoof, como el ministro de Defensa, Ruben Brekelmans, del partido de Rutte, se han apresurado a tranquilizar a los aliados en la cumbre de la OTAN celebrada en Washington en julio de 2024, afirmando que el nuevo ejecutivo es atlantista y europeísta. Cabe recordar que los Países Bajos lideran una iniciativa internacional para el entrenamiento de los pilotos ucranianos que utilizarán los nuevos cazas F-16 que se consideran clave en el conflicto[65]. Ahora bien, se deberá ver qué pasa en el futuro. En el momento en que se está cerrando este libro, más allá de un breve y genérico acuerdo titulado «Esperanza, coraje y orgullo», no se conoce aún el programa del ejecutivo de Schoof. De todas formas, al no estar en el equipo de gobierno, Wilders

ha tenido las manos libres para poder criticar el gabinete como si siguiera en la oposición[66].

Si lo que ha pasado en los Países Bajos nos muestra cómo una extrema derecha que no es atlantista también puede acabar siendo un animal de compañía aceptable para la derecha que se define democrática e, incluso, para los liberales y el mismo secretario general de la OTAN, el caso argentino nos permite entender mejor los vínculos —o, para utilizar las palabras de Giorgia Serughetti, la «afinidad escondida»— entre el neoliberalismo —en crisis y, al mismo tiempo, en transformación— y el conservadurismo moral, ya que ambos «menosprecian los valores de la igualdad, de la participación social, de la libertad política y del Estado de derecho»[67]. No hace falta decir que hablar de excentricidad en el caso de Javier Milei es quedarnos cortos. Baste pensar en una de las muchas anécdotas que circulan sobre el mandatario argentino: tras haber clonado a su perro Conan, dice hablar con él a través de una médium para pedirle consejos sobre sus decisiones políticas. Otro ejemplo: aún circula en las redes una fotografía de cuando, antes de entrar en política, se presentó a un evento en Buenos Aires como general AnCap —es decir, anarcocapitalista— disfrazado con capa, antifaz y tridente por la *cosplayer* Lilia Lemoine, actual diputada de su partido. Es evidente que en su caso no ha habido ningún tipo de melonización o desdiabolización, para que nos entendamos, sino justo lo contrario: la buscada exacerbación del extremismo, la radicalidad, el exceso y la agresividad.

Es cierto que tampoco se trata de una característica solo del líder de La Libertad Avanza: Trump o Bolsonaro dieron repetidas pruebas de ello. Algo que, por cierto, se conecta con la voluntad de las nuevas extremas derechas de presentarse como transgresoras, rebeldes y antisistema[68]. Pero en el caso de Milei, llamado por sus mismos seguidores «el loco», se han superado todos los límites con sus violentos y zafios insultos diarios, también desde la Casa Rosada, contra los «zurdos» —es decir, los progresistas, pero en realidad cualquiera que no sea un ultraliberal conservador— calificados repetidamente de «hijos de puta»[69]. De todas formas, esto tampoco ha impedido a la derecha *mainstream* aliarse con él en la segunda vuelta y gobernar juntos. Resumiendo, puedes ser un excéntrico violento que no modera lo más mínimo su extremismo y su odio visceral, declarar repetidamente que no defiendes la democracia, proponer medidas

que destruyen el consenso social de mínimos existente en Occidente, pedir a gritos la misma destrucción del Estado, negar los crímenes de la dictadura militar y proponer medidas autoritarias, y, sin embargo, este «modelo» de extrema derecha es también, al fin y al cabo, otro animal de compañía aceptable para una buena parte del *establishment*.

No se olvide, de hecho, quién es Milei. El líder de La Libertad Avanza ha pasado la mayoría de su vida desempeñándose como economista: ha trabajado como profesor en universidades privadas y como asesor de grandes empresas, especialmente las del magnate Eduardo Eurnekian, uno de los hombres más ricos del país. Su currículum, dicho sea de paso, está trufado de mentiras, hasta el punto de que la editorial Planeta ha retirado del mercado su libro *El camino del libertario*, y en sus textos se han comprobado varios casos de plagio de obras de otros autores[70]. Milei empezó a convertirse en un personaje público a partir de 2015 como un tertuliano televisivo agresivo, obsesionado con el peronismo y John Maynard Keynes. El salto a la política vendría poco después con la creación de un partido personalista, La Libertad Avanza, la elección a diputado en las legislativas de 2021 y, luego, la sorprendente victoria en las presidenciales de 2023. El acceso a la Casa Rosada, de todas formas, habría sido imposible sin la alianza con Juntos por el Cambio –coalición que reunía a Propuesta Republicana del expresidente Mauricio Macri y la Unión Cívica Radical– que le permitió pasar del 30% de los votos conseguidos en la primera vuelta al 55,6% de la segunda y derrotar así al candidato peronista Sergio Massa[71].

Ideológicamente, Milei se define «anarcocapitalista de largo plazo y minarquista de corto». Hasta 2013 Milei era un neoliberal tradicional, es decir, un seguidor de las teorías de la escuela económica austriaca de Von Mises y Hayek. Ese año su vida cambió tras el descubrimiento de la obra de Murray Rothbard, economista estadounidense fallecido en la década de 1990 que por su rechazo al movimiento por los derechos civiles, el feminismo y el igualitarismo llevó el libertarismo a una fusión con el paleoconservadurismo. El que se ha llamado paleolibertarismo es, pues, una mezcla entre el neoliberalismo de la Mont Pèlerin Society, el libertarismo de derecha de tradición estadounidense –de ahí la presencia de las banderas de Gadsden en los mítines de Milei– y un conservadurismo moral con toques autoritarios. Todo trufado por una visión heroica del capitalismo al



estilo de la novela *La rebelión del Atlas* de Ayn Rand. El mandatario argentino defiende pues la abolición del Estado que tacha de «organización criminal» —llegando a afirmar que prefiere la mafia porque «tiene códigos»—, así como la quema del Banco Central, apostando por la dolarización de la economía argentina. Asimismo, considera los impuestos un «robo»: evadirlos debería ser un «derecho humano», en sus propias palabras. Su desprecio por la política, los cuerpos intermedios y las mismas instituciones democráticas, además, es explícito: no solo carga repetidamente contra la «casta» o define al Parlamento como «un nido de ratas», sino que, populísticamente, impartió el discurso de su toma de posesión de espaldas al edificio del Congreso. En cuanto a los derechos, a diferencia de los libertarios clásicos —como el mismo Rothbard hasta la década de 1970—, Milei es contrario al aborto, pero está a favor de la venta de órganos. Ahora bien, si el anarcocapitalismo es el objetivo último de Milei, a corto plazo acepta una posición minarquista, es decir, la reducción a lo mínimo del papel del Estado. De ahí la utilización de una motosierra como símbolo de su proyecto político durante la campaña electoral para las presidenciales de 2023[72].

Por más que su plan de gobierno haya encontrado dificultades para su aprobación en el Parlamento, en los primeros ocho meses de mandato Milei ha puesto en marcha un programa que se propone convertir Argentina en un «laboratorio libertario»[73]. Con la voluntad de acabar con «cien años de colectivismo» y con el socialismo que solo ha traído «pobreza y muerte», el líder de La Libertad Avanza se ha propuesto como objetivos inmediatos lograr el equilibrio fiscal, bajar la inflación —que crece un 100% anual— y atraer inversiones. Para esto, ya en diciembre de 2023, aprobó el Decreto de Necesidad y Urgencia que deroga o modifica unas 300 leyes para desregular la economía y, poco después, la Ley de Bases o Ley Ómnibus que en su versión inicial incluía más de 500 artículos. Si bien reducida, esta ha sido finalmente aprobada por el Congreso y el Senado en junio de 2024. Además de otorgar al presidente poderes especiales durante un año, lo que ha sido tachado no sin razones de la posible instauración de una dictadura por medios legales, la Ley de Bases prevé la privatización de empresas públicas como las aerolíneas o correos, la posibilidad de realizar cambios jurídicos, la reducción de los impuestos inmobiliarios, la subida de los impuestos a los trabajadores o unos incentivos fiscales y arancelarios para

grandes inversiones en sectores estratégicos sin el respeto de las leyes de protección ambiental.

Asimismo, la política de la motosierra ha comportado una drástica reducción de los ministerios que han pasado de 22 a 9 –con el nuevo Ministerio de Capital Humano, cuya encargada es la periodista Sandra Pettovello, que incluye a las anteriores carteras de educación, políticas sociales, trabajo, mujeres y derechos humanos– y el cierre de otros organismos estatales, como el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo o la agencia de noticias Télam. Además, la radical reducción del gasto público ha conllevado la parálisis de las obras públicas, el corte de transferencia a las provincias, la licuación de los salarios –que han perdido el 20% de su valor–, una caída de más de un 30% para las pensiones, la eliminación de la regulación de precios de la medicina privada –que han aumentado un 150%–, la eliminación de los subsidios para el transporte público o el recorte del 75% del presupuesto de las universidades públicas –con el prestigioso Conicet entre los objetivos–, además de un tijeretazo a los sectores de la cultura y del cine. Mientras el equilibrio fiscal y la bajada de la inflación siguen siendo un espejismo, el único resultado ha sido el aumento de la pobreza que en el primer trimestre de 2024 pasó del 44 al 55%, según el Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina. Datos que han provocado también un serio aviso a Milei por parte del mismo FMI[74].

A todo esto hay que añadir una política de mano dura contra las protestas sociales y la criminalidad, siguiendo al modelo de Bukele en El Salvador. Ya en las primeras semanas de la nueva presidencia, la ministra de Seguridad, Patricia Bullrich –que, no se olvide, tiene un pasado de militancia en los montoneros y fue la responsable de la misma cartera con Macri entre 2015 y 2019– puso en marcha un protocolo «antipiquete» que ha sido criticado por organizaciones como Human Rights Watch. Además de la voluntad de limitar las protestas sindicales, una de las consecuencias generales más visibles ha sido la criminalización de cualquier disidencia hasta el punto de que en junio de 2024 se detuvo a 34 manifestantes acusados de terrorismo por, supuestamente, «intentar perpetrar un golpe de Estado»[75]. Por el otro lado, como ha puesto de manifiesto un contundente informe del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), el gobierno ha menoscabado desde el minuto uno el proceso de memoria, verdad y justicia,

mezclando los discursos negacionistas con el desmantelamiento de políticas públicas. No solo Milei y el ejecutivo niegan que durante la última dictadura militar (1976-1983) haya habido 30.000 desaparecidos, sino que en vez de terrorismo de Estado prefieren decir que en la década de 1970 hubo una guerra desmedida por parte de ambos bandos, las Fuerzas Armadas y los «terroristas» de izquierdas. Cabe recordar también que la vicepresidenta del país es la hija de un militar que participó en la dictadura, la abogada Victoria Villarruel, que reivindica explícitamente la acción del ejército durante la dictadura y que critica sin medias tintas todo el proceso llevado a cabo en la época democrática, alabado internacionalmente. En los primeros meses de la presidencia de Milei, consecuentemente, se ha retirado financiación a las políticas de memoria, se han despedido centenares de empleados y se han suspendido obras programadas, además de haber amenazado con el cierre del Museo de la Memoria de Buenos Aires, declarado Patrimonio de la Humanidad en 2023, albergado en la antigua Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) que fue uno de los centros de detención y tortura en tiempos de Videla[76].

Por último, no se puede perder de vista la centralidad de las guerras culturales en la acción del gobierno. Milei está convencido de que Occidente está en peligro por haber abandonado las ideas de la libertad frente a un socialismo que se habría convertido en hegemónico, adueñándose incluso del mismo Foro de Davos. Creyendo en teorías conspirativas como la del marxismo cultural y obsesionado con el Foro de São Paulo, que reúne a partidos políticos de la izquierda latinoamericana, el mandatario argentino cree que el cambio climático es una invención socialista y se propone erradicar de las aulas las ideas progresistas o la «ideología de género» que la izquierda utilizaría para adoctrinar a los alumnos. Adicto a las redes sociales, a las cuales dedica un promedio de cuatro horas diarias, Milei tiene como prioridad dar la batalla cultural difundiendo su mensaje mesiánico y atacando o, incluso, amenazando constantemente a sus enemigos, coadyuvado por un ejército de seguidores en los medios digitales. Con acierto Pablo Stefanoni lo ha definido como un «presidente trol». No extraña, pues, su admiración por un personaje como Elon Musk con el cual se reunió dos veces en los primeros seis meses de su mandato[77].

En cuanto a la política internacional, Milei ha adoptado una postura

radicalmente atlantista. Por un lado, ha tomado distancia de Brasil y China —entre los principales *partners* comerciales de Argentina— por ser países gobernados por «comunistas», y ha abierto profundas crisis diplomáticas con Venezuela y España. Por otro, ha profesado su fe en EEUU e Israel, convertidos en sus principales referentes geopolíticos, si bien no ha evitado profesar su desprecio por la administración Biden[78]. El caso de Israel es paradigmático: de hecho, no solamente Milei se reunió con Netanyahu en su segundo viaje oficial fuera del país, anunciando el traslado de la embajada argentina a Jerusalén, sino que, sin haber dejado el catolicismo, ha abrazado el judaísmo, llegando a publicar versículos de la Torah en hebreo en sus redes sociales y declarando que se cree el nuevo Moisés. No cabe duda de que se trata de otra de las excentricidades del personaje, pero su cercanía a la asociación jasídica Jabad Lubavitch, que representa a los sectores más radicales del judaísmo, muestra también la influencia creciente de las extremas derechas israelíes a nivel internacional. De hecho, a principios de diciembre de 2023, en lo que fue su primer viaje tras la victoria electoral, Milei se desplazó a Nueva York donde visitó la tumba del rabino jasídico Menajem Mendel Schneerson, apodado *el Rebe*, uno de los más firmes defensores de la colonización judía de Cisjordania y Gaza. Asimismo, su rabino personal, Shimon Axel Wahnish, ha sido incluso nombrado nuevo embajador en Israel[79].

En la ya citada cumbre Europa Viva 24, celebrada en Madrid en mayo de 2024, Milei fue el invitado estrella. Dos días antes impartió una conferencia en la sede del diario *La Razón* donde, delante de un público que contaba con miembros de la derecha tradicional y algún que otro miembro de lo que podríamos definir *establishment*, afirmó que «la justicia social es aberrante». Al día siguiente se reunió con una delegación del empresariado español, a la que asistió en primera fila el presidente de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE), Antonio Garamendi, al cual le explicó sus recetas paleolibertarias. En el Palacio de Vistalegre, al lado de Abascal, Le Pen y Morawiecki, ahondó en sus ataques a los que define como socialistas, explicando que

la justicia social siempre es injusta porque implica un robo. Porque implica un trato desigual frente a la ley y que cada intento de los políticos por hacerse los buenos termina perjudicando la generación de riqueza y, en consecuencia, termina perjudicando el

conjunto de la sociedad. Tampoco se dan cuenta o no parece importarles que el costo de sostener esta pantomima biempensante de los progres sea subvertir todos los valores que hicieron de la civilización occidental la punta de lanza de la historia del progreso humano. Porque, en el fondo, están siendo guiados por pasiones humanas de las más bajas como la envidia, el odio y el resentimiento que nublan el pensamiento y los enneguecen[80].

Más allá de su excentricidad, lo afirmado por Milei, y llevado a la práctica en Argentina después de diciembre de 2023, es, ni más ni menos, que un ataque con bomba atómica contra el consenso social construido en el mundo occidental tras la Segunda Guerra Mundial. Puede que fuese el sueño húmedo de Thatcher y Reagan, pero, si estuviesen vivos, probablemente palidecerían delante de sus afirmaciones. Sin embargo, ahora una buena parte de la derecha y del *establishment*, no solo en España, parece aceptar estas recetas, le ríe las gracias al presidente argentino y se alía con él. La colaboración entre las elites tradicionales y las extremas derechas no es una opinión: es un hecho constatado. ¿Se trata de la nueva versión del compromiso autoritario que se realizó hace un siglo?

---

[1] Zachary Cohen, «Trump’s Mixed Messaging Sparks Concerns of “Emboldened” Alt-Right», *CNN*, 19 de agosto de 2017, disponible en [<https://edition.cnn.com/2017/08/19/politics/trump-remarks-alt-right/index.html>], consultado el 22 de julio de 2024.

[2] Andrea Mammone, «È tempo di patrioti”. Il ritorno (a destra) dei neofascisti», en Corrado Fumagalli y Spartaco Puttini (eds.), *Destra*, Milán, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 2018, p. 35.

[3] Meloni, *Io sono Giorgia*, cit., p. 175, 162.

[4] He planteado unas primeras consideraciones al respecto en Forti, «“Prima gli italiani!”. Cambios y continuidades en la ultraderecha italiana», cit.

[5] Franco Ferrari, «Giorgia Meloni e la parola impronunciabile», *Rivista Il Mulino*, 17 de junio de 2021, disponible en [<https://www.rivistailmulino.it/a/giorgia-meloni-e-la-parola-impronunciabile>], consultado el 22 de junio de 2024. Sobre el MSI y AN, véase también Ferran Gallego, *Neofascistas. Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*, Barcelona, DeBolsillo, 2007.

[6] Giubilei, *Giorgia Meloni*, cit., p. 51.

[7] Andrea Ungari, «Da Fini a Fini. La trasformazione del Movimento Sociale Italiano in Alleanza Nazionale, 1987-1995», en Giuseppe Parlato e Andrea Ungari (eds.), *Le destre*

*nell'Italia del secondo dopoguerra. Dal qualunquismo ad Alleanza Nazionale*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2021, p. 212.

[8] Fratelli d'Italia, «Tesi di Trieste per il movimento dei patrioti», 2017, disponible en [<https://www.giorgiameloni.it/tesitrieste/>], consultado el 22 de julio de 2024.

[9] Meloni, *Io sono Giorgia*, cit., pp. 296, 195, 241 y 203-205.

[10] Alain de Benoist, *La Nuova censura. Contro il politicamente corretto*, s.l., Diana Edizioni, 2021, pp. 20 y 63.

[11] Fratelli d'Italia, «Tesi di Trieste per il movimento dei patrioti», 2017, disponible en [<https://www.giorgiameloni.it/tesitrieste/>], consultado el 22 de julio de 2024.

[12] Sallusti y Meloni, *La versione di Giorgia*, cit., pp. 43 y 49.

[13] En su discurso del 25 de octubre de 2022 delante de la Cámara de Diputados para el voto de confianza a su gobierno, Meloni citó justamente a Scruton y a Juan Pablo II. Al respecto, véase Roberto Esposito, «Perché Roger Scruton piace tanto alla destra», *La Repubblica*, 26 de octubre de 2022, disponible en [[https://www.repubblica.it/cultura/2022/10/26/news/roger\\_scruton\\_destra-371838813/](https://www.repubblica.it/cultura/2022/10/26/news/roger_scruton_destra-371838813/)], consultado el 22 de julio de 2024.

[14] Véanse Roger Scruton, *The Meaning of Conservatism*, Londres, Macmillan, 1980 y, del mismo autor, *Cómo ser conservador*, Madrid, Homo Legens, 2020.

[15] Véase Ryszard Legutko, *Los demonios de la democracia. Tentaciones totalitarias en las sociedades libres*, Madrid, Encuentro, 2020. Sobre la trayectoria de Legutko, véase Valentin Behr, «Towards a Transnational and Social History of Anti-Liberalism. Insights from the Trajectory of Ryszard Legutko», *European Politics and Society* 24/1 (2021), pp. 22-39.

[16] Ryszard Legutko, «Why I Am Not A Liberal», *First Things*, marzo de 2020, disponible en [<https://www.firstthings.com/article/2020/03/why-i-am-not-a-liberal>], consultado el 22 de julio de 2024.

[17] Applebaum, *El ocaso de la democracia*, cit., p. 160.

[18] Véanse [<https://nationalconservatism.org/natcon-rome-2020/about/>] y [<https://www.nazionefutura.it/italianconservatism/>]. Sobre Chafuen, véase Claudia Acuña, «Quién es Alejandro Chafuen: la araña», *LaVaca.org*, 24 de enero de 2024, disponible en [<https://lavaca.org/mu190/la-arana-quien-es-alejandro-chafuen/>], consultados el 22 de julio de 2024.

[19] «The Growing Peril of National Conservatism», *The Economist*, 15 de febrero de 2024, disponible en [<https://www.economist.com/leaders/2024/02/15/the-growing-peril-of-national-conservatism>], consultado el 22 de julio de 2024.

[20] Silvia Ayuso, «Los gatos de Marine Le Pen o por qué la extrema derecha ya no asusta tanto a los franceses», *El País*, 13 de abril de 2022, disponible en [<https://elpais.com/internacional/2022-04-13/los-gatos-de-marine-le-pen-o-por-que-la-extrema-derecha-ya-no-asusta-tanto-a-los-franceses.html>], consultado el 22 de julio de 2024.

[21] Strobl, *La nueva derecha*, cit., p. 31.

[22] Paxton, *Anatomía del fascismo*, cit., p. 255.

[23] Aristotle Kallis, «“Fascism”, “Para-fascism” and “Fascistization”: On the

Similarities of Three Conceptual Categories», *European History Quarterly* 33/2 (2003), pp. 219-249.

[24] Kallis, «“Fascism”, “Para-fascism” and “Fascistization”», cit., pp. 219-249.

[25] Véanse Raoul Girardet, «Notes sur l’esprit d’un fascisme français, 1934-1939», *Revue française de science politique* 5/3 (1955), pp. 529-546 y Philippe Burrin, «La France dans le champ magnétique des fascismes», *Le Débat* 32 (1984), pp. 52-72.

[26] António Costa Pinto y Aristotle Kallis, «Introduction», en António Costa Pinto y Aristotle Kallis (eds.), *Rethinking Fascism and Dictatorship in Europe*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014, pp. 3-4.

[27] Véanse, entre otros, Ismael Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003 y, del mismo autor, «¿Dónde está el otro? O sobre qué eran los que no eran fascistas», en Joan Antón Mellón (coord.), *El fascismo clásico, 1919-1945 y sus epígonos: nuevas aportaciones teóricas*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 155-190. Véase también Ismael Saz, Zira Box, Toni Morant y Julián Sanz (eds.), *Reactionary Nationalists, Fascists and Dictatorships in the Twentieth Century. Against Democracy*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2019.

[28] Véanse Ismael Saz, «El nacionalismo,nexo y núcleo de la extrema derecha. Lo que hay de paradigmático (y transversal) en el caso español», *Gaceta Sindical. Reflexión y debate* 41 (2023), pp. 129-142 y Joan Pubill Brugués, «Los meandros de la derecha antiliberal. Vacíos, propuestas e interpretaciones sobre la extrema derecha (1840-1940)», *Hispania Nova* 1 (2023), número extraordinario, pp. 179-204. Como se ha apuntado, el debate ha sido muy rico e intenso. Sin ánimo de exhaustividad, véanse para el caso español también las interpretaciones ofrecidas por otros historiadores, como Ferran Gallego, *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014 y Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011.

[29] Al respecto, véanse también las consideraciones de Tim Bale y Cristóbal Rovira Kaltwasser (eds.), *Riding the Populist Wave. Europe’s Mainstream Right in Crisis*, Cambridge, Cambridge University Press, 2021.

[30] Véase Luc Rouban, *La vraie victoire du RN*, París, Presses de Science Po, 2022.

[31] Clea Caulcutt, «France’s Pécresse Comes Under Fire for Reference to Far-Right Conspiracy Theory», *Politico.eu*, 14 de febrero de 2022, disponible en [<https://www.politico.eu/article/france-pecresse-slammed-for-great-replacement-reference/>], consultado el 26 de julio de 2024.

[32] Véase Clément Guillou y Abel Maestre, «La macronisation de Jordan Bardella, la melonisation du Rassemblement national avant les législatives», *Le Monde*, 27 de junio de 2024, disponible en [[https://www.lemonde.fr/politique/article/2024/06/27/la-macronisation-de-jordan-bardella-la-melonisation-du-rassemblement-national-avant-les-legislatives\\_6244725\\_823448.html](https://www.lemonde.fr/politique/article/2024/06/27/la-macronisation-de-jordan-bardella-la-melonisation-du-rassemblement-national-avant-les-legislatives_6244725_823448.html)], consultado el 26 de julio de 2024.

[33] Benjamin Dodman, «How Bolloré, the “French Murdoch”, Carried Le Pen’s Far Right to the Brink of Power», *France24.com*, 27 de junio de 2024, disponible en [<https://www.france24.com/en/france/20240627-how-the-french-murdoch-carried-le-pen-s->

[far-right-to-the-brink-of-power](#)], consultado el 26 de julio de 2024.

[34] Lucie Soullier, «A Paris, la “convention de la droite” de Marion Maréchal rejoue les classiques de l’extrême droite», *Le Monde*, 28 de septiembre de 2019, disponible en [[https://www.lemonde.fr/politique/article/2019/09/28/l-immigration-et-l-islam-au-c-ur-de-la-convention-de-la-droite\\_6013471\\_823448.html](https://www.lemonde.fr/politique/article/2019/09/28/l-immigration-et-l-islam-au-c-ur-de-la-convention-de-la-droite_6013471_823448.html)], consultado el 26 de julio de 2024.

[35] Véase Marylou Magal y Nicolas Massol, *L’extrême droite, nouvelle génération. Enquête au coeur de la jeunesse identitaire*, París, Denoël, 2024.

[36] Pascal Perrineau, *Cette France de gauche qui vote FN*, París, Seuil, 2017, pp. 66-69.

[37] Guillermo Fernández-Vázquez, *Qué hacer con la extrema derecha en Europa. El caso del Frente Nacional*, Madrid, Lengua de Trapo/CTXT, 2019, p. 35.

[38] Cécile Alduy y Stéphane Wahnich, *Marine Le Pen prise aux mots. Décryptage du nouveau discours frontiste*, París, Seuil, 2015, Kindle Edition, pos. 63-64 y 110-117.

[39] Michel Eltchaninoff, *Inside the Mind of Marine Le Pen*, Londres, C. Hurst & Co., 2018, Kindle Edition, pos. 122-140 y 149-152.

[40] Daniel Rueda, «A Certain Idea of France’s Past: Marine Le Pen’s History Wars», *European Politics and Society* 24/4 (2022), pp. 445-460.

[41] Farris, *En nombre de las mujeres*, cit., p. 53.

[42] Salomi Boukala y Eirini Tountasaki, «From Black to Green: Analysing Le Front National’s “Patriotic Ecology”», en Bernhard Forchtner (ed.), *The Far Right and the Environment. Politics, Discourse and Communication*, Londres, Routledge, 2020, pp. 67-78.

[43] Corcuff, *La grande confusion*, cit., p. 255.

[44] Sobre SD, véase Martinsson, *Les «Démocrates de Suède»: un vote anti-immigration*, cit. Agradezco la ayuda de Gabriel Wahl para la redacción de este apartado sobre Suecia.

[45] Bulent Kenes, «Per Jimmie Åkesson: A Smiling Wolf in Sheep’s Clothing?», *ECPS Leader Profiles. European Center for Populism Studies (ECPS)*, 3 de agosto de 2020, disponible en [<https://www.populismstudies.org/wp-content/uploads/2021/03/ECPS-Leader-Profile-Series-2-2.pdf>].

[46] Véanse [<https://www.oikos.se>] y [<https://gimlekultur.se>], consultados el 26 de julio de 2024.

[47] *Tidöavtalet: Överenskommelse för Sverige*, octubre de 2022, p. 2, disponible en [<https://via.tt.se/data/attachments/00551/04f31218-dccc-4e58-a129-09952cae07e7.pdf>], consultado el 26 de julio de 2024.

[48] *Ibid.*

[49] Jan Söderström, «SD in i regeringskansliet – mörkades i valet», *Aktuell i Politiken*, 20 de octubre de 2022, disponible en [<https://aip.nu/sd-in-i-regeringskansliet-morkades-i-valet/>], consultado el 26 de julio de 2024.

[50] Civil Rights Defenders, *The Tidö Agreement Review. A Rights-Based Review Of The Tidö Agreement*, 24 de octubre de 2022, pp. 8-9 y 13, disponible en [[https://crd.org/wp-content/uploads/2022/12/Analysis-of-the-Tido-Agreement\\_Civil-Rights-Defenders\\_221024.pdf](https://crd.org/wp-content/uploads/2022/12/Analysis-of-the-Tido-Agreement_Civil-Rights-Defenders_221024.pdf)], consultado el 26 de julio de 2024.

[51] Lisa Pelling, *Integrationens slut. En Analys av Tidöavtalet*, disponible en



[<https://arenaide.se/rappporter/integrationens-slut/>], consultado el 26 de julio de 2024.

[52] Véase «Första året med Tidöavtalet», 7 de diciembre de 2023, disponible en [<https://farr.se/forsta-aret-med-tidoavtalet/>], consultado el 26 de julio de 2024.

[53] David Arter, «The Making of an “Unhappy Marriage”? The 2023 Finnish General Election», *West European Politics* 47/2 (2023), pp. 426-438. Agradezco la ayuda de Gwenaëlle Bauvois para la redacción de este apartado sobre Finlandia.

[54] John Henley, «Finnish Far-Right Finance Minister Accused of Racist Online Comments», *The Guardian*, 11 de julio de 2023, disponible en [<https://www.theguardian.com/world/2023/jul/11/finnish-far-right-finance-minister-riikka-purra-accused-of-racist-online-comments>], consultado el 26 de julio de 2024.

[55] Javier Biosca Azcoiti, «Hitler y muñecos del Ku Klux Klan: crisis en el nuevo Gobierno de Finlandia por los escándalos de la extrema derecha», *elDiario.es*, 15 de julio de 2023, disponible en [[https://www.eldiario.es/internacional/hitler-munecos-ku-klux-klan-crisis-nuevo-gobierno-finlandia-escandalos-extrema-derecha\\_1\\_10379434.html](https://www.eldiario.es/internacional/hitler-munecos-ku-klux-klan-crisis-nuevo-gobierno-finlandia-escandalos-extrema-derecha_1_10379434.html)], consultado el 26 de julio de 2024.

[56] «Finland’s New Government Announces “Paradigm Shift” with Immigration Crackdown», *France24.com*, 16 de junio de 2023, disponible en [<https://www.france24.com/en/europe/20230616-finland-s-new-government-announces-paradigm-shift-to-clamp-down-on-immigration>], consultado el 26 de julio de 2024. También Arter, «The Making of an “Unhappy Marriage”?», cit.

[57] «Stricter Residence Requirement for Finnish Citizenship Takes Effect in October», *Yle.fi*, 5 de julio de 2024, disponible en [<https://yle.fi/a/74-20098223>], consultado el 26 de julio de 2024.

[58] «Parliament Approves Controversial Border Law Changes», *Yle.fi*, 12 de julio de 2024, disponible en [<https://yle.fi/a/74-20099486>], consultado el 26 de julio de 2024.

[59] Acerca del debate sobre la inmigración y la integración en Finlandia, véase Gwenaëlle Bauvois y Niko Pyrhönen, «Kansainvälisen muuttoliikkeen kriisit ja kriisikeskustelut: Poliittisten vaikuttajien muuttuva rooli maahanmuutto- ja kotoutumiskeskustelussa», en Tuuli Anna Renvik y Minna Säävälä (eds.), *Kotoutumisen kokonaiskatsaus 2023. Näkökulmana väestösuhteet*, Helsinki, Työ- ja elinkeinoministeriö, 2024, pp. 166-174.

[60] Elena G. Sevillano, «Alemania endurece su política migratoria con una campaña de deportación “a gran escala”», *El País*, 25 de octubre de 2023, disponible en [<https://elpais.com/internacional/2023-10-25/alemania-endurece-su-politica-migratoria-con-una-campana-de-deportacion-a-gran-escala.html>], consultado el 26 de julio de 2024.

[61] Cas Mudde, «The Netherlands Underestimated the Far Right and Geert Wilders’ Victory is the Result», *The Guardian*, 23 de noviembre de 2023, disponible en [<https://www.theguardian.com/commentisfree/2023/nov/23/netherlands-far-right-geert-wilders-victory-mark-rutte>], consultado el 26 de julio de 2024.

[62] Véanse Claire Moses, «What to Know About the Netherlands’ New Far-Right Government», *The New York Times*, 2 de julio de 2024, disponible en [<https://www.nytimes.com/2024/07/02/world/europe/netherlands-government-wilders-rutte.html>], y Stan Veuger, «The New Dutch Government Is a Total Mess», *Foreign Policy*,

11 de julio de 2024, disponible en [<https://foreignpolicy.com/2024/07/11/netherlands-dutch-government-cabinet-pvv-party-for-freedom/>], consultados el 26 de julio de 2024.

[63] Véase Jazmine D. Contreras, «Holocaust Analogies, Conspiracy Theories, and Far-Right Victimhood: Forum for Democracy and the Future of Holocaust Memory in the Netherlands», *The Journal of Holocaust Research* 38/2 (2024), pp. 107-119 y Jean-Pierre Stroobants, «Aux Pays-Bas, un dirigeant d'extrême droite évoque un monde régi par “des reptiles malfaisants”», *Le Monde*, 20 de octubre de 2022, disponible en [[https://www.lemonde.fr/international/article/2022/10/20/aux-pays-bas-un-dirigeant-d-extreme-droite-evoque-un-monde-regi-par-des-reptiles-malfaisants\\_6146686\\_3210.html](https://www.lemonde.fr/international/article/2022/10/20/aux-pays-bas-un-dirigeant-d-extreme-droite-evoque-un-monde-regi-par-des-reptiles-malfaisants_6146686_3210.html)], consultado el 26 de julio de 2024.

[64] Véase Eva Hartog, «Putin's Propagandists Cheer Geert Wilders' Dutch Election Win», *Politico.eu*, 23 de noviembre de 2023, disponible en [<https://www.politico.eu/article/russia-putin-propagandists-cheer-geert-wilders-dutch-election-win/>], consultado el 26 de julio de 2024.

[65] Véase Stuart Lau, «New Dutch Government's Top NATO Priority: Act Normal», *Politico.eu*, 15 de julio de 2024, disponible en [<https://www.politico.eu/article/nato-geert-wilders-dick-schoof-new-dutch-governments-top-priority-act-normal/>], consultado el 26 de julio de 2024.

[66] Stan Veuger, «The New Dutch Government Is a Total Mess», cit.

[67] Giorgia Serughetti, *Il vento conservatore. La destra populista all'attacco della democrazia*, Bari-Roma, Laterza, 2021, p. xi.

[68] Al respecto, véase Stefanoni, *¿La rebeldía se volvió de derechas?*, cit.

[69] Para una biografía periodística de Milei, véase Juan Luis González, *El loco. La vida desconocida de Javier Milei y su irrupción en la política argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2023.

[70] Sebastián Lacunza, «Milei y los libros: denuncias de plagio y datos falsos de su vida», *elDiario.es*, 16 de mayo de 2024, disponible en [[https://www.eldiario.es/internacional/milei-libros-denuncias-plagio-datos-falsos-vida\\_1\\_11364852.html](https://www.eldiario.es/internacional/milei-libros-denuncias-plagio-datos-falsos-vida_1_11364852.html)], consultado el 26 de julio de 2024.

[71] Joan Queralt Domènech, «El lleó anarcocapitalista i la cara oculta de la Lluna», *Política & Prosa* 69-70 (2024), pp. 31-36. Sobre las derechas en la Argentina democrática, véase Gisela Pereyra Doval y Gastón Souroujon (eds.), *Argentina's Right-Wing Universe During the Democratic Period (1983-2023). Processes, Actors and Issues*, Londres, Routledge, 2024. Sobre las causas de la victoria de Milei y algunas características de su movimiento, como las juventudes y la batalla cultural, véanse Pablo Semán (ed.), *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023; Gabriel Vommaro, *La ultraderecha en Argentina. Entre el oportunismo y la innovación de Milei*, Santiago de Chile, Fundación Friedrich Ebert, 2023, disponible en [<https://www.fes.de/cgi-bin/gbv.cgi?id=20671&ty=pdf>] y Esteban Iglesias et al. (eds.), *¿La Libertad Avanza? El ascenso de Milei y la derecha radical en Argentina*, prólogo de Steven Forti, Buenos Aires, Prometeo, 2024.

[72] Pablo Stefanoni, «Javier Milei en 10 frases: el paleolibertario que quiere tomar

Argentina», *El Grand Continent*, 18 de septiembre de 2023, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2023/09/18/javier-milei-en-10-frases-el-paleolibertario-que-quiere-tomar-argentina/>], consultado el 26 de julio de 2024.

[73] «Javier Milei Has Turned Argentina into a Libertarian Laboratory», *The Economist*, 20 de junio de 2024, disponible en [<https://www.economist.com/the-americas/2024/06/20/javier-milei-has-turned-argentina-into-a-libertarian-laboratory>], consultado el 26 de julio de 2024.

[74] Sobre los primeros meses del gobierno de Milei, véanse Iván Schuliaquer, «Milei, política y debate público radicalizado en Argentina», *El Grand Continent*, 23 de mayo de 2024, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2024/05/23/milei-politica-y-debate-publico-radicalizado-en-argentina/>]; Pablo Stefanoni, «Cien días de Milei en Argentina: apenas crueldad y transgresión», *OpenDemocracy.net*, 19 de marzo de 2024, disponible en [<https://www.opendemocracy.net/es/argentina-javier-milei-ajuste-crueldad-guerra-cultural-fmi/>] y Mar Centenera, José Pablo Criales y Constanza Lambertucci, «Recortes extremos, choque de poderes y guerras culturales: las claves de los 100 días de Milei en la Casa Rosada», *El País*, 19 de marzo de 2024, disponible en [<https://elpais.com/argentina/2024-03-19/recortes-extremos-choque-de-poderes-y-cruzadas-culturales-las-claves-de-los-100-dias-de-milei-en-la-casa-rosada.html>], consultados el 26 de julio de 2024.

[75] Nicolás Lantos, «Estado de excepción: el terror como herramienta de gobierno», *El Destape*, 16 de junio de 2024, disponible en [<https://www.eldestapeweb.com/politica/panorama-politico/estado-de-excepcion-el-terror-como-herramienta-de-gobierno-20246160530>], consultado el 26 de julio de 2024.

[76] Centro de Estudios Legales y Sociales, *Terrorismo de estado y políticas de memoria, a seis meses del gobierno de Javier Milei*, 10 de junio de 2024, disponible en [<https://www.cels.org.ar/web/publicaciones/memoria-a-seis-meses-de-milei/>], consultado el 26 de julio de 2024. Sobre la última dictadura militar argentina, véase el reciente y completo libro de Gabriela Águila, *Historia de la última dictadura militar. Argentina, 1976-1983*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023.

[77] Pablo Stefanoni, «Cien días de Milei en Argentina», cit.

[78] Gisela Pereyra Doval, «Occidentalismo y diplomacia virtual», *Le Monde Diplomatique* 298 (2024), disponible en [<https://www.eldiplo.org/298-las-nuevas-relaciones-carnales/occidentalismo-y-diplomacia-virtual/>], consultado el 26 de julio de 2024.

[79] Jack Nicas y Daniel Politi, «Javier Milei, un presidente católico que consulta un rabino», *The New York Times*, 18 de julio de 2024, disponible en [<https://www.nytimes.com/es/2024/07/18/espanol/javier-milei-rabino-judaismo.html>] y Andy Robinson, «Milei, la esvástica y la estrella de David», *La Vanguardia*, 6 de diciembre de 2023, disponible en [<https://www.lavanguardia.com/internacional/20231206/9430196/milei-esvastica-estrella-david.html>], consultados el 26 de julio de 2024.

[80] Miguel González, «Milei vende en Madrid sus recetas ultraliberales: “La justicia social es aberrante”», *El País*, 17 de mayo de 2024, disponible en [<https://elpais.com/espana/2024-05-17/milei-vende-en-madrid-sus-recetas-ultraliberales-la->

[justicia-social-es-aberrante.html](#)], consultado el 26 de julio de 2024. El discurso de Milei en Vistalegre en Steven Forti, «Tomar Europa por las elecciones», cit.

## CAPÍTULO VIII

### El espectro de las autocracias electorales

A mediados de septiembre de 2022, el Parlamento Europeo aprobó con una amplia mayoría una resolución sobre el grave deterioro de los valores democráticos en Hungría. No se trataba ni de lejos de la primera vez que la Eurocámara tomaba cartas en el asunto. En el documento se analizan en detalle diferentes ámbitos relacionados con el respeto del Estado de derecho en el país magiar, como el funcionamiento del sistema electoral y constitucional, la independencia del sistema judicial, la corrupción, la libertad de expresión y el pluralismo mediático, la libertad académica y religiosa, la libertad de asociación y los derechos de las minorías –con especial atención a los derechos del colectivo LGTBIQ+, del gitano, del judío, de los migrantes, de los refugiados y de los solicitantes de asilo–, además de los derechos económicos y sociales. La resolución, de 30 páginas, concluye tajantemente que, en la última década, debido también a la falta de reacción de las instituciones europeas, el gobierno de Viktor Orbán ha llevado a «un colapso de la democracia, el Estado de derecho y los derechos fundamentales en Hungría, convirtiendo al país en un régimen híbrido de autocracia electoral»[\[1\]](#). En palabras de la eurodiputada de los Verdes Gwendoline Delbos-Corfield, ponente del Parlamento de Estrasburgo sobre esta cuestión, hoy en día sencillamente «Hungría no es una democracia»[\[2\]](#).

En la resolución se citan diferentes estudios como el Índice de Democracia V-Dem, que ya en 2019 consideró que Hungría se había convertido en el primer Estado miembro autoritario, o el Informe de 2020 de Freedom House, que había rebajado el estatus de Hungría de una «democracia semiconsolidada» a un «régimen híbrido», así como el Índice de democracia de The Economist Intelligence Unit, que en 2022 había clasificado el país como una «democracia defectuosa», situándolo en la posición 56 de 167 países[\[3\]](#). Como se puede ver, en la resolución del Parlamento Europeo sobre la deriva antidemocrática de la Hungría

orbaniana se utilizan o se citan conceptos y términos a veces diferentes para decir, al fin y al cabo, la misma cosa. O, por lo menos, algo similar.

Evidentemente, el gobierno húngaro jamás ha aceptado la definición de autocracia electoral. Al contrario, ha reivindicado y sigue reivindicando que es una democracia, aunque no de tipo liberal. Fue justamente en 2014 cuando Orbán utilizó explícitamente el concepto de *democracia iliberal* en un discurso pronunciado en la Universidad de Verano de Bálványos en Baile Tusnad, un pequeño pueblo en la Transilvania rumana, territorio antiguamente perteneciente a Hungría. Tras haber ganado sus segundas elecciones consecutivas y seguir disponiendo de una mayoría de dos tercios en el Parlamento de Budapest, el líder de Fidesz hizo referencia a diferentes casos de Estados económicamente exitosos que no eran liberales, como Singapur, China, Rusia o Turquía. Según el premier magiar, era necesario modificar la democracia en una perspectiva nacional:

La nación húngara no es una simple suma de individuos, sino una comunidad que necesita organizarse, fortalecerse y desarrollarse, y, en este sentido, el nuevo Estado que estamos construyendo es un Estado iliberal, un Estado no liberal. No niega los valores fundacionales del liberalismo, como la libertad, etc. Pero no hace de esta ideología un elemento central de la organización del Estado, sino que aplica en su lugar un enfoque específico, nacional, particular[4].

En su discurso influyeron dos ideólogos de Fidesz, Gyula Tellér y András Láncki. En un texto publicado pocos meses antes de la intervención de Orbán en la Universidad de Verano de Bálványos, Tellér habló de «Estado iliberal», mientras que Láncki, siguiendo a otros intelectuales de extrema derecha que hemos encontrado en las páginas anteriores, como Ryszard Legutko, plantea que el liberalismo es una ideología utópica similar al comunismo y, por consiguiente, incompatible con la democracia. Además, remarca que el liberalismo no ha protegido el interés nacional y que se debe reforzar la comunidad frente al individuo. Como ha subrayado Gábor Halmai, el origen de estas consideraciones puede retrodatarse hasta Carl Schmitt y su crítica al conservadurismo liberal y al Estado de derecho en el ocaso de la República de Weimar. Según el jurista alemán, el liberalismo y la democracia eran incompatibles: la única verdadera democracia era la plebiscitaria, basada en la homogeneidad de la nación[5]. Unos años más tarde, en 2019, cuando todavía Fidesz era miembro del PPE, Orbán intentó

rebajar la carga del concepto de iliberalismo y habló de una «democracia basada en el Estado-nación» y «en los valores cristianos». Según el premier húngaro, «todo lo que necesitamos hacer es encontrar la expresión o frase que le dé un significado positivo a la palabra “iliberal” que suena esencialmente negativa [...]. No puedo dar una mejor definición del significado de la política iliberal que la libertad cristiana»[\[6\]](#).

Ahora bien, más allá de los giros retóricos dados por Orbán, nos encontramos aquí con diferentes definiciones del sistema instaurado en Hungría a partir de 2010. ¿De qué estamos hablando exactamente? ¿Cómo deberíamos definirlo? Quizá no se equivocaba Adam Przeworski al subrayar que las etiquetas introducidas por los politólogos para definir lo que no es exactamente ni una democracia ni una dictadura «ocultan el hecho de que existen situaciones que no sabemos cómo clasificar»[\[7\]](#).

## LLAMAR A LAS COSAS POR SU NOMBRE, OTRA VEZ

Como acabamos de ver, entre los índices de democracia mencionados en la resolución del Parlamento Europeo se encuentra el del Instituto V-Dem. En los últimos años, el instituto ha desarrollado también un específico proyecto para estudiar los procesos de «autocratización» con el objetivo de entender «cómo y por qué los gobernantes en el poder logran eludir o debilitar las restricciones institucionales democráticas, como una administración imparcial, la rendición de cuentas vertical y horizontal, así como unos medios de comunicación libres y abiertos». A este respecto, los investigadores del instituto consideran que los procesos de autocratización pueden pasar por diferentes fases: en primer lugar, una erosión democrática comportaría el paso de una democracia liberal a una democracia electoral; en segundo lugar, un colapso democrático conllevaría el paso de una democracia electoral a una autocracia electoral; por último, una autocracia electoral puede transformarse en una autocracia cerrada[\[8\]](#).

Ahora bien, la utilización del término autocracia es criticada por algunos especialistas que ponen de relieve que este término se había utilizado en el pasado para definir un régimen en que una persona detiene poderes ilimitados, como en los casos de Alejandro Magno, los emperadores bizantinos o los zares rusos. Más recientemente, sin embargo, ha sido utilizado para definir todo tipo de regímenes no democráticos, pasando a ser

en la práctica un sinónimo de dictadura o autoritarismo[9].

Otro de los índices mencionados en la resolución del Parlamento Europeo es el de Freedom House que considera Hungría un «régimen híbrido». Este concepto también tiene una cierta ambigüedad. A veces, de hecho, se le ha utilizado como sinónimo de *dictablanda* —en referencia al gobierno del general Dámaso Berenguer del año 1930 que siguió a la dictadura de Miguel Primo de Rivera—, mientras que otras como sinónimo de *democradura*. Según Pierre Rosanvallon, este último término representa «un tipo de régimen esencialmente iliberal que conserva en lo formal los ropajes de una democracia». Más concretamente, su pertinencia actual se relacionaría con dos casos prototípicos: «por un lado, el de la justificación democrática de prácticas autoritarias y, por otro, el del deslizamiento progresivo de muchos países hacia regímenes autoritarios en el propio seno de un marco institucional democrático preexistente»[10]. En el caso de la formulación de *régimen híbrido*, se ha puesto de manifiesto que se trata de una fase de transición hacia la democracia o el autoritarismo. Según Leonardo Morlino, «la característica clave de la definición es que un régimen híbrido puede ser o bien el deterioro de la democracia con algunos de los aspectos característicos de este régimen que fallan, o bien el deterioro del autoritarismo con la ruptura del pluralismo no responsable limitado»[11]. Sus tipologías pueden ser, consecuentemente, la del autoritarismo electoral o la de la democracia electoral. En resumidas cuentas, un régimen híbrido sería una situación temporánea de la duración media de una década que lleva a la transformación de un sistema político hacia algo que más adelante podría llegar a ser una democracia plena o bien un régimen autoritario *tout court*. A veces, de todas formas, estos procesos pueden estancarse y bloquearse, quedándose, por así decirlo, en tierra de nadie. Como se puede ver, estos conceptos —tanto el de régimen híbrido, como el de autocracia electoral, así como el de democradura— se vinculan estrechamente con otros, como autoritarismo o iliberalismo. Conviene detenerse un momento también sobre ellos para intentar desembrollar este nudo conceptual.

Aún a principios del siglo XXI, cuando aún no habíamos entrado de pleno en el proceso de autocratización actual, Steven Levitsky y Lucan Way acuñaron el concepto de *autoritarismo competitivo* para definir regímenes que no eran democráticos, pero que celebraban formalmente elecciones,



como la Rusia postsoviética, la Yugoslavia de Milošević o el Zimbabue de Robert Mugabe. Según los dos politólogos norteamericanos, respecto a los autoritarismos del pasado, un régimen de autoritarismo competitivo es «competitivo en el sentido de que los partidos de oposición utilizan las instituciones democráticas para competir seriamente por el poder, pero... no es democrático porque el campo de juego está muy sesgado a favor del gobernante. La competencia es, por lo tanto, real pero injusta»[12]. En síntesis, por más que se lleven a cabo con regularidad unas elecciones y la oposición pueda participar en ellas, el poder ejecutivo viola al menos uno de los tres atributos cruciales de la democracia: unas elecciones libres, la protección de las libertades civiles y una condición de igualdad entre gobierno y oposición.

También el concepto de iliberalismo comenzó a circular en el cambio de siglo, una época marcada por esa ingenua fe por lo que Francis Fukuyama llamó el fin de la Historia. En 1997, de hecho, cuando supuestamente la democracia se estaba expandiendo en todo el mundo, el periodista estadounidense Fareed Zakaria acuñó el concepto de *democracia iliberal*. Según Zakaria, aunque no se prestase demasiada atención a ello, en todos los continentes estaban en realidad aumentando regímenes que se consideraban democráticos, pero, si bien se celebraban elecciones, no se respetaban principios liberales como el pluralismo, las libertades individuales o la separación de poderes[13]. Un par de años antes, en la Eslovaquia gobernada por Vladimír Mečiar algunos periodistas empezaron a hablar de *democracia de los Cárpatos* para criticar la deriva iliberal y antidemocrática del ejecutivo de Bratislava: según ellos, la democracia poscomunista eslovaca era una democracia *sui generis*, que poco tenía que ver con el modelo liberal que existía en los países de la Europa occidental y que se estaba implantando en la Europa centro-oriental que había quedado al otro lado del Telón de Acero[14].

Al fin y al cabo, lo que describían los periodistas eslovacos o el mismo Zakaria era algo muy similar al fenómeno que intentaron conceptualizar Levitsky y Way. Los dos politólogos norteamericanos, sin embargo, consideraban que el de democracia iliberal era un término inapropiado para definir países que no son democráticos. De la misma manera, tras la explosión del proceso de autocratización de la última década, otros especialistas afirmaron que hablar de democracia iliberal era ni más ni

menos que un oxímoron: en el caso de la Polonia gobernada por el PiS, Wojciech Sadurski ha preferido por eso la formulación de *autoritarismo plebiscitario* [15]. En palabras de Jan-Werner Müller «si llamamos “democracias” iliberales a Polonia, India y Hungría, dejamos el concepto de democracia en manos de actores que no son demócratas» [16]. De fondo, según el politólogo alemán, había una diferencia sustancial: «criticar el materialismo, el ateísmo o incluso el individualismo» es un legítimo «desacuerdo sobre las diferentes filosofías políticas que pueden justificar la democracia», mientras que intentar «limitar la libertad de expresión y de reunión, el pluralismo de los medios de comunicación o la protección de las minorías» es «un ataque a los fundamentos mismos de la democracia» [17].

Ahora bien, con el pasar de los años el adjetivo *iliberal* se ha convertido en una categoría *atrapalotodo* para definir políticos, partidos o países que desafían el liberalismo y la supremacía estadounidense a nivel internacional. Incluso se ha utilizado para adjetivar el activismo de izquierdas que lucha por la igualdad racial o de género: la izquierda *woke* o el llamado *islamogauchisme* serían, pues, también iliberales [18]. Según Marlène Laruelle, más que de un adjetivo –iliberal– sería más correcto hablar de un sustantivo –iliberalismo–. En un reciente artículo, la historiadora y politóloga francesa lo define de esta forma:

1/ el iliberalismo es un nuevo universo ideológico que, aunque doctrinalmente fluido y basado en el contexto, es hasta cierto grado coherente; 2/ representa una reacción contra el liberalismo actual en todas sus variadas formas –políticas, económicas, culturales, geopolíticas, civilizacionales– a menudo en nombre de principios democráticos y gracias a ellos (al ganar el voto popular); 3/ propone soluciones que son mayoritarias, centradas en la nación o soberanistas, favoreciendo las jerarquías tradicionales y la homogeneidad cultural; y 4/ exige un cambio de la política a la cultura y es posposmoderno en sus llamamientos de arraigo en una era marcada por la globalización [19].

Como se puede entender fácilmente, el concepto de iliberalismo nos lleva de nuevo al debate terminológico sobre cómo llamar a los Orbán, los Trump, los Bolsonaro o las Le Pen. ¿Deberíamos, pues, definirlos como iliberales sin más? Frente a otros conceptos, como el de populismo o el de extrema derecha, Laruelle cree que tiene sentido considerar el iliberalismo una ideología delgada y disociarlo de la literatura existente sobre las tipologías de regímenes, la erosión democrática y el autoritarismo. El

iliberalismo, por consiguiente, dialogaría constantemente con el liberalismo y sería una forma de posliberalismo. Es decir, puede darse solo después de que se haya probado el liberalismo y de que la gente se haya quedado decepcionada por sus fracasos.

También Ruzha Smilova se decanta por considerar el iliberalismo una ideología delgada, cuyo núcleo de ideas estaría formado por tres elementos: «la soberanía popular sin restricciones», es decir, «los valores y las normas liberales [...] no pueden limitar la voluntad general» del pueblo, ni en política interior ni exterior; el «antiindividualismo y antipluralismo etnonacionalista del “bien común”», es decir, «la comunidad etnonacional [...] goza de estricta prioridad sobre los individuos»; y el «antiglobalismo antiliberal», es decir, «proteccionismo agresivo [...] en lugar de libre competencia en los mercados globales abiertos» y «redistribución (etnizada) dirigida a la cohesión social»[\[20\]](#).

Ahora bien, la misma Laruelle pone de relieve que en las mismas democracias liberales encontramos elementos iliberales, como la guerra contra el terrorismo –donde se pone la seguridad por delante de los derechos–, las legislaciones en contra de los migrantes o algunos procesos relacionados con los cambios tecnológicos, como bien puso de manifiesto Shoshana Zuboff al hablar de capitalismo de la vigilancia[\[21\]](#). Asimismo, ha habido quien, como Marlies Glasius, ha subrayado la diferencia entre prácticas iliberales y prácticas autoritarias. Las primeras serían una serie de acciones que «vulneran la autonomía y la dignidad de la persona», la «interferencia con la igualdad jurídica, el recurso legal o el reconocimiento ante la ley; la violación de la libertad de expresión, el derecho a un juicio justo, la libertad de religión, el derecho a la privacidad; y las violaciones de los derechos a la integridad física». La anulación de la separación de poderes, en cambio, no sería una práctica iliberal, sino autoritaria[\[22\]](#). Teniendo en cuenta todo esto, ¿qué sería la Hungría de Orbán? ¿Una democracia iliberal, un autoritarismo competitivo u otra cosa? ¿Su ideología sería el iliberalismo, aunque utilice prácticas autoritarias y no propiamente iliberales? Como se puede apreciar, una vez más la confusión es grande bajo el cielo. ¿Con qué nos quedamos?

Si bien las propuestas de Laruelle y Smilova resultan sin duda interesantes, me parece que no solucionan el problema de fondo. Al fin y al cabo, si el iliberalismo es una ideología delgada que puede adaptarse a

muchos contextos distintos, volvemos a tropezar con el escollo del populismo, aunque bajo otro nombre. Más que una ideología, el iliberalismo es una práctica política que puede ser adoptada por fuerzas que se definen iliberales, pero también por fuerzas liberales. El caso de las políticas migratorias aprobadas por el gobierno socialdemócrata danés son un ejemplo fehaciente. ¿En este caso, no sería mejor hablar, si acaso, de políticas posfascistas como plantea Tamás? Además, existen regímenes iliberales de diferente tipo y con ideologías distintas. Son iliberales tanto China, Rusia e Irán, así como Venezuela, Turquía, India, Arabia Saudí, Hungría o Catar. Por más que no respeten la separación de poderes ni el Estado de derecho o no se celebren elecciones libres ni justas, parece que entre el bolivarianismo deslavazado de Nicolás Maduro, el islamismo del régimen de los ayatolás o el nacionalismo hindú de Narendra Modi no hay un mismo corpus doctrinal de referencia. Con sus peculiaridades y matices, todos han aplicado diversas gradaciones de políticas iliberales y autoritarias a partir, sin embargo, de ideologías distintas.

A diferencia de otros regímenes autoritarios o, mejor dicho, de otros autoritarismos competitivos que se dan en diferentes latitudes del globo, en el caso de los Orbán, los Milei, los Trump, las Meloni, los Netanyahu o los Bolsonaro estas políticas se enmarcan en la construcción de un modelo iliberal y antidemocrático a partir de una ideología bien determinada, la de las nuevas extremas derechas que, como hemos visto, tiene un corpus doctrinal de referencia y redes transnacionales compartidas. Donde estas fuerzas han llegado al gobierno y han tenido el tiempo y la posibilidad de poner en práctica sus recetas, siguiendo la resolución del Parlamento Europeo y las clasificaciones del Instituto V-Dem, podemos hablar pues de *regímenes híbridos de autocracias electorales*, ya que se trata de regímenes que no son democráticos, pero tampoco autoritarios *tout court* o totalitarios. Esto también nos permite recalcar una vez más las diferencias con el fascismo histórico que, en cambio, defendía un proyecto explícitamente totalitario.

## LOS MODELOS: HUNGRÍA E ISRAEL

Teniendo en cuenta esto, podemos delinear las características de los dos modelos de autocracia electoral de extrema derecha existentes en la

actualidad: la Hungría de Orbán y el Israel de Netanyahu. A diferencia de otros países donde los ultras han llegado al gobierno, en Budapest y Tel Aviv la duración de los ejecutivos –desde 2010 en el primer caso y desde 2009, aunque con un pequeño *break* en 2021-2022, en el segundo– ha permitido avanzar en el que hemos definido el cuarto objetivo de las extremas derechas 2.0. En la actualidad, consecuentemente, podemos apreciar una transformación del sistema político y del modelo de sociedad que ya no es plenamente democrático, aunque hay diferencias nacionales. El patrón, sin embargo, es similar. No se olvide, además, el caso de Polonia donde entre 2015 y 2023 el gobierno del PiS estaba siguiendo los mismos pasos marcados por el déspota húngaro o la vía italiana al orbanismo puesta en práctica por Meloni a partir de octubre de 2022. En este último caso, así como en la Argentina de Milei, el tiempo transcurrido desde la llegada al poder es aún limitado. Se deberá pues analizar cómo evoluciona la situación en los próximos años y hasta qué punto llega el proceso de erosión democrático.

Como se ha recordado en otro capítulo de este libro, en Hungría Orbán había gobernado ya una primera vez entre 1998 y 2002. Si bien por aquel entonces su posición era la de un conservadurismo supuestamente *mainstream*, el líder de Fidesz mostró unas tendencias que podríamos tachar, como mínimo, de cuestionables desde una posición democrática. Por un lado, en política exterior mantuvo abiertos los canales diplomáticos con la Croacia autoritaria de Tudjman –fue el único jefe de gobierno que asistió a sus funerales en Zagreb en 1999– y no respetó el aislamiento decretado contra el ejecutivo austriaco presidido por Schüssel en el que participaba por primera vez el FPÖ de Haider. Por otro, empezó a esbozar las líneas maestras de un proyecto conservador antiliberal trufado de cierto antioccidentalismo. La inesperada derrota electoral de 2002 truncó de golpe esta primera experiencia de gobierno y Orbán pasó dos legislaturas en la oposición. El impacto de la crisis económico-financiera de 2008 impulsó lo que algunos analistas han definido como su giro plebeyo. De todos modos, en la amplia victoria electoral de 2010 pesaron también los escándalos y los errores del premier socialista Gyurcsány que llevaron a las protestas masivas de otoño de 2006, la corrupción endémica y también la incapacidad para integrar a la numerosa población rom que facilitó, entre otras razones, la aparición y el avance de una ultraderecha xenófoba con tintes neonazis,

organizada en milicias paramilitares, vinculada al partido Jobbik.

En cuanto regresó al poder, Orbán pisó el acelerador. Los números se lo permitían: en las elecciones de abril de 2010, Fidesz consiguió el 52,7% de los votos y 263 escaños sobre 386. Además de unas medidas económicas neoliberales, pero proteccionistas y cargadas de una retórica agresiva contra las multinacionales y la globalización, y de un paulatino giro en las relaciones internacionales, mirando cada vez más a la Rusia putiniana, Orbán puso en práctica un programa planificado al milímetro para asestar un golpe al sistema de pesos y contrapesos del modelo democrático liberal. Los especialistas han utilizado términos distintos para definir el nuevo sistema húngaro. Péter Krekó ha acuñado el concepto de «autocracia informativa iliberal», mientras que András Körösenyi, Gábor Illés y Attila Gyulai han recuperado el concepto de «democracia plebiscitaria» de Max Weber. Por su parte, Stefano Bottoni lo ha definido como «un sistema autocrático con medios democráticos», «una forma extrema y desfigurada de democracia constitucional» y «un régimen autoritario basado en el capitalismo clientelar y el control social»[\[23\]](#).

El primer paso del plan orbaniano fue el de centralizar el poder en el ejecutivo, modificar la Constitución y cambiar las reglas del juego[\[24\]](#). Por un lado, el nuevo gobierno de Fidesz reforzó el poder ejecutivo con la creación de un superministerio de la Función Pública y la Justicia en el cual se incluyó la Cancillería, además de endurecer el código penal e iniciar una ocupación sistemática de las instituciones independientes. El paso más importante fue la reforma constitucional adelantada por el manifiesto titulado *Haya paz, libertad y concordia*, publicado tan solo dos meses después de los comicios, en junio de 2010. En este texto se explicaba que Hungría recuperaba «el derecho y la capacidad para autodeterminarse» y que con las elecciones de abril había nacido un «nuevo pacto social con el cual los húngaros han decidido fundar un nuevo sistema, el Sistema de la Cooperación Nacional centrado en trabajo, casa, familia, salud y orden»[\[25\]](#). Con la cómoda mayoría de más de dos tercios del parlamento y sin tener que pasar por un referéndum popular, en abril de 2011 Fidesz aprobó consecuentemente la nueva Constitución que entró en vigor en enero del año siguiente. Desaparecía del nombre oficial del país la palabra «República», pasando a llamarse solo «Hungría», se afirmaban las raíces cristianas del país y se restringía el concepto de familia como la unión

conyugal de un hombre y una mujer, además de garantizar la protección de la vida del feto desde su misma concepción. Asimismo, se reducía el poder del Tribunal Constitucional, impidiéndole controlar y sancionar la actuación del ejecutivo. Posteriormente, se ha cercenado aún más la independencia del sistema judicial. Por un lado, se ha llenado el mismo Tribunal Constitucional con jueces afines a Fidesz y se ha obligado a unos 400 jueces a jubilarse. Cabe mencionar que la presidenta de la Oficina Nacional de Justicia, encargada de supervisar los nombramientos de los magistrados, es la esposa de un amigo íntimo de Orbán. Por otro lado, en 2018 se creó un sistema paralelo de tribunales administrativos controlado directamente por el ministro de Justicia.

En los últimos años, en pocas palabras, a orillas del Danubio la separación de poderes es un espejismo: el ejecutivo controla el sistema judicial y también el legislativo, ya que el Parlamento se ha convertido en una cámara de «*yes men*» de Fidesz que, sencillamente, aprueba lo que propone el gobierno. No es baladí recordar, además, que en marzo de 2020, con la excusa de la pandemia, el Parlamento aprobó una ley que otorgaba al ejecutivo competencias especiales para gobernar por decreto *sine die* y sin ningún control. Aunque la medida fue revocada a finales de junio, diferentes organizaciones han alertado de que dicha ley contiene una disposición que abre las puertas a que el Parlamento vuelva a traspasar al jefe de gobierno poderes extraordinarios similares, aunque con plazos limitados[26].

A la nueva Constitución –que fue reformada varias veces en los años siguientes– debe sumarse también que el ejecutivo presidido por Orbán modificó la ley electoral. En primer lugar, se recortó el número de los parlamentarios que, en un sistema unicameral, pasaron de 386 a 199. En segundo lugar, se reforzó la cuota de diputados elegidos con el sistema mayoritario respecto al proporcional, lo que facilitó aún más el dominio de Fidesz sobre una oposición débil y dividida. Paralelamente, el gobierno magiar pulsó la tecla del nacionalismo no solo retóricamente, sino también legislativamente al aprobar una ley que concedía la ciudadanía húngara y el derecho de voto a los ciudadanos de otros Estados con orígenes húngaras o exciudadanos de la monarquía dual austrohúngara. Téngase en cuenta que solo entre Rumania, Eslovaquia, Ucrania, Serbia, Croacia y Eslovenia se trata de unos dos millones de personas. De estos, alrededor de unos 450.000

suelen participar en las elecciones, lo que significa casi un 10% del total de los votantes que ronda los cinco millones. Además, gracias a una red clientelar, Orbán ha otorgado centenares de millones de euros a estas comunidades que han votado entre 2014 y 2022 en un 95% por Fidesz. La distorsión del resultado electoral es más que evidente.

Además, el cambio de las reglas del juego ha afectado también a otros ámbitos: desde la reconfiguración de las circunscripciones electorales —el llamado *gerrymandering*— para favorecer a Fidesz hasta la creación de partidos fantasma con nombres similares a los de la oposición para confundir a los votantes, pasando por la utilización de la representación de las minorías nacionales —alemanes, rom, etc.—, prevista en la Constitución, con candidatos «escondidos» de Fidesz que copaban esos sitios. Asimismo, la ley electoral ha sido cambiada en diferentes ocasiones en la última década para neutralizar cualquier estrategia adoptada por parte de la oposición. Por ejemplo, de cara a las elecciones de 2022 en las que casi todas las oposiciones se aliaron presentando un único candidato, Péter Márky-Zay, el gobierno legalizó lo que se ha llamado «turismo electoral»: los electores podían registrarse para votar en cualquier parte del país, incluso si no vivían en aquella circunscripción. Esto le ha permitido a Fidesz poder mover bolsas de votantes de los colegios seguros y llevarlos a otros donde la oposición tenía posibilidades de ganar. Algunas investigaciones han calculado que alrededor de 150.000 personas se acogieron a esta nueva ley. Sin contar la vasta red clientelar creada por Orbán con centenares de millares de empleos, a cambio de los cuales se pide explícitamente el voto para el partido en el gobierno. Cabe añadir por último la ley sobre los medios de comunicación, aprobada a finales de 2010, que empezó la sistemática ocupación de televisiones y radios públicas, y la progresiva recentralización administrativa con el control por parte de las autoridades centrales de educación y salud.

Después de la victoria electoral de 2014, en que Fidesz mantuvo la mayoría de los dos tercios en la cámara, aunque perdió más de 400.000 votos al conseguir el 44,9% de los sufragios, Orbán completó el giro autoritario con el objetivo de construir la que en aquellos meses había definido como democracia iliberal. Por un lado, aprovechó el ataque terrorista a la revista francesa *Charlie Hebdo* y la crisis de los refugiados de 2015 para remarcar aún más el tema identitario, buscando el choque con las



instituciones europeas y convirtiéndose en un referente de la ultraderecha en sus políticas de cierre de fronteras y expulsión de migrantes. Por otro lado, antes de las elecciones de 2018, en que Fidesz mantuvo 133 escaños sobre 199 con el 49,3% de los votos, Orbán dio el golpe de gracia a la prensa libre haciendo comprar a amigos oligarcas los principales periódicos, radios y televisiones del país: en septiembre de 2017 el ejecutivo controlaba en la práctica toda la prensa local húngara. Además, en noviembre de 2018 el proceso de concentración de los medios de comunicación se concretó en la creación del *holding* Kesma que reúne a medio millar de medios, es decir, el 90% de los productos en el mercado. En su estatuto, Kesma subraya la importancia de la promoción de «los valores cristianos y nacionales» y la preservación de «la identidad cultural húngara y centroeuropea»[\[27\]](#).

Si a esto se suma el activismo en las redes sociales, se entiende la omnipresencia de la propaganda favorable al gobierno. Hay que tener en cuenta, además, que mucho antes del escándalo de Cambridge Analytica, concretamente en 2008, gracias a la labor de tecnología política de dos expertos estadounidenses, Arthur Finkelstein y George E. Birnbaum, Fidesz disponía de millones de datos, obtenidos de forma ilegal, de los ciudadanos húngaros y conocía sus preferencias, sus miedos y sus deseos[\[28\]](#). Para tener una idea del control abrumador sobre los medios públicos, baste un dato: en las elecciones de abril de 2022, el candidato de la oposición, Márky-Zay, dispuso de tan solo cinco minutos en toda la campaña electoral para explicar su programa, mientras Fidesz pudo repetir constantemente la mentira de que la oposición habría llevado Hungría a una guerra contra Rusia, distorsionando completamente las posiciones de condena de la invasión de Ucrania por parte de la coalición anti-Orbán.

De fondo, está la que se ha definido como una verdadera contrarrevolución cultural, inspirada en un tradicionalismo ultraconservador, que Orbán ha llevado a cabo desde 2010. No se trata solo de los cambios contenidos en la Constitución acerca de la defensa de la familia tradicional y la protección de la vida del feto desde su misma concepción, sino también de la llamada ley contra la propaganda LGTBIQ+, aprobada en 2021 sobre el modelo de una legislación similar rusa de 2013. Esta ley crea una equivalencia entre homosexualidad y pornografía, y ha conllevado, entre otras medidas, que no se pueda hablar

de homosexualidad en las escuelas, que las novelas con personajes del colectivo LGTBIQ+ sean precintadas y puestas en la sección de libros para adultos o que no se puedan vender determinados productos cerca de centros educativos, provocando no solo una evidente discriminación del colectivo, sino la autocensura[29]. Asimismo, el gobierno de Fidesz ha trabajado en profundidad en la memoria pública convirtiendo el 4 de junio –día de la firma del Tratado de Trianon con el cual el Reino de Hungría tras la Primera Guerra Mundial perdió dos terceras partes de su territorio– en el día de la «solidaridad nacional» y creando nuevas instituciones u ocupando las existentes para reescribir la historia del país desde un punto de vista nacionalista. El instituto histórico Veritas, la Comisión para la Memoria Nacional, la Casa del Terror de Budapest –presidida por Mária Schmidt, muy cercana a Orbán– y el Museo del Holocausto son unos ejemplos paradigmáticos de esta operación en la que se llega a negar la participación en la Shoah de los húngaros, presentados como víctimas primero de los nazis y después de los rusos[30].

Asimismo, Orbán se ha preocupado por controlar por completo las universidades y los centros de investigación. Ya en 2014 se suprimió la autonomía de las universidades instituyendo un director administrativo que ejerce un control político-ideológico sobre los centros, mientras que en 2018 se procedió a la «normalización» de la principal institución científica del país, la Academia de las Ciencias, con la aprobación de una ley que la despoja de sus institutos de investigación. Al año siguiente se ha privatizado la Universidad Económica Corvinus, lo que se suma al papel cada vez más importante de nuevos centros universitarios y de investigación paraacadémica con una clara orientación política. En 2018, además, la Central European University fundada por George Soros fue obligada a trasladar su sede a Viena. El paso siguiente ha sido, en la primavera de 2021, la transferencia por parte del gobierno del control de las once principales universidades públicas del país a unas fundaciones cuyos consejos de administración están vinculados a Fidesz y son nombrados por el mismo ejecutivo[31].

Si la Hungría de Orbán es, sin duda alguna, el modelo principal y más citado de autocracia electoral ultraderechista del siglo XXI, a menudo se ha perdido de vista que hay otro país que ha seguido un camino similar en la última década, Israel. No por casualidad el mismo Orbán afirmó que

Hungría e Israel son modelos de «comunidades conservadoras» exitosas[32]. Podríamos debatir si Israel es hoy en día una autocracia electoral propiamente dicha: efectivamente, según el Instituto V-Dem en 2024 Israel es una democracia electoral, no una autocracia, si bien su posición se ha degradado por primera vez en cincuenta años[33]. Sin embargo, el retroceso es notable y, si se observa la acción de los gobiernos de la última década, muestra una tendencia clara.

Tampoco se olvide que el Estado judío se ha convertido en una verdadera referencia para las extremas derechas de todo el mundo. Por un lado, tras el 11 de septiembre de 2001 estas han virado 180 grados hacia el apoyo inequívoco al Estado de Israel visto como una especie de centinela de Occidente en Oriente Medio frente al peligro islamista. Dicho sea de paso, esto le ha permitido a las extremas derechas europeas desdiabolizarse aún más, dejando supuestamente en un cajón las acusaciones de antisemitismo, por más que en muchos casos sus filas están trufadas de dirigentes y militantes antisemitas: la presencia de Marine Le Pen en la manifestación contra el antisemitismo organizada en París a finales de 2023 es el perfecto ejemplo de esta operación, así como las estrechas relaciones entre el gobierno de Tel Aviv y Milei, Orbán, Trump o Meloni. Cabe mencionar también que el Likud es miembro de ECR y que miembros de este partido han participado en numerosos foros de las redes ultraderechistas transnacionales, empezando por la nacionalconservadora creada por Yoram Hazony[34]. Por otro lado, Israel se ha convertido en un verdadero modelo de Estado etnonacionalista, algo que entronca perfectamente con la visión de la sociedad defendida por las extremas derechas 2.0[35].

Para más inri, el actual gobierno de coalición presidido por Benjamín Netanyahu es la guinda del pastel, con ministros supremacistas como Bezalel Smotrich —en la cartera de Finanzas— del partido Sionismo Religioso o Itamar Ben-Gvir —en la cartera de Seguridad Nacional— del partido Poder Judío. Estamos hablando de formaciones ultranacionalistas y antiárabes que han llegado a negar la misma existencia del pueblo palestino, a defender la deportación de los ciudadanos de religión musulmana y la anexión de todos los territorios entre el río Jordán y el mar Mediterráneo. Ben-Gvir, además, fue un miembro de la organización terrorista Kach, fundada por el rabino Meir Kahane e ilegalizada en 1994. El kanismo defiende a través de la vía violenta la construcción de un Estado teocrático

basado en la ley judía: sus miembros han sido principalmente colonos que se asentaron ilegalmente en los territorios ocupados. Hasta poco antes de tomar posesión como ministro, en el despacho de Ben-Gvir colgaba una fotografía de Baruch Goldstein, también miembro de Kach, que en 1994 en un ataque terrorista contra la mezquita de Hebrón mató a 29 palestinos. Al año siguiente, pocos meses antes de que el entonces primer ministro Isaac Rabin, premio Nobel de la Paz por los Acuerdos de Oslo entre Israel y la Organización para la Liberación de la Palestina (OLP), fuera asesinado por otro ultranacionalista judío, el actual ministro de Seguridad Nacional robó un accesorio del coche oficial de Rabin, amenazando que tarde o temprano habría llegado hasta él[36].

Ahora bien, la erosión democrática no ha comenzado solo después de la formación del último gobierno de Netanyahu en 2022. Ya en 2016 había quien avisaba que la versión secular y progresista de Israel se había acabado y que el modelo de democracia que tenía el líder del Likud era sencillamente el «sinónimo de un gobierno mayoritario sin controles» que no acepta «restricciones como el control judicial y la protección de las minorías»[37]. La trayectoria de *Bibi*, como se le conoce popularmente, tiene cierto parecido con la de Orbán. También Netanyahu, de hecho, tiene una larga experiencia política –fue embajador de Israel en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) a mediados de la década de 1980– y llegó por primera vez al gobierno del país a finales del siglo pasado, entre 1996 y 1999. Como el déspota de Budapest, además, en esa primera experiencia mantuvo las formas, si bien apuntó maneras, entre su contrariedad a los Acuerdos de Oslo y su voluntad de reescribir la narrativa nacional, creando nuevas instituciones conservadoras que pusiesen fin a la hegemonía izquierdista. Ministro de Finanzas entre 2003 y 2005, *Bibi* abandonó el ejecutivo por su oposición a la decisión del entonces líder del Likud y primer ministro, Ariel Sharon, de que Israel dejase unilateralmente Gaza.

Su vuelta al gobierno casi coincide con la de Orbán. Gracias al apoyo que le prestó el diario gratuito más difundido en el país, *Israel Hayom*, propiedad del magnate de los casinos Sheldon Adelson, Netanyahu se reinstaló en la residencia del primer ministro, la Beit Aghion, en 2009: desde ese momento, excepto entre junio de 2021 y noviembre de 2022, ha estado ininterrumpidamente en la presidencia del gobierno. Si en una primera etapa mantuvo un perfil moderadamente centrista, a partir de 2013,

tras la alianza con el ultranacionalista Avigdor Lieberman, radicalizó sus posiciones[38]. A diferencia de Orbán, el giro hacia posiciones iliberales no fue inmediato esencialmente porque su partido nunca obtuvo una amplia mayoría en la Knesset, el Parlamento israelí, y tuvo que buscar mayorías heterogéneas. En todo caso, desde 2015 se alió con partidos religiosos radicales, favorables a los asentamientos en Cisjordania y Jerusalén Este. Algo, por cierto, que no era una novedad para el Likud: ya lo hizo en 1977 en el primer ejecutivo presidido por Menájem Beguín que hizo amplias concesiones a los ultraortodoxos. Ahora bien, en el gobierno formado en 2015, la ministra de Justicia, Ayelet Shaked, movió los primeros pasos explícitos para reducir la interferencia judicial sobre el ejecutivo y para reducir la libertad de expresión[39].

En los siguientes años, y con más vehemencia tras 2022, se han aprobado diferentes leyes para debilitar la independencia de diferentes organismos públicos y su capacidad de control del ejecutivo, para limitar la libertad académica y artística o para cercenar las actividades de las ONG progresistas, utilizando una modalidad similar a la de Orbán o la de Putin, es decir, criminalizando y penalizando las organizaciones que reciben financiación de gobiernos extranjeros[40]. En 2018, además, se aprobó la llamada Ley de Nacionalidad –oficialmente Ley fundamental: Israel como el Estado-nación del pueblo judío– que consagra constitucionalmente el carácter judío del Estado por encima de su estatus democrático. Según la ley, solo los judíos tienen el derecho de ejercer la autodeterminación nacional en el Estado de Israel, el árabe es degradado y pasa de lengua oficial a un idioma con estatus especial, a la par que los asentamientos tienen un valor nacional y, consecuentemente, se deben alentar y promover. Como se puede imaginar, se trata de un grave cercenamiento de los derechos de las minorías que convierte la población árabe de Israel –el 21% del total– en ciudadanos de segunda, tanto que algunos especialistas han considerado que más que una democracia liberal el país se ha convertido en una «democracia étnica»[41]. Según el historiador israelí Shlomo Sand, en cambio, Israel sigue siendo un Estado liberal, pero no un Estado democrático porque no otorga los mismos derechos a sus ciudadanos árabes, ni en los territorios ocupados ni en las fronteras reconocidas por las resoluciones de la ONU[42].

Junto a esta ley fundamental, el otro proyecto legislativo que allana el

camino hacia la construcción de una autocracia electoral es el proyecto de reforma judicial que despoja casi por completo al Tribunal Supremo de la capacidad de proteger los derechos constitucionales frente a posibles violaciones del gobierno o del parlamento. Cabe recordar que Israel es un país sin Constitución que se rige por una serie de leyes fundamentales, como la anteriormente citada de 2018. El rol del Tribunal Supremo es, pues, crucial. Según la reforma judicial, en el futuro la Alta Corte no podrá anular las decisiones del gobierno, los ministros u otros cargos públicos electos que considere irrazonables, incluidas las leyes fundamentales aprobadas por mayoría simple por la Knesset. Esta, además, podrá restablecer leyes invalidadas por el mismo tribunal. En resumidas cuentas, se trata del fin de la separación de poderes: el poder ejecutivo y el legislativo podrán hacer y deshacer a su antojo sin ningún tipo de limitación por parte del judicial[43].

A todo esto hay que añadir la implementación de nuevos asentamientos en Cisjordania y Jerusalén Este –según la ONU, en 2023 había unos 700.000 colonos– que conllevan en la práctica una ocupación permanente de esos territorios, el fin de la solución de los dos Estados y el continuo desprecio de las resoluciones de las Naciones Unidas. Asimismo, los ataques, las amenazas y las violencias contra la población árabe de los territorios ocupados ha crecido de forma abrumadora con la pasividad o la connivencia de las fuerzas armadas: solo entre el 7 de octubre de 2023 y principios de julio de 2024 se estima que el ejército israelí y los colonos han asesinado a más de 500 palestinos en Cisjordania[44]. En esta breve panorámica, obviamente, no se puede no mencionar la guerra lanzada contra la población de Gaza después de los ataques terroristas de Hamás del 7 de octubre de 2023; una guerra de exterminio que ha causado alrededor de 40.000 muertos, la mayoría entre la población civil, en los primeros ocho meses desde el inicio de las operaciones militares. Como ha apuntado Judith Butler, «una democracia que depende de la expulsión constante de personas y de su subordinación radical o su muerte ha perdido los fundamentos legitimadores de su identidad como Estado democrático»[45].

## EL SALVADOR Y LA INDIA

A los casos de Hungría e Israel, podemos añadir también un tercer caso de autocracia electoral ultraderechista, El Salvador. Es cierto que se podría

debatir acerca de la ideología profesada por Nayib Bukele, presidente del país desde 2019, pero no cabe duda de que esta entronca perfectamente con la de las extremas derechas 2.0 y que podemos resumir en una mezcla de nacionalismo, antiglobalismo, autoritarismo y populismo. Además, el que ya en 2021 se definió «el presidente más *cool* del mundo» –ahora prefiere la formulación de «rey filósofo»– ha establecido lazos estrechos con las extremas derechas americanas. En febrero de 2024 fue, junto a Milei y Farage, uno de los invitados estrella de la Conferencia Política de Acción Conservadora organizada en EEUU, donde fue ovacionado, mientras unos meses más tarde, en la toma de posesión para su segundo mandato, invitó a una delegación de los sectores más extremistas de los republicanos estadounidenses encabezada por Donald Trump Jr., el periodista conspiracionista Tucker Carlson o el congresista Matt Gaetz, además del ultraderechista mexicano Eduardo Verástegui[46].

Asimismo, Bukele, ovacionado también en la CPAC organizada en Brasil en julio de 2024 donde fue representado por uno de sus ministros, se ha convertido en un referente y un modelo a emular. En Ecuador, en las elecciones presidenciales de 2023, uno de los candidatos, Jan Topic, ha sido apodado el «Bukele ecuatoriano», además de «Rambo», mientras el vencedor de esos comicios y actual mandatario, Daniel Noboa, ha aplicado políticas de mano dura contra la criminalidad muy parecidas a las del presidente salvadoreño. La ola bukeliiana ha llegado también a Europa: sin ir más lejos, Luis «Alvise» Pérez, líder de Se Acabó La Fiesta, ha alabado también al mandatario centroamericano, proponiendo la construcción de una megacárcel en las afueras de Madrid donde encerrar a todos los criminales y los políticos corruptos[47].

Alcalde de Nuevo Cuscatlán (2012-2015) y luego de San Salvador (2015-2019) por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FFMLN), en 2017 Bukele rompió con el histórico partido izquierdista y fundó Nuevas Ideas, una formación personalista formada por familiares y redes clientelares. A las elecciones presidenciales de 2019 se presentó bajo el paraguas de la conservadora Gran Alianza para la Unidad Nacional (GANU) y ganó en primera vuelta con más del 50% de los votos. Desde la asunción de la presidencia, Bukele ha puesto en marcha «un acelerado proceso de desdemocratización» que a través de la cooptación del sistema legal, la suspensión de las libertades civiles y el coqueteo con la dictadura

ha convertido el país en un «sistema autoritario», en palabras de Salvador Martí i Puig y Daniel Rodríguez Suárez[48]. Según el Índice de Democracia de 2024 del Instituto V-Dem, los logros democráticos de las últimas dos décadas en el país centroamericano han desaparecido completamente[49].

Bukele ha desarrollado un discurso que mezcla la mano dura contra las pandillas, el *eficientismo*, las críticas a las organizaciones internacionales, el liberalismo y el modelo europeo de democracia con un uso incesante de las redes sociales. No por casualidad se le ha llamado también el presidente tuitero: en julio de 2024, en X –la antigua Twitter– tenía más de 6 millones de seguidores, más de toda la población de El Salvador, y casi el doble de los que tenían por las mismas fechas Javier Milei y Marine Le Pen. Asimismo, su fama mundial se debe también a haber sido el primer país que adoptó el bitcoin como moneda de curso legal[50].

Su desprecio por la separación de poderes, el pluralismo informativo y los derechos humanos ha sido explícito desde el minuto uno. Ya en febrero de 2020 entró en la Asamblea Legislativa, que contaba con una mayoría de las oposiciones, acompañado por militares y policías armados para dar un ultimátum a los diputados instándole a que aprobaran sin más dilaciones un préstamo para desarrollar un programa de lucha contra las maras. La victoria en las elecciones legislativas y municipales de febrero de 2021 le permitió controlar el parlamento y acelerar su plan autocrático. En los meses siguiente, la Asamblea Legislativa aprobó la destitución de los magistrados de la Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia y el fiscal general de la República, que habían criticado la actuación del presidente, sustituyéndolos con afines a Bukele. Posteriormente, se le permitió concurrir a la reelección, contraviniendo a la Constitución, que se derogó nuevamente a principios de 2023 para permitir una reforma en el proceso electoral menos de un año antes de la celebración de los comicios.

El nuevo sistema electoral, aprobado en junio de ese año, redujo de 84 a 60 el número de diputados con el objetivo de limitar la representación y la pluralidad del legislativo, así como el número de alcaldías que han pasado de 262 a 44. Anteriormente se había aprobado también la Ley del Voto en el Exterior que establecía que los votos emitidos fuera del país se sumaban a los de la circunscripción de la capital que, no por casualidad, contaba con el mayor número de escaños indecisos. Paralelamente, se cooptaron los



miembros del Tribunal Supremo Electoral, de modo que los comicios presidenciales, legislativos y municipales celebrados en febrero y marzo de 2024 han sido, según Martí i Puig y Rodríguez Suárez, un «plebiscito cesarístico» y «una suerte de fasto orgiástico para el gobierno»[\[51\]](#). Con el aparato estatal al servicio de Nuevas Ideas y una oposición invisibilizada en los medios de comunicación y sin fondos públicos para organizar la campaña electoral, Bukele ganó con un estremecedor 82,6% de los votos y su partido se hizo con 54 de los 60 escaños en el parlamento.

A todo esto hay que sumar también la joya de la corona de las políticas aprobadas por el «dictador más *cool* del mundo» en su primer lustro como presidente de El Salvador. En marzo de 2022, se declaró la guerra contra el crimen organizado con la declaración del Estado de excepción, convertido desde entonces en una condición permanente. En tan solo dos años se han llevado a cabo unas 76.000 detenciones, poniendo el país, según Amnistía Internacional, en primera posición a nivel mundial en el índice de privación de libertad por número de habitantes. La mayoría de las detenciones, incluso a menores, han sido arbitrarias, han sido frecuentes los malos tratos y las torturas, además de las flagrantes violaciones al debido proceso. La imagen plástica de la mano dura de Bukele es la megacárcel construida a unos 70 kilómetros de la capital, llamada eufemísticamente Centro de Confinamiento del Terrorismo, donde millares de personas, fotografiadas desnudas, viven apiladas como bestias[\[52\]](#). Asimismo, la libertad de expresión brilla por su ausencia: el mandatario salvadoreño no ha parado ni un solo momento de lanzar ataques y orquestar campañas de difamación y acoso contra actores de la sociedad civil, periodistas, jueces, académicos y defensores de los derechos humanos, espíados a través del *software* Pegasus. Muchos han tenido que exiliarse. La criminalización del periodismo y de la disidencia ha comportado incluso que el histórico diario *El Faro* se mudase a Costa Rica[\[53\]](#).

Todo lo que se ha comentado hasta aquí en relación con Hungría, Israel y El Salvador no significa que no existan también en otras latitudes otras autocracias electorales que, aunque no se fundamenten en la misma ideología, pueden llevar a cabo prácticas similares. A menudo se ha hablado, con razón, del caso de Venezuela –aún más después de las elecciones celebradas en julio de 2024– o del caso de la Turquía de Erdoğan tras 2011 y sobre todo después del intento fracasado de golpe de Estado de

2016[54]. Sin embargo, el caso posiblemente más parecido a lo que estamos analizando es el de la India de Modi, degradada justamente a autocracia electoral por el Instituto V-Dem en 2021, tras siete años de gobiernos del Partido Popular Indio (BJP). Cabe subrayar, de hecho, la participación de nacionalistas hindúes en la red nacionalconservadora montada por Hazony: en el encuentro realizado en Washington en julio de 2024 uno de los ponentes invitados fue justamente Ram Madhav, presidente de la Fundación India, un *think tank* cercano a Modi, y antiguo secretario general del BJP entre 2014 y 2020. Además, Modi invitó a Bolsonaro para las celebraciones del 70 aniversario de la aprobación de la Constitución del país en 2020 y los vínculos con el Estado de Israel –y especialmente Netanyahu– son muy estrechos[55].

Tras haber sido gobernador del Estado de Guyarat durante catorce años, desde su llegada al gobierno del país en 2014 Modi ha puesto en marcha un proyecto *hindutva* –es decir, del nacionalismo hindú– con el objetivo de transformar la India en una nación únicamente hindú. En palabras de Guillaume Delacroix, excorresponsal de *Le Monde* y *Mediapart* en Dehli, «describir a la India como “la mayor democracia del mundo” ya no tiene mucho sentido hoy en día»: el país está deslizándose «hacia un régimen autoritario con rasgos teocráticos», ya que las políticas de Modi «están impulsadas únicamente por consideraciones religiosas, en desafío al pensamiento secularista de los padres fundadores de la India, Mahatma Gandhi y Pandit Jawaharlal Nehru»[56]. El partido de Modi, el BJP, fue fundado en 1984 a partir de otras formaciones ultranacionalistas preexistentes y dispone de una organización paramilitar, la Asociación de Voluntarios Nacionales (RSS). Constituida en 1925, esta asociación, de la cual el mismo Modi fue miembro, cuenta con más de cinco millones de afiliados y difunde una «visión supremacista étnico-racial» de la nación[57].

En la última década, Modi ha debilitado la independencia de las instituciones estatales, copando, por ejemplo, la Comisión Electoral y convirtiendo el parlamento en «una mera cámara de grabación», tanto que el número de proyectos de ley remitidos a las comisiones parlamentarias ha pasado de cerca el 70% antes de 2014 al 0% en 2020[58]. Al mismo tiempo, ha ido controlando cada vez más los medios de comunicación, combinando las amenazas a los medios independientes –que viven en buena medida de

las subvenciones estatales— para que apoyen la línea del ejecutivo con la adquisición por parte de oligarcas amigos de Modi de los más reacios. A todo esto se suman los ejércitos de trolls en las redes sociales, así como el clientelismo a través de políticas asistenciales con transferencias de efectivo a grupos determinados con fines electoralistas. Asimismo, se han criminalizado a los disidentes, atacando a la oposición y a las organizaciones de la sociedad civil, hasta el punto de utilizar el *software* Pegasus para controlar a políticos, activistas y periodistas y detener a centenares de personas aprovechando la existencia de las leyes antiterroristas. En la última década, por poner solo un ejemplo, han sido expulsadas del país la friolera de 17.000 ONG. No debería extrañar, pues, que en la Clasificación Mundial de la Libertad de Prensa elaborada por Reporteros Sin Fronteras India haya descendido hasta la posición 161 sobre 180[59].

Ahora bien, si esto no fuese lo suficientemente preocupante, el gobierno del BJP ha impulsado, sobre todo a partir de 2019, una serie de leyes para convertir a los musulmanes —unos 200 millones de personas, el 14% de la población del país— en ciudadanos de segunda. Por un lado, se ha revocado el artículo 370 de la Constitución para poder disolver el Estado de Cachemira, el único de mayoría musulmana, sustituido por territorios con una limitada autonomía y sin parlamento propio, con el objetivo de llevar a cabo un proyecto de ocupación de la región. Por otro, en diciembre de 2019 se ha aprobado la Ley de Enmienda de la Ciudadanía, según la cual el estatus de refugiado se basa en la identidad religiosa: la ley prevé que las personas de comunidades minoritarias no sean consideradas inmigrantes ilegales, excepto los musulmanes. Conectado con esto, hay que mencionar el llamado Registro Nacional de Ciudadanos creado en el Estado de Assam a través del cual se han excluido de la ciudadanía principalmente a bengalíes de religión musulmana —aproximadamente dos millones— porque no habían podido demostrar que vivían en la India antes del 26 de marzo de 1971, día de la independencia de Bangladesh.

En la mayoría de los casos, las denuncias llevadas a los tribunales se han quedado en papel mojado, sobre todo las que han llegado hasta el Tribunal Supremo, copado por jueces fieles al BJP. Además, se ha borrado la presencia de los musulmanes de los libros de texto de historia y la criminalización constante de esta minoría —pero también de la cristiana— ha

comportado numerosos casos de boicots económicos a comercios llevados por musulmanes, linchamientos por parte de grupos nacionalistas hindúes – principalmente la RSS– e, incluso, verdaderos pogromos, frente a los cuales la complicidad o la pasividad de las fuerzas del orden ha sido la norma[60]. En 2023, por cuarto año consecutivo, la Comisión de EEUU para la Libertad Religiosa Internacional recomendó al Departamento de Estado que clasifique a la India como «país de especial preocupación» por sus «sistemáticas, continuas y flagrantes violaciones a la libertad religiosa»[61].

### ¿HAY VUELTA ATRÁS?

Como se puede apreciar, el panorama no es muy halagador. Los retos que tenemos por delante como ciudadanos comprometidos con los valores democráticos son enormes. ¿Todo está perdido, pues? ¿No hay esperanza? No es intención de este libro intentar contestar a estas preguntas u ofrecer una posible caja de herramientas para combatir a las extremas derechas y para fortalecer y regenerar nuestras democracias[62]. Eso sí, no hay que dar la batalla por perdida y dejarse vencer por el pesimismo. La historia no está escrita: todo depende siempre de nosotras y nosotros, por más que la coyuntura sea la que sea y la correlación de fuerzas pueda ser negativa. En resumidas cuentas, no hay que cruzarse de brazos. Todo lo contrario.

Ahora bien, quiero plantear una última cuestión: cuando un país se transforma en una autocracia electoral o emprende ese camino, erosionando profundamente sus instituciones democráticas, ¿hay vuelta atrás? O, aunque la extrema derecha pierda las elecciones y un gobierno democrático vuelva al poder, ¿es imposible deshacer el camino andado? La pregunta puede parecer retórica. Si miramos hacia atrás, encontramos muchos ejemplos en que regímenes autoritarios o totalitarios han dado paso a democracias liberales: desde los fascismos después de la Segunda Guerra Mundial hasta los países del antiguo bloque soviético tras la caída del Muro de Berlín, pasando por las dictaduras de la Europa meridional o de América Latina entre las décadas de 1970 y 1980. En muchos casos, el camino fue lento, complejo, con frenazos o incluso retrocesos, pero finalmente, con sus más y con sus menos, todos estos países –o al menos la gran parte de ellos– consiguieron construir una democracia representativa y pluralista.

Ahora bien, los tiempos han cambiado en el sentido de que ya no estamos

viviendo una época marcada por las llamadas olas democratizadoras, sino por un periodo caracterizado por una ola desdemocratizadora. Además, en la segunda mitad del siglo XX, muchos países adoptaron por primera vez el modelo democrático liberal: antes de la instauración de sus respectivas dictaduras, algunas excepciones aparte, en el mejor de los casos existían regímenes semidemocráticos. En la actualidad, pues, es distinto. Y esto nos obliga a complejizar la pregunta anterior. Por un lado, ¿se puede revertir la situación? Por otro, ¿se quiere? Es decir, ¿hay una mayoría de la población que esté interesada en ello? Esto nos lleva, obviamente, a las consideraciones que se han planteado en otro capítulo de este libro acerca de la insatisfacción de parte de la población con la democracia. En palabras de Timothy Garton Ash, frente a la polarización existente en muchos países, «¿cómo reinventar una democracia liberal funcional si no hay ese mínimo consenso social?»[63].

En los meses anteriores a las elecciones húngaras de 2022, en las que la oposición se presentó por primera vez unida y varios sondeos daban credibilidad a una posible derrota de Fidesz, hubo debates al respecto: si Orbán hubiese perdido, ¿habría dejado el poder? Muchos dudaban de ello o, directamente, apostaban a que se habría atrincherado en el gobierno[64]. En el caso de EEUU y Brasil, las extremas derechas llegaron a la presidencia, pero no tuvieron tiempo de instaurar una autocracia electoral, si bien debilitaron las instituciones democráticas de ambos países. A la derrota en los comicios, sin embargo, tanto Trump como Bolsonaro reaccionaron, primero, con el no reconocimiento de la victoria de Biden y de Lula y, después, impulsando, más o menos implícitamente, unas insurrecciones de sus partidarios para mantenerse en el poder. Dicho esto, y dejando de lado los casos de autocracias electorales que no son de extrema derecha, hoy en día tenemos solo un caso que nos puede ayudar para contestar a esas preguntas, el de Polonia.

Según Freedom House, durante los ocho años de gobierno del PiS el país báltico pasó de ser una democracia consolidada a una democracia semiconsolidada con francos retrocesos en diferentes ámbitos, principalmente la separación de poderes, el pluralismo informativo y los derechos de las minorías[65]. Sin embargo, ningún índice había degradado aún a Polonia al nivel de una autocracia electoral al estilo de Hungría. Que el camino fuese ese, de todos modos, no lo negaba nadie, ni el mismo líder

del PiS, Jarosław Kaczyński. En el lejano 2011, afirmó que «Viktor Orbán nos dio un ejemplo de cómo podemos ganar. Llegará el día en que lo lograremos y tendremos a Budapest en Varsovia»[\[66\]](#). Entre 2015 y 2023, el PiS puso en marcha un plan de captura del Estado y de cambios de las reglas del juego que tiene muchos parecidos con los que hemos mencionado en las páginas anteriores. Además de la erosión de la libertad de expresión y de prensa que ha comportado el control de los medios de comunicación públicos, convertidos en un boletín del gobierno, el partido de Kaczyński se ha ensañado especialmente con el sistema judicial. Por un lado, se han sancionado, acosado o prejubilado a los magistrados no afines; por otro, se ha interferido en el proceso de nombramiento de los jueces; por último, se ha modificado la composición del Tribunal Constitucional, cuya presidenta, Julia Przyłębska, es una amiga personal del líder del PiS. Además, a través de otra reforma se convirtió al ministro de Justicia, Zbigniew Ziobro, también en fiscal general. Con un ejecutivo fortalecido, un Parlamento controlado por el PiS y sus aliados y un poder judicial copado por hombres fieles al gobierno, la separación de poderes a orillas del Vístula era ya un espejismo[\[67\]](#).

Aunque las elecciones legislativas de octubre de 2023 fueron categorizadas por la misión de la Oficina de Instituciones Democráticas y Derechos Humanos-Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (ODHIR-OSCE) como competitivas, pero no justas por las ventajas que el control de los medios públicos le otorgaba al partido en el gobierno, la oposición consiguió sumar más diputados que el PiS gracias a la altísima participación (74,4%, incluso más que en 1989) debido a la movilización sobre todo de mujeres y jóvenes. El presidente de la República, Andrzej Duda –que es formalmente independiente, pero fue dirigente del PiS–, hizo todo lo posible para ponerle palos en las ruedas a Donald Tusk, líder de Coalición Cívica y presidente *in pectore* por los acuerdos previos entre las otras dos fuerzas de oposición, Tercera Vía y La Izquierda. Así, primero, le dio la oportunidad al premier saliente, Morawiecki, para formar gobierno con la excusa de que era el candidato del partido más votado: solo tras la incapacidad de este de obtener una mayoría en el Sejm, la Cámara Baja polaca, se lo encargó a regañadientes a Tusk, quien finalmente fue elegido presidente en una tensa sesión en diciembre de 2023. Seguidamente, Duda ha utilizado constantemente su derecho de veto para bloquear cualquier

iniciativa del gobierno. Formalmente, pues, en estos primeros meses, y a la espera de la celebración de las elecciones presidenciales en 2025, la situación es de bloqueo: sin una mayoría de tres quintos en el Sejm no se pueden revertir los vetos de Duda y la mayoría liderada por Tusk está lejos de ese número de diputados. Asimismo, el PiS hizo todo lo posible para sabotear el gobierno entrante abusando de las instituciones del Estado que había ocupado en los años anteriores.

Así que, aunque la heterogénea coalición que gobierna en Varsovia ha sellado un acuerdo para restaurar el Estado de derecho, tiene las manos bastante atadas. Como ha admitido el nuevo ministro de Justicia, Adam Bodnar, «tenemos posibilidades limitadas de hacer las cosas de forma integral». Por consiguiente, Tusk ha debido forzar la mano, infringiendo a veces la ley. A título de ejemplo, para recuperar la neutralidad de los medios públicos, ya a finales de diciembre se cesaron de un día para otro a los presidentes de la televisión, la radio y la agencia de noticias estatales y se nombró una nueva cúpula, saltándose la necesaria aprobación del Consejo Nacional de Medios. La razón es que este órgano ha sido creado en 2016 por el PiS y está copado por miembros fieles al anterior ejecutivo. La única posibilidad totalmente legal pasaría, pues, por reformar previamente al Consejo Nacional de Medios a través de una ley aprobada por el Parlamento, pero también aquí el presidente Duda podría hacer uso del veto. Como se puede apreciar, la situación es endiablada. Y ofrece, además, al PiS razones para quejarse, hacerse la víctima y, de forma sorprendente, acusar a Tusk de querer destruir la democracia hasta el punto de pedir ayuda a la UE u ocupar las sedes de los medios públicos[68].

Algo similar pasa en el caso del poder judicial. Por un lado, ¿qué se debería hacer con los cerca de 2.500 jueces nombrados en la época de los gobiernos del PiS? ¿Sencillamente despedirlos? Por otro, el Tribunal Constitucional dictamina constantemente en contra de las decisiones del ejecutivo, de forma similar a lo que hace el presidente de la República con el poder de veto. El gobierno de Tusk ha decidido ignorar los dictámenes del Tribunal Constitucional, ya que lo considera –con razón– despojado de cualquier legitimidad. Podríamos seguir, por ejemplo, con la decisión de cesar al fiscal nacional, Dariusz Barski, otro hombre de Kaczyński, y la negativa de este a abandonar su oficina. Sin contar con otra escena esperpéntica: el mismo Duda acogió en el palacio presidencial a dos

miembros de los ejecutivos del PiS –el exministro de Interior, Mariusz Kaminski, y el exviceministro Maciej Wasik– condenados por abuso de poder. La policía consiguió detenerlos solo entrando por la fuerza en el palacio presidencial en un momento en que Duda no se encontraba en él. El PiS no ha perdido ni un momento en considerarlos héroes de la libertad y presos políticos. En síntesis, el conflicto institucional es mayúsculo [\[69\]](#).

Evidentemente, la situación está en continua evolución y hará falta tiempo para ver cómo se desarrolla. No hace falta decir que la coyuntura política es crucial. Aunque tuvo que abandonar el gobierno, el PiS fue el partido más votado en las legislativas de noviembre de 2023, al obtener el 35,4%, mientras que en las municipales de abril de 2024 conservó a grandes rasgos sus feudos. Finalmente, en las europeas del siguiente mes de junio perdió la primera plaza, pero con el 36,2% se quedó a menos de un punto porcentual de Coalición Cívica. Además, los partidos que forman el nuevo gobierno tienen posiciones distantes en cuestiones clave, como el aborto o los derechos del colectivo LGTBIQ+. De hecho, en julio de 2024 el Sejm rechazó una propuesta de ley para despenalizar el aborto, por la negativa de los sectores de centroderecha de Tercera Vía, lo que está provocando una cierta decepción en algunos sectores de la población.

Ahora bien, de fondo, la situación polaca nos muestra dos cosas. Por un lado, las dificultades existentes para deshacer el camino recorrido por las extremas derechas con el objetivo de instaurar una autocracia electoral. Por otro, nos pone delante de una cuestión que no es solo ética: ¿es correcto y aconsejable forzar la mano para restaurar el Estado de derecho o puede ser contraproducente a largo plazo? El Comité de Helsinki para los Derechos Humanos, institución independiente que en los años pasados ha sido un azote de los ejecutivos del PiS, se ha mostrado crítico con las medidas tomadas por Tusk, considerados atajos que plantean serias dudas constitucionales. En cambio, en un contundente editorial, el *Financial Times* afirmó que «la envergadura de la tarea de arrancar instituciones clave de las manos de los designados por el PiS, y ante un presidente que se pone del lado de la oposición, significa que el fin justifica los medios» [\[70\]](#). Garton Ash definía lo de Tusk como «un verdadero trabajo de Hércules»: además de las dificultades que los miembros del nuevo gobierno encuentran, deberán también «resistir la tentación de actuar igual que los del otro bando y limitarse a instalar a gente fiel. Tienen que reconstruir el



país de mejor manera»[71].

Esta es la cuestión. Este es el reto. No solo en Polonia. Un reto que, efectivamente, es hercúleo. Y cuyo desenlace es una incógnita, como con frecuencia lo es en cualquier proceso que atañe al futuro. Para regresar a ese disco de Leonard Cohen que se citaba en la introducción de este libro, esperemos solo que dentro de unos años no lleguemos a afirmar como el bardo de Montreal que «*I've seen the future, brother. / It is murder*»[72].

---

[1] Parlamento Europeo, *Existence of a Clear Risk of a Serious Breach by Hungary of the Values on which the Union is Founded*, 15 de septiembre de 2022, p. 28, disponible en [[https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/TA-9-2022-0324\\_EN.pdf](https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/TA-9-2022-0324_EN.pdf)], consultado el 31 de julio de 2024. En el documento se considera que todo lo analizado es «una amenaza sistémica a los valores del artículo 2 del Tratado de la UE». Vale la pena recordar el redactado de ese artículo: «La Unión se fundamenta en los valores de respeto de la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, Estado de derecho y respeto de los derechos humanos, incluidos los derechos de las personas pertenecientes a minorías».

[2] La cita de Delbos-Corfield en [<https://www.europarl.europa.eu/news/en/press-room/20220909IPR40137/meps-hungary-can-no-longer-be-considered-a-full-democracy>], consultado el 31 de julio de 2024.

[3] Parlamento Europeo, *Existence of a Clear Risk of a Serious Breach by Hungary...*, cit., p. 7.

[4] «Viktor Orbán's speech at the 25<sup>th</sup> Bálványos Free Summer University and Youth Camp», 29 de julio de 2014, disponible en [<https://2015-2019.kormany.hu/en/the-prime-minister/the-prime-minister-s-speeches/prime-minister-viktor-orban-s-speech-at-the-25th-balvanyos-summer-free-university-and-student-camp>], consultado el 29 de julio de 2024.

[5] Gábor Halmai, «Illiberalism in East-Central Europe», en András Sajó, Renáta Uitz y Stephen Holmes (eds.), *Routledge Handbook of Illiberalism*, Londres, Routledge, 2022, pp. 815-816. Véase también Attila Juhász, «Announcing the “Illiberal State”», *Heinrich Böll Stiftung*, 21 de agosto de 2014, disponible en [<https://www.boell.de/en/2014/08/21/announcing-illiberal-state>], consultado el 31 de julio de 2024.

[6] Citado en Edit Inotai, «Hungary's Orban Tries To Give “Illiberalism” A Makeover», *BalkanInsight.com*, 30 de julio de 2019, disponible en [<https://balkaninsight.com/2019/07/30/hungarys-orban-tries-to-give-illiberalism-a-makeover/>], consultado el 31 de julio de 2024.

[7] Przeworski, *Las crisis de la democracia*, cit., p. 50.

[8] Véase [<https://www.v-dem.net/our-work/research-programs/varieties-of-autocratization/>], consultado el 31 de julio de 2024.

[9] Nenad Dimitrijevic, «Illiberal Regim Types», en Sajó, Uitz y Holmes (eds.),

*Routledge Handbook of Illiberalism*, cit., pp. 130-131.

[10] Pierre Rosanvallon, *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2020, p. 181.

[11] Leonardo Morlino, «Hybrid Regimes», en Sajó, Uitz y Holmes (eds.), *Routledge Handbook of Illiberalism*, cit., p. 146.

[12] Levitsky y Way, *Competitive Authoritarianism*, cit., p. 5. Véase también la actualización de estas consideraciones en Steven Levitsky y Lucan Way, «The New Competitive Authoritarianism», *Journal of Democracy* 31/1 (2020), pp. 51-65.

[13] Fareed Zakaria, «The Rise of Illiberal Democracy», *Foreign Affairs* 76 (1997), pp. 22-43.

[14] Véase Ivo Samson, «Proclamations, Declarations and “Realpolitik” in Current Slovak Integration Policy», *Perspectives* 6/7 (1996), p. 54.

[15] Wojciech Sadurski, «Illiberal Democracy or Populist Authoritarianism?», en Wojciech Sadurski (ed.), *Poland’s Constitutional Breakdown*, Oxford, Oxford University Press, 2019, pp. 242-266.

[16] Pierre Ramond, «“Me parece muy peligroso pensar que el ejercicio del poder por parte de RN pueda descalificarles posteriormente”», una conversación con Jan-Werner Müller», *El Grand Continent*, 28 de junio de 2024, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2024/06/28/me-parece-muy-peligroso-pensar-que-el-ejercicio-del-poder-por-parte-de-rn-pueda-descalificarles-posteriormente-una-conversacion-con-jan-werner-muller/>], consultado el 31 de julio de 2024.

[17] Jan-Werner Müller, «The Problem With “Illiberal Democracy”», *Social Europe*, 21 de enero de 2016, disponible en [<https://www.socialeurope.eu/the-problem-with-illiberal-democracy/>], consultado el 31 de julio de 2024.

[18] Marlène Laruelle, «Illiberalism: a Conceptual Introduction», *East European Politics* 38/2 (2022), pp. 304-305.

[19] Laruelle, «Illiberalism: a Conceptual Introduction», cit., p. 304.

[20] Ruzha Smilova, «The Ideational Core of Democratic Illiberalism», en Sajó, Uitz y Holmes (eds.), *Routledge Handbook of Illiberalism*, cit., p. 193.

[21] Laruelle, «Illiberalism: a Conceptual Introduction», cit., p. 314 y Shoshana Zuboff, *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*, Barcelona, Paidós, 2020.

[22] Marlies Glasius, «Illiberal Practices», en Sajó, Uitz y Holmes (eds.), *Routledge Handbook of Illiberalism*, cit., p. 339.

[23] Véanse Péter Krekó, «The Birth of an Illiberal Informational Autocracy in Europe: A Case Study on Hungary», *The Journal of Illiberalism Studies* 2/1 (2022), pp. 55-72; András Körösenyi, Gábor Illés y Attila Gyulai, *The Orbán Regime. Plebiscitary Leader Democracy in the Making*, Londres, Routledge, 2020 y Bottoni, *Orbán*, cit., pp. 14, 15 y 277, respectivamente.

[24] Sobre la actividad del gobierno de Orbán desde 2010 y, concretamente, sobre el proceso de destrucción desde dentro de la democracia en Hungría, además de las obras citadas en la nota anterior véanse, entre otros, Kim Scheppele, «How Viktor Orbán Wins», *Journal of Democracy* 33/3 (2022), pp. 45-61; Peter Wilkin, «The Rise of “Illiberal”

Democracy: The Orbánization of Hungarian Political Culture», *Journal of World-Systems Research* 24/1 (2018), pp. 5-42; András Bíró-Nagy, «Illiberal Democracy in Hungary: The Social Background and Practical Steps of Building an Illiberal State», en Pol Morillas (ed.), *Illiberal Democracies in the EU: The Visegrad Group and the Risk of Disintegration*, Barcelona, Center for International Affairs, 2017, pp. 31-44; Andrzej Sadecki, *In a State of Necessity. How Has Orbán Changed Hungary*, Varsovia, Centre for Eastern Studies, 2014, pp. 10-18. Unos iluminadores análisis periodísticos en Luis G. Prado, *Crepúsculo en Budapest. Hungría en los tiempos de Orbán*, Madrid, Báltica, 2021; del mismo autor, véase también, *Vida en un clima iliberal: Despachos húngaros 2020-2022*, Madrid, Alamut, 2022 y Tonia Mastrobuoni, *L'erosione. Come i sovranismi stanno spazzando via la democrazia in Europa*, Milán, Mondadori, 2023, pp. 75-135.

[25] Citado por Bottoni, *Orbán*, cit., p. 158.

[26] «El Parlamento de Hungría revoca el estado de emergencia y recupera los poderes cedidos a Orbán», *El País*, 16 de junio de 2020, disponible en [<https://elpais.com/internacional/2020-06-16/el-parlamento-de-hungria-revoca-el-estado-de-emergencia-y-recupera-los-poderes-cedidos-a-orban.html>], consultado el 31 de julio de 2024.

[27] Citado por Bottoni, *Orbán*, cit., p. 212.

[28] Hannes Grassegger, «The Unbelievable Story Of The Plot Against George Soros», *BuzzFeed News*, 20 de enero de 2019, disponible en [<https://www.buzzfeednews.com/article/hnsgrassegger/george-soros-conspiracy-finkelstein-birnbaum-orban-netanyahu>], consultado el 31 de julio de 2024.

[29] Véase «Libros precintados y cambiados de estantería, estigma y miedo: qué efecto ha tenido la ley anti-LGTBI en Hungría», *elDiario.es*, 27 de febrero de 2024, disponible en [[https://www.eldiario.es/desalambre/libros-precintados-cambiados-estanteria-estigma-miedo-efecto-tenido-ley-anti-lgtbi-hungria\\_1\\_10960699.html](https://www.eldiario.es/desalambre/libros-precintados-cambiados-estanteria-estigma-miedo-efecto-tenido-ley-anti-lgtbi-hungria_1_10960699.html)], consultado el 31 de julio de 2024.

[30] Sheena McKenzie, «This Holocaust Museum Cost Millions and Still Hasn't Opened. But That's Not What Worries Historians», *CNN*, noviembre de 2018, disponible en [<https://edition.cnn.com/interactive/2018/11/world/holocaust-museum-hungary-cnnphotos/>], consultado el 31 de julio de 2024. Véanse también las páginas que dedica a Schmidt Anne Applebaum en *El ocaso de la democracia*, cit., pp. 51-57.

[31] Véase también «Viktor Orban Seizes Control of Hungary's Universities», *The Economist*, 1 de mayo de 2021, disponible en [<https://www.economist.com/leaders/2021/05/01/viktor-orban-seizes-control-of-hungarys-universities>], consultado el 31 de julio de 2024.

[32] Michael Hauser Tov, «Orban Says Israel and Hungary Are Models of Successful Conservative Communities», *Haaretz*, 20 de enero de 2023, disponible en [<https://www.haaretz.com/israel-news/2023-01-20/ty-article/.premium/orban-says-israel-and-hungary-are-models-of-successful-conservative-communities/00000185-cf4b-d3a8-a3cf-cf7b70d10000>], consultado el 31 de julio de 2024.

[33] Instituto V-Dem, *Informe sobre la Democracia 2024*, cit., p. 14.

[34] Véase Dani Filc y Sharon Pardo, «Israel's Right-wing Populists: The European

Connection», *Survival* 63/3 (2021), pp. 99-122.

[35] Véanse Pablo Stefanoni, «Anti-antisemitismo y desdiabolización de la extrema derecha», [elDiarioAR.com](http://elDiarioAR.com), 3 de diciembre de 2023, disponible en [[https://www.eldiarioar.com/opinion/anti-antisemitismo-desdiabolizacion-extrema-derecha\\_129\\_10737536.html](https://www.eldiarioar.com/opinion/anti-antisemitismo-desdiabolizacion-extrema-derecha_129_10737536.html)] y Pablo Elorduy, «Cuando el sionismo sedujo a la extrema derecha europea», *El Salto*, 2 de junio de 2024, disponible en [<https://www.elsaltodiario.com/union-europea/israel-seduca-extrema-derecha-europea>], consultados el 31 de julio de 2024.

[36] Patrick Kingsley, «Who is Itamar Ben-Gvir?», *The New York Times*, 27 de marzo de 2023, disponible en [<https://www.nytimes.com/2023/03/27/world/middleeast/israel-netanyahu-ben-gvir.html>], consultado el 31 de julio de 2024. Sobre el kanismo y el asesinato de Rabin, véase Víctor Manuel Amado Castro, «La ley del perseguidor: una introducción al terrorismo religioso judío», *Hispania Nova* 16 (2018), pp. 426-433.

[37] Aluf Benn, «The End of the Old Israel. How Netanyahu Has Transformed the Nation», *Foreign Affairs*, 8 de junio de 2016, disponible en [<https://www.foreignaffairs.com/articles/israel/2016-06-08/end-old-israel>], consultado el 31 de julio de 2024.

[38] Para una visión panorámica y completa de la derecha israelí entre 1977 y 2010, con especial atención al Likud, al partido Shas y al mismo Lieberman, véase Dani Filc, *The Political Right in Israel. Different Faces of Jewish Populism*, Londres, Routledge, 2010.

[39] Benn, «The End of the Old Israel», cit.

[40] Neta Oren, «Democratic Backsliding in Netanyahu's Israel», *E-International Relations*, 19 de mayo de 2023, disponible en [<https://www.e-ir.info/2023/05/19/democratic-backsliding-in-netanyahus-israel/>], consultado el 31 de julio de 2024.

[41] Dov Waxman e Ilan Peleg, «The Nation-State Law and the Weakening of Israeli Democracy», *Israel Studies* 25/3 (2020), pp. 185-200.

[42] Citado en Roberto Della Seta, «L'invenzione che si è rotta», *Il manifesto*, 27 de marzo de 2024, p. 16.

[43] Oren, «Democratic Backsliding in Netanyahu's Israel», cit., e Yaniv Roznai y Amichai Cohen, «Populist Constitutionalism and the Judicial Overhaul in Israel», *Israel Law Review* 56/3 (2023), pp. 502-520.

[44] Edo Konrad, «Los colonos israelíes creen que llegó su momento», [JacobinLat.com](http://JacobinLat.com), 2 de agosto de 2024, disponible en [<https://jacobinlat.com/2024/08/02/los-colonos-israelies-creen-que-llego-su-momento/>], consultado el 3 de agosto de 2024.

[45] Justo Barranco, «Judith Butler: “No creo que Israel sea una democracia”», *La Vanguardia*, 3 de diciembre de 2023, disponible en [<https://www.lavanguardia.com/cultura/20231203/9423147/judith-butler-genero-israel-capitalismo-feminismo-trans.html>], consultado el 31 de julio de 2024.

[46] Véanse Francesca Gillett, «El Salvador's Bukele Tells US Conservatives to “Put up a Fight”», [BBC.com](http://BBC.com), 23 de febrero de 2024, disponible en [<https://www.bbc.com/news/world-latin-america-68377406>] y Jimmy Alvarado, «El “trumpismo”, invitado de honor a la toma de posesión de Bukele», *El Faro*, 2 de junio de

2024, disponible en [[https://elfaro.net/es/202406/el\\_salvador/27442/el-trumpismo-invitado-de-honor-a-la-toma-de-posecion-de-bukele](https://elfaro.net/es/202406/el_salvador/27442/el-trumpismo-invitado-de-honor-a-la-toma-de-posecion-de-bukele)], consultados el 31 de julio de 2024.

[47] Véanse Mónica Redondo, «Le puedes llamar el “Rambo” o el “Bukele” de Ecuador: lo que sabemos del candidato que luchó en la guerra de Ucrania», *ElConfidencial.com*, 19 de agosto de 2023, disponible en [[https://www.elconfidencial.com/mundo/2023-08-19/rambo-bukele-ecuador-candidato-lucha-guerra-ucrania\\_3720417/](https://www.elconfidencial.com/mundo/2023-08-19/rambo-bukele-ecuador-candidato-lucha-guerra-ucrania_3720417/)] y Steven Forti, «Alvise Pérez: 10 frases impactantes del líder de Se Acabó La Fiesta y nuevo tercer hombre de las derechas españolas», *El Grand Continent*, 19 de junio de 2024, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2024/06/19/alvise-perez-10-frases-impactantes-del-lider-de-emse-acabo-la-fiesta-em-y-nuevo-tercer-hombre-de-las-derechas-espanolas-1/>], consultados el 31 de julio de 2024.

[48] Salvador Martí i Puig y Daniel Rodríguez Suárez, «Nayib Bukele, seguridad a cambio de democracia», *Revista Más Poder Local* 56 (2024), pp. 142-143. Véase también Manuel Meléndez-Sánchez, *La ultraderecha en El Salvador. El peculiar caso de Nayib Bukele*, Santiago de Chile, Fundación Friedrich Ebert, 2023, disponible en [<https://www.fes.de/cgi-bin/gbv.cgi?id=20675&ty=pdf>]. Para un retrato de Bukele, véase Jacobo García, «Nayib Bukele o la democracia como “selfie”», *Política & Prosa*, 1 de septiembre de 2022, disponible en [<https://politicaprosa.com/es/nayib-bukele-o-la-democracia-como-selfie/>], consultado el 31 de julio de 2024.

[49] Instituto V-Dem, *Informe sobre la Democracia 2024*, cit., pp. 64-67.

[50] Ishann Tharoor, «The Inescapable Appeal of the World’s “Coolest Dictator”», *The Washington Post*, 6 de febrero de 2024, disponible en [<https://www.washingtonpost.com/world/2024/02/06/bukele-nayib-el-salvador-president-coolest-dictator-global-international/>], consultado el 31 de julio de 2024.

[51] Para la destrucción de la democracia en El Salvador tras 2019, véase Martí i Puig y Rodríguez Suárez, «Nayib Bukele, seguridad a cambio de democracia», cit., pp. 141-154. Las citas en las pp. 150 y 146.

[52] Jaime Quintanilla, «El modelo Bukele: cuando el autoritarismo se vuelve popular», *Nueva Sociedad*, marzo de 2023, disponible en [<https://nuso.org/articulo/Bukele-megacarcel-pandillas/>], consultado el 31 de julio de 2024.

[53] «El Faro se cambia de casa», *El Faro*, 13 de abril de 2023, disponible en [<https://elfaro.net/es/202304/columnas/26804/el-faro-se-cambia-de-casa>], consultado el 31 de julio de 2024.

[54] Al respecto, véase Ece Temelkuran, *Cómo perder un país. Los siete pasos de la democracia a la dictadura*, Barcelona, Anagrama, 2019.

[55] Sobre las relaciones entre Israel y el nacionalismo hindú desde la década de 1970, véase Eitay Mack, «The India File: Israel’s Warm Ties With the Indian Far Right Began Decades Before Modi», *Haaretz*, 8 de marzo de 2024, disponible en [<https://www.haaretz.com/israel-news/2024-03-08/ty-article-magazine/.premium/the-india-file-israels-warm-ties-with-the-indian-far-right-began-decades-before-modi/0000018e-19a9-d7d3-abce-79a999a10000>], consultado el 31 de julio de 2024.

[56] Guillaume Delacroix, «Populism Reaches New Heights in Narendra Modi’s India», *CIDOB. Notes Internacionals*, 300, enero de 2024, disponible en

[<https://www.cidob.org/publicaciones/populism-reaches-new-heights-narendra-modis-india>], consultado el 31 de julio de 2024.

[57] Aparna Sundar, «El “momento Modi” y la extrema derecha hindú», *Nueva Sociedad* 310 (2024), p. 124.

[58] Christophe Jaffrelot, «Un Estado más profundo: el estilo Modi en el laboratorio de Gujarat», *El Grand Continent*, 25 de mayo de 2024, disponible en [<https://legrandcontinent.eu/es/2024/05/25/un-estado-mas-profundo-el-estilo-modi-en-el-laboratorio-de-gujarat/>], consultado el 31 de julio de 2024.

[59] Sundar, «El “momento Modi”», cit., pp. 122-134 y Delacroix, «Populism Reaches New Heights in Narendra Modi’s India», cit.

[60] Véanse Arun K. Thiruvengadam, «The Intertwining of Liberalism and Illiberalism in India», en Sajó, Uitz y Holmes (eds.), *Routledge Handbook of Illiberalism*, cit., pp. 736-752 y Tarunabh Khaitan, «Killing a Constitution with a Thousand Cuts: Executive Aggrandizement and a Party-State Fusion in India», *Law and Ethics of Human Rights* 14/1 (2020), pp. 49-95. Acerca del más grave pogromo antimusulmán, el llevado a cabo en el Estado de Gujarat en 2002, cuando Modi era gobernador, véase Safa Ahmed, «The US Hindu Right Is Still Whitewashing the Gujarat Pogrom», *Jacobin.com*, 3 de enero de 2024, disponible en [<https://jacobin.com/2024/03/hindutva-us-right-gujarat-pogrom-modi>], consultado el 31 de julio de 2024.

[61] Citado por Sundar, «El “momento Modi”», cit., p. 123.

[62] Unas consideraciones al respecto se encuentran en Forti, *Extrema derecha 2.0*, cit., pp. 231-261.

[63] Timothy Garton Ash, «¿Podrá Polonia reconstruirse a mejor?», *El País*, 26 de enero de 2024, disponible en [<https://elpais.com/opinion/2024-01-26/podra-polonia-reconstruirse-a-mejor.html>], consultado el 31 de julio de 2024.

[64] Por ejemplo, Prado, *Vida en un clima iliberal*, cit., pp. 104-126.

[65] Véase [<https://freedomhouse.org/country/poland/nations-transit/2024>], consultado el 31 de julio de 2024.

[66] Neil Buckley y Henry Foy, «Poland’s New Government Finds a Model in Orban’s Hungary», *Financial Times*, 6 de enero de 2016, disponible en [<https://www.ft.com/content/0a3c7d44-b48e-11e5-8358-9a82b43f6b2f>], consultado el 31 de julio de 2024.

[67] Véase Ruth Ferrero-Turrión, «El reto de Tusk, la restauración democrática en Polonia», *Política & Prosa*, enero de 2024, disponible en [<https://politicaprosa.com/es/el-reto-de-tusk-la-restauracion-democratica-en-polonia/>], consultado el 31 de julio de 2024.

[68] Gloria Rodríguez-Pina, «Polonia se enzarza en una guerra política por el control de los medios de comunicación públicos», *El País*, 27 de diciembre de 2023, disponible en [<https://elpais.com/internacional/2023-12-27/polonia-se-enzarza-en-una-guerra-politica-por-el-control-de-los-medios-de-comunicacion-publicos.html>] y, de la misma autora, «El enfrentamiento entre Duda y Tusk acerca a Polonia a una crisis institucional en el primer mes de Gobierno liberal», *El País*, 18 de enero de 2024, disponible en [<https://elpais.com/internacional/2024-01-18/el-enfrentamiento-entre-duda-y-tusk-acerca-a-polonia-a-una-crisis-institucional-en-el-primer-mes-de-gobierno-liberal.html>],

consultados el 31 de julio de 2024.

[69] Gloria Rodríguez-Pina, «El tortuoso camino de Polonia para restaurar la salud democrática», *El País*, 31 de mayo de 2024, disponible en [<https://elpais.com/internacional/2024-05-31/el-tortuoso-camino-de-polonia-para-restaurar-la-salud-democratica.html>], consultado el 31 de julio de 2024.

[70] «Donald Tusk's Forced Reboot of the Polish State», *Financial Times*, 16 de enero de 2024, disponible en [<https://www.ft.com/content/7132d087-a5c6-4188-a733-fb5411507439>], consultado el 31 de julio de 2024.

[71] Garton Ash, «¿Podrá Polonia reconstruirse a mejor?», cit.

[72] Leonard Cohen, *The Future* (1992).

## BIBLIOGRAFÍA

- Acha Ugarte, Beatriz, *Analizar el auge de la ultraderecha*, Barcelona, Gedisa, 2021.
- Águila, Gabriela, *Historia de la última dictadura militar. Argentina, 1976-1983*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023.
- Albanese, Matteo y Del Hierro, Pablo, *Transnational Fascism in the Twentieth Century. Spain, Italy and the Global Neo-Fascist Network*, Londres, Bloomsbury, 2016.
- Albertazzi, Daniele y McDonnell, Duncan, «The Lega Nord in the Second Berlusconi Government: In a League of Its Own», *West European Politics* 28/5 (2005), pp. 952-972.
- Albertazzi, Daniele y Mueller, Sean, «Populism and Liberal Democracy: Populists in Government in Austria, Italy, Poland and Switzerland», *Government and Opposition* 48/3 (2013), pp. 343-371.
- Albertazzi, Daniele; Giovanni, Arianna y Seddone, Antonella, «“No Regionalism Please, we are Leghisti!” The Transformation of the Italian Lega Nord under the Leadership of Matteo Salvini», *Regional & Federal Studies* 28/5 (2018), pp. 645-671.
- Alduy, Cécile y Wahnich, Stéphane, *Marine Le Pen prise aux mots. Décryptage du nouveau discours frontiste*, París, Seuil, 2015 [Kindle Edition].
- Almirante, Giorgio, *Processo al Parlamento*, Roma, CEN, 1969.
- Álvarez Junco, José, «El peso de un pasado sucio», en Géraldine Schwartz, *Los amnésicos. Historia de una familia europea*, Barcelona, Tusquets, 2019, pp. 385-396.
- Amado Castro, Víctor Manuel, «La ley del perseguidor: una introducción al terrorismo religioso judío», *Hispania Nova* 16 (2018), pp. 417-444.
- Annunziata, Lucia, *L'inquilino. Da Monti a Meloni: indagine sulla crisi del sistema politico*, Milán, Feltrinelli, 2022.
- Applebaum, Anne, *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo*, Barcelona, Debate, 2021.



- Arter, David, «The Breakthrough of Another West European Populist Radical Right Party? The Case of the True Finns», *Government and Opposition* 45/4 (2010), pp. 484-504.
- , «The Making of an “Unhappy Marriage”? The 2023 Finnish General Election», *West European Politics* 47/2 (2023), pp. 426-438.
- Bale, Tim y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (eds.), *Riding the Populist Wave. Europe’s Mainstream Right in Crisis*, Cambridge, Cambridge University Press, 2021.
- Barcella, Paolo, *La Lega. Una storia*, Roma, Carocci, 2022.
- Bar-On, Tamir, *Rethinking the French New Right. Alternatives to Modernity*, Londres, Routledge, 2013.
- , «The French New Right. Neither Right, nor Left?», *Journal for the Study of Radicalism* 8/1 (2014), pp. 1-44.
- Bauer, Raimund, *The Construction of a National Socialist Europe during the Second World War. How the New Order Took Shape*, Londres, Routledge, 2020.
- Bauerkämper, Arnd y Rossoliński-Liebe, Grzegorz, *Fascism without Borders. Transnational Connections and Cooperation between Movements and Regimes in Europe from 1918 to 1945*, Nueva York-Oxford, Berghahn, 2017.
- Bauvois, Gwenaëlle y Pyrhönen, Niko, «Kansainvälisen muuttoliikkeen kriisit ja kriisikeskustelut: Poliittisten vaikuttajien muuttuva rooli maahanmuutto- ja kotoutumiskeskustelussa», en Tuuli Anna Renvik y Minna Säävälä (eds.), *Kotoutumisen kokonaiskatsaus 2023. Näkökulmana väestösuhteet*, Helsinki, Työ- ja elinkeinoministeriö, 2024, pp. 166-174.
- Behr, Valentin, «Towards a Transnational and Social History of Anti-liberalism. Insights from the Trajectory of Ryszard Legutko», *European Politics and Society* 24/1 (2021), pp. 22-39.
- Bell, Daniel, *The Radical Right. The New American Right Expanded and Update*, Nueva York, Doubleday & Company, 1963.
- Benoist, Alain de, *La Nuova censura. Contro il politicamente corretto*, s.l., Diana Edizioni, 2021.
- Berardi, Silvio, «The Italian Social Movement in the Institutions of the European Community. From the Euro-right wing alliance to the Group of the European Right Wing Parties (1978-1989)», en Guido Levi y Daniela Preda (eds.), *Euroscepticism. Resistance and Opposition to the European*

- Community/European Union*, Bolonia, Il Mulino, 2019, pp. 185-196.
- Berizzi, Paolo, *Il ritorno della bestia. Como questo governo ha risvegliato il peggio dell'Italia*, Milán, Rizzoli, 2024.
- Bernardini, David, *Nazionalbolscevismo. Piccola storia del rossobrunismo in Europa*, Milán, Shake, 2020.
- Beyme, Klaus von, «Right-Wing Extremism in Western Europe», *West European Politics* 11/2 (1988), pp. 1-18.
- Biorcio, Roberto, *La rivincita del Nord. La Lega dalla contestazione al governo*, Bari-Roma, Laterza, 2010.
- Bíró-Nagy, András, «Illiberal Democracy in Hungary: The Social Background and Practical Steps of Building an Illiberal State», en Pol Morillas (ed.), *Illiberal Democracies in the EU: The Visegrad Group and the Risk of Disintegration*, Barcelona, Center for International Affairs, 2017, pp. 31-44.
- Bjerkem, Johan, «The Norwegian Progress Party: An Established Populist Party», *European View* 15/2 (2016), pp. 233-243.
- Botti, Alfonso, «La “Segunda República” en Italia: crónica política de una transición sin fin», *Ayer* 104 (2016), pp. 17-42.
- Bottoni, Stefano, *Orbán. Un despota in Europa*, Roma, Salerno, 2019.
- Boukala, Salomi y Tountasaki, Eirini, «From Black to Green: Analysing Le Front National’s “Patriotic Ecology”», en Bernhard Forchtner (ed.), *The Far Right and the Environment. Politics, Discourse and Communication*, Londres, Routledge, 2020, pp. 67-78.
- Brady, Anne Mary, «The Decline of Employment Protection and the Rise of Precarious Work», en Rachel Tausendfreund (ed.), *Reassessing 1989: Lessons for the Future of Democracy*, German Marshall Fund of the United States, 2019, pp. 53-62.
- Braghiroli, Stefano y Petsinis, Vassilis, «Between Party-Systems and Identity-Politics: the Populist and Radical Right in Estonia and Latvia», *European Politics and Society* 20/4 (2019), pp. 431-449.
- Bressanelli, Edoardo y de Candia, Margherita, «Fratelli d'Italia in the European Parliament: between Radicalism and Conservatism», *Contemporary Italian Politics* (2023), disponible en [<https://www.tandfonline.com/doi/epdf/10.1080/23248823.2023.2285545?needAccess=true>].
- Broder, David, *I nipoti di Mussolini. Il fascismo nell'Italia contemporanea*,

- Milán, Ponte alle Grazie, 2023.
- Brown, Wendy, *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*, Madrid, Traficantes de sueños, 2021.
- Burrin, Philippe, «La France dans le champ magnétique des fascismes», *Le Débat* 32 (1984), pp. 52-72.
- Buss, Doris y Hermans, Didi, *Globalizing Family Values. The Christian Right in International Politics*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2003.
- Bušíková, Lenka, «The Radical Right in Eastern Europe», en Jens Rydgren (ed.), *The Oxford Handbook of the Radical Right*, Oxford, Oxford University Press, 2018, pp. 799-821.
- Calheiros Casimiro, Flavio Henrique, *A tragédia e a farsa: a ascensão das direitas no Brasil contemporâneo*, São Paulo, Expressão Popular/Fundação Rosa Luxemburgo, 2020.
- Camus, Jean-Yves y Lebourg, Nicolas, *Les droites extrêmes en Europe*, París, Seuil, 2015.
- Canfora, Luciano, *Il fascismo non è mai morto*, Bari, Dedalo, 2024.
- Capra Casadio, Massimiliano, «The New Right and Metapolitics in France and Italy», *Journal for the Study of Radicalism* 8/1 (2014), pp. 45-86.
- Casals, Xavier, «De Fuerza Nueva a Vox: de la vieja a la nueva ultraderecha española (1975-2019)», *Ayer* 118/2 (2020), pp. 365-380.
- Castany Prado, Bernat, *Una filosofía del miedo*, Barcelona, Anagrama, 2022.
- Chiaromonte, Alessandro y Emanuele, Vincenzo, «Party System Volatility, Regeneration and De-institutionalization in Western Europe (1945-2015)», *Party Politics* 23/4 (2017), pp. 376-388.
- Colarizi, Simona y Gervasoni, Marco, *La tela di Penelope. Storia della Seconda Repubblica, 1989-2011*, Bari-Roma, Laterza, 2012.
- Contreras, Jazmine D., «Holocaust Analogies, Conspiracy Theories, and Far-Right Victimhood: Forum for Democracy and the Future of Holocaust Memory in the Netherlands», *The Journal of Holocaust Research* 38/2 (2024), pp. 107-119.
- Copsey, Nigel y Worley, Matthew (eds.), *Tomorrow Belongs to Us. The British Far Right since 1967*, Londres, Routledge, 2018.
- Corbetta, Pierluigi (ed.), *M5S. Come cambia il partito di Grillo*, Bolonia, Il

- Mulino, 2017.
- Corcuff, Philippe, *La grande confusion. Comment l'extrême-droite gagne la bataille des idées*, París, Textuel, 2020.
- Costa Pinto, António y Kallis, Aristotle (eds.), *Rethinking Fascism and Dictatorship in Europe*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014.
- Crouch, Colin, *Postdemocrazia*, Bari-Roma, Laterza, 2005.
- , *Combattere la postdemocrazia*, Bari-Roma, Laterza, 2020.
- Cuzzi, Marco, *L'internazionale delle camicie nere. I CAUR, Comitati d'azione per l'universalità di Roma 1933-1939*, Milán, Mursia, 2005.
- Dahl, Robert A., *La poliarquía. Participación y oposición*, Madrid, Tecnos, 2009.
- Dassonneville, Ruth, «Explaining the Trump Vote: The Effect of Racist Resentment and Anti-Immigrant Sentiments», *PS: Political Science & Politics* 51/3 (2018), pp. 528-534.
- Datta, Neil, *Restoring the Natural Order. The Religious Extremists' Vision to Mobilize European Societies against Human Rights on Sexuality and reproduction*, European Parliamentary Forum on Population & Development, Bruselas, 2018, disponible en [[https://www.epfweb.org/sites/default/files/2021-03/rtno\\_EN\\_epf\\_online\\_2021.pdf](https://www.epfweb.org/sites/default/files/2021-03/rtno_EN_epf_online_2021.pdf)].
- , *Tip of the Iceberg. Religious Extremist Funders against Human Rights for Sexuality and Reproductive Health in Europe 2009-2018*, European Parliamentary Forum for Sexual and Reproductivity Rights, Bruselas, 2021, disponible en [<https://www.epfweb.org/node/837>].
- De Luna, Giovanni, *Che cosa resta del Novecento*, Turín, UTET, 2023.
- Deloy, Corinne, *Le vote des européens. Vingt-trois ans d'élections nationales en Europe*, París, Cerf, 2024.
- Delwit, Pascal, «Radical Right-Wing Parties Facing the Wall of the Local? The Vlaams Belang and Local Elections (1982-2018)», *Open Journal of Political Science* 9 (2019), pp. 631-651.
- Diamanti, Ilvo y Lazar, Marc, *Popolocrazia. La metamorfosi delle nostre democrazie*, Bari-Roma, Laterza, 2018.
- Di Lazzaro, Paola y Pallone, Giordana, *Com'è successo. Una repubblica in crisi, parola per parola*, Roma, Fandango, 2022.
- Dimitrijevic, Nenad, «Illiberal Regim Types», en András Sajó, Renáta Uitz y Stephen Holmes (eds.), *Routledge Handbook of Illiberalism*, Londres,

- Routledge, 2022, pp. 121-141.
- Downs, William M., «Pariahs in their Midst: Belgian and Norwegian Parties React to Extremist Threats», *West European Politics* 24/3 (2001), pp. 23-42.
- Durante, Ruben y Knight, Brian, «Partisan Control, Media Bias, and Viewer Responses: Evidence from Berlusconi's Italy», *Journal of the European Economic Association* 10/3 (2012), pp. 451-481.
- Durante, Ruben; Pinotti, Paolo y Tesei, Andrea, «The Political Legacy of Entertainment TV», *American Economic Review* 109/7 (2019), pp. 2497-2530.
- Eatwell, Roger y Goodwin, Matthew, *Nacionalpopulismo. Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia*, Barcelona, Península, 2019.
- Eco, Umberto, *Contra el fascismo*, Barcelona, Lumen, 2018.
- Ekman, Mattias, «The Great Replacement: Strategic Mainstreaming of Far-Right Conspiracy Claims», *Convergence* 28/4 (2022), pp. 1127-1143.
- Eltchaninoff, Michel, *Inside the Mind of Marine Le Pen*, Londres, C. Hurst & Co., 2018 [Kindle Edition].
- Falsini, Luca, *La storia contesa. L'uso politico del passato nell'Italia contemporanea*, Roma, Donzelli, 2020.
- Farris, Sara R., *En nombre de los derechos de las mujeres. El auge del feminacionalismo*, Madrid, Traficantes de sueños, 2021.
- Fasola, Nicolò y Lucarelli, Sonia, «The “Pragmatic” Foreign Policy of the Meloni Government: between “Euro-Nationalism”, Atlanticism and Mediterranean Activism», *Contemporary Italian Politics* 16/2 (2024), pp. 198-213.
- Fernández-Vázquez, Guillermo, «¿Fórmulas ganadoras en el discurso político de la extrema derecha? Un análisis del Frente Nacional de Marine Le Pen», en Adoración Guamán, Alfons Aragoneses y Sebastián Martín (dirs.), *Neofascismo. La bestia neoliberal*, Madrid, Siglo XXI, 2019, pp. 229-242.
- , *Qué hacer con la extrema derecha en Europa. El caso del Frente Nacional*, Madrid, Lengua de Trapo/CTXT, 2019.
- Fernández-Vázquez, Guillermo y Lerín, David, «Hispanismo étnico e iberoesfera: la peculiar mirada de Vox a la región latinoamericana», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* 132 (2022), pp. 49-71.

- Ferrajoli, Luigi, *La democrazia costituzionale*, Bologna, Il Mulino, 2016.
- Filc, Dani, *The Political Right in Israel. Different Faces of Jewish Populism*, Londres, Routledge, 2010.
- Filc, Dani y Pardo, Sharon, «Israel's Right-wing Populists: The European Connection», *Survival* 63/3 (2021), pp. 99-122.
- Filippi, Francesco, *Mussolini ha fatto anche cose buone. Le idiozie che continuano a circolare sul fascismo*, Turín, Bollati Boringhieri, 2019.
- Finchelstein, Federico, *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- , *Del fascismo al populismo en la historia*, Madrid, Taurus, 2019.
- Focardi, Filippo, *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito politico italiano dal 1945 a oggi*, Bari-Roma, Laterza, 2020.
- Forchtner, Bernhard (ed.), *The Far Right and the Environment. Politics, Discourse and Communication*, Londres, Routledge, 2020.
- Forti, Steven, «Los rojipardos: ¿mito o realidad?», *Nueva Sociedad* 288 (2020), pp. 15-26.
- , *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*, Madrid, Siglo XXI, 2021.
- , «“Prima gli italiani!”. Cambios y continuidades en la ultraderecha italiana: la Lega y Fratelli d'Italia», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* 132 (2022), pp. 25-48.
- , «Afinidades y diferencias. Una cartografía de fuerzas y discursos de ultraderecha en Europa», en José Antonio Sanahuja y Pablo Stefanoni (eds.), *Extremas derechas y democracia: perspectivas iberoamericanas*, Madrid, Fundación Carolina, 2023, pp. 37-60.
- , «De “PP auténtico” a extrema derecha *tout court*. Historia, ideología y organización de Vox», *Historia del presente* 42/2 (2023), pp. 9-28.
- , *Mitos y cuentos de la extrema derecha*, Madrid, Los Libros de la Catarata/Fundación 1.º de Mayo, 2023.
- , «Un laboratorio político ultraderechista: la Italia de la Segunda República», en Eduardo Tena Sanz y Sonsoles Dieste Muñoz (eds.), *La derecha radical europea en la actualidad. Discurso de odio e islamofobia*, Valencia, Tirant Lo Blanch, 2023, pp. 29-51.
- , «El parasitismo ideológico de las nuevas extremas derechas. Gramscistas de derechas y rojipardos en Francia, Italia y España (1968-

- 2022)», *Estudios Ibero-Americanos* 49/1 (2023), disponible en [<https://revistaseletronicas.pucrs.br/iberoamericana/article/view/44161/28382>].
- , «De Berlusconi a Meloni. La memoria del fascismo en la Italia de la Segunda República», en Ricardo Martín de la Guardia, Juan Carlos Jiménez Redondo y Cristina Barreiro Gordillo (eds.), *Las crisis de las democracias liberales. De la marcha sobre Roma al triunfo de Meloni*, Madrid, Sílex, 2024, pp. 133-162.
- , «Redes transnacionais de extrema direita. Um mapeamento de Bruxelas a Washington, de Madri a Brasília», en Giancarlo Summa y Monica Herz (eds.), *Multilateralismo na mira. A direita radical no Brasil e na América Latina*, Rio de Janeiro, PUC-Rio, 2024, pp. 91-110.
- Fougier, Eddy, «The Trump Surprise: The Reasons for the Unlikely Victory», *L'Europe en Formation* 382/1 (2017), pp. 9-31.
- Franco, Yanna G. y Requeijo Rey, Paula, «Agenda Europa y estrategias antigénero en el discurso de Vox en Instagram», en Asunción Bernárdez Rodal y Graciela Padilla Castillo (eds.), *Deshaciendo nudos en el Social Media: redes, feminismos y políticas de la identidad*, Valencia, Tirant Lo Blanch, 2021, pp. 177-208.
- Fuentes Codera, Maximiliano y Forti, Steven (eds.), «Entre naciones e identidades políticas: circulaciones de ideas y proyectos colectivos entre Europa y América Latina», *Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea* 20 (2020), pp. 11-114.
- Fukuyama, Francis, *El liberalismo y sus desencantados. Cómo defender y salvaguardar nuestras democracias liberales*, Barcelona, Deusto, 2022.
- Fundación de Estudios Espacio Público, *La extrema derecha y el antifeminismo en Europa. Informe de situación*, 2021, disponible en [<https://espacio-publico.com/la-extrema-derecha-y-el-antifeminismo-en-europa-informe-de-situacion>].
- Galimi, Valeria y Gori, Annarita (eds.), *Intellectuals in the Latin Space during the Era of Fascism. Crossing Borders*, Londres, Routledge, 2020.
- Gallego, Ferran, *Una patria imaginaria. La extrema derecha española (1973-2005)*, Madrid, Síntesis, 2006.
- , *Neofascistas. Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*, Barcelona, DeBolsillo, 2007.
- , *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del*

- franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014.
- , «El Frente Nacional francés. De la reagrupación de la extrema derecha a la alternativa nacional-populista (1972-2014)», *Tiempo Devorado. Revista de Historia Actual* 4/1 (2017), pp. 5-38.
- Galli, Carlo, *Democrazia, ultimo atto?*, Turín, Einaudi, 2023.
- , *La destra al potere. Rischi per la democrazia?*, Milán, Raffaello Cortina, 2024.
- Gentile, Emilio, *Fascismo. Storia e interpretazione*, Bari-Roma, Laterza, 2002.
- , *La vía italiana al totalitarismo. Partido y estado en el régimen fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- , *Quién es fascista*, Madrid, Alianza, 2019.
- Georgiadou, Vasiliki; Rori, Lamprini y Roumanias, Costas, «Mapping the European Far Right in the 21<sup>st</sup> Century: A Meso-Level Analysis», *Electoral Studies* 54 (2018), pp. 103-115.
- Geva, Dorit, «Orbán's Ordonationalism as Post-Neoliberal Hegemony», *Theory, Culture & Society* 38/6 (2021), pp. 71-93.
- Gianinazzi, Willy, «Penser global, agir local. Histoire d'une idée», *EcoRev'. Revue Critique d'Écologie Politique* 46/1 (2018), pp. 19-30.
- Giband, David; Lebourg, Nicolas y Sistach, Dominique, «La prise de Perpignan par le RN. Chronique d'une conquête annoncée», *Pôle Sud* 54/1 (2021), pp. 91-109.
- Gidron, Noam y Hall, Peter, «The Politics of Social Status: Economic and Cultural Roots of the Populist Right», *British Journal of Sociology* 68/1 (2017), pp. 57-84.
- Ginsburg, Tom y Huq, Aziz, «How to Lose a Constitutional Democracy», *UCLA Law Review* 65/1 (2018), pp. 78-169.
- Girardet, Raoul, «Notes sur l'esprit d'un fascisme français, 1934-1939», *Revue française de science politique* 5/3 (1955), pp. 529-546.
- Giubilei, Francesco, *Giorgia Meloni. La rivoluzione dei conservatori*, Roma-Cesena, Giubilei Regnani, 2020.
- Giuli, Alessandro, *Gramsci è vivo. Sillabario per un'egemonia contemporanea*, Milán, Rizzoli, 2024.
- Gladius, Marlies, «Illiberal Practices», en András Sajó, Renáta Uitz y Stephen Holmes (eds.), *Routledge Handbook of Illiberalism*, Londres, Routledge, 2022, pp. 339-350.



- Goldstein, Ariel, «Right-Wing Opposition to the Mainstream Radical Right: the Cases of Hungary and Poland», *Journal of Contemporary Central and Eastern Europe* 29/1 (2021), pp. 23-40.
- González, Miguel, *Vox S.A. El negocio del patriotismo español*, Barcelona, Península, 2022.
- González Calleja, Eduardo, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011.
- Goodheart, David, *The Road to Somewhere: The New Tribes Shaping British Politics*, Londres, Penguin, 2017.
- Gotor, Miguel, *L'Italia del Novecento. Dalla sconfitta di Adua alla vittoria di Amazon*, Turín, Einaudi, 2019.
- Gramsci, Antonio, *L'egemonia culturale*, Roma, Historica, 2022.
- Griffin, Roger, *Fascismo. Una inmersión rápida*, Barcelona, Tibidabo, 2020.
- Guarnieri, Carlo, *Il sistema politico italiano. Un paese e le sue crisi*, Bologna, Il Mulino, 2021.
- Güemes, Cecilia, «Nuevas derechas y feminismo: de su combate a su resignificación», en José Antonio Sanahuja y Pablo Stefanoni (eds.), *Extremas derechas y democracia: perspectivas iberoamericanas*, Madrid, Fundación Carolina, 2023, pp. 99-124.
- Halmai, Gábor, «Illiberalism in East-Central Europe», en András Sajó, Renáta Uitz y Stephen Holmes (eds.), *Routledge Handbook of Illiberalism*, Londres, Routledge, 2022, pp. 813-821.
- Hargreaves, Deborah, *Are Chief Executives Overpaid?*, Cambridge, Polity, 2019.
- Hartman, Andrew, *A War for the Soul of America: a History of the Culture Wars*, Chicago, University of Chicago Press, 2015.
- Havertz, Ralf, *Radical Right Populism in Germany. AfD, Pegida, and the Identitarian Movement*, Londres, Routledge, 2021.
- Hernández-Carr, Aitor, «El largo ciclo electoral de Plataforma per Catalunya. Del ámbito local a la implantación nacional (2003-2011)», Working Papers. Institut de Ciències Polítiques i Socials 300 (2011), disponible en [<https://www.icps.cat/archivos/WorkingPapers/wp300.pdf?noga=1>].
- Hochschild, Arlie R., *Extraños en su propia tierra. Réquiem por la derecha*

- estadounidense*, Madrid, Capitán Swing, 2018.
- Hunter, James Davison, *Culture Wars: The Struggle To Control The Family, Art, Education, Law, And Politics In America*, Nueva York, Basic Books, 1992.
- Husbands, Christopher T., «Switzerland: Right-Wing and Xenophobic Parties, from the Margin to the Mainstream?», *Parliamentary Affairs* 53/3 (2000), pp. 501-516.
- Iacoboni, Jacopo, *L'esperimento. Inchiesta sul Movimento 5 Stelle*, Bari-Roma, Laterza, 2018.
- Iglesias, Esteban *et al.* (eds.), *¿La Libertad Avanza? El ascenso de Milei y la derecha radical en Argentina*, prólogo de Steven Forti, Buenos Aires, Prometeo, 2024.
- Ignazi, Piero, *L'estrema destra in Europa. Da Le Pen a Haider*, Bolonia, Il Mulino, 1994.
- , *Extreme Right Parties in Western Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
- , *Il polo escluso. La fiamma che non si spegne: da Almirante a Meloni*, Bolonia, Il Mulino, 2023.
- Inglehart, Ronald, *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton, Princeton University Press, 1977.
- Isenberg, Nancy, *White Trash. Los ignorados 400 años de historia de las clases sociales estadounidenses*, Madrid, Capitán Swing, 2020.
- Jansen, Thomas y Van Hecke, Steven, *At Europe's Service. The Origins and Evolution of the European People's Party*, Berlín-Heidelberg, Springer, 2011.
- Kallis, Aristotle, «“Fascism”, “Para-fascism” and “Fascistization”: On the Similarities of Three Conceptual Categories», *European History Quarterly* 33/2 (2003), pp. 219-249.
- Kaufmann, Eric, *Whiteshift. Populism, Immigration, and the Future of White Majorities*, Londres, Allen Lane, 2018.
- Khaitan, Tarunabh, «Killing a Constitution with a Thousand Cuts: Executive Aggrandizement and a Party-State Fusion in India», *Law and Ethics of Human Rights* 14/1 (2020), pp. 49-95.
- Kimmel, Michael, *Hombres blancos cabreados. La masculinidad al final de una era*, Valencia, Barlin, 2023.

- Körösényi, András; Illés, Gábor y Gyulai, Attila, *The Orbán Regime. Plebiscitary Leader Democracy in the Making*, Londres, Routledge, 2020.
- Krekó, Péter, «The Birth of an Illiberal Informational Autocracy in Europe: A Case Study on Hungary», *The Journal of Illiberalism Studies* 2/1 (2022), pp. 55-72.
- Laruelle, Marlène, «Dangerous Liaisons. Eurasianism, the European Far Right, and Putin's Russia», en Marlène Laruelle (ed.), *Eurasianism and the European Far Right. Reshaping the Europe-Russia Relationship*, Lanham, Lexington Books, 2017, pp. 1-31.
- , «Illiberalism: a Conceptual Introduction», *East European Politics* 38/2 (2022), pp. 303-327.
- Legutko, Ryszard, *Los demonios de la democracia. Tentaciones totalitarias en las sociedades libres*, Madrid, Encuentro, 2020.
- Lendvai-Bainton, Noemi y Szelewa, Dorota, «Governing New Authoritarianism: Populism, Nationalism and Radical Welfare Reforms in Hungary and Poland», *Social Policy Administration* 55 (2020), pp. 559-572.
- Levitsky, Steven y Way, Lucan, *Competitive Authoritarianism. Hybrid Regimes after the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- Levitsky, Steven y Way, Lucan, «The New Competitive Authoritarianism», *Journal of Democracy* 31/1 (2020), pp. 51-65.
- Levitsky, Steven y Ziblatt, Daniel, *Cómo mueren las democracias*, Barcelona, Ariel, 2018.
- Levitsky, Steven y Ziblatt, Daniel, *La dictadura de la minoría. Cómo revertir la deriva autoritaria y forjar una democracia para todos*, Barcelona, Ariel, 2024.
- Mammone, Andrea, «“È tempo di patrioti”. Il ritorno (a destra) dei neofascisti», en Corrado Fumagalli, Corrado y Spartaco Puttini (eds.), *Destra*, Milán, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 2018, pp. 34-46.
- Macry, Paolo, *La destra italiana. Da Guglielmo Giannini a Giorgia Meloni*, Bari-Roma, Laterza, 2023.
- Magal, Marylou y Massol, Nicolas, *L'extrême droite, nouvelle génération: Enquête au coeur de la jeunesse identitaire*, París, Denoël, 2024.
- Manin, Bernard, *Principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza, 1998.

- Marchi, Riccardo, *The Portuguese Far Right: Between Late Authoritarianism and Democracy (1945-2015)*, Londres, Routledge, 2018.
- , «The New Populist Radical Right in Portugal. The Chega Party», en Katherine Kondor y Mark Littler (eds.), *The Routledge Handbook of Far-Right Extremism in Europe*, Londres, Routledge, 2023, pp. 117-128.
- Martí i Puig, Salvador y Rodríguez Suárez, Daniel, «Nayib Bukele, seguridad a cambio de democracia», *Revista Más Poder Local* 56 (2024), pp. 141-154.
- Mastrobuoni, Tonia, *L'erosione. Come i sovranismi stanno spazzando via la democrazia in Europa*, Milán, Mondadori, 2023.
- Mattioli, Aram, «Viva Mussolini!» *La guerra della memoria nell'Italia di Berlusconi, Bossi e Fini*, Milán, Garzanti, 2010.
- Mauro, Angela, *Europa sovrana. La rivincita dei nazionalismi*, Milán, Feltrinelli, 2022.
- McManus, Ian P. y Falkenbach, Michelle, «A Hollow Victory: Understanding the Anti-Immigration Shift of Denmark's Social Democrats», *Journal of Contemporary European Research* 18/1 (2022), pp. 4-31.
- Meléndez-Sánchez, Manuel, *La ultraderecha en El Salvador. El peculiar caso de Nayib Bukele*, Santiago de Chile, Fundación Friedrich Ebert, 2023.
- Meloni, Giorgia, *Io sono Giorgia. Le mie radici, le mie idee*, Milán, Rizzoli, 2021.
- Minkenberg, Micheal (ed.), *Transforming the Transformation? The East European Radical Right in the Political Process*, Londres, Routledge, 2015.
- Moreau, Patrick, *De Jörg Haider à Heinz-Christian Strache. L'extrême droite autrichienne à l'assaut du pouvoir*, París, Cerf, 2012.
- Morlino, Leonardo, «Hybrid Regimes», en András Sajó, Renáta Uitz y Stephen Holmes (eds.), *Routledge Handbook of Illiberalism*, Londres, Routledge, 2022, pp. 141-151.
- Mosse, George L., *L'uomo e le masse nelle ideologie nazionaliste*, Roma, Laterza, 1999.
- Mounk, Yascha, *El pueblo contra la democracia. Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla*, Barcelona, Paidós, 2018.

- , *El gran experimento. Por qué fallan las democracias diversas y cómo hacer que funcionen*, Barcelona, Paidós, 2022.
- Mudde, Cas, *La ultraderecha hoy*, Barcelona, Paidós, 2021.
- Mudde, Cas y Rovira Kaltwasser, Cristóbal, *Populismo. Una breve introducción*, Madrid, Alianza, 2019.
- Näsström, Sofia, *The Spirit of Democracy. Corruption, Disintegration, Renewal*, Oxford, Oxford University Press, 2021.
- Noël, David, «Hénin-Beaumont: le frontisme municipal décrypté», *La Pensée* 401/1 (2020), pp. 92-103.
- Norris, Pippa e Inglehart, Ronald, *Cultural Backlash. Trump, Brexit and Authoritarian Populism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2019.
- Orellana, Pablo de y Michels, Nicholas, «Reactionary Internationalism: the Philosophy of the New Right», *Review of International Studies* 45/5 (2019), pp. 748-767.
- Orsina, Giovanni, *Il berlusconismo nella storia d'Italia*, Venecia, Marsilio, 2013.
- Ostiguy, Pierre, «Populism: A Socio-Cultural Approach», en Cristóbal Rovira Kaltwasser *et al.* (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*, Oxford, Oxford University Press, 2017, pp. 73-97.
- Palacio Martín, Jorge del, «Popolo della Libertà: auge y caída de un partido conservador», *Revista de Estudios Políticos* 189 (2020), pp. 167-196.
- Pankowski, Rafal, *The Populist Radical Right in Poland. The Patriots*, Londres, Routledge, 2010.
- Passarelli, Gianluca y Tuorto, Dario, *La Lega di Salvini. Estrema destra di governo*, Bolonia, Il Mulino, 2018.
- Paxton, Robert O., *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005.
- Pedullà, Gabriele y Urbinati, Nadia, *Democrazia afascista*, Milán, Feltrinelli, 2024.
- Perrineau, Pascal, *Cette France de gauche qui vote FN*, París, Seuil, 2017.
- Petsinis, Vassilis, «Identity Politics and Right-Wing Populism in Estonia: The Case of EKRE», *Nationalism and Ethnic Politics* 25/2 (2019), pp. 211-230.
- Prado, Luis G., *Crepúsculo en Budapest. Hungría en los tiempos de Orbán*, Madrid, Báltica, 2021.
- , *Vida en un clima iliberal: Despachos húngaros 2020-2022*, Madrid, Alamut, 2022.

- Przeworski, Adam, *Las crisis de la democracia. ¿Adónde pueden llevarnos el desgaste institucional y la polarización?*, Madrid, Clave Intelectual-Siglo XXI, 2022.
- Pubill Brugués, Joan, «Los meandros de la derecha antiliberal. Vacíos, propuestas e interpretaciones sobre la extrema derecha (1840-1940)», *Hispania Nova* 1 (2023), número extraordinario, pp. 179-204.
- Pytlas, Bartek, *Radical Right Parties in Central and Eastern Europe. Mainstream Party Competition and Electoral Fortune*, Londres, Routledge, 2016.
- Raimo, Christian, *Ho 16 anni e sono fascista. Indagine sui ragazzi e l'estrema destra*, Milán, Piemme, 2018.
- Ramas San Miguel, Clara, «Social-identitarios y neoliberales autoritarios: dos corrientes en la nueva Internacional Reaccionaria», en Adoración Guamán, Alfons Aragoneses y Sebastián Martín (dirs.), *Neofascismo. La bestia neoliberal*, Madrid, Siglo XXI, 2019, pp. 73-87.
- Revelli, Marco, *Populismo 2.0*, Turín, Einaudi, 2017.
- Revelli, Marco y Telese, Luca, *Turbopopulismo. La rivolta dei margini e le nuove sfide democratiche*, Milán, RCS, 2019.
- Rodrik, Dani, *La paradoja de la globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial*, Barcelona, Antoni Bosch, 2012.
- Root, Wayne Allin, *Angry White Male. How the Donald Trump Phenomenon is Changing America—and What We Can All Do to Save the Middle Class*, Nueva York, Skyhorse, 2016.
- Rouban, Luc, *La vraie victoire du RN*, París, Presses de Science Po, 2022.
- Rovira Kaltwasser, Cristóbal, *La ultraderecha en América Latina: definiciones y explicaciones*, Santiago de Chile, Fundación Friedrich Ebert, 2023.
- Roznai, Yaniv y Cohen, Amichai, «Populist Constitutionalism and the Judicial Overhaul in Israel», *Israel Law Review* 56/3 (2023), pp. 502-520.
- Rubio, José Antonio, *El mal francés. Medio siglo de nacional-populismo. De Le Pen a Zemmour (1972-2022)*, Granada, Comares, 2023.
- Rueda, Daniel, «A Certain Idea of France's Past: Marine Le Pen's History Wars», *European Politics and Society* 24/4 (2022), pp. 445-460.
- Runciman, David, *Así termina la democracia*, Barcelona, Paidós, 2019.
- Rydgren, Jens, «Explaining the Emergence of Radical Right-Wing Populist Parties: the Case of Denmark», *West European Politics* 27/3 (2004), pp.

474-502.

Sadecki, Andrzej, *In a State of Necessity. How has Orbán Changed Hungary*, Varsovia, Centre for Eastern Studies, 2014.

Sadurski, Wojciech (ed.), *Poland's Constitutional Breakdown*, Oxford, Oxford University Press, 2019.

Sallusti, Alessandro y Meloni, Giorgia, *La versione di Giorgia*, Milán, Rizzoli, 2023.

Samson, Ivo, «Proclamations, Declarations and “Realpolitik” in current Slovak integration policy», *Perspectives* 6/7 (1996), pp. 51-62.

Sanahuja, José Antonio y López Burian, Camilo, «Internacionalismo reaccionario y nuevas derechas neopatriotas latinoamericanas frente al orden internacional liberal», *Conjuntura Austral* 11/55 (2020), pp. 22-34.

—, «Las derechas neopatriotas en América Latina: contestación al orden liberal internacional», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* 126 (2020), pp. 41-63.

—, «Hispanidad e iberosfera: imaginarios hispanoamericanos de la ultraderecha neopatriota», en José Antonio Sanahuja y Pablo Stefanoni (eds.), *Extremas derechas y democracia: perspectivas iberoamericanas*, Madrid, Fundación Carolina, 2023, pp. 137-172.

Sánchez Iglesias, Eduardo; Sánchez Jiménez, Vicente y Fernández Vázquez, Guillermo, «El programa del Frente Nacional francés a la luz de la teoría de las fórmulas ganadoras», *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales* 21/2 (2021), disponible en [<https://recyt.fecyt.es/index.php/encrucijadas/article/view/88067>].

Sánchez-Cuenca, Ignacio, *El desorden político. Democracias sin intermediación*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2022.

Sanromán, Diego Luis, *La nueva derecha. Cuarenta años de agitación metapolítica*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2008.

Santolini, Francesca, *Ecofascisti. Estrema destra e ambiente*, Turín, Einaudi, 2024.

Sassoon, Donald, *Sintomi morbosi. Nella nostra storia di ieri i segnali della nostra crisi*, Milán, Garzanti, 2019.

Saz, Ismael *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

—, «¿Dónde está el otro? O sobre qué eran los que no eran fascistas», en Joan Antón Mellón (coord.), *El fascismo clásico, 1919-1945 y sus*

- epígonos: nuevas aportaciones teóricas*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 155-190.
- , «El nacionalismo, nexos y núcleo de la extrema derecha. Lo que hay de paradigmático (y transversal) en el caso español», *Gaceta Sindical. Reflexión y debate* 41 (2023), pp. 129-142.
- Saz, Ismael; Box, Zira; Morant, Toni y Sanz, Julián (eds.), *Reactionary Nationalists, Fascists and Dictatorships in the Twentieth Century. Against Democracy*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2019.
- Scheppele, Kim, «How Viktor Orbán Wins», *Journal of Democracy* 33/3 (2022), pp. 45-61.
- Scruton, Roger, *The Meaning of Conservatism*, Londres, Macmillan, 1980.
- , *Cómo ser conservador*, Madrid, Homo Legens, 2020.
- Scurati, Antonio, *Fascismo e populismo. Mussolini oggi*, Milán, Bompiani, 2023.
- Serughetti, Giorgia, *Il vento conservatore. La destra populista all'attacco della democrazia*, Bari-Roma, Laterza, 2021.
- Shekhovtsov, Anton, *Russia and the Western Far Right. Tango Noir*, Londres, Routledge, 2018.
- Signore, Adalberto y Trocino, Alessandro, *Razza padana*, Milán, BUR, 2008.
- Smilova, Ruzha, «The Ideational Core of Democratic Illiberalism», en Andrés Sajó, Renáta Uitz y Stephen Holmes (eds.), *Routledge Handbook of Illiberalism*, Londres, Routledge, 2022, pp. 177-202.
- Snyder, Timothy, *El camino hacia la no libertad*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.
- Souroujon, Gastón y Lesgart, Cecilia, «Populism. Uses, Abuses and Travels of an Uncomfortable Concept», en Gisela Pereyra Doval y Gastón Souroujon (eds.), *Global Resurgence of the Right. Conceptual and Regional Perspectives*, Londres, Routledge, 2022, pp. 54-76.
- Steinmetz-Jenkins, Daniel (ed.), *Did It Happen Here? Perspectives on Fascism and America*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 2024.
- Stefanoni, Pablo, *¿La rebeldía se volvió de derecha?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.
- Sternhell, Zeev; Sznajder, Mario y Asheri, Maia, *Naissance de l'idéologie fasciste*, París, Fayard, 1989 [ed. cast.: *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1998].



- Steven, Martin, *The European Conservatives and Reformists (ECR): Politics, Parties and Policies*, Mánchester, Manchester University Press, 2020.
- Steven, Martin y Szczerbiak, Aleks, «Conservatism and “Eurorealism” in the European Parliament: the European Conservatives and Reformists under the Leadership of Poland’s Law and Justice», *European Politics and Society* 24/5 (2022), pp. 585-602.
- Stoeckl, Kristina, «The Rise of the Russian Christian Right: the Case of the World Congress of Families», *Religion, State & Society* 48/4 (2020), pp. 223-238.
- Strobl, Natascha, *La nueva derecha. Un análisis del conservadurismo radicalizado*, Madrid, Katz, 2022.
- Sundar, Aparna, «El “momento Modi” y la extrema derecha hindú», *Nueva Sociedad* 310 (2024), pp. 122-134.
- Taguieff, Pierre-André, *Sur la Nouvelle droite. Jalons d’une analyse critique*, París, Descartes & Cie, 1994.
- , *Le nouveau national-populisme*, París, CNRS, 2012.
- Tamayo, Juan José, *La Internacional del odio. ¿Cómo se construye? ¿Cómo se deconstruye?*, Barcelona, Icaria, 2020.
- Temelkuran, Ece, *Cómo perder un país. Los siete pasos de la democracia a la dictadura*, Barcelona, Anagrama, 2019.
- Tarchi, Marco, *Le tre età della fiamma. La destra in Italia da Giorgio Almirante a Giorgia Meloni*, entrevistado por Antonio Carioti, Milán, Solferino, 2024.
- Tedoldi, Leonida, «La democrazia in tempo di crisi», *Rivista Il Mulino* 526 (2024), pp. 162-171.
- Thiruvengadam, Arun K., «The Intertwining of Liberalism and Illiberalism in India», en Andrés Sajó, Renáta Uitz y Stephen Holmes (eds.), *Routledge Handbook of Illiberalism*, Londres, Routledge, 2022, pp. 736-752.
- Tizian, Giovanni y Vergine, Stefano, *Il libro nero della Lega*, Bari-Roma, Laterza, 2019.
- Torrens, Xavier, *Salvar Catalunya. La gestació del nacionalpopulisme català*, Barcelona, Pòrtic, 2024.
- Tournier-Sol, Karine, «From UKIP to the Brexit Party: the Politicization of European Integration and Disruptive Impact on National and European

- Arenas», *Journal of Contemporary European Studies* 29/3 (2020), pp. 380-390.
- Traverso, Enzo, *I nuovi volti del fascismo*, Verona, Ombre Corte, 2017.
- Trigilia, Carlo, «Il grande esodo. Perché le classi deboli si stanno allontanando dai partiti di sinistra?», *Rivista Il Mulino* 513 (2021), pp. 26-37.
- Turco, Susanna, *Re Giorgia. Controstoria della donna che si è presa l'Italia*, Milán, Piemme, 2022.
- Ungari, Andrea, «Da Fini a Fini. La trasformazione del Movimento Sociale Italiano in Alleanza Nazionale, 1987-1995», en Giuseppe Parlato y Andrea Ungari (eds.), *Le destre nell'Italia del secondo dopoguerra. Dal qualunquismo ad Alleanza Nazionale*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2021, pp. 209-246.
- Urbinati, Nadia, «L'intermediazione che non modera più», *Rivista Il Mulino* 526 (2024), pp. 172-179.
- Usherwood, Simon, «Shooting the Fox? UKIP's Populism in the Post-Brexit Era», *West European Politics* 42/6 (2019), pp. 1209-1229.
- Van Biezen, Ingrid; Mair, Peter y Poguntke, Thomas, «Going, Going... Gone? The Decline of Party Membership in Contemporary Europe», *European Journal of Political Research* 51/1 (2012), pp. 24-56.
- Van Holsteyn, Joop J. M., «The Radical Right in Belgium and the Netherlands», en Jens Rydgren (ed.), *The Oxford Handbook of the Radical Right*, Oxford, Oxford University Press, 2018, pp. 679-715.
- Vance, J. D., *Hillbilly, una elegía rural. Memorias de una familia y una cultura en crisis*, Barcelona, Deusto, 2017.
- Vassallo, Salvatore y Vignati, Rinaldo, *Fratelli di Giorgia. Il partito della destra nazional-conservatrice*, Bologna, Il Mulino, 2023.
- Viesti, Gianfranco, *Contro la secessione dei ricchi. Autonomie regionali e unità nazionale*, Bari-Roma, Laterza, 2023.
- Vommaro, Gabriel, *La ultraderecha en Argentina. Entre el oportunismo y la innovación de Milei*, Santiago de Chile, Fundación Friedrich Ebert, 2023.
- Wagner, Markus y Meyer, Thomas M., «The Radical Right as Niche Parties? The Ideological Landscape of Party Systems in Western Europe, 1980-2014», *Political Studies* 65/1 (2017), pp. 84-107.
- Waxman, Dov y Peleg, Ilan, «The Nation-State Law and the Weakening of Israeli Democracy», *Israel Studies* 25/3 (2020), pp. 185-200.

- Weyland, Kurt, «Populism: A Political-Strategic Approach», en Cristóbal Rovira Kaltwasser *et al.* (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*, Oxford, Oxford University Press, 2017, pp. 48-71.
- Widfeldt, Anders, «The Radical Right in the Nordic Countries», en Jens Rydgren (ed.), *The Oxford Handbook of the Radical Right*, Oxford, Oxford University Press, 2018, pp. 545-564.
- Wiggen, Mette, «The Shift to the Right in Denmark», en Katherine Kondor y Mark Littler (eds.), *The Routledge Handbook of Far-Right Extremism in Europe*, Londres, Routledge, 2023, pp. 202-213.
- Wilkin, Peter, «The Rise of “Illiberal” Democracy: The Orbánization of Hungarian Political Culture», *Journal of World-Systems Research* 24/1 (2018), pp. 5-42.
- Wolf, Martin, *La crisis del capitalismo democrático. Por qué el matrimonio entre democracia y capitalismo se está diluyendo y qué debemos hacer para solucionarlo*, Barcelona, Deusto, 2023.
- Wondreys, Jacob y Mudde, Cas, «Victims of the Pandemic? European Far-Right Parties and COVID-19», *Nationalities Papers* 50/1 (2022), pp. 86-103.
- Wylei, Christopher, *Mindf\*ck. Cambridge Analytica. La trama para desestabilizar el mundo*, Barcelona, Roca, 2020.
- Zimmermann, Ekkart y Saalfeld, Thomas, «The Three Waves of West German Right-Wing Extremism», en Peter H. Merkl y Leonard Weinberg (eds.), *Encounters with the Contemporary Radical Right*, Boulder, Westview Press, 1993, pp. 50-74.
- Zuboff, Shoshana, *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*, Barcelona, Paidós, 2020.